

CIÓ

NOVA DE NUBEN
BIBLIOTECA

BALZAC

UN
ASUNTO
TENEBROSO

PQ2170

.S8

S6

1831

B198a



1020026055

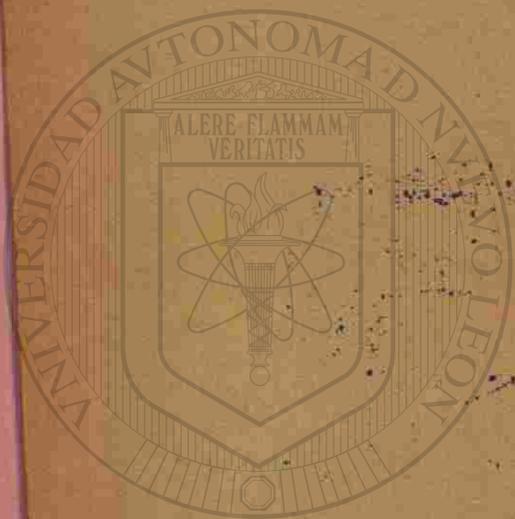


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas. N

Núm. Autor B 198a

Núm. Adg. 29681

Procedencia - 8 -

Precio _____

Fecha _____

Clasificó _____

Catálogo 29

UN ASUNTO TENEBROSO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIL
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

OBRAS DE H. DE BALZAC

- El diputado de Arcis. Un tomo.
 El médico rural. Un tomo.
 El cura de aldea. Un tomo.
 Los aldeanos. Un tomo.
 Los chuanes ó la Bretaña en 1799.—Una
 pasión en el desierto. Un tomo.
 Ursula Mirouet. Un tomo.
 Petrilla.—El cura de Tours. Un tomo.
 La piel de zapa. Un tomo.
 Eugenia Grandet. Un tomo.
 La investigación de lo absoluto.—Jesu-
 cristo en Flandes.—Melmoth reconcl-
 llado.—La obra maestra desconocida. Un tomo.
 La musa del departamento.—El ilustre
 Gaudissart. Un tomo.
 Fisiología del matrimonio ó meditaciones
 de filosofía ecléctica sobre la felicidad
 y la desgracia conyugales. Un tomo.
 Disgustillos de la vida conyugal. Un tomo.
 El hogar de un soltero. Un tomo.
 El hijo maldito.—Gambara.—Massimilla
 Doni. Un tomo.
 El contrato de matrimonio.—Un debut en
 la vida. Un tomo.
 Una hija de Eva.—Memorias de dos jóve-
 nes casadas. Un tomo.
 El padre Goriot. Un tomo.
 Modesta Miñón. Un tomo.
 El Irri en el valle. Un tomo.
 Apogeo y decadencia de César Birotteau. Un tomo.
 Los Maranas. Un tomo.
 Catalina de Médici. Un tomo.
 Reverse de la Historia contemporánea. Un tomo.
 La casa Nuclingen.—Los secretos de la
 princesa de Cadifan.—Los empleados.
 —Sarrasine.—Facino Cane. Un tomo.
 Las rivalidades: La solterona.—El gabi-
 nete de los antiguos. Un tomo.
 La prima Bel. Un tomo.
 El primo Pons. Un tomo.
 La misa del ateo.—Honorina.—El coronel
 Chabert.—La Interdicción.—Pedro
 Grassou. Un tomo.
 Un asunto tenebroso.—Un episodio bajo
 el Terror. Un tomo.

LA COMEDIA HUMANA

(ESCENAS DE LA COMEDIA HUMANA)



ASUNTO TENEBROSO

UN EPISODIO BAJO EL TERROR

FONDO
RICARDO GARRIBAY

POR

H. DE BALZAC

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

por

JOAQUÍN GARCÍA BRAVO

Doctor en Filosofía y Letras

ARTERIOGRAFIA ALIQUADA
ALFONSO REYES A 098094



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LUIS TASSO, EDITOR

CALLE ARCO DEL TEATRO NÚM. 21 Y 23

BARCELONA

29381

82/3
13.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



PQ 2170
58
56
131

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSÓ REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UN ASUNTO TENEBROSO

AL SEÑOR DE MARGONE
Su huésped del palacio de Saché, agradecido,
DE BALZAC.

CAPÍTULO PRIMERO

LAS DESAZONES DE LA POLICÍA

El otoño del año 1803 fué uno de los más hermosos de este siglo que llamamos el Imperio. En octubre, las praderas habfan sido regadas por algunas lluvias, y los árboles estaban aún verdes y frondosos á mediados del mes de noviembre. El pueblo comenzaba á establecer entre el cielo y Bonaparte, declarado á la sazón cónsul perpetuo, una buena inteligencia, á la que este hombre debió su mayor prestigio; y ¡cosa rara! el día en que, en 1812, le faltó el sol, sus prosperidades cesaron. El 15 de noviembre de este año, á eso de las cuatro de la tarde, el sol iluminaba con luz roja las cimas centenarias de cuatro hileras de olmos, situados en una larga avenida señorial, y hacía brillar la arena y la hierba de una de esas plazoletas que se encuentran en los campos en que la tierra fué en otro tiempo bastante barata para poder ser sacrificada para adorno. El aire era tan puro y la temperatura tan agradable, que una familia tomaba allí en este momento el fresco como si fuera en verano. Un hombre

vestido con una cazadora de cuti verde, con botones verdes y con un pantalón de la misma tela, calzado con zapatos de delgada suela y que llevaba unas polainas de cuti que le llegaban hasta la rodilla, limpiaba una carabina con el cuidado con que suelen hacerlo los cazadores diestros en los momentos de ocio. Este hombre no llevaba ni morral, ni canana, ni ninguno de esos útiles que anuncian la salida ó la vuelta de la caza, y dos mujeres, sentadas á su lado, lo contemplaban y parecían ser presa de un mal disimulado terror. Cualquiera que hubiera visto esta escena oculto en un matorral, hubiera temblado sin duda, como temblaban la anciana suegra y la mujer de este hombre. Era indudable que un cazador no toma tan minuciosas precauciones para matar piezas de caza, ni emplea, en el departamento del Aube, una tan pesada carabina.

—¿Vas á matar corzos, Michú? le dijo su hermosa mujer procurando afectar un aire risueño.

Antes de responder, Michú miró á su perro que, acostado al sol, con las patas hacia adelante, el hocico entre ellas y en esa encantadora actitud en que suelen ponerse los perros de caza, acababa de levantar la cabeza y olfateaba alternativamente hacia la parte de la avenida, que estaba enfrente de él, y hacia un camino lateral que desembocaba en la izquierda de la plazoleta de que hemos hablado ya.

—No, respondió Michú; á quien quiero matar es á un lobo cervero, que no quisiera errar por nada del mundo.

El perro, un magnífico mastín blanco con manchas negras, gruñó.

—Bueno, dijo Michú; espías tenemos. El país hormiguea.

La mujer de Michú levantó dolorosamente los ojos al cielo. Hermosa rubia de ojos azules, hecha como una estatua antigua, pensativa y recogida, parecía estar devorada por negro y amargo pesar. El aspecto del marido podía explicar hasta cierto punto el terror de las dos mujeres. Las leyes de la fisonomía son exactas, no sólo aplicadas al carácter, sino también por lo que respecta á la fatalidad de la existencia. Hay fisonomías proféticas. Si fuese posible (y esta estadística viviente es de gran importancia para la sociedad) tener un

dibujo exacto de los que perecen en el patíbulo, la ciencia de Lavater y de Gall probarían incontestablemente que había en la cabeza de todos estos individuos, hasta en la de los inocentes, extraños signos. Si ¡la fatalidad pone su sello en el rostro de los que tienen que morir de cualquier muerte violenta! Ahora bien, este sello, visible á los ojos del observador, estaba impreso en la expresiva cara del hombre de la carabina. Pequeño y grueso, diestro y ágil como un mono, aunque de carácter templado, Michú tenía un rostro blanco, inyectado de sangre y al que unos cabellos rojos y crespos daban una expresión siniestra. Sus ojos amarillentos y claros estaban dotados, como los del tigre, de una impenetrabilidad que contribuía á que la mirada del que los examinaba se perdiese sin encontrar en ellos ni movimiento ni calor. Fijos, luminosos y rígidos, aquellos ojos acababan por asustar. La oposición constante que existía entre la inmovilidad de los ojos y la vivacidad del cuerpo, contribuía aún más á aumentar la impresión glacial que Michú causaba de pronto. Rápidos en este hombre, sus actos debían obedecer á un pensamiento único, del mismo modo que en los animales los actos de su vida sin reflexión obedecen únicamente al instinto. Desde 1793 llevaba partida su barba roja. Aun cuando no hubiera sido presidente de un club de jacobinos durante el Terror, esta particularidad de su cara hubiera bastado por sí sola para hacerle parecer terrible. Aquel rostro socrático, de nariz chata, estaba coronado por una hermosa frente, pero tan bombeada, que parecía salir fuera de la línea recta de su cara. Sus orejas gachas poseían una especie de movilidad como las de las bestias salvajes que están siempre en guardia. Su boca, entreabierta como es costumbre ordinaria en los campesinos, dejaba ver dos filas de dientes blancos y grandes como almendras, aunque mal alineados. Unas patillas espesas y relucientes encuadraban esta cara blanca y violácea á intervalos. El pelo, cortado al rape por delante y largo por los lados y por detrás, hacía resaltar perfectamente todo lo que aquella fisonomía tenía de raro y de fatal. El cuello, corto y grueso, parecía desafiar á la cuchilla de la ley. En este momento el sol iluminaba de lleno

aquellas tres cabezas, que el perro miraba de vez en cuando. Por otra parte, esta escena ocurría en un lugar magnífico. La plazoleta está situada al extremo del parque de Gondreville, que es una de las tierras más ricas de Francia, y, sin duda alguna, la más hermosa del departamento del Aube: magníficas avenidas de olmos, palacio construido con arreglo á los proyectos de Mansart, parque de mil quinientas fanegas cercado de muros, nueve grandes quintas, un bosque, molinos y praderas. Esta tierra, casi regia, pertenecía antes de la Revolución á la familia de Simeuse. Ximeuse es un feudo situado en Lorena. El nombre se pronunciaba Simeuse y se acabó por escribirlo como se pronunciaba. La gran fortuna de los Simeuse, hidalgos adictos á la casa de Borgoña, data del tiempo en que los Guisasamenazaron á los Valois. Richelieu primero y Luis XIV después, recordaron la adhesión de los Simeuse á la facciosa casa de Lorena, y los rechazaron. Entonces, el marqués de Simeuse, antiguo borgoñón, antiguo guisardo, antiguo partidario de la Liga, antiguo frondista (había heredado algo de los cuatros odios de la nobleza contra el reino), se fué á vivir á Cinq-Cygne. Este cortesano, rechazado del Louvre, se había casado con la viuda del conde de Cinq-Cygne, rama menor de la famosa casa de Chargebœuf, una de las más ilustres del antiguo condado de Champaña, pero que llegó á ser tan célebre y tan opulenta como la mayor. El marqués, uno de los hombres más ricos de aquel tiempo, en lugar de arruinarse en la corte, edificó Gondreville, mejoró sus dominios y adquirió nuevas tierras con el único objeto de proporcionarse buenos cazaderos. Construyó también en Troyes el palacio de Simeuse, á poca distancia del palacio de Cinq-Cygne. Estas dos antiguas casas y el palacio episcopal fueron durante mucho tiempo los únicos edificios de piedra que hubo en Troyes. El marqués vendió el palacio de Simeuse al duque de Lorena. Su hijo disipó las economías y parte de aquella gran fortuna, bajo el reinado de Luis XV; pero este hijo llegó á ser primero jefe de escuadra, después vicealmirante, y reparó las locuras de su juventud con brillantes servicios. El marqués de Simeuse, hijo de este marino, pereció en el pa-

tíbulo, en Troyes, dejando dos hijos gemelos que emigraron y que se encontraban á la sazón en el extranjero, siguiendo la suerte de la casa de Condé.

La plazoleta que hemos descrito era el punto de cita para la caza en tiempo del Gran Marqués. Se llamaba así en la familia al Simeuse que construyó Gondreville. Desde 1789, Michú habitaba el pabellón contiguo á dicha plazoleta, situado en el interior del parque, pabellón que recibía el nombre de Cinq-Cygne y que había sido construido en tiempo de Luis XIV. La aldea de Cinq-Cygne está al extremo del bosque de Nodemesme (corrupción de Notre-Dame), al que conduce la avenida de las cuatro filas de olmos en que Couraut olfateaba á los espías. Desde la muerte del Gran Marqués, este pabellón estaba completamente abandonado. El vicealmirante frecuentó mucho más la corte y los mares que Champaña, y su hijo dió á Michú por morada este pabellón deteriorado.

Este noble edificio es de ladrillo, adornado con piedra vermiculosa en las esquinas, en las puertas y en las ventanas. A ambos lados del pabellón hay una reja de hierro todo oxidado. Después de la reja, existe una ancha y profunda cuneta, tras la cual se elevan vigorosos árboles, y entre éstos y la cuneta unos parapetos erizados de arabescos de hierro, que presentan sus innumerables picas á los malhechores.

Los muros del parque no empiezan hasta más allá de la circunferencia que forma la plazoleta. Fuera, la magnífica media luna está formada por declives plantados de olmos, así como la que corresponde al parque está formada por espesuras de árboles exóticos. Michú había convertido los antiguos salones del piso bajo del pabellón en cuadra, establo, cocina y leñera. Del antiguo esplendor, la única huella era una antesala embaldosada con mármol negro y blanco, donde se entra, por la parte del parque, por una de esas puertas vidrieras como las que había aún en Versalles antes de que Luis Felipe hubiese instalado allí el hospital de las glorias de Francia. En el interior, este pabellón está dividido por una antigua escalera de madera que conduce al primer piso. Encima de éste había un inmenso granero. Este

gran edificio estaba rematado por una de esas grandes cimas de cuatro lados, cuyas aristas estaban adornadas con dos ramos de flores de plomo, y atravesadas por cuatro de esas claraboyas que tanto gustaban con razón á Mansart; pues en Francia, el estilo ático y los tejados llanos á la italiana son un contrasentido contra el que el clima protesta. Michú metía allí sus forrajés. Toda la parte del parque que rodea á este antiguo pabellón, estaba construído á la inglesa. A cien pasos, un ex lago, que había pasado á ser sencillo estanque bien provisto de peces, hacía notar su presencia, tanto por una ligera niebla que se veía encima de los árboles, como por el grito de mil ranas, sapos y otros anfibios que cantan al ponerse el sol. La vetustez de las cosas, el profundo silencio de los bosques, la perspectiva de la avenida, el valle en lontananza, los hierros cubiertos de orín, las masas de piedra cubiertas de musgo y otros mil detalles, contribuían á poetizar aquella construcción que existe aún.

En el momento en que empieza esta historia, Michú estaba apoyado en uno de los parapetos cubiertos de musgo sobre el que se veían su tarro de pólvora, su gorra, su pañuelo, un destornillador, unos trapos y todos los demás útiles necesarios para llevar á cabo su sospechosa operación. La silla de su mujer estaba adosada al lado de la puerta exterior del pabellón, encima de la cual existían aún las armas de Simeuse, ricamente esculpidas con su hermosa divisa: *¡Aquí mueres!* La madre, vestida de aldeana, había puesto su silla delante de la mujer de Michú, para que ésta pudiese tener los pies al abrigo de la humedad, colocándolos sobre uno de los palos de la silla.

—¿Está ahí el pequeño? preguntó Michú á su mujer.

—Da vueltas alrededor del estanque, pues se vuelve loco por las ranas y por los insectos, dijo la madre.

Michú silbó de un modo terrible. La presteza con que su hijo acudió demostraba el despotismo ejercido por el administrador de Gondreville. Desde 1789, pero sobre todo desde 1793, Michú era casi el amo de aquella tierra. El terror que inspiraba á su mujer, á su suegra, á un criadito llamado Gaucher y á una criada llamada Mariana, se exten-

día á diez leguas á la redonda. Se hace aquí necesario no retardar por más tiempo las razones de este sentimiento, razones que, por otra parte, acabarán por dar remate al retrato moral de Michú.

El antiguo marqués de Simeuse se había deshecho de sus bienes en 1790; pero, habiéndosele anticipado los acontecimientos, no había podido poner en manos fieles su hermosa tierra de Gondreville. Acusado de estar en correspondencia con el duque de Brunswick y con el príncipe de Cobourg, el marqués de Simeuse y su mujer fueron encarcelados y condenados á muerte por el tribunal revolucionario de Troyes, que presidía el padre de Marta. Este hermoso dominio fué, pues, vendido nacionalmente. Cuando la ejecución del marqués y de la marquesa, se observó, no sin una especie de horror, que el guarda general de la tierra de Gondreville, que era el presidente del club de los jacobinos de Arcis, fué á Troyes para asistir á ella. Hijo de un sencillo aldeano y huérfano, Michú, colmado de beneficios por la marquesa, que le había dado el empleo de guarda general después de haberle hecho educar en el palacio, fué considerado como un nuevo Bruto por los exaltados; pero en el país todo el mundo cesó de frecuentarle después de este rasgo de ingratitud. El que adquirió los bienes, fué un hombre de Arcis, llamado Marión, nieto de un intendente de la casa de Simeuse. Este hombre, abogado antes y después de la Revolución, tomó miedo al guarda, y en su consecuencia, lo nombró administrador suyo, dándole tres mil francos de sueldo y un tanto por ciento en las ventas. Michú, que pasaba ya por tener unos diez mil francos, se casó, protegido por su fama de patriota, con la hija de un curtidor de Troyes, que era el apóstol de la Revolución en esta villa, cuyo tribunal revolucionario presidía. Este curtidor, hombre de convicción, que, por su carácter, se parecía á Saint-Just, se encontró complicado más tarde en la conspiración de Babeuf, y se mató para escapar á una condena. Marta era la muchacha más bonita de Troyes. A pesar de su conmovedora modestia, había sido obligada por su temible padre á hacer de diosa de la Libertad en una ceremonia republi-

cana. El nuevo propietario no fué en siete años más allá de tres veces á Gondreville. Su abuelo había sido intendente de los Simeuse, y todo Arcís creyó entonces que el ciudadano Marión representaba á los señores de Simeuse. Mientras que duró el Terror, el administrador de Gondreville, patriota adicto y abnegado, yerno del presidente del tribunal revolucionario de Troyes, acariciado por Maligno (del Aube), uno de los representantes del departamento, fué objeto de una especie de respeto. Pero cuando la Montagne fué vencido, cuando su suegro se mató, Michú pasó á ser una especie de cabeza de turco; todo el mundo se apresuró á atribuirle, lo mismo que á su suegro, hechos en los que no había tomado parte alguna. El administrador se defendió de la injusticia de la multitud, se mostró altanero y tomó una actitud hostil. Su palabra se hizo audaz. Sin embargo, desde el 18 de brumario guardaba ese profundo silencio propio de las almas fuertes; no luchaba ya contra la opinión general, y se contentaba con obrar. Esta prudente conducta contribuyó á que lo considerasen como un cazurro hipócrita, pues poseía en tierras una fortuna de unos cien mil francos. En primer lugar, no gastaba nada, y después, esta fortuna le provenía legítimamente de la herencia de su suegro y de los seis mil francos al año que le daba, entre el sueldo y los beneficios, su empleo. Aunque era administrador hacía ya doce años, aunque todo el mundo podía calcular sus economías, cuando al principio del Consulado compró una quinta por valor de cincuenta mil francos, se levantaron acusaciones contra el antiguo montañés, y las gentes de Arcís le atribuían intenciones de recobrar la consideración por medio de una gran fortuna. Desgraciadamente, en el momento en que todos empezaban á olvidarle, un incidente estúpido, envenenado por los chismes de las aldeas, reavivó la creencia general en la ferocidad de su carácter.

Una tarde, saliendo Michú de Troyes en compañía de algunos aldeanos, entre los cuales se encontraba el cortijero de Cinq-Cygne, se le cayó un papel en la carretera; este cortijero, que iba detrás, se bajó y lo recogió; en esto, Michú se vuelve, ve el papel en manos de este hombre, saca en se-

guida una pistola del cinto, la monta y amenaza al cortijero, que sabía leer, con levantarle la tapa de los sesos, si abría el papel. La acción de Michú fué tan rápida, tan violenta, el sonido de su voz tan espantoso y sus ojos tan chispeantes, que todo el mundo sintió frío y espanto. El cortijero de Cinq-Cygne era, naturalmente, un enemigo de Michú. La señorita de Cinq-Cygne, prima de los Simeuse, no tenía más que una quinta por toda fortuna, y habitaba su palacio de Cinq-Cygne. No vivía más que para sus primos, dos gemelos, con quienes había jugado en su infancia en Troyes y en Gondreville. Su hermano único, Julio de Cinq-Cygne, emigrado antes que los Simeuse, había muerto en Mayence; pero, por un privilegio bastante raro, que no tardaremos en detallar, el nombre de Cinq-Cygne, no se extinguía por falta de varones. Esta cuestión entre Michú y el cortijero de Cinq-Cygne, tuvo una gran resonancia en todo el distrito, é hizo más negras aún las tintas misteriosas que velaban á Michú. Pero no fué esta la única circunstancia que lo hizo temible. Algunos meses después de esta escena, el ciudadano Marión fué con el ciudadano Maligno á Gondreville. Corrió el rumor de que Marión iba á vender la tierra á este hombre, á quien los acontecimientos políticos habían favorecido tanto, y á quien el Primer Cónsul acababa de colocar en el consejo de Estado para recompensarle sus servicios prestados el 18 de brumario. Los políticos del pueblo de Arcís comprendieron entonces que Marión había sido el testaferro del ciudadano Maligno, en lugar de serlo de los señores de Simeuse. El omnipotente consejero de Estado era el mayor personaje de Arcís. Había conseguido para uno de sus amigos políticos la prefectura de Troyes; había librado del servicio de las armas á uno de los cortijeros de Gondreville, llamado Beauvisage, y hacía favores á todo el mundo. Este negocio no debía encontrar, pues, opositores en Gondreville, donde Maligno reinaba y donde reina aún. El Imperio estaba en sus comienzos. Los que leen hoy historias de la Revolución francesa, no podrán nunca imaginarse los inmensos intervalos que la opinión pública colocaba entre acontecimientos que con tanta rapidez se sucedieron

entonces. La necesidad general de paz y de tranquilidad que todo el mundo experimentaba, después de violentas conmociones, engendraba un completo olvido de los más graves hechos anteriores. La historia envejecía rápidamente, constantemente madurada por nuevos y ardientes intereses. Nadie, excepto Michú, indagó el pasado de este tiempo, que todo el mundo encontró natural. Marión, que había comprado Gondreville por seiscientos mil francos, lo vendió por un millón de escudos. Pero la única suma que desembolsó Maligno, fué los derechos del registro. Grevin, un compañero de Maligno, favorecía este embrollo, y el consejero de Estado le recompensó trabajando para que lo nombrasen notario de Arcis. Cuando esta noticia llegó al pabellón, llevada por el cortijero de una quinta situada entre el bosque y el parque, á la izquierda de la hermosa avenida, llamado Grouage, Michú se puso pálido y salió. Fué á espiar á Marión, y acabó por encontrarlo solo en una de las calles de árboles del parque.

—¿El señor vende Gondreville?

—Sí, Michú, sí. Tendrá usted por amo á un hombre poderoso. El consejero de Estado es amigo del Primer Cónsul; está íntimamente unido con todos los ministros y le protegerá á usted.

—¿De modo que guardaba usted esta tierra para él?

—Yo no digo eso, repuso Marión. En aquella época no sabía dónde colocar mi dinero, y para mayor seguridad, lo invertí en bienes nacionales; pero no me conviene conservar la tierra que pertenecía á la casa en que mi padre...

—Fué criado, intendente, dijo bruscamente Michú. Pero es el caso que usted no se la venderá á nadie, porque la quiero yo y puedo pagársela.

—¿Tú?

—Sí, yo, seriamente y en buen oro, ochocientos mil francos...

—¿Ochocientos mil francos? ¿Dónde los has cogido? dijo Marión.

—Eso es lo que no le importa á usted, respondió Michú secamente.

Después, dulcificando un tanto su tono, añadió en voz baja:

—¡Mi suegro salvó á mucha gente!

—Llegas demasiado tarde, Michú. El negocio ya está hecho.

—Pues lo deshará usted, señor mío, exclamó el administrador, cogiendo á su amo por la mano y apretándosela como con un torno. Yo soy odiado, quiero ser rico y poderoso, y necesito ser dueño de Gondreville. Sépalo usted, me importa un comino la vida, y... ó me vende usted la tierra, ó le levanto la tapa de los sesos.

—Pero al menos, necesito tiempo para deshacer el trato con Maligno, lo cual no es cosa agradable.

—Le doy á usted veinticuatro horas. Y si dice usted una palabra de esto, yo me encargo de cortarle la cabeza como quien la corta á una rama.

Marión y Maligno dejaron el palacio durante la noche. Marión tuvo miedo y notificó al consejero de Estado el encuentro que había tenido y la necesidad que tenía de guardarse del administrador. Eralo imposible á Marión sustraerse á la obligación de devolver aquella tierra al que realmente la había pagado, y Michú parecía no estar dispuesto á comprender ni admitir semejante razón. Por otra parte, este favor que Marión hizo á Maligno, debía ser y fué el origen de su fortuna y de la de su hermano. En 1806, Maligno logró el nombramiento del abogado Marión para primer presidente de una audiencia imperial, y cuando se crearon las recaudaciones generales, procuró la recaudación general del Aube al hermano del abogado. El consejero de Estado dijo á Marión que permaneciese en París, y encargó al ministro de policía que vigilase á Michú. No obstante, para evitar disgustos, y sin duda para vigilarlo mejor, Maligno dejó que Michú siguiese de administrador, si bien bajo la férula del notario de Arcis. Desde este momento, Michú, que se mostraba cada vez más taciturno y pensativo, fué reputado de ser hombre capaz de hacer cualquier atrocidad. Maligno, consejero de Estado, función que el Primer Cónsul hizo entonces igual á la de ministro, y uno de los

redactores del Código, desempeñaba un gran papel en París, donde había comprado uno de los palacios más hermosos del arrabal Saint-Germain, después de haberse casado con la hija única de Sibuelle, un rico abastecedor bastante desacreditado, á quien asoció con Marión para la recaudación general del Aube. No había ido más que una vez á Gondreville, y confiaba, por otra parte, en Grevín para todo lo que concernía á sus intereses. Después de todo, ¿qué tenía que temer él, antiguo representante del Aube, de un antiguo presidente del club de jacobinos de Arcis? Sin embargo, la opinión, que era ya tan desfavorable para Michú entre las clases bajas, lo fué aún más entre la clase media; y Marión, Grevín y Maligno, sin explicarse ni comprometerse, lo señalaron como hombre excesivamente peligroso. Obligados por el ministro de policía general á vigilar al guarda, las autoridades no destruyeron esta creencia. En el país se había acabado por asombrarse de que Michú conservase su empleo, y todo el mundo juzgó esta consideración como efecto del terror que inspiraba. ¿Quién no comprendería ahora la profunda melancolía que expresaba la mujer de Michú?

En un principio, Marta había sido educada piadosamente por su madre. Ambas, buenas católicas, habían sufrido mucho con las opiniones y la conducta del curtidor. Marta no se acordaba nunca, sin enrojecer, de que había sido paseada por la ciudad de Troyes en traje de diosa. Su padre la había obligado á casarse con Michú, cuya mala reputación iba creciendo, y á quien ella temía demasiado para poderle juzgar nunca. No obstante, esta mujer se sentía amada, y en el fondo de su corazón se agitaba el afecto más verdadero para aquel hombre terrible. Nunca le había visto hacer nada que no fuese justo, nunca sus palabras habían sido brutales, para ella al menos, y siempre lo veía esforzarse por adivinar todos sus deseos. Este pobre paria, creyendo ser desagradable á su mujer, permanecía casi siempre fuera de casa. Marta y Michú, desconfiando mutuamente, vivían en lo que se llama hoy *una paz armada*. Marta, que no veía nunca á nadie, sufría vivamente al sentir la reprensión que, desde hacía siete años, le alcanzaba como hija

de un descamisado y como esposa de un hombre tachado de traidor. Más de una vez había oído decir á los habitantes de la quinta Belache, que se encontraba en la llanura á la derecha de la avenida, y que era tenida por Beauvisage, un hombre adicto á los Simeuse, al pasar por delante del pabellón:

—¡He ahí la casa de los Judas!

La singular semejanza de la cabeza del administrador con la del décimotercero apóstol, le había valido este odioso apodo en todo el país. Esta desgracia y los vagos y constantes presentimientos respecto al porvenir, contribuían á que Marta estuviese cada vez más recogida y pensativa. Nada entristece más profundamente que una degradación inmerecida y de la que es imposible librarse. ¿No hubiera sido un magnífico modelo para un pintor aquella familia de parias, habitando en el seno de uno de los lugares más bonitos de Champaña, donde el paisaje es generalmente triste?

—¡Francisco! gritó el administrador para hacer así que su hijo se diese más prisa.

Francisco Michú, niño de diez años, gozaba del parque, del bosque, y sacaba de ellos sus pequeños beneficios como amo: comía sus frutas, cazaba y no tenía penas ni cuidados. Era el único ser feliz de aquella familia, aislada del país por su situación entre el parque y el bosque, como lo estaba moralmente por la repulsión general.

—Recoge todo eso que hay ahí, dijo el padre al hijo señalándole el parapeto, y pronto. ¡Mírame! ¿Quieres mucho á tu padre y á tu madre?

El niño se arrojó sobre su padre para abrazarlo; pero Michú hizo un movimiento para coger la carabina y lo rechazó.

—¡Bien! Algunas veces has llegado á charlar algo de lo que se hace aquí, dijo fijando en él sus ojos temibles como los de un gato montés. No olvides lo que voy á decirte: revelar la más insignificante de las cosas que se hacen aquí á Gaucher, á los criados de Grouage ó de Belache, y aun á Mariana, que nos quiere, sería matar á tu padre. Que no vuelva á ocurrirte eso más, y te perdono tus indiscreciones de ayer.

El niño empezó á llorar.

—No llores; pero si te hacen alguna pregunta, responde como los aldeanos: «No sé.» Hay gentes que vigilan el país y que no me gustan nada. ¿Lo oís también vosotras dos? dijo Michú á las mujeres. En boca cerrada no entran moscas.

—Amigo mío ¿qué vas á hacer?

Michú, que medía con cuidado una carga de pólvora y la introducía en el cañón de la carabina, colocó el arma contra el parapeto y dijo á Marta:

—Nadie sabe que yo tengo esta carabina; ponte delante. Couraut, que se había levantado, ladraba con furor.

—¡Hermoso é inteligente animal! exclamó Michú. Estoy seguro de que son espías...

Sabían que eran espías. Couraut y Michú, que parecían tener una misma y única alma, vivían juntos, como viven el caballo y el árabe en el desierto. El administrador conocía todas las modulaciones de la voz de Couraut y las ideas que expresaba, como el perro leía el pensamiento de su amo en sus ojos y en la actitud de su cuerpo.

—¿Qué dices de esto? exclamó en voz baja Michú, señalando á su mujer los dos siniestros personajes que aparecieron en una de las calles de árboles que desembocaban en la plazoleta.

—¿Qué ocurre en el país? ¿Son parisienses? dijo la anciana.

—¡Ah! vienen hacia aquí, exclamó Michú. Esconde mi carabina, dijo al oído á su mujer.

Los dos parisienses que atravesaron la plazoleta tenían unos rostros que, á decir verdad, hubiesen sido típicos para un pintor. Uno de ellos, el que parecía ser el subalterno, llevaba unas botas bajas de montar, que, por caer demasiado abajo, dejaban ver unas pantorrillas raquílicas y unas medias de seda de dudosa limpieza. El calzón, de paño de color amarillo y con botones de metal, era un tanto demasiado ancho; el cuerpo debía encontrarse dentro de él muy á sus anchas, y sus marcadas arrugas indicaban, por su disposición, al hombre de oficina. El chaleco de piqué, recargado de salientes bordados, abierto y abrochado con un solo botón en la parte supe-

rior del vientre, daba á este personaje un aspecto tanto más raro, cuanto que sus cabellos negros, rizados en forma de tirabuzones, le ocultaban la frente y caían á lo largo de sus mejillas. Dos cadenas de acero, de reloj, iban á ocultarse en los bolsillos de su calzón. La camisa estaba adornada con un alfiler que sustentaba una piedra fina blanca y azul. La casaca, color canela, llamaría indudablemente la atención de un caricaturista por sus dos faldones, que, vistos por detrás, tenían tan perfecta semejanza con un bacalao, que recibieron esta denominación. La moda de las casacas con faldón de bacalao, duró diez años, casi tanto como el imperio de Napoleón. La corbata, plana y con muchos pliegues, permitía á este individuo ocultar en ella el rostro hasta la nariz. Su cara llena de granos, su gorda y larga nariz color de ladrillo, sus animados pómulos, su boca desdentada, pero amenazadora y maliciosa, sus orejas adornadas de grandes pendientes de oro, su frente deprimida, todos estos detalles, que parecían grotescos, se hacían terribles, gracias á dos ojos de la forma y tamaño de los de los cerdos, que denotaban una implacable avidez y una crueldad truhanesca y casi gozosa. Estos dos ojos escudriñadores y perspicaces, de un azul claro, podían ser tomados por modelo de aquel famoso ojo, temible emblema de la policía, inventado durante la Revolución. Llevaba guantes negros y una varita en la mano. Debía ser algún personaje oficial, pues ostentaba en su porte, en su manera de tomar tabaco y de metérselo en la nariz, esa importancia burocrática de un hombre secundario á quien las órdenes recibidas de sus jefes constituyen momentáneamente en soberano.

El otro, cuyo traje era del mismo gusto, pero elegante y llevado con mucha gracia, pulcro hasta el exceso y que hacía chillar al andar unas botas á la Suwaroff, puestas por encima de un pantalón muy estrecho, llevaba sobre la casaca aquella especie de túnica, moda aristocrática, adoptada por los Clichanos y por la juventud elegante, y que sobrevivió á los unos y á la otra. En esta época hubo modas que duraron más que los partidos, síntoma de anarquía que nos ofrecía ya el 1830. Este perfecto petimetre parecía tener unos

treinta años. Sus modales denotaban sus buenas relaciones, y llevaba alhajas de precio. El cuello de la camisa le llegaba hasta las orejas. Su aire fatuo y casi impertinente acusaba una especie de superioridad oculta. Su cara pálida parecía no tener una gota de sangre; su nariz, roma y fina, tenía el aspecto sardónico de la nariz de una cabeza de muerto, y sus ojos verdes eran impenetrables. Su mirada era tan discreta como debía serlo su boca cerrada y provista de delgados labios. El primero parecía ser un buen muchacho comparado con este joven, seco y avellanado, que azotaba el aire con un junco, cuyo puño de oro brillaba al sol. El primero podía cortar por sí solo la cabeza de cualquiera; pero el segundo era capaz de envolver en las redes de la calumnia y de la intriga á la inocencia, á la belleza y á la virtud, ahogándolas ó envenenándolas friamente. El hombre rubicundo hubiera consolado á su víctima con sus chistes; el otro ni siquiera le hubiese sonreído. El primero tenía cuarenta y cinco años y debía ser aficionado á la buena vida y á las mujeres. Esta clase de hombres tienen todas pasiones que los hacen esclavos de su oficio. Pero el joven no tenía ni pasiones ni vicios. Si era espía, pertenecía á la diplomacia, y trabajaba por amor al arte. Él concebía y el otro ejecutaba; él era la idea y el otro la forma.

—Buena mujer ¿estamos ya en Gondreville? dijo el joven al acercarse.

—Aquí no se acostumbra á decir *buena mujer*, respondió Michú. Nosotros conservamos aún las sencillas fórmulas de *ciudadano* y *ciudadana*.

—¡Ah! exclamó el joven con el aire más natural y sin parecer sorprendido.

Ocorre con frecuencia en el juego, y en el del ecarté sobre todo, que los jugadores experimentan una derrota interior al ver sentarse delante de ellos, cuando están de vena, á un jugador cuyos modales, miradas, voz y manera de barajar, les hacen presentir un fracaso. Al ver á este joven, Michú sintió una postración profética de este género. Se vió atacado de un presentimiento mortal y entrevió confusamente el patíbulo; una voz interior le decía que aquel

petimetre le sería fatal, á pesar de que no había aún nada de común entre ellos. Por eso, sus palabras fueron rudas, y quiso ser y fué grosero.

—¿No está usted al servicio del consejero de Estado Maligno? le preguntó el segundo parisiense.

—Yo no estoy al servicio de nadie, respondió Michú.

—En fin, señoras, dijo el joven afectando las maneras más finas. ¿Estamos ó no en Gondreville? porque somos esperados por el señor Maligno.

—Ese es el parque, dijo Michú señalándoles la reja abierta.

—¿Y por qué oculta usted esa carabina, hermosa hija mía? dijo el jovial compañero del más joven, al ver el cañón cuando trasponía la reja.

—Veo que tú *trabajas* siempre, hasta en el campo, exclamó el más joven sonriendo.

Ambos se volvieron, llevados de un pensamiento de desconfianza, que el administrador comprendió, á pesar de la impasibilidad de sus rostros; Marta los dejó mirar la carabina, en medio de los ladridos de Couraut, pues ella tenía la convicción de que Michú meditaba alguna trastada, y casi celebró la perspicacia de los desconocidos. Michú dirigió á su mujer una mirada que le hizo estremecer; cogió en seguida la carabina y se dispuso á cargarla con bala, aceptando las fatales consecuencias de aquel descubrimiento y de aquel encuentro: parecía estar dispuesto á todo, aun á costa de su vida, y su mujer comprendió entonces perfectamente su funesta resolución.

—¿Hay lobos por aquí? dijo el joven á Michú.

—Siempre hay lobos donde hay carneros. Ustedes están en Champaña, y aquí hay un bosque; pero tenemos también jabalíes, caza mayor y menor, de todo un poco, dijo Michú con aire chocarrero.

—Corentín, dijo el más viejo de los dos, después de haber cambiado una mirada con el otro; apuesto á que este hombre es mi Michú...

—Me parece que no hemos comido nunca en el mismo plato, dijo el administrador.

—No, pero hemos presidido á los jacobinos, ciudadano, replicó el viejo cínico. Usted en Arcis y yo en otra parte. Tú has conservado tu cortesía de Carmañola; pero ya no está de moda, amigo mío.

—El parque es muy grande y me parece que podríamos perdernos; si es usted el administrador, haga usted el favor de hacer que nos conduzcan al palacio, dijo Corentín con tono brusco.

Michú silbó á su hijo y continuó cargando la bala. Corentín contemplaba á Marta con mirada indiferente, mientras que su compañero parecía encantado; pero aquél notaba en ella las huellas de una angustia que pasaba desapercibida para el viejo libertino, á quien la carabina había asustado. Estas dos naturalezas se pintaban admirablemente en este pequeño detalle, que resultaba tan elocuente.

—Yo tengo cita al otro lado del bosque, decía el administrador, y no puedo prestar á ustedes ese servicio en persona; pero mi hijo les conducirá hasta el palacio. ¿Pero por dónde han venido ustedes á Gondreville? Han tomado ustedes por Cinq-Cygne.

—Teníamos, como usted, negocios en el bosque, dijo Corentín sin ninguna ironía aparente.

—Francisco, exclamó Michú, acompaña á estos señores al palacio por los senderos, á fin de que no los vean. Ven aquí primero, dijo al ver que los dos extranjeros les habían vuelto la espalda y marchaban hablando en voz baja.

Michú cogió á su hijo y lo abrazó casi santamente y con una expresión que confirmó las aprensiones de su mujer. Esta sintió frío en la espalda y miró á su madre con mirada serena, pues no podía llorar.

—Ahora vete, dijo á su hijo.

Y lo contempló hasta que se perdió por completo de vista. Couraut ladró hacia la parte de la quinta de Grouage.

—¡Oh! es Violette, repuso Michú; esta es la tercera vez que pasa desde esta mañana. ¿Qué ocurrirá? ¡Basta, Couraut!

Algunos instantes después se oyó el pequeño trote de un caballo.

Violette, montado en una de esas jacas de que se sirven los cortijeros de los alrededores de París, mostró, bajo un sombrero de forma redonda y de grandes alas, su cara de color de madera y muy arrugada, la cual en este momento parecía aún más sombría que de ordinario. Sus ojos grises, maliciosos y brillantes, disimulaban su solapado carácter. Sus piernas secas, provistas de polainas de tela blanca que le llegaban hasta las rodillas, pendían sin estar apoyadas en estribos, y parecían mantenidas en quietud, gracias al peso de sus gruesos zapatos herrados. Encima de su chaqueta de paño azul, llevaba una blusa á rayas blancas y negras. Sus cabellos grises caían formando grandes bucles por detrás de su cabeza. Este traje, el caballo gris de piernas cortas, la manera como iba sobre él Violette, el busto hacia atrás, su mano callosa y de color de tierra, que sostenía una mala brida sebosa y remendada, todo hacia ver en él al aldeano avaro, ambicioso, que quiere poseer tierra y que la compra á cualquier precio. Su boca de pálidos labios, hendida como si un cirujano la hubiese abierto con un bisturí, las innumerables arrugas de su rostro y de su frente, ocultaban su fisonomía, cuyos solos contornos hablaban. Aquellas facciones duras y pronunciadas parecían expresar la amenaza, á pesar del aire humilde que afectan todos los campesinos, y bajo el cual ocultan sus emociones y sus cálculos, como los orientales y los salvajes ocultan los suyos bajo una imperturbable gravedad. De sencillo aldeano que trabajaba á jornal, había llegado á ser cortijero de Grouage, gracias á un sistema de maldad creciente que continuaba ejerciendo aún, después de haber conquistado una posición que excedía á sus primeros deseos. Quería el mal del prójimo y lo deseaba ardientemente. Cuando podía contribuir á él, prestaba su ayuda con amor. Violette era francamente envidioso; pero, en todas sus maldades, se mantenía dentro de los límites de la legalidad, enteramente lo mismo que acostumbran á hacer las oposiciones parlamentarias. Creía que su fortuna dependía de la ruina de los demás, y todo el que se encontraba por encima de él, era para él un enemigo contra el que todos los medios eran buenos. Esta manera de pensar es muy

común entre los aldeanos. Su gran negocio del momento era obtener de Maligno una prórroga del arriendo de su quinta, que sólo faltaba seis años para que expirase. Como envidiaba la fortuna del administrador, lo vigilaba de cerca; la gente del país le hacía la guerra por sus relaciones con Michú; pero, con la esperanza de que el arriendo se prorrogase por doce años más, el astuto cortijero acechaba una ocasión para hacer un favor al gobierno ó á Maligno, que desconfiaba de Michú. Violette, ayudado por el guarda particular de Gondreville, por el guarda campos y por algunos hacinadores furtivos, tenía al comisario de policía de Arcis al corriente de las más insignificantes acciones de Michú. Este funcionario había intentado, aunque inútilmente, atraer á Mariana, la criada de Michú, á su bando; pero Violette y sus confidentes lo sabían todo por Gaucher, el criadito con cuya fidelidad contaba Michú, y que le hacía traición por bagatelas como chalecos, lazos, medias de algodón y otras fruslerías. Por lo demás, este muchacho no sospechaba la importancia de sus charlatanerías. Violette empeoraba las acciones de Michú, y procuraba hacerlas criminales por medio de absurdas hipótesis, sin que de esto tuviese conocimiento el administrador, el cual sabía, no obstante, el innoble papel que el cortijero desempeñaba en su casa, y se complacía en engañarle.

—Muchos negocios debe usted tener en Belache cuando está usted todavía aquí, dijo Michú.

—Ese todavía es una palabra de reproche, señor Michú. Supongo que no querrá usted alejarme con semejantes músicas. ¡Hombre, no sabía que tuviese usted esa carabina!

—Sí, ha nacido en uno de mis campos que da carabinas, respondió Michú. Mire usted cómo las siembro.

Y el administrador puso como blanco una guita á treinta pasos de distancia y la cortó con la bala.

—¿Es para defender á su amo para lo que tiene usted esa arma de bandido? ¿O se la ha traído de París como regalo?

—Sí, ha venido expresamente de París para traérmela, respondió Michú.

—Lo cierto es que se charla bien en todo el país de su

viaje; unos dicen que ha caído en desgracia y que se retira de los negocios; otros que quiere ver claro aquí; en resúmdas cuentas, ¿por qué viene sin decir nada como si fuera el Primer Cónsul? ¿Sabía usted que venía?

—No estoy en tan buenas relaciones con él para que me dispense esas confianzas.

—¿De modo que aun no lo ha visto usted?

—No supe su llegada hasta hace un momento, cuando llegué de hacer mi ronda por el bosque, replicó Michú que cargaba de nuevo su carabina.

—Ha mandado á buscar al señor Grevín á Arcis; ¿van á tribunar algo?

Maligno había sido tribuno.

—Si va usted de la parte de Cinq-Cygne, dijo el administrador á Violette, déjeme usted montar, que yo también voy allá.

Violette era demasiado perezoso para llevar á la grupa á un hombre de la fuerza de Michú, y picó espuelas; el Judas se echó la carabina al hombro y se dirigió hacia la avenida.

—¿Con quién estará enojado Michú? dijo Marta á su madre.

—Desde que ha sabido la llegada del señor Maligno, se ha puesto sombrío y taciturno, respondió ésta; pero hace humedad, entremos.

Apenas se habían sentado las dos mujeres bajo la campana de la chimenea, cuando oyeron á Couraut.

—Aquí está mi marido, exclamó Marta.

En efecto, Michú subió la escalera, y su mujer, inquieta, fué á unirse con él á su cuarto.

—Mira á ver si hay alguien, dijo á Marta con voz conmovida.

—Nadie, respondió ella; Mariana está en el campo con la vaca, y Gaucher...

—¿Dónde está Gaucher? preguntó Michú.

—No lo sé.

—Desconfío de ese perillán; sube al granero, regístralo bien y examina todos los rincones del pabellón.

Marta salió y obedeció estas órdenes. Cuando volvió, encontró á Michú arrodillado y rezando.

—Pero ¿qué tienes? le preguntó su esposa asustada.

El administrador cogió á su mujer por el talle, la atrajo hacia sí, la besó en la frente y le respondió con voz conmovida:

—Si no volvemos á vernos más, sabe, mujer mía, que siempre te he amado. Sigue al pie de la letra las instrucciones que están escritas en una carta enterrada al pie de aquel árbol de esta espesura, dijo después de una pausa, señalándole un árbol. Está en un canuto de hojalata. No toques en él hasta después de mi muerte. En fin, ocurra lo que ocurra, piensa siempre en que, á pesar de la injusticia de los hombres, mi brazo ha servido á la justicia de Dios.

Marta, que palideció por grados, se puso blanca como una sábana; miró á su marido con ojos fijos y agrandados por el espanto; quiso hablar, pero se le formó un nudo en la garganta. Michú, después de haber atado al pie de su cama á Couraut, que empezó á ladrar como ladran los perros desesperados, se evadió como una sombra.

La cólera de Michú contra el señor Marión no carecía de serios motivos; pero ahora ésta se había reconcentrado en un hombre mucho más criminal á sus ojos, en Maligno, cuyos secretos conocía el administrador por estar en mejor disposición que nadie para apreciar la conducta del consejero de Estado. El suegro de Michú había contado, políticamente hablando, con la confianza del representante del Aube en la Convención, gracias á los cuidados de Grevin.

Creemos que no ha de ser inútil el relatar aquí las circunstancias que contribuyeron á enemistar á los Simeuse y á los Cinq-Cygne con Maligno, y que pesaron en el destino de los dos gemelos de la señorita de Cinq-Cygne, y más aún en el de Marta y Michú. En Troyes, el palacio de Cinq-Cygne estaba enfrente del de Simeuse. Cuando el populacho, desencadenado por manos tan sabias como prudentes, saqueó el palacio de Simeuse, descubrió al marqués y á la marquesa acusados de correspondencia con el enemigo, y los entregó á los guardias nacionales, que los encarcelaron, la multitud

consecuente gritó: «¡A los Cinq-Cygne!» No concebía que los Cinq-Cygne no estuviesen complicados en el crimen de los Simeuse. El digno y valeroso marqués de Simeuse, para salvar á sus dos hijos, que tenían á la sazón diez y ocho años y á quienes su valor podía comprometer, los había confiado, algunos momentos antes de la tormenta, á su tía, la condesa de Cinq-Cygne. Dos criados adictos á la casa de Simeuse tenían á los jóvenes encerrados. El anciano, que no quería ver que su nombre se extinguía, había recomendado que ocultasen todo á sus hijos en caso de desgracias extremas. Lorenza, que tenía entonces doce años, era igualmente amada por los dos hermanos, á los que ella amaba mucho también. Como muchos gemelos, los dos Simeuse se parecían tanto, que, durante mucho tiempo, su propia madre les daba vestidos de colores diferentes para no engañarse. El que había nacido primero se llamaba Pablo María, y el otro María Pablo. Lorenza de Cinq-Cygne, á quien se había confiado el secreto de su situación, desempeñó muy bien su papel de mujer: suplicó á sus primos, los acarició y los guardó hasta el momento en que el populacho rodeó el palacio de Cinq-Cygne. Los dos hermanos comprendieron al instante el peligro y se lo comunicaron con una misma mirada. Su resolución quedó tomada inmediatamente: armaron á sus dos criados, á los de la condesa de Cinq-Cygne, formaron una barricada tras de la puerta y se pusieron en la ventana, después de haber cerrado las persianas, con cinco criados y el abate de Hauteserre, un pariente de los Cinq-Cygne. Los ocho valerosos campeones hicieron un fuego terrible sobre las masas. Cada tiro mataba ó hería á un asaltante. Lorenza, en lugar de desolarse, cargaba los fusiles con una sangre fría extraordinaria y daba balas y pólvora, según las iban necesitando. La condesa de Cinq-Cygne había caído de rodillas.

—¿Qué hace usted, madre mía? le dijo Lorenza.

—Ruego por vosotros y por ellos, le respondió la condesa.

Palabras sublimes que pronunció también la madre del príncipe de la Paz en España, en una circunstancia análoga.

En un instante, once personas quedaron muertas y mezcladas en tierra con los heridos. Esta clase de acontecimientos enfrián ó exaltan á la multitud, la irritan ó la desaniman. Los más avanzados, asustados, recularon; pero la masa entera que iba á matar, á robar y á asesinar, al ver á los muertos, empezó á gritar: «¡A los asesinos! ¡A los homicidas!» y entonces la gente prudente fué á buscar al representante del pueblo. Los dos hermanos, instruidos ya de los acontecimientos del día, sospecharon que el convencional deseaba la ruina de su casa, y su sospecha fué bien pronto una convicción. Animados por el deseo de venganza, se apostaron en la puerta cochera y cargaron sus escopetas para matar á Maligno en el momento en que se presentase. La condesa habia perdido la cabeza; veía su casa hecha cenizas, á su hija asesinada, y vituperaba á sus parientes por la heroica defensa de que se ocupó Francia entera durante ocho días. Ante la intimación hecha por Maligno, Lorenza entreabrió la puerta; al verle, el representante, confiando en su posición y en la debilidad de aquella niña, entró.

—¡Cómo, caballero! respondió ella á la primera palabra que pronunció el representante para pedir cuentas de aquella resistencia; ¡queréis dar la libertad á Francia y no protegéis á la gente en sus casas? ¡Quieren demoler nuestro palacio, asesinarlos, y no vamos á tener derecho á rechazar la fuerza con la fuerza!

Maligno quedó como si lo hubiesen clavado en el sitio.

—¡Usted, el nieto de un albañil, empleado por el Gran Marqués en las construcciones de su palacio, le dijo María Pablo, acaba de permitir que reduzcan á nuestro padre á prisión, acogiéndose á una calumnia!

—Será puesto en libertad, dijo Maligno, que se creyó perdido al ver que los dos jóvenes movían convulsivamente sus escopetas.

—A esa promesa debe usted la vida, dijo solemnemente María Pablo. Pero si esta noche no ha sido cumplida, nosotros sabremos encontrar á usted.

—Respecto á ese populacho que aúlla, dijo Lorenza, si no

le hace usted retirarse inmediatamente, el primer tiro será para usted. Ahora, señor Maligno, salga de aquí.

El convencional salió y arengó á la multitud hablando de los derechos sagrados del hogar, del *habeas corpus* y del domicilio inglés. Dijo que la ley y el pueblo eran soberanos, que la ley era el pueblo, que éste no debía obrar más que con arreglo á la ley, y que la fuerza pertenece á la ley. La ley de la necesidad le hizo elocuente, y logró que la multitud se retirase. Pero no olvidó nunca ni la expresión de desprecio de los dos hermanos, ni el «Salga de aquí» de la señora de Cinq-Cygne. Así es que, cuando se trató de vender nacionalmente los bienes del conde de Cinq-Cygne, hermano de Lorenza, la partición se hizo de la manera más estricta. Los agentes del distrito no dejaron á Lorenza más que el castillo, el parque, los jardines y la quinta llamada de Cinq-Cygne. Según las instrucciones de Maligno, siendo la nación la representante y heredera legítima de los emigrados, sobre todo cuando éstos llevaban sus armas contra la República, Lorenza no tenía derecho más que á su legítima. La noche de aquel furioso motín, Lorenza suplicó de tal modo á sus primos que partiesen, temiendo por ellos alguna traición y las emboscadas del representante, que éstos montaron á caballo y lograron llegar á las avanzadas del ejército prusiano.

En el momento en que los dos hermanos llegaban al bosque de Gondreville, el palacio de Cinq-Cygne fué cercado; el representante iba en persona y á la fuerza á prender á los herederos de la casa de Simeuse. No se atrevió á apoderarse de la condesa de Cinq-Cygne, que yacía en cama presa de una fiebre nerviosa, ni de Lorenza, que era una niña de doce años. Los criados, temiendo la severidad de la República, habían desaparecido. Al día siguiente por la mañana, la noticia de la resistencia de los dos hermanos y de su huida á Prusia (según se decía), se extendió por los alrededores, y habiéndose reunido una multitud de tres mil personas delante del palacio de Cinq-Cygne, fué éste demolido con una una rapidez inexplicable. La señora de Cinq-Cygne, habiendo sido transportada al palacio de Simeuse y habiéndose

dose agravado la fiebre, murió en él. Michú no había aparecido en la escena política hasta después de estos acontecimientos, pues el marqués y la marquesa permanecieron en la cárcel cerca de cinco meses. Durante este tiempo, el representante del Aube recibió una misión. Pero cuando el señor Marión vendió Gondreville á Maligno, cuando todo el país había olvidado los efectos de la efervescencia popular, fué cuando Michú comprendió á Maligno, ó por lo menos creyó comprenderlo; pues Maligno es, como Fouché, uno de esos personajes tan profundos en cada una de sus fases, que son impenetrables en el momento en que representan, y no pueden ser explicados hasta algún tiempo después.

En las circunstancias más difíciles de su vida, Maligno no dejaba de consultar nunca á su fiel amigo Grevin, el notario de Arcis, cuyo juicio sobre las cosas y sobre los hombres era exacto, claro y preciso. Este hábito constituye la sabiduría y la fuerza de los hombres secundarios. Ahora bien; en noviembre de 1803, la situación era tan grave para el consejero de Estado, que una carta hubiese comprometido á los dos amigos. Maligno, que debía ser nombrado senador, temió explicarse en París; dejó su palacio y se fué á Gondreville, dando cuenta al Primer Cónsul de una sola de las razones que le hacían desear el estar allí, y que demostraban á Napoleón su celo, cuando en realidad obraba así por intereses propios y no por los del Estado. Mientras que Michú acechaba en el parque, á la manera de los salvajes, un momento propicio para su venganza, el político Maligno, acostumbrado á asegurarse de los acontecimientos por su cuenta, llevaba á su amigo á una pequeña pradera del jardín inglés, lugar desierto y favorable para una conferencia misteriosa. De este modo, manteniéndose en medio y hablando en voz baja, los dos amigos estaban á distancia demasiado grande para ser oídos, si alguno se ocultaba para escucharles, y podían cambiar de conversación, si por casualidad llegaban indiscretos.

—¿Por qué no nos hemos quedado en un cuarto del palacio? dijo Grevin.

—¿No has visto los dos hombres que me envía el prefecto de policía?

Aunque Fouché haya sido, en el asunto de la conspiración de Pichegrú, Georges, Moreau y Polignac, el alma del gabinete consular, no dirigía el ministerio de policía, y á la sazón era sencillo consejero de Estado, como Maligno.

—Estos dos hombres son los dos brazos de Fouché. El uno, aquel joven petimetre cuyo rostro se parece á una garrapa de limonada, que tiene vinagre en los labios y agraz en los ojos, puso fin, en el espacio de quince días, á la insurrección del Oeste en el año VII. El otro es un hijo de Lenoir, y el único que conserva las grandes tradiciones de la policía. Había pedido un agente cualquiera, acompañado de un personaje oficial, y me envían esos dos compadres. ¡Ah, Grevin! Fouché pretende sin duda descubrir mi juego. Ahí tienes por qué dejé á esos señores comiendo en el palacio; que lo examinen todo, que no encontrarán ni á Luis XVIII, ni el menor indicio.

—Pero ¿qué juego te traes tú? dijo Grevin.

—Amigo mío, un juego doble es siempre peligroso; pero, por lo que atañe á Fouché, es triple, y él ha olfateado sin duda que yo estoy en los secretos de la casa de Borbón.

—¿Tú!

—Yo, respondió Maligno.

—¿Te olvidas ya de Favrás?

Esta palabra impresionó al consejero de Estado.

—¿Y desde cuándo? preguntó Grevin después de una pausa.

—Desde el Consulado perpetuo.

—¿Pero hay pruebas?

—¡Ni esto! dijo Maligno haciendo sonar la uña de su dedo pulgar contra uno de sus gruesos incisivos.

En pocas palabras Maligno pintó la posición crítica en que Bonaparte ponía á Inglaterra, amenazada de muerte por el campo de Bolonia, explicando también la importancia desconocida para Francia y para Europa, pero que Pitt sospechaba, de este proyecto. Después le dió cuenta de la situación crítica en que Inglaterra iba á poner á Bonaparte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
ALEJANDRO REYES
MONTERREY, MEXICO

Una coalición imponente, Prusia, Austria y Rusia, unidas por el oro inglés, debía armar setecientos mil hombres. Al mismo tiempo, una conspiración formidable tendía en el interior sus redes y reunía á los montañeses, á los chuanes, á los realistas y á sus príncipes.

—Mientras que Luis XVIII vió tres cónsules, creyó que la anarquía continuaba y que, á favor de un movimiento cualquiera, tomaría la revancha del 13 de vendimiario y del 18 de fructidor, dijo Maligno; pero el Consulado perpetuo ha puesto de manifiesto los designios de Bonaparte, que será bien pronto emperador. Este antiguo teniente quiere crear una dinastía; pero ahora tratan de matarlo, y el golpe está preparado aún con más habilidad que el de la calle de Saint-Nicaise. Pichegrú, Georges, Moreau, el duque de Enghien, Polignac y Riviere, los dos amigos del conde de Artois, están en el agio.

—¡Qué amalgama! exclamó Grevín.

—Francia entera está invadida sordamente; se quiere dar un asalto general, empleando para ello todos los elementos. Cien hombres de acción, mandados por Georges, tienen que atacar la guardia consular y al Cónsul, cuerpo á cuerpo.

—Pues bien, denúncialos.

—Hace ya dos meses que el Cónsul, el ministro de policía, el prefecto y Fouché, tienen una parte de los hilos de esta inmensa trama; pero no conocen toda su extensión, y en el momento actual dejan libres á casi todos los conjurados, para saberlo todo.

—Respecto al derecho, dijo el notario, tienen más derecho los Borbones á concebir, dirigir y llevar á cabo una empresa contra Bonaparte, que el que éste tenía para conspirar el 18 de brumario contra la República, de la que era hijo; Bonaparte asesinaba á su madre, y aquéllos quieren entrar en su casa. Concibo que al ver cerrar la lista de los emigrados, multiplicar los indultos, restablecer el culto católico y acumular los decretos contrarrevolucionarios, los príncipes hayan comprendido que su vuelta se hacía difícil, por no decir imposible. Bonaparte es el único obstáculo para ello, y quieren quitar el obstáculo. Nada hay más sen-

cillo de comprender. Si son vencidos los conspiradores, serán bandidos; si salen victoriosos, serán héroes, y de este modo me parece muy natural tu indecisión.

—Se trata, dijo Maligno, de arrojar á los Borbones la cabeza del duque de Enghien por manos de Bonaparte, como la Convención arrojó á los reyes la cabeza de Luis XVI, á fin de que Napoleón se comprometiera así antes que nosotros en el curso de la Revolución, ó de derribar al ídolo actual del pueblo francés, su futuro emperador, para sentar al verdadero trono sobre sus despojos. Estoy á merced de un acontecimiento, de un feliz pistoletazo, de una máquina de la calle de Saint-Nicaise que lograra su objeto. Aún no se me ha dicho todo, me han propuesto burlar al consejo de Estado en el momento crítico y dirigir la acción legal de la restauración de los Borbones.

—Espera, respondió el notario.

—¡Imposible! Este es el momento preciso para tomar una resolución.

—¿Y por qué?

—Los dos Simeuse conspiran y están en el país; yo no tengo más remedio que hacer que los sigan, dejarles comprometerse y desembarazarme de ellos, ó protegerlos por bajo cuerda. Había pedido subalternos, y me envían dos lincez elegidos, que han pasado por Troyes para tener de su parte á la gendarmería.

—Gondreville es el *Ten*, y la conspiración el *Tendrás*, dijo Grevín. Ni Fouché, ni Talleyrand, tus dos asociados, están mezclados en eso; obra francamente con ellos, ¡Cómo! todos los que han cortado la cabeza á Luis XVI están en el gobierno, Francia está llena de propietarios de bienes nacionales, ¿y quieres traer á los que han de volver á pedirte Gondreville? Si no son tontos, los Borbones tienen que deshacer todo lo que nosotros hemos hecho. Así es que avisa á Bonaparte.

—Un hombre de mi rango no delata nunca, dijo Maligno vivamente.

—¡De tu rango! exclamó Grevín sonriendo.

—Me ofrecen una cartera.

—Comprendo tu deslumbramiento, y á mí es á quien corresponde ver claro en esas tinieblas políticas y olfatear la puerta de salida. Es imposible prever los acontecimientos que puedan traer á los Borbones, cuando un general Bonaparte tiene ochenta navíos y cuatrocientos mil hombres. Lo más difícil en política es saber cuándo un poder que se inclina va á caer; pero, amigo mío, el de Bonaparte está en su período ascendente. ¿No habrá sido el mismo Fouché el que te habrá hecho sonar para conocer el fondo de tu pensamiento y desembarazarse de tí?

—No, estoy seguro del embajador, y, por otra parte, Fouché no me enviaría dos monos semejantes, á quienes conozco demasiado para no concebir sospechas.

—Me causan miedo, dijo Grevin. Si Fouché no desconfía de tí y no quiere ponerte á prueba, ¿por qué te los ha enviado? Fouché no hace una cosa semejante sin tener un motivo para ello.

—Eso me decide, exclamó Maligno, sin contar con que no estaré nunca tranquilo con esos dos Simeuse; acaso Fouché, que conoce mi posición, desee cogerlos y llegar de este modo, por medio de ellos, hasta los Condé.

—Vaya, amigo mío, seguramente que mientras esté Bonaparte nadie se meterá con el propietario de Gondreville.

Al levantar los ojos, Maligno vió asomar por entre las ramas de un frondoso tilo el cañón de un fusil.

—No me había engañado: había oído el ruido seco de un gatillo, dijo á Grevin después de haberse puesto detrás de un grueso tronco de árbol, adonde le siguió el notario al ver el brusco movimiento de su amigo.

—Es Michú, dijo Grevin; veo su barba roja.

—Finjamos que no tenemos miedo, repuso Maligno, que se alejó poco á poco diciendo á intervalos: ¿Qué diablos tendrá que ver este hombre con los propietarios de esta tierra? Seguramente que no era á ti á quien apuntaba. Si nos ha oído, no tardará en saber todo el mundo nuestra conversación. Hubiéramos hecho mejor yéndonos á la llanura. ¿Quién diablos hubiera creído que hay que desconfiar hasta del aire!

—Siempre se aprende algo nuevo, dijo el notario. Pero no habrá oído, porque estábamos muy lejos y hablábamos en voz baja.

—Voy á decirle dos palabras á Corentin, dijo Maligno.

Algunos instantes después, Michú entró en su casa, pálido y con el rostro demudado.

—¿Qué tienes? le dijo su mujer asustada.

—Nada, respondió él al ver á Violette, cuya presencia le hizo el efecto de un rayo.

Michú cogió una silla, se puso tranquilamente delante del fuego y arrojó á él una carta que sacó de unos de esos tubos de hojalata parecido al que dan á los soldados para guardar su licencia. Esta acción, que permitió á Marta respirar como persona á quien se quita un gran peso de encima, llamó mucho la atención de Violette. El administrador colgó su carabina en la campana de la chimenea con una admirable sangre fría.

—Vamos, Francisco, dijo el padre; vamos á acostarnos. ¿Tienes sueño?

Y cogió á su hijo brutalmente por la cintura y se le llevó.

—Baja á la bodega, le dijo al oído cuando estuvo en la escalera, llena dos botellas de vino de Macón, después de haberlo mezclado con una tercera parte del aguardiente de cognac que hay en el aparador de las botellas; desmés mezcla una botella de vino blanco con media de aguardiente. Haz todo esto con maña y pon las botellas sobre el tonel vacío que está á la entrada de la bodega. Cuando yo abra la ventana, sal tú de la bodega, ensilla mi caballo, monta encima y vete á esperarme al Poteau-des-Gueux. Este pilluelo no quiere nunca acostarse, dijo el administrador entrando de nuevo en la cocina. Quiere hacer como las personas mayores: verlo todo, oírlo todo y saberlo todo. Tío Violette, me está usted echando á perder la familia.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Violette, ¿quién le ha desatado á usted la lengua? Nunca ha dicho usted tantas palabras seguidas.

—¿Cree usted que me dejo espiar sin apercibirme de ello? Tío Violette, no va usted por buen camino. Si en lugar de

servir á los que me odian, se pusiese usted de mi parte, haría algo más por usted que renovar el arriendo...

—¿Qué? dijo el aldeano con avidez y abriendo desmesuradamente los ojos.

—Le vendería á usted mis bienes muy baratos.

—No hay nada barato cuando es preciso pagar, dijo sentenciosamente Violette.

—Quiero dejar el país, y daría á usted mi quinta de Mousseau, los almacenes contiguos, las sementeras y el ganado, por cincuenta mil francos.

—¿De veras?

—¿Le conviene á usted?

—¡Diantre! hemos de verlo.

—Hablemos de eso... Pero quiero que me dé usted señal.

—No llevo nada conmigo.

—Una palabra.

—¿Todavía!

—Dígame, ¿quién acaba de enviar á usted aquí?

—He vuelto del sitio adonde iba hace un momento y he querido dar á usted las buenas noches.

—¿Volver tú sin tu caballo? ¿Me tomas acaso por un imbécil? Mientes, y no será para ti mi quinta.

—Pues bien, ha sido el señor Grevín. Me ha dicho: «Violette, necesitamos á Michú. Vete á buscarle. Si no está allí, espéralo...» Yo comprendí que era conveniente permanecer aquí esta noche...

—¿Estaban aún en el palacio los truhanes de París?

—¡Ah! no lo sé; pero había mucha gente en el salón.

—Tuya será la quinta, pongámonos de acuerdo. Marta, vete á buscar el vino. Trae del mejor del Rosellón, del vino del ex marqués... Nosotros no somos jovencuelos. Así es que trae dos botellas del tinto y una del blanco que encontrarás sobre el tonel vacío.

—Esto me gusta, dijo Violette, que no se emborrachaba nunca. ¡Bebamos!

—Usted tiene cincuenta mil francos debajo de los ladrillos de su cuarto en toda la extensión que ocupa la cama, y

me los dará usted quince días después de cerrado el trato en casa de Grevín.

Violette miró fijamente á Michú y se puso lívido.

—¡Ah! ¿vienes á espiar á un jacobino acabado que tuvo el honor de presidir el club de Arcis y crees que él no te habla de coger de algún modo? Como tengo ojos y he visto los ladrillos removidos, he sacado en consecuencia que no los habías levantado para sembrar trigo. ¡Bebamos!

Violette, turbado, bebió un gran vaso de vino sin fijarse en la calidad: el terror parecía haberle puesto un hierro candente en el estómago, y los efectos del aguardiente quedaron anulados por los de la avaricia; hubiera dado cualquier cosa por estar ya en su casa y cambiar de sitio su tesoro. Las tres mujeres se sonreían.

—¿Le conviene á usted el negocio? dijo Michú á Violette llenándole de nuevo el vaso.

—¡Ya lo creo!

—Así, tendrás casa propia, viejo tonto.

Después de una media hora de animadas discusiones sobre la manera de hacer el trato y sobre los rodeos que acostumbra á hacer todos los aldeanos antes de cerrar un negocio, en medio de los asertos, de los vasos de vino vaciados, de las palabras llenas de promesas, de las denegaciones, de los: —¿de veras?—de veras—por mi palabra—como te lo digo—que me corten el cuello si...—que este vaso de vino se convierta en veneno si no digo la verdad...—Violette cayó de bruces sobre la mesa, no borracho, sino medio muerto; y tan pronto como Michú vió que sus ojos empezaban á enturbiarse, se apresuró á abrir la ventana.

—¿Dónde está ese pillo de Gaucher? le preguntó á su mujer.

—Está acostado.

—Tú, Mariana, dijo el administrador á su fiel criada, ve á ponerte atravesada en su puerta y vigílalo. Usted, madre, quédese abajo y vigíleme á este espía; esté usted al acecho y no abra la puerta si no oye la voz de Francisco. ¡Se trata de una cuestión de vida ó muerte! añadió con voz solemne. Para todas las criaturas del mundo, yo no he salido esta

noche de casa, y es preciso sostenerlo así, aunque le pongan á uno la cabeza en el tajo. Vamos, mujer, le dijo á su esposa; ponte los zapatos y la cofia y démonos prisa. Nada de preguntas, que yo te acompaño.

Hacía tres cuartos de hora que este hombre tenía en su gesto y en su mirada una autoridad despótica, irresistible, sacada del manantial común y desconocido de donde sacan sus poderes extraordinarios los grandes generales en los campos de batalla para entusiasmar á las masas, los grandes oradores que arrebatan á las multitudes, y, digámoslo también, ¡los grandes criminales para llevar á cabo sus audaces golpes de mano! Parece entonces que sus ademanes y su palabra ejercen una influencia invencible, imperando sobre la voluntad ajena. Las tres mujeres sabían que atravesaban una horrible crisis; sin que nadie les hubiese dicho nada, la presentían en la rapidez de los actos de aquel hombre, cuyo rostro imponía, cuya frente hablaba y cuyos ojos brillaban como estrellas; habían visto el sudor bañando su frente y más de una vez su palabra había vibrado de impaciencia y de rabia. Así es que Marta obedeció pasivamente. Armado hasta los dientes y con la escopeta al hombro, Michú se dirigió hacia la avenida seguido de su mujer, y ambos no tardaron en llegar á la encrucijada donde Francisco los esperaba escondido en la espesura.

—El pequeño comprende las cosas, dijo Michú al verlo.

Esta fué su primera palabra. Su mujer y él habían corrido hasta entonces sin pronunciar palabra.

—Vuelve al pabellón, ocúltate en el árbol más espeso y observa el campo y el parque, dijo á su hijo. Estamos todos acostados y no abrimos á nadie. Tu abuela vigila y no se moverá hasta que oiga tu voz. Retén bien mis palabras. Se trata de la vida de tu padre y de la de tu madre. Que la justicia no sepa nunca que hemos estado esta noche fuera de casa.

Después de dichas estas palabras al oído de su hijo, que se deslizó, como la anguila en el agua, á través del bosque, Michú dijo á su mujer:

—¡A caballo, y ruega que Dios esté con nosotros!

Agárrate bien, porque vamos á arrear aunque reviente el caballo.

Apenas fueron dichas estas palabras, cuando el caballo, en cuyo vientre dió Michú dos golpes con el pie, apretándole al mismo tiempo con sus forzudas rodillas, salió con la celeridad de un caballo de carrera; el animal parecía comprender á su amo y en un cuarto de hora atravesó el bosque. Michú, sin haberse desviado del camino más corto, se encontró en un extremo del bosque, desde el cual las cimas del palacio de Cinq-Cygne se veían alumbradas por la luna. Ató su caballo á un árbol y subió pronto y ágilmente al montículo desde donde se dominaba el valle de Cinq-Cygne.

El castillo, que Marta y Michú contemplaron durante un momento, hace un efecto encantador en el paisaje. Aunque no tenga ninguna importancia por su tamaño ni por su arquitectura, no carece de cierto mérito arqueológico. Este antiguo edificio del siglo xv, sito en una eminencia, rodeado de profundos fosos, anchos y llenos aún de agua, está construido con piedra y mortero, pero las paredes tienen siete pies de ancho. Su sencillez recuerda admirablemente la vida ruda y guerrera de los tiempos feudales. Este castillo, verdaderamente sencillo, está constituido por dos grandes torres, separadas por un largo cuerpo de edificio. La escalera está en la parte de afuera, en el medio, y cubierta por una torrecilla pentagonal provista de una puertecita ojival. El piso bajo, completamente modernizado en tiempo de Luis XIV, lo mismo que el primer piso, tiene los techos altísimos y llenos de esculturas. Delante del castillo se encuentra una inmensa pradera que poco tiempo antes era bosque. A ambos lados del puente de entrada hay sendas casuchas donde viven los jardineros, las cuales están separadas por una verja de hierro, sin carácter ninguno é indudablemente moderna. A derecha é izquierda de la pradera, dividida en dos partes por una calzada embalsada, se extienden las cuadras, los establos, los hórreos, la leñera, la panadería, el corral para las aves, las habitaciones de los criados, construido todo esto sin duda con dos alas semejantes al castillo actual. En otro tiempo, este castillo debía de ser cuadrado,

fortificado en los cuatro ángulos y defendido por una enorme torre con pórtico, al cual daba entrada, en lugar de la verja, un puente levadizo. Las dos gruesas torres, que no habían sido arrasadas, y el cimbanillo de la torre del centro, daban carácter á la aldea. La iglesia, vieja también, mostraba á algunos pasos su puntiagudo campanario, que armonizaba con las masas de este castillo. La luna hacía resplandecer todas las cimas y conos, en torno de los cuales formaba la luz agradables matices. Michú contempló esta morada señorial de un modo que extravió los pensamientos de su mujer, pues su rostro, más tranquilo, ostentaba una expresión de esperanza y una especie de orgullo. Sus ojos abrazaron el horizonte con cierta desconfianza; escuchó hacia la parte del campo; debían ser á la sazón las nueve, y la luna acariciaba con sus rayos la margen del bosque, alumbrando de un modo extraordinario el montículo. Esta posición debió parecer peligrosa al guarda general, porque descendió en seguida, sin duda por temor de ser visto. Sin embargo, ningún ruido sospechoso turbaba la paz de este hermoso valle, rodeado por aquella parte por el bosque Nodeme. Marta, agotadas ya sus fuerzas, temblorosa, esperaba un desenlace cualquiera después de semejante carrera. ¿Para qué la necesitaba á ella? ¿para una buena acción ó para un crimen? En este momento, Michú habló al oído á su mujer de esta suerte:

—Vas á ir á casa de la condesa de Cinq-Cygne y pedirás permiso para hablarla; cuando la veas, le ruegas que te escuche á solas. Si no quiere hacerte caso, le dirás: «Señorita, la vida de sus dos primos está en peligro, y el que ha de explicar á usted el por qué y el cómo, le espera.» Si tiene miedo, si desconfía, añade: «Forman parte de la conspiración contra el Primer Cónsul, y la conspiración está descubierta.» No digas tu nombre, pues desconfían demasiado de nosotros.

Marta levantó la cabeza hacia su marido y le dijo:

—¿Cómo! ¿estás á su servicio?

—¿Y qué? dijo Michú frunciendo las cejas y creyendo que la pregunta era un reproche.

—No me comprendes, exclamó Marta cogiendo la mano de Michú, cubriéndola de lágrimas y cayendo de rodillas.

—Corre, después llorarás, dijo Michú abrazándola con fuerza brusca.

Cuando ya no oyó los pasos de su mujer, aquel hombre de hierro lloró. Había desconfiado de Marta á causa de las opiniones de su padre, y le había ocultado los secretos de su vida; pero la belleza del carácter sencillo de su mujer había sido comprendido por él de pronto, como la grandeza del suyo acababa de brillar para ella. Marta pasaba de la profunda humillación que causa la degradación de un hombre cuyo nombre se lleva, al maravilloso encanto que le presta la gloria; pasaba de una á otro sin transición, ¿no había motivo para desfallecer? Presa de las más vivas inquietudes, había creído andar marchando hacia el crimen, como dijo ella misma, desde el pabellón hasta Cinq-Cygne, y en un momento se había sentido llevada al cielo entre los ángeles. Él, que creía no ser amado, que tomaba la actitud triste y melancólica de su mujer por falta de afecto, que la dejaba entregada á sí misma, viviendo él fuera y reconcentrando toda su ternura en su hijo, había comprendido en un momento todo lo que significaban las lágrimas de aquella mujer; ella maldecía el papel que su belleza y la voluntad paterna la habían obligado á representar. La dicha había brillado para ellos con su más hermosa llama, en medio de la tormenta, cual si fuese un rayo. Ambos pensaban en los diez años de desavenencia y cada uno creía ser el culpable. Michú permaneció de pie, inmóvil, con el codo apoyado en la carabina y la mano en la mejilla, sumido en profundos sueños. Un momento semejante hace aceptar como buenos los más dolorosos pesares del pasado.

Agitada por mil pensamientos semejantes á los de su marido, Marta sintió su corazón oprimido al pensar en el peligro de los Simeuse, pues lo comprendió todo, hasta la presencia de los dos parisienses, aunque no podía explicarse lo de la carabina. Corrió como una corza y llegó al camino del castillo. Sorprendida al oír tras sí los pasos de un hombre, lanzó un grito, pero la callosa mano de Michú le cerró la boca.

29681

UNIVERSIDAD

UN

 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 AÑO 1825 MONTERREY, MEXICO
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"

—Desde lo alto de la eminencia he visto relucir á lo lejos la plata de los sombreros bordados. Entra por una de las brechas del foso, que está entre la torre de la señorita y las cuadras; los perros no te ladrarán. Pasa al jardín, llama á la joven condesa por la ventana, haz que ensillen su caballo, dí que lo traigan por el foso, que yo estaré allí después de haber estudiado el plan de los parisienses y el medio de escapar.

Este peligro, que iba á arrollarlos como una avalancha y que era preciso evitar, dió alas á Marta.

El nombre común á los Cinq-Cygne (1) y á los Chargebeuf, es Duineff. Cinq-Cygne pasó á ser el nombre de la rama menor de los Chargebeuf después de una defensa hecha, en ausencia de su padre, por cinco doncellas de esta casa, todas extraordinariamente blancas, y de quien nadie hubiese esperado semejante conducta. Uno de los primeros condes de Champaña quiso perpetuar este recuerdo tanto tiempo como viviese esta familia, mediante este bonito nombre. Desde este singular hecho de armas, las descendientes de esta familia se mostraron orgullosas y dignas de él, aunque sin duda no fueron siempre blancas. La última, Lorenza, era, contrariando la ley sálica, heredera del nombre, de las armas y de los feudos. El rey de Francia había aprobado la carta del conde de Champaña, en virtud de la cual, en esta familia, las hembras ennoblecían y heredaban. Lorenza era, pues, condesa de Cinq-Cygne, y su marido debía tomar su nombre y su blasón, donde se leía por divisa la sublime respuesta dada por la mayor de las cinco hermanas á la intimación de que entregasen el castillo: *Morü cantando!* Digna de estas hermosas heroínas, Lorenza poseía una blancura extraordinaria. Las menores marcas de sus venas azules se veían bajo la fina trama de su epidermis. Su cabellera, de un hermoso color rubio, armonizaba admirablemente con sus ojos azules oscuros. Todo en ella era bonito. En su cuerpo delicado, á pesar de su delgado talle y de su blanca tez, moraba un alma templada, como la del

(1) Cinq-Cygne significa cinco cisnes. (Nota del traductor.)

hombre de más carácter; pero nadie, ni el mejor observador, lo hubiera adivinado al ver el aspecto de su angelical fisonomía y de su rostro, cuyas facciones reflejaban un gran candor é inocencia, como las de la oveja. Esta excesiva dulzura, aunque noble, parecía llegar á igualarse muchas veces con la estupidez del cordero.

—Parezco un carnero pensativo, decía ella algunas veces sonriéndose.

Lorenza, que hablaba poco, parecía estar siempre, no ya pensativa, sino aletargada. Pero si llegase á surgir algún acontecimiento serio, la Judith oculta se revelaba en seguida y aparecía sublime. Desgraciadamente, las circunstancias no le faltaron. A los trece años, Lorenza, después de los acontecimientos que hemos relatado, se vió huérfana, en medio de la plaza en que la víspera se levantaba en Troyes una de las casas más curiosas de la arquitectura del siglo xvi, el palacio de Cinq-Cygne. El señor de Hauteserre, uno de sus parientes y que había pasado á ser su tutor, se llevó á la heredera inmediatamente al campo. Este buen hidalgo de provincia, asustado con la muerte del abate Hauteserre, su hermano, muerto de un balazo en la plaza en el momento en que se escapaba disfrazado de aldeano, no estaba en posición para defender los intereses de su pupila: tenía dos hijos en el ejército de los príncipes, y todos los días, al menor rumor, creía que los municipales de Arcis iban á prenderle. Orgullosa de haber sostenido un sitio y de poseer la blancura histórica de sus antepasados, Lorenza despreciaba aquella prudente cobardía del anciano, encorvado por el viento de la tormenta, y no pensaba más que en ilustrarse. Puso audazmente en su pobre salón de Cinq-Cygne el retrato de Carlota Corday, coronado con ramas de encina entrelazadas. Por medio de un propio, estaba en correspondencia con los gemelos, despreciando la ley, que la hubiese condenado á muerte. El mensajero, que arriesgaba también su vida, traía las contestaciones. Desde la catástrofe de Troyes, Lorenza no vivió más que para el triunfo de la causa real. Después de haber juzgado imparcialmente á los señores de Hauteserre y de haber reconocido en ellos una

naturaleza honrada, pero sin energía, los consideró fuera de su esfera; Lorenza tenía demasiado talento y verdadera indulgencia para sentir rencor contra ellos á causa de su carácter. Buena, amable, afectuosa con ellos, no les comunicó nunca ninguno de sus secretos. Nada forma el alma como el disimulo constante en el seno de la familia. Al llegar á su mayor edad, Lorenza dejó que el honrado Hauteserre continuase administrando sus bienes, como había hecho hasta entonces. Que su yegua favorita estuviese bien alimentada, que su criada Catalina estuviese á gusto y su criado Gothard vestido convenientemente, y lo demás la tenía sin cuidado. Tenía ocupada su mente en cosas demasiado grandes, para entregarse á ocupaciones que, en otro tiempo, sin duda le hubiesen agradado. Su tocado, adornos y vestidos tenían poca importancia para ella, ya que sus primos no estaban allí. Lorenza tenía una amazona verde botella para pasearse á caballo, una bota de tela común con sencillos adornos para ir á pie y una bata de seda para andar por casa. Gothard, su pequeño escudero, un diestro y valeroso muchacho de quince años, le servía de escolta, pues ella estaba casi siempre fuera y cazaba en todas las tierras de Gondreville, sin que los cortijeros ni Michú se opusiesen á ello. Montaba admirablemente á caballo y su destreza en la caza era maravillosa. En toda la comarca, la llamaron siempre la señorita, aun durante la Revolución.

El que haya leído la hermosa novela *Rob-Roy*, debe recordar uno de los caracteres más raros de mujer para cuya concepción se valió Walter Scott de sus ordinarios moldes de frialdad; de Diana Vernon. Este recuerdo puede servir para hacer comprender á Lorenza, si añadís á las cualidades de la cazadora escocesa la exaltación contenida de Carlota Corday y si suprimís la amable vivacidad que hace á Diana tan simpática. La joven condesa había visto morir á su madre, matar de un tiro al abate de Hauteserre y perecer en el patíbulo á los marqueses de Simeuse. Su hermano único había muerto de heridas recibidas en el campo de batalla, sus dos primos, que servían en el ejército de Condé, podían morir de un momento á otro, y, finalmente,

la fortuna de los Simeuse y los Cinq-Cygne acababa de ser devorada por la República, sin provecho para la República. Su gravedad, que había degenerado en estupor aparente, debe, pues, concebirse.

El señor de Hauteserre fué, por otra parte, el tutor más probo y más entendido. Bajo su administración, Cinq-Cygne tomó el aspecto de una quinta. El buen hombre, que parecía, más bien que un valiente, un propietario aprovechado, había sacado partido del parque y de los jardines, cuya extensión era de más de doscientas fanegas, donde encontró alimento para los caballos y para los criados, y la leña para el consumo. Gracias á la más severa economía, al llegar á su mayor edad, la condesa había recobrado ya una fortuna considerable, y tenía colocado su importe en papel del Estado. En 1798, la heredera poseía veinte mil francos en rentas del Estado y doce mil francos en Cinq-Cygne, cuyos arriendos habían sido renovados con notables aumentos. Los señores de Hauteserre se habían retirado al campo con tres mil francos de renta vitalicia; estos despojos de su fortuna no les permitía habitar más que en Cinq-Cygne; así es que el primer acto de Lorenza fué darles el usufructo para toda la vida del pabellón que ocupaban. Los Hauteserre, que se habían hecho avaros para su pupila como para ellos mismos, y que todos los años amontonaban sus mil escudos, pensando en sus dos hijos, obligaban á hacer una vida modestísima á la heredera. El gasto total de Cinq-Cygne no pasaba de cinco mil francos anuales. Pero Lorenza, que descendía á ciertos detalles, lo encontraba todo bueno. El tutor y su mujer, dominados insensiblemente por la influencia imperceptible que aquel carácter ejercía en las cosas más insignificantes, habían acabado por admirar á la que habían conocido niña, lo cual no deja de ser raro. Pero Lorenza tenía en sus modales, en su voz gutural y en su imperiosa mirada, ese no sé qué, ese poder inexplicable, que impone siempre, aunque sólo sea aparente, pues para los tontos el vacío se parece á la profundidad. Para el vulgo, la profundidad es incomprensible. De ahí proviene sin duda la admiración del pueblo por todo lo que no comprende. Los seño-

res de Hauteserre, sorprendidos del silencio habitual e impresionados por el carácter reservado de la joven condesa, estaban siempre á la espera de alguna cosa grande. Haciendo el bien con discernimiento y no dejándose engañar, Lorenza era respetada por los aldeanos, á pesar de ser aristócrata. Su sexo, su nombre, sus desgracias, la originalidad de su vida, todo contribuía á darle autoridad sobre los habitantes del valle de Cinq-Cygne. Salía algunas veces por uno ó dos días, acompañada de Gothard, y nunca, al volver, la interrogaban los señores de Hauteserre acerca de los motivos de su ausencia. Pero entiéndase bien que Lorenza no tenía nada de extravagante y que el marimacho se ocultaba bajo la forma más femenina y más débil en apariencia. Su corazón estaba dotado de una excesiva sensibilidad, pero su cabeza obraba con resolución viril y firmeza estoica. Sus perspicaces ojos no sabían llorar. Al ver su puño blanco y delicado, cruzado por azules venas, nadie hubiese creído que podía desafiar al del caballero más nervudo. Su mano, tan noble y tan delicada, manejaba una pistola ó un fusil con el vigor de un diestro cazador. Fuera de casa, se peinaba siempre como las mujeres para montar á caballo y llevaba un sombrero de castor y el velo verde echado sobre la cara. Así es que su delicado rostro y su blanco cuello envuelto en una corbata negra, no sufría nada durante sus correrías al aire libre. Bajo el Directorio y al principio del Consulado, Lorenza había podido obrar así sin que nadie se ocupase de ella; pero cuando el gobierno empezó á regularizarse, las nuevas autoridades, el prefecto del Aube, los amigos de Maligno y Maligno mismo, procuraban hacer que perdiese la consideración de que gozaba. Lorenza no pensaba más que en la caída de Bonaparte, cuya ambición y triunfo habían hecho nacer en ella una rabia fría y meditada. Enemiga obscura y desconocida de aquel hombre cubierto de gloria, no lo perdía de vista ni un momento desde el fondo de su valle y de sus bosques; dábanle á veces intenciones de ir á matarlo á los alrededores de Saint-Cloud y de Malmaison. La ejecución de este proyecto bastaría para explicar ya los ejercicios y las costumbres de su vida; pero, iniciada, desde

la ruptura de la paz de Amiens, en la conspiración de los hombres que intentaron derribar el 18 de brumario al Primer Cónsul, había subordinado desde entonces su fuerza y su odio al plan más vasto y mejor dirigido que debía atacar á Bonaparte, en el exterior con la vasta coalición de Rusia, Austria y Prusia, que el emperador venció en Austerlitz, y en el interior con la coalición de los hombres más opuestos unos á otros, pero unidos por su odio común, y algunos de los cuales meditaban, como Lorenza, la muerte de este hombre, sin retroceder ante el asesinato. Esta joven, tan débil en apariencia y tan fuerte para el que la conocía bien, era, pues, en este momento el guía fiel y seguro de los hidalgos que llegaron de Alemania para tomar parte en este serio ataque. Fouché echó mano de esta cooperación de los emigrados del otro lado del Rhin, para comprometer al duque de Enghien en el complot. La presencia de este príncipe en el territorio de Bade, á poca distancia de Strasburgo, dió después pábulo á estas hipótesis. La gran cuestión de saber si el príncipe tuvo en realidad conocimiento de la empresa y si sabía entrar en Francia después de la victoria, es uno de los secretos sobre los cuales, como sobre otros muchos, guardaron profundo silencio los príncipes de la casa de Borbón. A medida que la historia de este tiempo vaya envejeciendo, los historiadores imparciales juzgarán como una imprudencia el que el príncipe se hubiera aproximado á la frontera en el momento en que tenía que estallar una inmensa conspiración, en cuyo secreto estaba indudablemente toda la familia real. La prudencia que Maligno había desplegado conferenciando con Grevin al aire libre, era empleada por esta joven para las cosas más insignificantes. Recibía á los emisarios y conferenciaba con ellos, ya en los diversos extremos del bosque de Nodsmé, ó ya al otro lado del valle de Cinq-Cygne, entre Sezanne y Brienne. Andaba á veces quince leguas de una sola tirada con Gothard, y volvía á Cinq-Cygne sin que nadie pudiese ver en su fresca cara la menor huella de fatiga ni de preocupación. Desde un principio, había visto en los ojos de este pequeño vaquero, que tenía entonces nueve años, la sencilla admiración

que sienten los niños por todo lo extraordinario, y lo constituyó en palafrenero suyo, enseñándole á cuidar los caballos con la atención y escrupulosidad con que acostumbran á hacerlo los ingleses. Lorenza reconoció en él el deseo de obrar bien, inteligencia y ausencia de todo cálculo; estudió su naturaleza y encontró en ella una abnegación no desprovista de talento ni de nobleza; aquel joven no concebía la recompensa, y su ama cultivó aquella alma aún tan joven, la hizo buena para él, buena con grandeza, se la atrajo mostrándole cariño, y pulió su naturaleza medio salvaje, sin quitarle por eso su frescura y su sencillez. Cuando Lorenza tuvo pruebas suficientes de la fidelidad casi canina que ella había alimentado, convirtió á Gothard en su ingenioso é ingenuo cómplice. El aldeanito, de quien nadie podía sospechar, iba á veces de Cinq-Cygne hasta Nancy, y volvía, sin que nadie supiese que había abandonado el país. Practicaba todas las astucias empleadas por los espías. La excesiva confianza que le había hecho concebir su dueña no alteraba para nada su naturalidad. Gothard, que poseía á la vez la astucia de las mujeres, el candor del niño y la atención constante del conspirador, ocultaba estas admirables cualidades bajo la capa de la profunda ignorancia y torpeza de los campesinos. Este hombrecito parecía necio, débil y tórpe; pero una vez en campaña, era ágil como una ardilla, se evadía como una anguila, comprendía, como los perros, con una mirada, y olfateaba el pensamiento. Su carota redonda y encarnada, sus ojos negros y parados, sus cabellos cortados como los de los aldeanos, su traje, su atrasado crecimiento, le daban la apariencia de un niño de diez años. Bajo la protección de su prima, que, desde Strasburgo hasta Bar-sur-Aube, vigiló por ellos, los señores de Hauteserre y de Simeuse, acompañados de otros varios emigrados, llegaron por Alsacia, Lorena y Champaña, mientras que otros conspiradores, no menos valerosos, entraban en Francia por la parte de Normandía. Vestidos de obreros, los de Hauteserre y los Simeuse habían marchado de bosque en bosque, guiados de trecho en trecho por personas escogidas hacia ya tres meses en cada departamento por Lorenza entre las

gentes más adictas á los Borbones y menos sospechosas. Los emigrados dormían á la intemperie y andaban durante la noche. Cada uno de ellos llevaba dos soldados adictos, de los que el uno iba delante descubriendo el terreno y el otro permanecía detrás para proteger la retirada en caso de sorpresa. Gracias á estas precauciones militares, este precioso destacamento había llegado felizmente al bosque de Nodeme, señalado como punto de cita. Otros veintisiete hidalgos entraron también por Suiza y atravesaron Borgoña, siendo guiados hacia París con precauciones análogas. El señor de Riviere contaba con quinientos hombres, de los cuales cien eran nobles y formaban la oficialidad de este batallón sagrado. Los señores de Polignac y de Riviere, cuya conducta como jefes fué excesivamente notable, guardaron un impenetrable silencio respecto á los cómplices que no fueron descubiertos. Así es que puede decirse hoy, de acuerdo con las revelaciones hechas durante la Restauración, que Bonaparte no conoció toda la extensión de los peligros que corrió entonces, y que Inglaterra no conocía el peligro en que la ponía el campo de Bolonia, á pesar de que en ningún tiempo hubo policía más diestra ni más hábilmente dirigida. En el momento en que empieza esta historia, un cobarde, como los que se encuentran siempre en las conspiraciones que no están limitadas á un corto número de hombres de igual rango y poder, un conspirador, amenazado de muerte, hacía indicaciones, felizmente insuficientes en cuanto á su extensión, pero bastante precisas por lo que afectaba al objeto de la empresa. Así es que, como había dicho Maligno á Grevin, la policía vigilaba á los conspiradores dejándolos en libertad, á fin de descubrir todas las ramificaciones del complot. No obstante, el gobierno tuvo que obrar obligado por Jorge Cadoudal, hombre de acción, que no tomaba consejos de nadie y que se había escondido en París con veinticinco chuanes para atacar al Primer Cónsul. Lorenza estaba animada por los sentimientos contrarios de odio y de amor. Derribar á Bonaparte y traer á los Borbones ¿no equivalía á recuperar Gondreville y hacer la fortuna de sus primos? Estos dos sentimientos bastan, á los veintitrés años sobre

todo, para desplegar todas las facultades del alma y todas las fuerzas de la vida. Hacía ya dos meses que Lorenza parecía más hermosa á los habitantes de Cinq-Cygne de lo que les había parecido nunca. Sus mejillas se habían vuelto encarnadas y la esperanza daba á veces arrogancia á sus movimientos. Pero cuando se leía delante de ella la *Gaceta* de la noche y cuando oía comentar los actos conservadores del Primer Cónsul, bajaba los ojos para que nadie pudiese leer en ellos la amenazadora certeza de la caída próxima de este enemigo de los Borbones. Nadie en el castillo sospechaba que la joven condesa hubiese vuelto á ver á sus primos la noche anterior. Los dos hijos de los señores de Hauteserre habían pasado la noche en el mismo cuarto de la condesa, bajo el mismo techo de sus padres, pues Lorenza, para no inspirar sospechas, después de haberse acostado los dos Hauteserre, entre una y dos de la mañana, fué á unirse con sus primos en el lugar de la cita y los llevó al centro del bosque, ocultándolos allí en una cabaña abandonada. Segura de volver á verlos, no dió muestras de alegría, y nada denotó en ella las emociones de su larga espera; finalmente, permaneció impassible y supo borrar las huellas del placer que le ocasionaba el volver á verlos. La bonita Catalina, la hija de su nodriza y Gothard estaban en el secreto y amoldaron su conducta á la de su ama. Catalina tenía diez y nueve años. A esta edad, como á la de Gothard, una joven es fanática y se deja cortar el cuello sin decir una palabra. Respecto á Gothard, con sentir el perfume que la condesa ponía en sus cabellos y en sus ropas, hubiese tenido bastante para sufrir el tormento más extraordinario sin hacer declaración alguna.

En el momento en que Marta, advertida de la inminencia del peligro, se dirigió como una sombra hacia la brecha indicada por Michú, el salón del palacio de Cinq-Cygne ofrecía el espectáculo más apacible. Sus habitantes estaban tan lejos de sospechar la tormenta próxima á desencadenarse sobre sus cabezas, que su actitud hubiese movido á compasión á cualquiera que hubiese conocido su situación. En la elevada chimenea, adornada con un trumó, cuya parte superior del marco figuraba unas pastoras que bailaban con costitas eu-

la mano, brillaba uno de esos fuegos como se hacen únicamente en los castillos próximos á los bosques. En el rincón de esta chimenea, en una gran poltrona cuadrada, de madera dorada, tapizada con magnífica seda verde, la joven condesa permanecía en esa actitud que suelen tomar las personas agobiadas por la fatiga. Vuelta á las seis de la tarde de los confines de la Brie, después de haber explorado el campo delante de la tropa á fin de hacer llegar sin contratiempo á los cuatro hidalgos á la madriguera, donde debían hacer la última parada antes de ir á París, había encontrado á los señores de Hauteserre acabando de comer. Impulsada por el hambre, se había puesto á la mesa sin quitarse su amazona llena de barro, ni sus zapatos. En lugar de desvestirse después de comer, se había sentido de tal modo agobiada por el cansancio, que había recostado su hermosa cabeza provista de mil rubios bucles en el respaldo de la inmensa poltrona, apoyando los pies en un taburete que tenía delante. El fuego secaba el barro de su amazona y el de sus zapatos. Sus guantes de piel de gamo, su sombrero de castor, su velo verde y su látigo, estaban sobre la consola en que ella los había dejado. Miraba tan pronto el viejo reloj, que se encontraba sobre la chimenea entre dos candelabros con flores, para ver, por la hora, si los conspiradores estarían ya acostados, como la mesa del boston colocada delante de la chimenea y ocupada por el señor de Hauteserre y por su mujer, por el cura de Cinq-Cygne y por su hermano.

Aunque estos personajes no figurasen en este drama, sus descripciones tendrían el mérito de representar una de las fases que tomó la aristocracia después de su derrota de 1793. Bajo este punto de vista, la pintura del salón de Cinq-Cygne tiene el sabor de la historia vista por dentro.

El hidalgo, que contaba á la sazón cincuenta y dos años, alto, seco, sanguíneo y de una salud robusta, hubiese parecido hombre vigoroso sin sus dos ojazos de azul claro, cuya mirada anunciaba una extremada sencillez. Terminada en barba de vieja, existía en su cara, entre su barba y su boca, una distancia desmesurada con arreglo á las leyes del dibujo, la cual distancia le daba un aspecto de sumisión que estaba

en perfecta armonía con su carácter, el cual era denotado así mismo por los menores detalles de su fisonomía. Su cabellera gris, aplastada por su sombrero, que llevaba puesto casi todo el día, formaba un casquete sobre su cabeza, dibujando el piriforme contorno de ésta. Su frente, que la vida del campo y sus continuas inquietudes habían surcado de arrugas, era achatada y sin expresión. Su nariz aguileña realzaba un poco su rostro, y el único indicio de fuerza que se veía en él, se encontraba en sus tupidas cejas, que conservaban su color negro, y en la viva coloración de su tez; pero este indicio no mentía: el hidalgo, aunque sencillo y afable, tenía fe monárquica y católica, y ninguna consideración le hubiese hecho cambiar de partido. Este hombre se hubiera dejado coger, no hubiese disparado contra los municipales y hubiese ido sin resistencia al patíbulo. Sus tres mil libras de renta vitalicia, su único recurso, le habían impedido emigrar. Obedecía, pues, al gobierno de hecho, sin dejar por eso de amar á la familia real y de desear su restablecimiento; pero se hubiese negado á comprometerse tomando parte en alguna iniciativa á favor de los Borbones. Pertenecía á esa porción de realistas que se acordaban eternamente de que habían sido golpeados y robados, y que, desde entonces, han sido mudos, económicos, rencorosos, débiles é incapaces de ninguna abjuración ni de ningún sacrificio; dispuestos á saludar á la monarquía triunfante, amigos de la religión y de los sacerdotes, pero resueltos á soportar todas las vejaciones de la desgracia. Esto no es tener una opinión, sino ser testarudo. La acción es la esencia de los partidos. Sin alma, pero leal, avaro como un aldeano, y noble no obstante, de modales, atrevido en sus votos, pero discreto en palabras y en acciones, sacando partido de todo y dispuesto á dejarse nombrar alcalde de Cinq-Cygne, el señor de Hauteserre representaba admirablemente á aquellos honrados hidalgos en cuya frente escribió Dios la palabra *polillas*, que dejaron pasar por encima de sus hidalguías y de sus cabezas las tormentas de la Revolución, que se levantaron de nuevo bajo la Restauración, ricos con sus economías ocultas, orgullosos de su adhesión discreta, y que entraron en campaña des-

pués de 1830. Su traje, expresiva envoltura de este carácter, pintaba al hombre y al tiempo. El señor de Hauteserre llevaba una de esas hopalandas, color avellana, con cuello estrecho, que el duque de Orleans había puesto de moda á su vuelta de Inglaterra, y que fueron, durante la Revolución, una especie de transacción entre los terribles trajes populares y las elegantes levitas de la aristocracia. Su chaleco de terciopelo á rayas y floreado, que recordaba los de Robespierre y los de Saint-Just, dejaba ver una chorrera de pequeños pliegues que yacía sobre la camisa. Conservaba el calzón, pero el suyo era de grueso paño azul con hebillas de acero negro. Unas medias de filadiz negras cubrían sus piernas de ciervo, calzadas con gruesos zapatos sostenidos por polainas de paño negro también. Conservaba el cuello de muselina con muchos pliegues, sujeto con un alfiler de oro en la parte de adelante. El buen hombre no creyó nunca hacer eclecticismo político adoptando este traje aldeano al par que revolucionario y aristócrata, y no había hecho más que obedecer inocentemente á las circunstancias.

La señora de Hauteserre, de cuarenta años de edad, y gastada por las emociones, tenía un rostro pasado que parecía poner siempre en actitud de ser retratado; y su cofia de encaje, adornada con capullitos de satén blanco, contribuía especialmente á darle este aire solemne. Se ponía aún polvos, á pesar de su pañoleta blanca, de su bata de seda color de pulga, de mangas lisas y de falda anchísima, triste y último traje de la reina María Antonieta. Tenía la nariz afilada, la barba puntiaguda, la cara casi triangular y unos ojos grises que parecían siempre que acababan de llorar, pero que estaban reavivados un tanto por el poco de colorete que ella usaba. Tomaba tabaco, y, cada vez que lo hacía, tomaba aquellas bonitas precauciones de que tanto abusaron en otro tiempo las cortesanas; todos los detalles de cada toma constituían una ceremonia que se explica con estas palabras: tenía las manos bonitas.

Hacia ya dos años que el antiguo preceptor de los dos Simeuse y amigo del abate de Hauteserre, llamado Goujet, cura de las Mínimas, había tomado como retiro el curato de

Cinq-Cygne por amistad á los Hauteserre y á la joven condesa. Su hermana, la señorita Goujet, que poseía setecientos francos de renta, unía á éstos el escaso sueldo del cura y dirigía la casa de éste. Ni la iglesia ni el presbiterio habían sido vendidos á causa de su escaso valor. El abate Goujet vivía, pues, á dos pasos del castillo, pues el muro del jardín del cura y el del parque eran medianeros en algunos lugares. Dos veces por semana, el abate Goujet y su hermana comían en Cinq-Cygne, adonde iban todas las noches á jugar la partida de boston con los Hauteserre. Lorenza no conocía ningún juego de cartas. El abate Goujet, anciano de cabellos blancos y de rostro blanco como el de una vieja, dotado de una sonrisa amable y de voz dulce é insinuante, hacía ver la insipidez de su carita de muñeca, con una frente que denotaba mucha inteligencia y unos ojos que denotaban mucha astucia. De mediana estatura y bien formado, conservaba el hábito negro á la francesa, llevaba hebillas de plata en el calzón y en los zapatos, medias de seda negra, un chaleco negro sobre el que caía su alzacuello, todo lo cual le daba un gran aire sin quitarle nada de su dignidad. Este cura, que llegó á ser obispo de Troyes cuando la Restauración, acostumbrado por su antigua vida á juzgar á los jóvenes, había adivinado el gran carácter de Lorenza; la apreciaba en todo su valor, y, desde un principio, demostró á aquella joven una respetuosa deferencia que contribuyó mucho á hacerla independiente en Cinq-Cygne y á que la dejasen en libertad la austera anciana y el buen hidalgo, á quienes, según costumbre, era indudable que debía obedecer. Hacía seis meses que el abate Goujet observaba á Lorenza de ese modo particular como lo hacen los sacerdotes, que son la gente más perspicaz del mundo; y, sin saber que aquella joven de veintitrés años pensase en derribar á Bonaparte en el momento en que sus débiles manos desenredaban uno de los galones deshilados de su amazona, la suponía, sin embargo, agitada por un gran designio.

La señorita Goujet era una de esas muchachas cuyo retrato se hace en dos palabras, que permiten imaginársela á los menos avisados: pertenecía al género de las grandes

hacneas. Sabía que era fea y era la primera en reirse de su fealdad, mostrando sus grandes dientes amarillos como su tez y sus huesudas manos. Era buena y estaba siempre alegre. Llevaba el famoso casaquín de antaño, una falda muy ancha y con faltriqueras llenas siempre de llaves, y una cofia con cintas. Había llegado á los cuarenta años demasiado pronto, pero, según decía ella misma, se había parado en ellos hacía ya veinte. Veneraba á la nobleza y sabía conservar su propia dignidad al mismo tiempo que rendía á los nobles todo el respeto y homenajes que se merecían.

Esta compañía había venido muy á tiempo á Cinq-Cygne para la señora de Hauteserre, que no tenía, como su marido, ocupaciones rurales, ni, como Lorenza, el tónico de un odio que la ayudase á soportar el peso de una vida solitaria. De este modo todo había mejorado hasta cierto punto desde hacía seis años. El culto católico restablecido permitía cumplir con los deberes religiosos, que tienen más resonancia en la vida del campo que en ninguna otra parte. Los señores de Hauteserre, tranquilizados con los actos conservadores del Primer Cónsul, habían podido cartearse con sus hijos, tener noticias suyas, no temblar ya por ellos y rogarles que solicitasen ser borrados de la lista para poder volver así á Francia. El Tesoro había liquidado los atrasos de rentas y pagaba regularmente los semestres. Los Hauteserre poseían entonces, á más de sus rentas vitalicias, ocho mil francos de renta. El anciano aplaudía la prudencia de sus provisiones al emplear todas sus economías, unos veinte mil francos, al mismo tiempo que su pupila, ó sea antes del 13 de brumario, el cual hizo subir los fondos, como se sabe, de doce á diez y ocho francos.

Durante mucho tiempo, Cinq-Cygne había permanecido vacío, desnudo y devastado. Por cálculo, el prudente tutor no había querido cambiar su aspecto durante las conmociones revolucionarias; pero, cuando la paz de Amiens, hizo un viaje á Troyes para traer de allí algunos restos de los palacios saqueados, restos que habían sido comprados de nuevo en la tienda de unos prenderos. Gracias á esos cuidados, el salón fué entonces amueblado. Hermosas cortinas de seda

blanca con flores verdes, que provenían del palacio de Simeuse, adornaban las seis ventanas del salón donde se encontraban á la sazón estos personajes. Esta inmensa pieza estaba completamente tapizada con maderas divididas en testers, con marcos de varillas guarnecidas de perlas, decoradas con mascarones en los ángulos y pintadas á dos tonos grises. La parte superior de las cuatro puertas estaba adornada con uno de esos objetos grises que estuvieron de moda en tiempo de Luis XV. El buen hombre había encontrado en Troyes consolas doradas, un mueble tapizado con seda verde, una araña de cristal, una mesa de juego de marquetería y todo lo que podía servir para la restauración de Cinq-Cygne. En 1792, todo el mobiliario del castillo había sido robado, pues el pillaje de los palacios repercutió también en el valle. Cada vez que el anciano iba á Troyes, volvía con algunas reliquias del antiguo esplendor; ya una hermosa alfombra como la que cubría el suelo del salón, ó ya un juego de vajilla ó de antigua porcelana de Sajonia y de Sèvres. Hacía seis meses que se había atrevido á sacar los cubiertos de plata de Cinq-Cygne, que el cocinero había enterrado en una casita perteneciente á sus amos y situada al extremo de uno de los grandes arrabales de Troyes.

Este fiel servidor, llamado Durieu, y su mujer, habían seguido siempre la suerte de su joven amo. Durieu era el factotum del castillo, así como su mujer era la que hacía las labores más pesadas de la casa. Durieu tenía, para que le ayudase en la cocina, á la hermana de Catalina, á quien enseñaba su arte, y que se estaba haciendo una excelente cocinera. Un anciano jardinero, su mujer, su hijo, que trabajaba á jornal, y su hija, que servía de vaquera, completaban el personal del castillo. Hacía ya seis meses que la mujer de Durieu había hecho construir en secreto una librea con los colores de Cinq-Cygne para el hijo del jardinero y para Gothard. Aunque recibió una fuerte reprimenda del hidalgo por su imprudencia, se dió el gusto de ver servida la comida casi como antaño, el día de san Lorenzo, con motivo de la fiesta onomástica de su señorita. Esta penosa y lenta restauración de las cosas constituía la alegría de los

señores de Hautesserre y de los Durieu. Lorenza sonreía al ver aquellas cosas que ella llamaba puerilidades. Pero el honrado Hautesserre pensaba también en las cosas importantes, y así reparaba los desperfectos del edificio, reconstruía muros y hacía plantaciones en todos los sitios en que veía probabilidades de hacer brotar un árbol, sin dejar abandonado una pulgada de terreno. El valle de Cinq-Cygne lo consideraba como un oráculo en materia de agricultura. Había sabido recuperar cien fanegas de terreno, no vendido, sino incluido y confundido por el ayuntamiento entre sus tierras, y las había convertido en praderas que servían para alimentar el ganado del castillo, cercándolas con álamos que hacía ya diez años que crecían que era una maravilla. Tenía intención de comprar algunas tierras más y de utilizar todos los compartimientos contiguos al castillo, haciendo con ellos una segunda quinta que se proponía administrar por sí propio.

Hacía ya dos años que la vida era, pues, casi feliz en el castillo. El señor de Hautesserre salía al amanecer, iba á vigilar á sus obreros, pues siempre tenía gente que trabajaba por su cuenta, volvía á almorzar, montaba después en una jaquita para dar una vuelta por sus tierras como si fuera un guarda, y, á la caída de la tarde, volvía á comer y acababa el día con la partida de boston. Todos los habitantes del castillo tenían sus ocupaciones, y la vida en él era tan metódica como la de un convento. Lorenza era la única que la turbaba con sus viajes repentinos, con sus ausencias, á las que la señora de Hautesserre daba el nombre de fugas. Sin embargo, existían en Cinq-Cygne dos polticas, causa de discusión. En primer lugar, Durieu y su mujer estaban celosos de Gothard y Catalina, que hacían vida más íntima con su joven dueña, el ídolo de la casa. Además, los dos Hautesserre, apoyados por la señorita Goujet y por el cura, querían que sus hijos y los gemelos de Simeuse volvieran y tomaran parte en la dicha de aquella apacible vida, en lugar de vivir penosamente en el extranjero. Lorenza era contraria á esta odiosa transacción, y representaba el realismo puro, militante é implacable. Los cuatro ancianos, que no querían de

ningún modo comprometer su existencia feliz, ni aquel rincón de tierra que habían logrado salvar de las furiosas aguas del torrente revolucionario, procuraban convertir á Lorenza á sus prudentes doctrinas, comprendiendo que su opinión contribuía mucho á la resistencia que sus hijos y los dos Simeuse oponían á volver á Francia. El soberbio desprecio de su pupila espantaba á aquellas pobres gentes, que no se engañaban al temer lo que ellos llamaban una *testardez*. Esta discusión estalló cuando la explosión de la máquina infernal de la calle de Saint-Nicaise, que fué la primera tentativa hecha contra el vencedor de Marengo, después de su negativa á tratar con la casa de Borbón. Los Hauteserre consideraron como una dicha el que Bonaparte hubiese escapado á aquel peligro, creyendo que los republicanos eran los autores de aquel atentado. Lorenza lloró de rabia al saber que el Primer Cónsul se había salvado. Su desesperación pudo más que su disimulo habitual y acusó á Dios de hacer traición á los hijos de san Luis.

—Yo no hubiera errado el golpe, exclamaba. ¿No hay derecho para atacar á los usurpadores por todos los medios posibles? dijo al abate Goujet al observar la profunda admiración que sus palabras produjeron en todos los rostros.

—Hija mía, respondió el abate Goujet; la Iglesia ha sido muy atacada y vituperada por los filósofos, por haber sostenido en otro tiempo que se podían emplear contra los usurpadores las armas que éstos habían empleado para usurpar; pero hoy, la Iglesia debe demasiado al Primer Cónsul, para no protegerlo y condenar esta máxima, debida, por otra parte, á los jesuitas.

—¡De modo que la Iglesia nos abandona! respondió ella con aire sombrío.

Desde este día, siempre que estos cuatro ancianos hablaban de someterse á la Providencia, la joven condesa abandonaba el salón. Hacía algún tiempo que el cura, más diestro que el tutor, en lugar de discutir los principios, hacía resaltar las ventajas materiales del gobierno consular, no tanto para convertir á la condesa, como para sorprender en sus ojos expresiones que le diesen á conocer sus proyectos. Las

ausencias de Gothard, las múltiples correrías de Lorenza, su preocupación que, de algunos días á aquella parte, se echaba de ver en su rostro, y, finalmente, una multitud de pequeños detalles que no podían pasar desapercibidos en medio del silencio y de la tranquilidad de la vida de Cinq-Cygne, sobre todo para los ojos inquietos de los Hauteserre, del abate Goujet y de los Durieu, todo había despertado los temores de aquellos realistas sometidos. Pero como ningún acontecimiento se producía, y como reinaba la tranquilidad más perfecta hacia ya unos días, la vida del castillo volvió á hacerse apacible. Todos atribuían las correrías de la condesa á su pasión por la caza.

Cualquiera puede imaginarse el silencio que reinaría en el parque, en los patios y en el exterior, á las nueve de la noche, en el castillo de Cinq-Cygne, donde en este momento las personas y las cosas descansaban de las fatigas del día, donde reinaba la paz más profunda, donde la abundancia empezaba á sentirse, y cuando el bueno y prudente hidalgo esperaba convertir á su pupila á su sistema de obediencia por la continuidad de los felices resultados que daba. Estos realistas continuaban jugando al boston, que extendió por toda Francia las ideas de independencia bajo una forma fría, que fué inventado en honor de los insurrectos de América, y cuyos términos recuerdan la valerosa lucha por Luis XVI. Al mismo tiempo que hacían *independencias ó miserias*, observaban á Lorenza, la cual, vencida en breve por el sueño, se durmió conservando en sus labios una sonrisa de ironía; su último pensamiento había abrazado el cuadro apacible de aquella mesa, donde dos palabras, que hubiesen notificado á los Hauteserre que sus hijos habían dormido la noche anterior bajo su techo, podían producir el más vivo terror. ¿Qué joven de veintitrés años no hubiese estado orgullosa, como Lorenza, de crearse una posición, y no hubiera hecho, como ella, un ligero movimiento de compasión por aquellos á quienes vela tan por debajo de ella?

—Duerme, dijo el abate. Nunca la he visto tan cansada.

—Durieu me ha dicho que su yegua está medio reventada, repuso la señora de Hauteserre. Su escopeta no ha sido

usada, pues el cañón está limpio, y se deduce de aquí que no ha ido de caza.

—¡Ah, diantrel eso sí que es lo de menos, repuso el cura.

—¡Bah! exclamó la señorita Goujet. Cuando yo tenía veintitrés años y me veía condenada á permanecer soltera, también corría y me cansaba como ella. Comprendo que la condesa se pasee por el jardín sin pensar en cazar. Pronto va á hacer doce años que no ha visto á sus primos, á quienes tanto ama; miren ustedes, si yo estuviese en su lugar, si yo fuese como ella, joven y bonita, me hubiera ido de una sola tirada hasta Alemania. No me extraña que la pobrecilla se sienta atraída hacia la frontera.

—¡Qué lista anda usted, señorita Goujet! dijo el cura á su hermana sonriendo.

—No, repuso ella; pero como veo que se inquietan ustedes por las idas y venidas de una joven de veintitrés años, las explico.

—Sus primos volverán, y ella se encontrará rica y acabará por calmarse, dijo el bueno de Hauteserre.

—¡Dios lo quiera! exclamó la anciana dama cogiendo su tabaquera de oro, que desde el establecimiento del Consulado perpetuo había vuelto á ver el día.

—Algo ocurre de nuevo en el país, dijo Hauteserre al cura. Maligno está desde ayer por la noche en Gondreville.

—¡Maligno! exclamó Lorenza despertándose al oír este nombre, á pesar de su profundo sueño.

—Sí, repuso el cura; pero vuelve á marchar esta noche, y todo el mundo se pierde en conjeturas acerca del objeto de este precipitado viaje.

—Ese hombre, dijo Lorenza, es el mal genio de nuestras dos casas.

La joven condesa acababa de soñar con sus primos y con los dos Hauteserre, y los había visto amenazados. Sus hermosos ojos perdieron su brillo al pensar en los peligros que aquéllos corrían en París, y, levantándose de pronto, se fué á su habitación sin decir nada. Ocupaba en el castillo el cuarto de honor, al lado del cual había un gabinete y un

oratorio, situado en la torrecilla que daba al bosque. Apenas hubo dejado el salón, cuando los perros ladraron, se oyó llamar á la reja, y Durieu se presentó asustado en el salón, diciendo:

—Aquí está el alcalde; algo ocurre de nuevo.

Este alcalde, antiguo piquero de la casa Simeuse, iba algunas veces al castillo, donde, por política, los Hauteserre le demostraban gran deferencia, con lo que él se consideraba muy honrado. Este hombre, llamado Goulard, se había casado con una rica tendera de Troyes, cuyos bienes se encontraban en el distrito de Cinq-Cygne, bienes que él había aumentado con la adquisición de las tierras de una rica abadía, en la que empleó todas sus economías. La vasta abadía de Val-des-Preux, situada á un cuarto de hora del castillo, era una residencia casi tan espléndida como Gondreville, y donde el alcalde y su mujer figuraban como dos ratas en una catedral.

—Goulard, has sido muy goloso, le dijo riéndose la señorita la primera vez que lo vió en Cinq-Cygne.

Aunque era muy adicto á la Revolución y la condesa le acogía fríamente, el alcalde se creía obligado á respetar á los Cinq-Cygne y á los Simeuse. Así es que cerraba los ojos á todo lo que pasaba en el castillo. Llamaba él cerrar los ojos, á no ver los retratos de Luis XVI, de María Antonieta, de los hijos de Francia, de Monsieur, del conde de Artois, de Cazales y de Carlota Corday, que adornaban los testers del salón, y el no encontrar malo el que se desease, en su presencia, la ruina de la República y el que se burlasen de los cinco directores y de todas las combinaciones de entonces. La posición de este hombre, que, una vez hecha su fortuna y como otros muchos advenedizos, volvía á creer en las antiguas familias y que quería relacionarse con ellas, había sido aprovechada por los dos personajes, cuya profesión adivinó tan pronto Michú, y que, antes de ir á Gondreville, habían explorado el país.

El hombre de las hermosas tradiciones de la antigua policía y Coirentín, este fénix de los espías, llevaban una misión secreta. No se engañaba Maligno al atribuir un papel

doble á estos dos artistas en farsas trágicas; así es que, antes de que pongan manos á su obra, se hace necesario descubrir la cabeza á que servían de brazo. Bonaparte, al ser nombrado Primer Cónsul, encontró á Fouché dirigiendo la policía general. La Revolución había hecho francamente y con razón un ministerio especial de la policía. Pero, al volver de Marengo, Bonaparte creó la prefectura de policía, colocó en ella á Dubois y llevó á Fouché al consejo de Estado, dándole por sucesor en el ministerio al convencional Cochón, que fué más tarde conde de Lapparent. Fouché, que consideraba el ministerio de policía como más importante en un gobierno de grandes miras y de política peligrosa, consideró este cambio como una desgracia para él, ó, por lo menos, como una desconfianza. Después de haber reconocido, en los asuntos de la máquina infernal y de la conspiración de que se trata aquí, la excesiva superioridad de este gran hombre de Estado, Napoleón volvió á encargarle del ministerio de policía. Más tarde, asustado del talento que desplegó Fouché durante su ausencia, en el asunto de Walcheren, el emperador encargó de este ministerio al duque de Rovigo y envió al duque de Otrante á gobernar las provincias ilirias, un verdadero destierro.

Este singular genio que inspiró á Napoleón una especie de terror, no se declaró de pronto en Fouché. Este obscuro convencional, uno de los hombres más extraordinarios y peor juzgados de este tiempo, se formó en medio de las tormentas. Se elevó, bajo el Directorio, á la altura desde donde los hombres profundos saben ver el porvenir juzgando el pasado; después, de pronto, como algunos autores que se hacen buenos de la noche á la mañana, dió pruebas de ingenio durante la rápida revolución del 18 de brumario. Este hombre de rostro pálido, educado en el disimulo monástico, que poseía los secretos de los montañeses, á los que perteneció, y los de los realistas, á quienes acabó por pertenecer, había estudiado, lenta y silenciosamente, los hombres, las cosas y los intereses de la escena política; penetró los secretos de Bonaparte y le dió útiles consejos y preciosos informes. Satisfecho de haber demostrado su destreza y su utili-

dad, Fouché se había guardado de descubrirse por completo, y quería permanecer á la cabeza de los asuntos políticos; pero las dudas de Napoleón respecto á él le devolvieron su libertad política. La ingratitud, ó más bien la desconfianza del emperador después del asunto de Walcheren, explicó á este hombre, que, desgraciadamente para él, no era un gran señor, y cuya conducta fué igual á la del príncipe de Talleyrand. En este momento, ni sus antiguos ni sus nuevos colegas sospecharon la amplitud de su genio, puramente ministerial, esencialmente gubernamental, exacto en todas sus provisiones y de una increíble sagacidad. Hoy, es indudable para todo historiador imparcial, que el excesivo amor propio de Napoleón fué una de las mil causas de su caída, el cual, por otra parte, expió cruelmente sus culpas. Mostrábase este desconfiado soberano tan celoso de su poder, que este celo influyó en sus actos tanto como su odio secreto contra los hombres hábiles, preciosos legados de la Revolución, con los que hubiera podido formar un gabinete depositario de sus pensamientos. Talleyrand y Fouché no fueron los únicos que le hicieron sombra. La mayor desgracia de los usurpadores es el tener por enemigos á los que les han dado la corona y á aquellos á quienes se la han quitado. Napoleón no convenció nunca por completo de su soberanía á los que había tenido por superiores y por iguales, ni á los que ocupaban cargos por derecho: nadie se creía, pues, obligado con él por juramento. Maligno, hombre de mediano talento, incapaz de apreciar el tenebroso genio de Fouché ni de desconfiar de sus propias apreciaciones, se quemó, como la mariposa se quema en la luz, yendo á rogarle confidencialmente que le enviase agentes á Gondreville, donde, según él, esperaba obtener luces sobre la conspiración. Fouché, sin espantar á su amigo con preguntas, se preguntó el porqué iba Maligno á Gondreville y el cómo no daba en París, é inmediatamente, los informes que podía tener. El ex oratoriano, pensando con malicia en el doble papel desempeñado por muchos convencionales, se dijo:

—¿Cómo puede saber Maligno algo, cuando nosotros no sabemos aún gran cosa?

Fouché dedujo de esta pregunta que se trataba de alguna complicidad latente ó expectante, y se guardó bien de decir nada al Primer Cónsul. Prefería constituir en instrumento suyo á Maligno, que perderlo. Fouché se reservaba de este modo una gran parte de los secretos que sorprendía, y adquiriría sobre las personas un poder superior al de Bonaparte. Esta duplicidad fué una de las preocupaciones de Napoleón contra su ministro. Fouché conocía las artimañas á que Maligno debía su tierra de Gondreville y que le obligaban á vigilar á los señores de Simeuse. Los Simeuse servían en el ejército de Condé, la señorita de Cinq-Cygne era su prima; podían, pues, encontrarse en los alrededores y tomar parte en la empresa, implicando su participación en el complot la participación en el de la casa de Condé, á la que eran adictos. Los señores Talleyrand y Fouché aspiraban á iluminar este obscurísimo rincón de la conspiración de 1803. Fouché se hizo todas estas observaciones rápidamente y con lucidez. Pero existían entre Maligno, Talleyrand y él lazos que le obligaban á emplear la mayor circunspección y le hacían desear el conocer perfectamente el interior del palacio de Gondreville. Corentín era adicto sin reserva á Fouché, como el señor de la Besnardière al príncipe de Talleyrand, como Gentz á Metternich, como Dundas á Pitt, como Duroc á Napoleón y como Chavigny al cardenal de Richelieu. Corentín fué, no el consejero de este ministro, sino su brazo derecho, el Tristán secreto del Luis XI de pie pequeño; así es que Fouché lo había dejado en el ministerio de policía á fin de conservar allí un hombre y un brazo. Según se decía, este muchacho debía estar unido á Fouché por uno de esos lazos que no se confiesan, pues le recompensaba con profusión siempre que utilizaba sus servicios. Corentín se había hecho amigo de Peyrade, antiguo discípulo del último jefe de policía; no obstante, tuvo secretos para Peyrade. Corentín recibió de Fouché la orden de explorar el palacio de Gondreville, de inscribir el plano en su memoria y de reconocer sus menores escondites.

—Acaso nos veamos obligados á volver allí, le dijo el ex ministro del mismo modo que Napoleón dijo á sus generales

que examinasen bien el campo de batalla de Austerlitz, hasta donde pensaba recular.

Corentín debía estudiar además la conducta de Maligno, darse cuenta de su influencia en el país y observar á los hombres que tenía allí á su servicio. Fouché consideraba como segura la presencia de los Simeuse en la comarca. Espiando con destreza á aquellos dos oficiales queridos del príncipe de Condé, Peyrade y Corentín podían adquirir preciosos datos acerca de las ramificaciones del complot al otro lado del Rhin. En todo caso, Corentín tenía los fondos, las órdenes y los agentes necesarios para cercar á Cinq-Cygne y espiar el país desde el bosque de Nodemes hasta París. Fouché recomendó la mayor circunspección y no permitió la visita domiciliaria á Cinq-Cygne más que en el caso de que Maligno diese informes positivos. Finalmente, como dato importante, puso en autos á Corentín sobre la inexplicable persona de Michú, que era vigilada hacia ya tres años. Corentín pensó lo mismo que su jefe.

—Maligno conoce la conspiración. ¿Pero quién sabe, se dijo, si Fouché estará también en ella?

Corentín, que salió para Troyes antes que Maligno, se había puesto de acuerdo con el comandante de gendarmes y había escogido los hombres más inteligentes, dándoles por jefe un capitán hábil. Corentín indicó á este capitán como punto de cita el castillo de Gondreville, diciéndole que enviase de noche, á cuatro puntos diferentes del valle de Cinq-Cygne y bastante distantes para no inspirar sospechas, un piquete de doce hombres. Estos cuatro piquetes debían formar un cuadrado é ir estrechándose poco á poco en torno del castillo de Cinq-Cygne. Al dejarlo solo en su palacio durante su consulta con Grevin, Maligno había permitido á Corentín cumplir una parte de su misión. Al volver del parque, el consejero de Estado aseguró tanto á Corentín que los Simeuse y los Hauteserre estaban en el país, que los dos agentes dieron inmediatamente órdenes al capitán, el cual, felizmente para los hidalgos conspiradores, atravesó el bosque por la avenida, mientras que Michú emborrachaba á su espía Violette. El consejero de Estado había empezado por

explicar á Peyrade y á Corentín la asechanza de que acababa de escapar. Los dos parisienses le contaron entonces el episodio de la carabina, y Grevin envió á Violette para obtener algunos informes acerca de lo que pasaba en el pabellón. Para mayor seguridad, Corentín dijo al notario que llevase á su amigo, el consejero de Estado, á dormir á su casa en el pueblecito de Arcís. En el momento en que Michú atravesaba el bosque y corría hacia Cinq-Cygne, Peyrade y Corentín salieron de Gondreville en un mal cabriolé de junco, tirado por un mal caballo de posta y guiado por el sargento de Arcís, uno de los hombres más astutos de la legión y á quien el comandante de Troyes les había recomendado que llevasen consigo.

—La mejor manera de saberlo todo, es previniéndolos, dijo Peyrade á Corentín. En el momento en que estén asustados y que quieran esconder los papeles comprometedores ó huir, caeremos sobre ellos como un rayo. El cordón de gendarmes, estrechándose en torno del castillo, hará el efecto de una red. De este modo no se nos escapará nadie.

—Pueden ustedes enviarles al alcalde, que es muy complaciente; no los quiere mal, y, por lo tanto, no desconfiarán de él, dijo el sargento.

En el momento en que Goulard iba á acostarse, Corentín, que hizo parar el cabriolé en un bosquecito, había ido á decirle confidencialmente que dentro de algunos momentos un agente del gobierno iba á ordenarle que cercase el castillo de Cinq-Cygne, á fin de apoderarse de los señores de Hauteserre y de Simeuse; que en el caso de que hubieran desaparecido, se deseaba saber con seguridad si habían dormido allí la noche anterior, registrar los papeles de la señorita de Cinq-Cygne y acaso prender á los criados y á los amos del castillo.

—La señorita de Cinq-Cygne, dijo Corentín, debe estar protegida por grandes personajes, pues yo tengo la misión secreta de prevenirle de esta visita y de hacer todo lo posible para salvarla, sin comprometerme. Una vez en el ejercicio de mis funciones, no podría hacer nada, porque no soy solo; así es que corra usted al castillo.

Esta visita del alcalde á aquella hora, asombró tanto más á los jugadores, cuanto que Goulard parecía intranquilo.

—¿Dónde está la condesa? preguntó.

—Se está acostando, dijo la señora de Hauteserre.

El alcalde incrédulo se puso á escuchar el ruido que se hacía en el primer piso.

—¿Qué tiene usted hoy, Goulard? le dijo la señora de Hauteserre.

Goulard, sumido en las profundidades de su asombro, examinaba aquellos rostros llenos del candor que se puede tener á cualquier edad. Al ver la tranquila é inocente partida de boston interrumpida, no podía concebir las sospechas de la policía de París.

En este momento, Lorenza, arrodillada en su oratorio, rezaba con fervor por el éxito de la conspiración. ¡Rogaba á Dios que prestase ayuda y socorro á los matadores de Bonaparte! ¡Imploraba á Dios con amor que aniquilase á aquel hombre fatal! El fanatismo de los Harmodios (1), de las Judith, de los Jacobos Clement (2), de los Anastroem, de las Carlotas Corday (3), de las Limoëlan, animaba aquella hermosa alma, virgen y pura. Catalina preparaba la cama, Gothard cerraba las ventanas, y de este modo, Marta Michú, que estaba debajo de las ventanas de Lorenza y que tiraba piedras, pudo ser observada.

—Señorita, algo ocurre de nuevo, dijo Gothard al ver á una desconocida.

—¡Silencio! dijo Marta en voz baja. Baje usted á hablar conmigo.

Gothard bajó al jardín en menos tiempo del que invierte un pájaro en bajar de un árbol al suelo.

—Dentro de un instante el castillo estará cercado por la gendarmería, le dijo á Gothard; ensilla sin hacer ruido el ca-

(1) Harmodio, ateniense que conspiró con su amigo Aristogiton, contra Hiparco é Hipias.

(2) Asesino de Enrique III, en 1589.

(3) Joven que dió de puñaladas á Marat en un baño y fue guillotinado el 13 de julio de 1793. (Notas del traductor.)

ballo de la señorita y dile que baje por la brecha que hay entre esta torre y las cuadras.

Marta se estremeció al ver á dos pasos de sí á Lorenza, que seguía á Gothard.

—¿Qué hay? dijo Lorenza sencillamente y sin parecer emocionada.

—La conspiración contra el Primer Cónsul está descubierta, dijo Marta al oído á la joven condesa; mi marido, que trata de salvar á sus dos primos de usted, me envía para que le diga que venga usted á hablar con él.

Lorenza reculó tres pasos, miró á Marta y le dijo:

—¿Quién es usted?

—Marta Michú.

—No sé lo que me quiere usted, replicó friamente la señorita de Cinq-Cygne.

—¡Vamos, que los mata usted! ¡Venga usted, en nombre de los Simeuse! dijo Marta cayendo de rodillas y tendiendo sus manos á Lorenza. ¿No tiene usted aquí ningún papel ni nada que pueda comprometerla? Desde lo alto del bosque, mi marido acaba de ver brillar los sombreros bordados y los fusiles de los gendarmes.

Gothard había empezado por subir al granero, vió á lo lejos relucir las armas de los gendarmes, oyó en medio del profundo silencio del campo el ruido de los caballos, bajó á la cuadra y ensilló el caballo de su ama, cuyos cascos calzó con trapos Catalina á una indicación de Gothard.

—¿Adónde tengo que ir? dijo Lorenza á Marta, cuya mirada y palabras la impresionaron por su inimitable acento de sinceridad.

—A la brecha, dijo arrastrando consigo á Lorenza. Mi noble marido está allí y ahora va usted á saber lo que vale un Judas.

Catalina entró bruscamente en el salón, tomó el látigo, los guantes, el sombrero y el velo de su ama, y salió. Esta brusca aparición y la acción de Catalina eran una confirmación tan elocuente de las palabras del alcalde, que la señora de Hauteserre y el abate Goujet cambiaron una mirada por la que se comunicaron este horrible pensamiento:

—¡Adiós toda nuestra dicha! Lorenza conspira y ha perdido á sus primos y á los dos Hauteserre.

—¿Qué dice usted? preguntó el señor de Hauteserre á Goulard.

—Que el castillo está cercado y que van ustedes á recibir una visita domiciliaria. En fin, si sus hijos están aquí, hágales escapar, lo mismo que á los señores de Simeuse.

—¡Mis hijos! exclamó la señora de Hauteserre estupefacta.

—Nosotros no hemos visto á nadie, dijo el señor de Hauteserre.

—¡Tanto mejor! dijo Goulard. Pero yo amo demasiado á la familia de Cinq-Cygne y á la de Simeuse para querer que les suceda alguna desgracia. Escúchenme bien, y si tienen ustedes algunos papeles comprometedores...

—¡Papeles! repitió el hidalgo.

—Sí, si tienen alguno, quémelo, repuso el alcalde; yo voy entretanto á entretener á los agentes.

Goulard, que quería estar bien con el elemento realista y con el republicano, salió, y los perros ladraron entonces con violencia.

—Ya no tienen ustedes tiempo, aquí están, dijo el cura. ¿Pero quién prevendrá á la condesa? ¿Dónde está?

—Supongo que por algo habrá venido Catalina á coger su látigo, sus guantes y su sombrero, dijo la señorita Goujet.

Goulard procuró entretener durante algunos minutos á los dos agentes, comunicándoles la inocencia de los habitantes del castillo de Cinq-Cygne.

—Usted no conoce á esta gente, dijo Peyrade riéndose en las narices de Goulard.

Estos dos hombres tan dulcemente siniestros, entraron entonces seguidos del sargento de guardias y de un gendarme. Su presencia heló de espanto á los cuatro apacibles jugadores de boston, que permanecieron en sus sitios respectivos, asustados ante semejante abundancia de fuerzas. El ruido producido por una docena de gendarmes, cuyos caballos piafaban, resonaba en el prado.

—No falta aquí más que la señorita de Cinq-Cygne, dijo Corentín.

—Sin duda está durmiendo en su cuarto, respondió el señor de Hauteserre.

—Vengan ustedes conmigo, señores, dijo Corentín precipitándose en la antesala y de ésta á la escalera, adonde la señorita Goujet y la señora de Hauteserre le siguieron. Cuenten ustedes conmigo, repuso Corentín hablando al oído á la anciana dama. Yo he enviado delante al alcalde para que les avisase á ustedes. Desconfíen de mi colega y confíen en mí. Yo salvaré á todos ustedes.

—¿De qué se trata, pues? preguntó la señorita Goujet.

—De una cuestión de vida ó muerte. ¿No lo saben ustedes? respondió Corentín.

La señora de Hauteserre se desmayó. Con gran asombro de la señorita Goujet y con gran contrariedad de Corentín, la habitación de Lorenza estaba vacía. Seguro de que nadie podía escaparse del parque ni del castillo al valle, cuyas salidas todas estaban tomadas, Corentín mandó subir un gendarme á cada habitación y ordenó que lo registrasen todo, bajando después al salón, donde ya Durieu, su mujer y todos los demás criados estaban reunidos sin poder dominar su espanto. Peyrade estudiaba con sus ojillos azules todas las fisonomías y permanecía frío y tranquilo en medio de este desorden. Cuando Corentín reapareció solo, pues la señorita Goujet prodigaba sus cuidados á la señora de Hauteserre, se oyó ruido de caballos, mezclado con los llantos de un muchacho. Los caballos entraban por la puerta de la reja. En medio de la ansiedad general, apareció un sargento empujando á Gothard, que llevaba las manos atadas, y á Catalina, que iba en medio de dos gendarmes.

—Aquí traemos prisioneros, dijo el sargento. Este perillán iba á caballo y se escapaba.

—¡Imbécil! dijo Corentín al oído al sargento estupefacto. ¡Por qué no dejarlo escapar! De ese modo, persiguiéndolo, hubiéramos podido saber algo.

Gothard había tomado el partido de llorar continuamente, á la manera de los idiotas. Catalina permanecía en una actitud de inocencia y de sencillez que hizo reflexionar profundamente al viejo policía. El discípulo de Lenoir, después de

haber comparado aquellos dos muchachos, después de haber examinado el aire atontado del hidalgo, que él creyó astucia, al inteligente cura que jugaba con las fichas, y la estupefacción de todos los criados y los Durieu, se aproximó á Corentín y le dijo al oído:

—Me parece que tenemos que habérnoslas con buenos peces.

Corentín respondió al principio con una mirada, señalando la mesa de juego, y después añadió:

—¡Estaban jugando al boston! Arriba hacían la cama de la dueña, que se ha escapado. Han sido sorprendidos y tendremos que apretarles.

Una brecha tiene siempre su causa y su utilidad. He aquí el cómo y porqué había sido practicada la que se encuentra entre la torre llamada hoy de la señorita y las cuadras. Desde la instalación en Cinq-Cygne del honrado Hauteserre, éste hizo una larga correntera por la cual las aguas del bosque iban á precipitarse en el foso. Dicha correntera venía á ser la cuneta de un camino que separa dos grandes piezas de tierra pertenecientes al castillo, y la había hecho únicamente para poder plantar á ambos lados del camino un centenar de nogales que encontró en un vivero. En once años, estos nogales habían crecido bastante y cubrían casi de sombra á este camino, que conducía al bosquecito de treinta fanegas, comprado recientemente. Cuando el castillo tuvo todos sus habitantes, todos prefirieron pasar por el foso para tomar el camino que se extendía á lo largo de los muros del parque, que no dar la vuelta por la verja. Pasando por allí, y sin querer, la brecha se iba ensanchando por ambos lados, con tanto menos escrúpulo, por cuanto en el siglo xix los fosos son completamente inútiles, y el tutor hablaba muchas veces de sacar partido de ellos. Esta constante demolición producía tierra, grava y piedras, que acabaron por llenar el fondo del foso. El agua, dominada por esta especie de calzada, no la cubría más que en tiempos de lluvia. No obstante, á pesar de estas devastaciones, á las que todo el mundo y la misma condesa había ayudado, la brecha era bastante abrupta para que fuese difícil hacer bajar por ella

á un caballo, y sobre todo para hacerlo subir al camino vecinal; pero en los peligros, parece que los caballos obedecen más fácilmente al pensamiento de sus amos. Mientras que la joven condesa dudaba si debía ó no seguir á Marta y le pedía explicaciones, Michú, que desde lo alto del montículo había seguido los movimientos descritos por los gendarmes y comprendido el plan de los espías, desesperaba del éxito no viendo llegar á nadie. Un piquete de gendarmes seguía el muro del parque, estableciendo distancias como si fuesen centinelas y dejando entre cada hombre lo suficiente para poder entenderse con la voz y con la mirada y para poder escuchar y vigilar los más ligeros ruidos y las cosas más insignificantes. Michú, acostado boca abajo y con el oído pegado á tierra, calculaba, á la manera de los indios, el tiempo que le quedaba, por la intensidad del sonido.

— ¡He llegado demasiado tarde! se decía para sus adentros. ¡Violette me lo pagará! Ha tardado demasiado tiempo en emborracharse. ¿Qué hacer?

Oía pasar por delante de la reja al piquete que bajaba del bosque por el camino, y que, por un movimiento semejante al del piquete que venía por la carretera vecinal, iba á encontrarse con éste.

— ¡Aun quedan de cinco á seis minutos! se dijo.

En este momento apareció la condesa, y Michú la empujó hacia el camino que atravesaba el bosque.

— ¡Siga usted todo derecho. Llévela, dijo á su mujer, al lugar en que está un caballo, y no olvides que los gendarmes tienen oídos.

Al ver á Catalina que llevaba el látigo, los guantes y el sombrero, pero sobre todo al ver á la yegua y á Gothard, Michú, de concepción tan rápida como el peligro, resolvió engañar á los gendarmes con tanto éxito como engañó á Violette. Como por magia, Gothard había obligado á la yegua á escalar la brecha.

— ¿Traes calzado el caballo? Abrázame, dijo el administrador estrechando á Gothard entre sus brazos.

Michú dejó á la yegua ir al lado de su ama y tomó los guantes, el sombrero y el látigo.

— Tú eres listo y vas á comprenderme, repuso. Obliga á tu caballo á pasar la brecha, móntalo á pelo y procura atraer hacia á ti á los gendarmes, escapando á través de los campos hacia la quinta, para ver si logras distraer á este piquete, añadió acabando su pensamiento con un gesto que indicaba el camino que debía seguir. Tú, hija mía, dijo á Catalina, como que hay gendarmes en el camino de Cinq-Cygne á Gondreville, lánzate en una dirección contraria á la que va á seguir Gothard y procura llevar á los gendarmes hacia el bosque. En fin, haced de manera que no tengamos que temer nada en este camino.

Catalina y el admirable niño, que debían dar en este asunto tantas pruebas de inteligencia, ejecutaron su maniobra de una manera, que hicieron creer á las dos líneas de gendarmes que se les escapaba la presa. La engañosa claridad de la luna no permitió distinguir la estatura, el traje, el sexo, ni el número de los que les perseguían. Corrieron detrás de ellos en virtud de este famoso axioma: «Es preciso detener al que huye», cuya necesidad acababa de ser demostrada por Corentin al sargento. Michú, que había contado con el instinto de los gendarmes, pudo llegar al bosque algún tiempo después de la joven condesa, á quien Marta había guiado al lugar convenido.

— Corre al pabellón, le dijo á Marta. El bosque debe estar guardado por los parisienses, y es peligroso permanecer aquí.

Michú desató su caballo y rogó á la condesa que le siguiese.

— No seguiré adelante, dijo Lorenza, sin que me dé usted una prueba del interés que se toma por mí, porque, después de todo, es usted Michú.

— Señorita, respondió Michú con voz dulce; mi papel va á ser comprendido con dos palabras. Sin que sepan nada los señores de Simeuse, yo soy el guardián de su fortuna. A este objeto, recibí instrucciones de su difunto padre y de su querida madre, mi protectora. Así es que he desempeñado el papel de jacobino furibundo para poder prestar servicios á mis jóvenes amos; desgraciadamente, empecé demasiado

tarde y no pude salvar á los viejos. Al llegar aquí, la voz de Michú se alteró. Desde la huida de los dos jóvenes, continuó, yo he hecho llegar hasta ellos las sumas necesarias para que pudiesen vivir holgadamente.

—¿Por la casa de Breintmayer de Strasburgo? preguntó Lorenza.

—Sí, señorita, los corresponsales del señor Girel de Troyes, un realista que, para salvar su fortuna, fingió, como yo, que era jacobino. El papel que vuestro cortijero recogió una tarde á la salida de Troyes era relativo á este asunto que podía comprometerlos. Yo no vivía ya para mí, sino para ellos, ¿comprende usted? No pude hacerme dueño de Gondreville, porque, dada mi posición, me hubieran cortado el cuello preguntándome en dónde había buscado tanto oro. He preferido rescatar la tierra algo más tarde; pero ese bandido de Marión era el testafarro de otro desalmado, de Maligno. Gondreville volverá á pasar, á pesar de todo, á mano de sus amos. Esto es cosa mía. Hace cuatro horas he tenido á Maligno enfrente de mi fusil. ¡Qué diantre! una vez muerto, Gondreville se venderá y usted puede comprarlo. Caso de que me hubiesen matado, mi mujer le hubiese entregado á usted una carta en que le hubiese dado á usted medios para adquirirlo. Pero este bandido decía á su compadre Grevin, otro canalla, que los señores de Simeuse conspiraban contra el Primer Cónsul, que estaban en el país y que era preferible entregarlos y desembarazarse de ellos, para quedar tranquilo en Gondreville. Pero, como yo había visto venir dos espías, he desarmado mi fusil y no he perdido ni un instante para acudir aquí, creyendo que usted debía saber dónde y cómo se podía advertir del peligro á los jóvenes. Esto es todo.

—Es usted digno de ser noble, dijo Lorenza tendiendo su mano á Michú, que quiso ponerse de rodillas para besarla. Lorenza vió este movimiento, lo previno y le dijo, con un sonido de voz y una mirada que le hicieron en este momento tan feliz como desgraciado era hacía ya once años.

—De pie, Michú.

—Me recompensa usted como si hubiese hecho todo lo

que me queda que hacer, dijo. ¡Lo oye usted? Son los húsa-res de la guillotina. Vamos á hablar á otra parte.

Y Michú tomó las bridas de la yegua y, poniéndose del lado por el que la condesa daba la espalda, le dijo:

—No se ocupe usted más que de mantenerse bien en la yegua, de arrearle y de preservar la cara de las ramas de árbol que pudieran arañarle.

Después guió á la joven durante una media hora al galope, dando vueltas y revueltas, y saliendo á veces del camino para tomar á través de los claros del bosque, hasta llegar á un lugar donde se detuvo.

—Yo, que conozco el bosque tan bien como usted, no sé dónde estoy, dijo la condesa mirando en torno suyo.

—Estamos en el centro mismo, respondió. Dos gendarmes vienen detrás de nosotros, pero estamos salvados.

El lugar pintoresco adonde el administrador condujo á Lorenza había de ser tan fatal para los personajes más principales de este drama y para el mismo Michú, que todo historiador tiene el deber de describirlo. Por otra parte, este paisaje, como se verá, se ha hecho célebre en los fastos jurídicos del Imperio.

El bosque de Nodesme pertenecía á un monasterio llamado de Notre-Dame. Este monasterio, tomado, saqueado, demolido, desapareció por completo, lo mismo monjes que bienes. El bosque, objeto de codicia, pasó á ser propiedad de los condes de Champaña, los cuales lo empeñaron más tarde y por fin lo vendieron. En seis siglos, la naturaleza cubrió las ruinas con su rico y poderoso manto verde, y las borró tan bien, que la existencia de uno de los más hermosos conventos sólo estaba indicada por una débil eminencia cubierta de hermosos árboles y cercada de espesos é impenetrables matorrales que, desde 1794, Michú se había complacido en hacer más espesos, plantando acacia espinosa en los intervalos desprovistos de árboles. Al pie de esta eminencia había un estanque, que demostraba la existencia de algún manantial perdido, manantial que quizá había determinado en otro tiempo la fundación del monasterio en aquel lugar. El poseedor de los títulos del bosque de Nodesme sólo

dos son inteligentes y comprenderán que tienen que callarse. Cuando haya usted acabado, baje en línea recta hacia el estanque por esta escarpadura, cuidando de que no se le enganche la amazona, y ya me encontrará usted allá abajo.

Mientras que la condesa escondía los caballos y los amordazaba, Michú quitó las piedras y descubrió la entrada de la bodega. La condesa, que creía conocer el bosque, quedó sorprendida al verse bajo la bóveda de una bodega. Michú volvió á colocar las piedras que tapaban la entrada, con destreza de albañil. Cuando hubo acabado, el ruido de los caballos y la voz de los gendarmes resonó en el silencio de la noche; pero no por eso dejó de encender la yesca con el eslabón, y, aplicándola á una pajueta, llevó á la condesa *in pace* donde se encontraba aún el cabo de la vela que le había servido para reconocer esta bodega. La puerta de hierro, de varias líneas de espesor, pero perforada en algunos lugares por el orín, había sido restaurada por el guarda, y se cerraba exteriormente con barras que se adaptaban perfectamente á unos agujeros laterales. La condesa, muerta de fatiga, se sentó en un banco de piedra, encima del cual existía aún una anilla empotrada en la pared.

—Tenemos un salón para hablar, dijo Michú. Ahora pueden dar los gendarmes tantas vueltas como quieran, pues lo peor que pudiera ocurrirnos es que nos cogieran los caballos.

—Quitarnos los caballos, dijo Lorenza, no sería matar á mis primos y á los señores de Hautesserre. Veamos, ¿qué sabe usted?

Michú contó lo poco que había sorprendido de la conversación habida entre Maligno y Grevin.

—Están camino de París y llegarán allá esta mañana, dijo la condesa cuando Michú hubo acabado.

—¡Están perdidos! exclamó Michú. Ya comprenderá usted que las entradas y las salidas han de estar vigiladas. Maligno tiene el mayor interés en dejar que mis amos se comprometan bien para matarlos.

—¡Y yo que no sé nada del plan general de este asunto! exclamó Lorenza. ¿Cómo prevenir á Georges, á Moreau y á Riviere? ¿Dónde estarán? En fin, no pensemos más que en

mis primos y en los Hautesserre; corra usted á unirse con ellos inmediatamente.

—El telégrafo va más pronto que los mejores caballos, dijo Michú; y de todos los nobles complicados en esta conspiración, vuestros primos serán los que caerán primero; si los encuentro, es preciso albergarlos aquí hasta que termine este asunto; su pobre padre tenía sin duda un presentimiento al ponerse sobre la pista de este escondite, y preveía que sus hijos se salvarían en él.

—Mi yegua proviene de las cuadras del conde de Artois, es hija de su mejor caballo inglés, pero ha andado treinta y seis leguas y moriría sin haberle llevado á usted al fin de su viaje, dijo Lorenza.

—El mío es bueno, dijo Michú, y si usted ha andado treinta y seis leguas, yo no tengo que andar más que diez y ocho.

—Veintitrés, dijo la condesa; pues hace ya cinco horas que se han marchado. Los encontrará usted más allá de Lagny, en Coupvrai, de donde deben salir al rasgar el alba disfrazados de marineros, pues piensan entrar en París en barcas. Aquí tiene usted, repuso quitándose de su dedo la mitad de la alianza de su madre, la única cosa á la que darían fe, pues ellos poseen la otra mitad. El guarda de Coupvrai, padre de uno de sus soldados, los esconde esta noche en una barraca de carboneros abandonada en medio de los bosques. Son ocho en total: mis primos, los señores de Hautesserre y cuatro hombres más.

—Señorita, los soldados no corren tanto peligro; de modo que ocupémonos de los señores de Simeuse y dejemos que los demás se salven como puedan. ¿No hacemos bastante con avisarlos?

—¿Abandonar á los Hautesserre? ¡nunca! dijo Lorenza. ¡Deben perecer ó salvarse todos juntos!

—No son más que hidalgillos, repuso Michú.

—Ya sé que no son más que caballeros, respondió la condesa; pero son aliados de los Cinq-Cygne y de los Simeuse. Traiga usted, pues, á mis primos y á los Hautesserre, poniéndose de acuerdo con ellos acerca del mejor medio de ganar el bosque.

—¡Los gendarmes están aquí! ¿los oye usted? Se consultan.

—En fin, ha estado usted dos veces de suerte esta noche. Vaya usted y tráigalos, ocultándolos en esta bodega, donde estarán al abrigo de toda pesquisa. Yo no puedo servirle á usted para nada, dijo con rabia, pues sería un paso que iluminaría al enemigo. La policía no se imaginaría nunca que mis parientes puedan venir al bosque viéndome á mí tranquila. De manera que toda la cuestión consiste en encontrar cinco caballos buenos para venir en seis horas de Lagny á nuestro bosque, cinco caballos que reventar.

—¿Y el dinero? respondió Michú, que reflexionaba profundamente al escuchar á la joven condesa.

—Esta noche les he dado cien lises á mis primos.

—Yo respondo de ellos, exclamó Michú. Una vez escondidos, debe usted privarse de verlos; mi mujer ó mi hijo les traerán comida dos veces por semana. Pero, como yo no respondo de mí, sepa usted, en caso de desgracia, señorita, que la viga mayor del granero de mi pabellón ha sido perforada con un barreno. En el agujero, que está tapado con un pedazo de madera, se encuentra el plano de un rincón del bosque. Los árboles en que vea usted un punto encarnado en el plano, tienen una marca negra á su pie en el terreno. Cada uno de estos árboles es un indicador. La tercera encina vieja que se encuentra á la izquierda de cada indicador, indica el punto en que se encuentran, á dos pies de distancia del tronco y á siete pies de profundidad, unos canutos de hojalata que contienen cien mil francos en oro cada uno. Estos once árboles, pues no son más que once, encierran toda la fortuna de los Simeuse, ahora que Gondreville les ha sido robado.

—La nobleza tardará cien años en rehacerse de los golpes que ha recibido, dijo lentamente la señorita de Cinq-Cygne.

—¿Tienen santo y seña? preguntó Michú.

—¡Francia y Carlos! para los soldados. ¡Lorenza y Luis! para los señores de Hauteserre y de Simeuse. ¡Dios mío! haberlos visto ayer por la primera vez después de once años y saber que están hoy en peligro de muerte, ¡y de qué

muerte! Michú, dijo con profunda expresión de melancolía, sea usted tan prudente durante estas quince horas, como ha sido usted grande y adicto durante estos quince años. Si ocurriese alguna desgracia á mis primos, me moriría. Digo mal, no viviría más que el tiempo necesario para matar á Bonaparte.

—El día en que no hubiera esperanza, seríamos dos para eso.

Lorenza cogió la ruda mano de Michú y se la estrechó con fuerza. Michú sacó su reloj; eran las doce de la noche.

—Salgamos de aquí á toda costa, dijo. Desgraciado del gendarme que se interponga en mi camino. Usted, señora condesa, sin que esto sea mandarle, debe volver á escape á Cinq-Cygne. ¡Los gendarmes están aquí y debe usted procurar distraerlos!

Desembarazada la entrada, Michú no oyó nada; pegó el oído á tierra y se levantó precipitadamente diciendo:

—¡Están en el extremo del bosque, hacia Troyes! Yo sabré burlarlos.

Ayudó á la condesa á salir y volvió á colocar el montón de piedras. Cuando hubo acabado, se oyó llamar por la dulce voz de Lorenza, que quiso verlo á caballo antes de montar ella en el suyo. El hombre rudo tenía lágrimas en los ojos al cambiar una última mirada con su joven ama, que permanecía serena.

—Tiene razón, es preciso distraerlos, se dijo Lorenza cuando ya no oyó nada.

Y se lanzó hacia Cinq-Cygne al galope.

Al saber que sus hijos corrían peligro de muerte, la señora de Hauteserre, que no creía la Revolución acabada y que conocía la severa justicia de aquel tiempo, recobró sus fuerzas y sus sentidos por la violencia misma del dolor que se los había quitado. Llevada de horrible curiosidad, bajó al salón, que ofrecía entonces un cuadro digno del pincel de un gran pintor. Sentado aún á la mesa de juego, el cura jugaba maquinalmente con las fichas, observando á hurtadillas á Peyrade y á Corentín, los cuales, de pie en un rincón de la chimenea, se hablaban en voz baja. La astuta mi-

rada de Corentín se encontró varias veces con la no menos astuta del cura; pero, como los adversarios que se consideran de igual fuerza y que se ponen en guardia después de haber cruzado las armas, uno y otro no tardaron en dirigir sus miradas á otra parte. El bueno de Hauteserre, plantado como una cigüeña, sobre sus dos piernas, permanecía al lado del grueso, grande y avaro Goulard, en la actitud en que lo había dejado su estupefacción. Aunque iba bien vestido, el alcalde seguía teniendo el aire de un criado. Ambos miraban con asombrados ojos á los gendarmes, entre los cuales seguía llorando Gothard, cuyas manos habían sido atadas tan fuertemente, que estaban amoratadas é hinchadas. Catalina no abandonaba su posición, llena de ingenuidad y sencillez, pero impenetrable. El sargento, que, según Corentín, acababa de cometer una torpeza deteniendo á aquellos dos jovencuelos, no sabía si debía quedarse ó marcharse. Estaba pensativo en medio del salón, con la mano apoyada en el puño del sable y la vista fija en los dos parisienses. Los Durieu, estupefactos, y todos los criados del castillo, formaban un grupo en que se pintaba de un modo admirable la inquietud. Sin el llanto convulsivo de Gothard se hubiera oído volar á una mosca.

Cuando la madre, asustada y pálida, abrió la puerta y se mostró casi arrastrada por la señorita Goujet, cuyos encarnados ojos demostraban que había llorado, todas aquellas caras se volvieron hacia las dos mujeres. El temblor de los habitantes del castillo sólo podía compararse á la ansiedad con que los dos agentes esperaban ver entrar á Lorenza. El movimiento espontáneo de los amos y criados pareció producido por uno de esos mecanismos que obliga á hacer á las figuras de madera un solo y único gesto ó un guiño de ojos.

La señora de Hauteserre dió precipitadamente tres grandes pasos hacia Corentín y le dijo con voz entrecortada, pero violenta:

—Por piedad, caballero, dígame de qué se acusa á mis hijos. ¿Cree usted que hayan venido aquí?

El cura, que parecía haberse dicho al ver á la dama: «Va á cometer alguna tontería», bajó los ojos.

—Mis deberes y la misión que llevo á cabo me prohíben decirlo, respondió Corentín con aire amable al par que burlón.

Esta negativa, que parecía aún más implacable dada la detestable cortesía de aquel pisaverde, petrificó á la anciana madre, que cayó sobre un sofá al lado del abate Goujet, juntó las manos é hizo un voto.

—¿Dónde ha detenido usted á ese llorón? preguntó Corentín al sargento señalándole el pequeño escudero de Lorenza.

—En el camino que conduce á la quinta, á lo largo de los muros del parque; el pilluelo quería ganar el bosque de los Closeaux.

—¿Y esta muchacha?

—¿Esta? Olivier ha sido el que la ha cogido.

—¿Adónde iba?

—Hacia Gondreville.

—¿Escapaban hacia puntos opuestos? dijo Corentín.

—Sí, respondió el gendarme.

—¿No son el criadito y la camarera de la ciudadana de Cinq-Cygne? preguntó Corentín al alcalde.

—Sí, respondió Goulard.

Después de haber cambiado dos palabras en voz baja con Corentín, Peyrade salió inmediatamente llevándose consigo al sargento.

En este momento, el sargento de Arcis entró, se encaminó hacia Corentín y le dijo al oído:

—Conozco bien el país; lo he registrado todo, y, á menos que esos peces no se hayan enterrado, declaro que no hay nadie. Ahora nos ocupamos en golpear con las culatas de nuestros fusiles los techos y las paredes para ver si suenan á hueco.

Peyrade, que volvió á aparecer, hizo seña á Corentín de que se fuese con él, y lo condujo á la brecha del foso que iba á dar al caminito del bosque que ya conocemos.

—Hemos adivinado la maniobra, dijo Peyrade.

—Y yo, replicó Corentín, voy á darle más explicaciones. Ese pilluelo y la muchacha han engañado á esos imbéciles de gendarmes para asegurar la salida de la casa.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO

—No sabremos la verdad hasta que llegue el día, repuso Peyrade. Este camino está húmedo, acabo de poner guardia á la entrada y á la salida de él, y, cuando podamos ver claro, reconoceremos por las huellas de los pies la clase y el número de seres que lo han atravesado.

—He aquí las huellas de un casco de caballo, dijo Corentin. Vamos á las cuadras.

—¿Cuántos caballos hay aquí? preguntó Peyrade al señor de Hauteserre y á Goulard al entrar de nuevo en el salón con Corentin.

—Vamos, señor alcalde, usted lo sabe, respondió, le dijo Corentin al ver que el funcionario titubeaba en responder.

—Pues hay la yegua de la condesa, el caballo de Gothard y el del señor de Hauteserre.

—No hemos visto más que uno en la cuadra, dijo Peyrade.

—Es que la señorita está de paseo, dijo Durieu.

—¿Y acostumbra vuestra pupila á pasearse con mucha frecuencia á estas horas? dijo el libertino Peyrade al señor de Hauteserre.

—Sí que acostumbra, respondió sencillamente el buen hombre. El señor alcalde puede confirmarlo.

—Todo el mundo sabe que tiene caprichos extravagantes, respondió Catalina. Antes de acostarse miraba al cielo, y yo creo que vuestros fusiles, que brillaban á lo lejos, le habrán hecho entrar en curiosidad. Al salir, me dijo que quería saber si se trataba aún de una nueva Revolución.

—¿Cuándo ha salido? preguntó Peyrade.

—Cuando ha visto los fusiles.

—¿Y hacia dónde ha ido?

—No lo sé.

—¿Y el otro caballo? preguntó Corentin.

—Los... os... gen... en... en... dar... mes... me... e... lo... o... o... han... co... o... o... gi... i... i... do, dijo Gothard.

—¿Y adónde ibas tú? le preguntó uno de los gendarmes.

—Se... e... e... gui... i... i... a... á... mi... due... ña... á... la... quin... ta.

El gendarme levantó la cabeza hacia Corentin esperando una orden; pero aquel lenguaje era á la vez tan falso y tan

verdadero, tan profundamente inocente y tan astuto, que los dos parisienses se miraron como para repetirse las palabras de Peyrade: «Me parece que tenemos que habérmolas con buenos peces».

El hidalgo parecía no tener talento suficiente para combatir un epigrama. El alcalde era estúpido. La madre, imbecil de solemnidad, hacía á los agentes preguntas de una inocencia estúpida. En realidad, todos los criados habían sido sorprendidos durmiendo. Al ver todo aquello, juzgando estos diversos caracteres, Corentin comprendió en seguida que su único adversario era la señorita de Cinq-Cygne. Por diestra que sea la policía, siempre tiene innumerables desventajas. No sólo está obligada á saber todo lo que sabe el conspirador, sino que tiene que suponer mil cosas antes de llegar á una verdadera. El conspirador piensa sin cesar en su seguridad, mientras que la policía sólo está despierta á sus horas. Sin las traiciones, nada sería más fácil que conspirar. Un conspirador tiene más talento por sí solo, que la policía con sus inmensos medios de acción. Al sentirse detenidos moralmente, como si lo hubieran sido físicamente, por una puerta que creían encontrar abierta, que hubieran empujado y tras la cual opusiesen resistencia una multitud de hombres sin decir nada, Corentin y Peyrade se veían adivinados sin saber por quién.

—Afirmo que si los señores de Hauteserre y Simeuse han pasado la noche aquí, fué á decirles al oído el sargento de Arcis, han tenido que acostarse en las camas de la madre, del padre, de la señorita de Cinq-Cygne, de la criada ó de los criados, ó se han paseado por el parque, pues no han dejado la menor huella de su paso.

—¿Quién ha podido prevenirles? dijo Corentin á Peyrade. El Primer Cónsul, Fouché, los ministros, el prefecto de policía y Maligno son los únicos que saben algo.

—Dejaremos algunos *carneros* en el país, dijo Peyrade al oído á Corentin.

—Ya lo creo, replicó el cura que no pudo menos de sonreírse al oír la palabra *carnero* y que lo adivinó todo con esta sola palabra que sorprendió.

—¿Caramba! pensó Corentin respondiendo al cura con una

sonrisa; no hay aquí más que un hombre de talento y no puedo entenderme con él; voy á abordarle.

—Señores, dijo el alcalde, que quería á pesar de todo dar una prueba de adhesión al Primer Cónsul, dirigiéndose á los dos agentes.

—Diga usted ciudadano, pues la República existe aún, replicó Corentín mirando al cura con aire socarrón.

—Ciudadanos, repuso el alcalde, en el momento de entrar yo en este salón y antes de que hubiese abierto la boca, Catalina ha entrado aquí á buscar el látigo, los guantes y el sombrero de su ama.

Un sombrío murmullo de horror salió del fondo de todos los pechos, excepto del de Gothard. Todos los ojos, menos los de los gendarmes y de los agentes, amenazaron despidiendo llamas, á Goulard, el denunciador.

—Está bien, ciudadano alcalde, le dijo Peyrade. La cosa es clara y está visto que han avisado á tiempo á la ciudadana de Cinq-Cygne, añadió mirando á Corentín con visible desconfianza.

—Sargento, póngale usted los grillos á ese pillastre, dijo Corentín al gendarme, y llévelo á un cuarto aparte. Encierre usted también á esa muchacha, añadió señalando á Catalina. Tú vas á presidir la perquisición de los papeles, añadió dirigiéndose á Peyrade, á quien habló al oído.

—Regístralo todo sin ahorrar tiempo. Señor cura, dijo confidencialmente al sacerdote, tengo que hacer á usted importantes revelaciones.

Y lo llevó hacia el jardín.

—Escuche usted, señor cura; me parece que tiene usted todo el talento de un obispo y que me comprenderá (aquí no puede oírnos nadie); sólo confío en usted para salvar á dos familias que, por una tontería, van á dejarse arrastrar á un abismo de donde no vuelve nadie. Los señores de Simeuse y de Hauteserre han sido vendidos por uno de esos infames espías que los gobiernos introducen en todas las conspiraciones, á fin de conocer su objeto, los medios y las personas. No me confunda usted con ese miserable que me acompaña, que es de la policía; yo soy muy adicto al ga-

binete consular y he recibido sus órdenes. No se desea la pérdida de los señores de Simeuse; si Maligno quisiera verlos fusilar, el Primer Cónsul, si están aquí y no tienen malas intenciones, prefiere detenerlos al borde del precipicio, pues quiere á los buenos militares. El agente que me acompaña tiene todos los poderes; yo no sé nada en apariencia, pero sé dónde está el complot. El agente tiene órdenes de Maligno, que sin duda le ha prometido su protección, un empleo y acaso dinero, si logra coger á los Simeuse y entregárselos. El Primer Cónsul, que es verdaderamente un gran hombre, no favorece nunca los pensamientos ambiciosos. No quiero saber si los dos jóvenes están aquí, dijo al ver un gesto del cura; pero no pueden salvarse más que de una manera. Usted sabe que la ley del 6 de floreal del año x, amnistía á los emigrados que están aún en el extranjero, con la condición de que entren antes del 1.º de vendimiario del año xi, es decir, en septiembre del año pasado. Pero habiendo ejercido mandos los señores de Simeuse, lo mismo que los de Hauteserre, en el ejército de Condé, no están comprendidos en esta ley: su presencia en Francia es, pues, un crimen, y basta, en las circunstancias en que estamos, para hacerlos cómplices de un horrible complot. El Primer Cónsul ha comprendido la falta de esta excepción, que crea á su gobierno irreconciliables enemigos, y quisiera hacer saber á los señores de Simeuse que no serán objeto de ninguna persecución si dirigen una petición en la que digan que entran en Francia con la intención de someterse á las leyes y de prestar juramento á la Constitución. Ya comprenderá usted que este documento debe encontrarse en sus manos antes de su arresto y fechado con algunos días de antelación, pudiendo yo ser entonces su portador. Yo no le pregunto á usted dónde están los jóvenes, dijo viendo el nuevo gesto negativo que hacía el abate; desgraciadamente, estamos seguros de encontrarlos: el bosque está guardado, las entradas de París están vigiladas y las fronteras también. Escúcheme usted bien: si esos señores están entre ese bosque y París, serán cogidos; si están en París, los encontrarán, y si retroceden, también serán detenidos los desgraciados. El Primer Cónsul

ama á la nobleza y no puede sufrir á los republicanos; después de todo, la cosa es clara; si quiere un trono, tiene que poner trabas á la libertad. Que este secreto quede entre nosotros. De modo que ya lo sabe usted. Esperaré hasta mañana y seré ciego; pero desconfíe usted del otro agente; ese maldito provenzal es el diablo en persona, y tiene órdenes de Fouché como las tengo yo del Primer Cónsul.

—Si los señores de Simeuse están aquí, le contestó el cura, daría la mitad de mi sangre y un brazo por salvarlos; pero si la señorita de Cinq-Cygne es su confidente, juro por mi salvación eterna, que no ha cometido ninguna indiscreción y que no me ha hecho el honor de consultarme. Ahora, me alegro mucho de su discreción, si es que la ha habido. Ayer por la noche jugamos, como todos los días, al boston hasta las diez y media, y no hemos visto nada. No pasa ni un chiquillo por este barrio solitario sin que todo el mundo lo sepa, y hace ya quince días que no se ha visto á ningún extranjero. Los señores de Hauteserre y de Simeuse forman una tropa de cuatro. Sus padres están sometidos al gobierno y han hecho todos los esfuerzos imaginables para traer á sus hijos á su lado; anteayer mismo les escribieron. Así es que en mi alma y en mi conciencia ha sido preciso vuestra bajada aquí para hacer vacilar la firme creencia en que estoy de que esos señores están en Alemania. Entre nosotros, la joven condesa es la única que no hace justicia á las eminentes cualidades del Primer Cónsul.

—¡Zorro! pensó Corentín. Si se fusila á estos jóvenes, ustedes lo habrán querido, respondió en voz alta. Ahora, yo me lavo las manos.

Había llevado al abate Goujet á un lugar iluminado por la luna y le miró bruscamente al pronunciar estas palabras. El sacerdote estaba muy afligido, pero al mismo tiempo mostrábase sorprendido y completamente ignorante.

—Comprenda usted, además, señor cura, repuso Corentín, que sus derechos á la tierra de Gondreville les hacen doblemente criminales á los ojos de la gente subordinada. En fin, le aseguro á usted que me parece que no han de salir airosos en su empresa.

—¿Pero hay acaso algún complot? preguntó sencillamente el cura.

—Innoble, cobarde, odioso y tan contrario al espíritu generoso de la nación, repuso Corentín; que será cubierto de un oprobio general.

—Pues bien, la señorita de Cinq-Cygne es incapaz de una cobardía, exclamó el cura.

—Mire usted, señor cura, repuso Corentín; aquí, para *inter nos*, sepa que hay pruebas evidentes de su complicidad; pero la justicia no tiene aún bastantes. Ha emprendido la huida al acercarnos nosotros... y, sin embargo, yo le había enviado al alcalde.

—Sí, pero para tener tanto interés como dice por salvarlos, venía usted demasiado cerca del alcalde, dijo el cura.

Dichas estas palabras, estos dos hombres se miraron y se comprendieron: ambos pertenecían á la clase de esos profundos anatomistas del pensamiento á quienes una simple inflexión de voz, una palabra, una mirada, bastan para adivinar á un ser, lo mismo que el salvaje adivina á sus enemigos por indicios invisibles á los ojos de un europeo.

—He creído sacar algo de él, y me ha descubierto, pensó para sus adentros Corentín.

—¡Ah, pilló! se dijo á sí mismo el cura.

Las doce daban en el antiguo reloj de la iglesia, en el momento en que Corentín y el cura reaparecieron en el salón. Se oía abrir y cerrar las puertas de los cuartos y de los armarios. Los gendarmes deshacían las camas, y Peyrade, con la pronta inteligencia del espía, lo registraba y sondaba todo. Este pillaje excitaba á la vez el terror y la indignación de los fieles criados, que seguían inmóviles y de pie. El señor de Hauteserre cambiaba con su mujer y con la señorita Goujet miradas de compasión. Una horrible curiosidad tenía á todo el mundo alerta. Peyrade bajó y entró en el salón llevando en la mano una cajita de madera de sándalo esculpido, que debía haber sido traída antaño de la China por el almirante Simeuse. Esta bonita caja tenía las dimensiones de un volumen en cuarto.

Peyrade hizo una seña á Corentín, y, llevándolo al alféizar de una ventana, le dijo:

—Ya he caído. Este Michú, que podía pagar ochocientos mil francos en oro por Gondreville á Marión, y que quería matar hace un momento á Maligno, debe ser el hombre de los Simeuse; el interés que le ha llevado á amenazar á Marión, debe ser el mismo que le ha impulsado á apuntar con su carabina á Maligno. Yo creí que era hombre convencido de sus ideas y ahora veo que nunca ha obedecido más que á una; está instruido de la cosa, y habrá venido á advertirlo aquí.

—Maligno habrá hablado de la conspiración con su amigo el notario, dijo Corentín continuando las inducciones de su colega; y Michú, que se hallaba emboscado, sin duda le habrá oído hablar de los Simeuse. En efecto, no ha podido aplazar el tiro, á no ser para prevenir una desgracia que le ha parecido mayor que la pérdida de Gondreville.

—Nos ha reconocido admirablemente por lo que somos, dijo Peyrade. Por eso desde un principio me pareció prodigiosa la inteligencia de este aldeano.

—¡Oh! eso prueba que estaba alerta, respondió Corentín. Pero, después de todo, amigo mío, no nos engañemos. La traición huele enormemente mal, y las gentes primitivas la sienten de lejos.

—Nosotros no dejamos por eso de ser más fuertes, dijo el provenzal.

—Llame usted al sargento de Arcis, gritó Corentín á uno de los gendarmes. Mandaremos á alguien al pabellón, dijo á Peyrade.

—Ya está allí Violette, nuestro escucha, dijo el provenzal.

—Hemos salido sin tener noticias tuyas, dijo Corentín. Debíamos haber traído con nosotros á Sabatier, pues los dos no bastamos. Sargento, dijo viendo entrar al gendarme y colocándolo entre Peyrade y él, no vaya usted á dejarse engañar como se dejó el sargento de Troyes hace un momento. Nos parece que Michú está complicado en este asunto; vaya usted al pabellón, vigílelo bien y venga á darnos cuenta de lo que observe.

—Uno de mis hombres ha oído caballos en el bosque en el momento en que se prendía á los criaditos, y yo he enviado cuatro números en persecución de los que intentan esconderse, respondió el gendarme.

Salió en seguida, y el ruido de su caballo, que resonó en el patio, fué alejándose rápidamente.

—Vamos, van á París ó retroceden hacia Alemania, se dijo Corentín.

Se sentó después, sacó del bolsillo una cartera, escribió dos cartas con lápiz, las metió bajo un sobre y, haciendo seña de que se aproximase á uno de los gendarmes, le dijo:

—Vaya usted al galope á Troyes, despierte al prefecto y dígame que tan pronto como amanezca haga circular el telégrafo.

El gendarme partió al galope. El objeto de este movimiento y la intención de Corentín eran tan claros, que todos los habitantes del castillo sintieron que se les oprimía el corazón; pero esta nueva inquietud fué un golpe más en su martirio, pues en este momento tenían los ojos fijos en la preciosa cajita. Al mismo tiempo que hablaban, los dos agentes espían la expresión de aquellas chispeantes miradas. Una especie de rabia fría animaba el corazón insensible de aquellos dos seres, que saboreaban el terror general. El policía siente todas las emociones del cazador; pero al desplegar las fuerzas del cuerpo y de la inteligencia, allí donde el uno procura matar una liebre, una perdiz ó un corzo, trata el otro de salvar al Estado ó al monarca, ó de ganar una buena recompensa. Así es que la diferencia que existe entre la caza del hombre y la otra clase de caza, es la misma que existe entre los hombres y los animales. Por otra parte, el espía necesita dar á su papel toda la grandeza é importancia de los intereses que defiende. Aunque no se haya ejercido este oficio, cualquiera puede concebir que el alma se apasiona tanto en su ejercicio, como el cazador persiguiendo á la pieza. De modo que cuanto más avanzaban hacia la luz, más entusiasmados estaban aquellos dos hombres; pero su actitud y sus modales eran tan fríos y tranquilos, como impenetrables sus ideas y su plan. Pero el que

hubiese visto los efectos del olfateo moral de estos dos sabuesos al seguir la pista de hechos desconocidos y ocultos, el que hubiese comprendido los movimientos de agilidad canina que hacían para encontrar la verdad mediante el rápido examen de las probabilidades, se hubiera estremecido. ¿Cómo y por qué aquellos hombres de genio habían caído tan bajo, cuando podían estar á tan gran altura? ¿Qué imperfección, qué vicio, qué pasión los rebajaba de aquel modo? ¿Hay hombres que son policías como otros son pensadores, escritores, hombres de Estado, pintores, generales, sin saber hacer más que espiar, del mismo modo que aquellos hablan, escriben, administran, pintan ó se baten? Los criados del castillo tenían todos el mismo deseo: «¿No vendrá un rayo del cielo para estos infames?» Todos sentían sed de venganza y, sin la presencia de los gendarmes, hubiera habido allí una revolución.

—¿No tiene nadie la llave de este cofre? preguntó el cínico Peyrade interrogando á la multitud, tanto con el movimiento de su gorda nariz encarnada, como con su palabra.

El provenzal observó, no sin temor, que ya no había allí gendarmes. Corentín y él se encontraban solos. Corentín sacó un puñalito del bolsillo y se dispuso á forzar la cajita. En este momento se oyó, primero en el bosque, después en la puerta del castillo, el horrible ruido de un galope desesperado; pero lo que causó mayor espanto fué la parada y el suspiro del caballo, que cayó desplomado al detenerse. Una conmoción semejante á la que produce el rayo se apoderó de todos los espectadores cuando vieron aparecer á Lorenza, anunciada de antemano por el roce de su amazona. Sus criados se apresuraron á ponerse en línea para dejarle paso. A pesar de la rapidez de su carrera, experimentó la pena que tenía que causarle el descubrimiento de la conspiración ¡todas sus esperanzas destruidas! Presa de estas ideas, había galopado con rabia pensando en la necesidad de someterse al gobierno consular. Sin el peligro que corrían los cuatro hidalgos, y que fué el tópicó con cuya ayuda dominó su fatiga y su desesperación, hubiese caído desmayada. Casi había reventado á su yegua para ir á colocarse entre la muerte

y sus primos. Al ver á aquella heroica muchacha, pálida y desencajada, con el látigo en la mano, con el velo subido, en el dintel de la puerta, desde donde con chispeante mirada abrazó toda la escena y se penetró de ella, todo el mundo comprendió, por el imperceptible movimiento que contrajo el turbado y agrio rostro de Corentín, que los verdaderos adversarios estaban frente á frente. Un terrible duelo iba á empezar. Al ver aquella cajita en manos de Corentín, la joven condesa levantó su látigo y saltó con tal rapidez, le dió en las manos tan violento golpe, que la cajita cayó al suelo. Hecho esto, Lorenza la cogió, la arrojó á las brasas de la chimenea y se colocó delante en una actitud amenazadora, antes de que los dos agentes hubiesen salido de su sorpresa. El desprecio que se dibujaba en los ojos de la condesa, su frente pálida y sus labios desdeñosos, insultaban á aquéllos mucho más aún que el gesto con que había tratado á Corentín cual si fuese un animal venenoso. El honrado Hauteserre se sintió caballero, la sangre toda se le agolpó al rostro y deploró no tener allí una espada. Los servidores se estremecieron de alegría. Aquella venganza tan deseada acababa de alcanzar á uno de aquellos hombres. Pero su dicha quedó bien pronto interrumpida por un espantoso temor: seguían oyendo á los gendarmes que iban y venían por los graneros. El *espla*, sustantivo enérgico, bajo el cual se confunden las distintas clases de agentes de policía, pues el público no ha querido nunca especificar con el lenguaje las diversas clases que forman esta farmacia necesaria á los gobiernos, el *espiá*, repito, tiene una cosa magnífica y curiosa: no se enfada nunca, tiene la humildad cristiana de los sacerdotes, la mirada acostumbrada al desprecio, que él, por su parte, opone como una barrera al pueblo necio que no le comprende; tiene la frente de bronce, marcha á su objeto como el animal cuyo casco no puede ser atravesado por el cañón; pero también, como el animal, se pone tanto más furioso, cuanto más indudablemente ha creído que era impenetrable su coraza. El latigazo en los dedos fué para Corentín, dolor aparte, el cañonazo que rompe la coraza; por parte de aquella sublime y noble joven, aquel movimiento

de repugnancia le humilló, no sólo á los ojos de aquella pequeña multitud, sino á los suyos propios. Peyrade, el provenzal, se precipitó hacia la chimenea y recibió una patada de Lorenza; pero le cogió el pie, se lo levantó y la obligó, por el pudor, á sentarse en la poltrona donde dormía unas horas antes. Esto fué lo burlesco en medio del terror, contraste frecuente en las cosas humanas. Peyrade se chamuscó la mano para apoderarse de la cajita que ardía, pero logró sacarla, la puso en el suelo y se sentó encima de ella. Estos acontecimientos pasaron con gran rapidez y sin que nadie pronunciase una palabra. Corentín, repuesto del dolor que le había causado el latigazo, sujetó á la señorita de Cinq-Cygne teniéndole las manos.

—*Hermosa ciudadana*, no me obligue usted á emplear la fuerza, le dijo con cortesía.

La acción de Peyrade dió por resultado la extinción del fuego por falta de aire.

—¡Gendarmes, á nosotros! exclamó conservando su extravagante posición.

—¿Me promete usted ser juiciosa? dijo insolentemente Corentín á Lorenza, recogiendo su puñal y sin cometer la falta de amenazarla.

—Los secretos de esa cajita no conciernen al gobierno, respondió ella con cierta melancolía en el aire y en el acento. Cuando hayan leído ustedes las cartas que encierra, sentirán vergüenza de haberlas leído, á pesar de lo infames que son ustedes; pero ¿qué digo? ¿acaso sienten ustedes vergüenza por algo? preguntó después de una pausa.

El cura dirigió á Lorenza una mirada como para decirle: ¡En nombre de Dios, cálmese usted!

Peyrade se levantó. El fondo de la cajita, casi enteramente quemada, dejó en la alfombra una quemadura. La parte inferior de la cajita estaba ya carbonizada y los lados cedieron. Aquel grotesco Scébola, que acababa de ofrecer al dios de la Policía, al Miedo, la parte posterior de su calzón, abrió la caja y colocó tres cartas y dos mechones de pelo sobre el tapete de la mesilla de juego. Iba á sonreír mirando á Corentín, cuando vió que los cabellos eran de dos colores

blancos diferentes. Corentín dejó á la señorita de Cinq-Cygne para ir á leer la carta en donde habían caído los cabellos. Lorenza se levantó también, se puso al lado de los dos espías y les dijo:

—¡Ah! lean ustedes en voz alta, que ese será su castigo.

Y como viese que leían con los ojos solamente, ella misma leyó en voz alta la carta siguiente:

«Querida Lorenza: Mi marido y yo hemos tenido conocimiento de su hermosa conducta de usted en el triste día de nuestro arresto. Sabemos que ama usted á nuestros queridos gemelos tanto como los amamos nosotros mismos. Así es que vamos á confiar á usted un depósito triste al par que precioso para ellos. El ejecutor acaba de cortarnos los cabellos, pues vamos á morir dentro de algunos instantes, y nos ha prometido que haría llegar á sus manos los dos únicos recuerdos que nos es posible dar á nuestros queridísimos huérfanos. Guarde usted estos restos nuestros y deseles cuando lleguen mejores tiempos. Unido á ellos va nuestro último beso y nuestra bendición. Los últimos pensamientos serán primero para nuestros hijos, después para usted y el último para Dios. Quiéralos mucho.

»BERTA DE CINQ-CYGNE.

»JUAN DE SIMEUSE.»

Al terminar la lectura de esta carta se veían lágrimas en todos los ojos.

Lorenza dijo á los agentes con voz firme, lanzándoles una mirada petrificante:

—Son ustedes menos compasivos que el verdugo.

Corentín colocó tranquilamente los cabellos dentro de la carta y puso ésta á un lado sobre la mesa, colocando encima una canastilla de fichas para sujetarla. Esta sangre fría, en medio de la emoción general, era espantosa. Peyrade abrió las otras dos cartas.

—¡Oh! respecto á éstas, repuso Lorenza, son poco más ó menos lo mismo. Han oído ustedes el testamento, y aquí

verán que se ha cumplido. En lo sucesivo mi corazón no tendrá secretos para nadie.

«1794, Andernach, antes del combate.

»Mi querida Lorenza: La amo á usted eternamente y quiero que no lo olvide; pero, caso de que yo llegase á morir, sepa que mi hermano Pablo María la ama á usted tanto como yo. Mi único consuelo, si muero, será el tener la seguridad de que llegará un día en que hará usted á mi hermano su marido, sin ver que me consumo de celos, como ocurriría indudablemente, si, viviendo los dos, lo prefiriese usted á mí. Después de todo, esta preferencia me parecería muy natural, porque sin duda vale más que yo, etc.

»MARÍA PABLO.»

—He aquí la otra, repuso Lorenza con el rostro cubierto de encantador rubor.

«Andernach, antes del combate.

»Mi buena Lorenza: Siento alguna tristeza en el alma; pero María Pablo es de carácter demasiado alegre para que no le agrade á usted más de lo que yo pudiera agradecerle. Algún día será preciso que usted escoja entre los dos, y aunque yo la amo á usted con pasión...»

—Tiene usted correspondencia con emigrados, dijo Peyrade interrumpiendo á Lorenza y tomando la precaución de poner las cartas á la luz para ver si contenían entre líneas alguna escritura con tinta simpática.

—Sí, dijo Lorenza recogiendo las preciosas cartas, cuyo papel estaba amarillo. ¿Pero en virtud de qué derecho viola usted así mi domicilio, mi libertad personal y todas las virtudes domésticas?

—¡Ah! dijo Peyrade, ¿con qué derecho? Voy á decirselo á usted, hermosa aristócrata, repuso sacando del bolsillo una orden emanada del ministro del interior. Mire usted, ciudadana, los ministros han tomado esto por su cuenta.

—¿Podríamos preguntarle á usted con qué derecho alberga en su casa á los asesinos del Primer Cónsul? le dijo Corentín al oído. Me ha aplicado usted un latigazo en los dedos que me autorizaría para dar algún día un golpe de mano y mandar al otro barrio á sus primos, cuando venía dispuesto á salvarlos.

Por el solo movimiento de los labios y por la mirada que Lorenza dirigió á Corentín, el cura comprendió lo que decía aquel artista desconocido, é hizo á la condesa una seña de desconfianza que sólo fué vista por Goulard. Peyrade daba golpecitos en la parte superior de la caja para ver si tenía doble fondo.

—¡Oh! ¡Dios mío! no la rompa usted, y mire, dijo la condesa quitándole la caja á Peyrade.

Tomó un alfiler, empujó con él la cabecita de una de las figuras esculpidas en la tapadera, y las dos planchas, empujadas por un resorte, se desunieron, apareciendo dentro las miniaturas de los señores de Simeuse, en uniforme del ejército de Condé, dos retratos sobre marfil hechos en Alemania. Corentín, que se encontraba frente á frente con un adversario digno de toda su cólera, llamó á Peyrade con un gesto, y, llevándolo á un rincón, conferenció secretamente con él.

—¡Y tiraba usted eso al fuego! dijo el abate Goujet á la condesa, señalándole con una mirada la carta de la marquesa y los cabellos.

Por toda respuesta, la joven se encogió significativamente de hombros. El cura comprendió que lo sacrificaba todo para distraer á los espías y ganar tiempo, y levantó los ojos al cielo haciendo un gesto de admiración,

—Oigo llorar á Gothard, ¿en dónde lo han detenido? dijo en voz bastante alta para poder ser oída.

—No lo sé, respondió el cura.

—¿Habla ido á la quinta?

—¡La quinta! dijo Peyrade á Corentín. Enviemos allí á alguien.

—No, repuso Corentín. Esta muchacha no hubiera confiado la salvación de sus primos á un cortijero. Lo que ella

hace es distraernos. Haga usted lo que le digo, á fin de poder llevar siquiera algunos datos después de haber cometido la falta de venir aquí.

Corentín fué á ponerse delante de la chimenea, levantó los largos y puntiagudos faldones de su casaca para calentarse y tomó el tono, el aire y los modales de un hombre que está de visita.

—Señores, pueden ustedes acostarse, lo mismo que los criados. Señor alcalde, sus servicios me son ya inútiles. La severidad de nuestras órdenes no nos permiten obrar de otro modo que como acabamos de hacerlo; cuando todas las paredes, que me parecen bastante espesas, hayan sido examinadas, nos marcharemos.

El alcalde saludó á todos y salió. El cura y la señorita Goujet no se movieron. Los criados estaban demasiado inquietos para no seguir la suerte de su joven ama. La señora de Hautesserre, que, desde la llegada de Lorenza, la examinaba con la curiosidad de una madre desesperada, se levantó, la cogió por un brazo, la llevó á un rincón y le dijo en voz baja:

—¿Los ha visto usted?

—¿Cómo había de consentir que sus hijos estuviesen bajo su techo sin que usted lo supiese? respondió Lorenza. Durieu, dijo después, vea usted si es posible salvar á mi pobre Estela, que respira aún.

—¿Ha andado mucho? dijo Corentín.

—Quince leguas en tres horas, le respondió al cura, que la miraba estupefacto. He salido á las nueve y he vuelto á la una y media dada.

Y miró el reloj, que marcaba las dos y media.

—¿De modo que no niega usted que ha hecho una tirada de quince leguas? repuso Corentín.

—No, contestó ella. Confieso que mis primos, los señores de Simeuse, dada su perfecta inocencia, contaban solicitar el que no se les exceptuase de la amnistía y volvían á Cinq-Cygne. Pero cuando yo vi que el señor Maligno quería hacerles traición, he ido á decirles que se volvieran á Alemania, donde estarán antes de que el telégrafo de Tro-

yes pueda dar aviso á la frontera. Si he cometido algún crimen, que me castiguen.

Esta respuesta, profundamente meditada por Lorenza y tan probable en todas sus partes, hizo vacilar á Corentín, que era observado por la condesa con el rabillo del ojo. En este instante tan decisivo, cuando todas las almas estaban en cierto modo suspendidas de aquellos dos rostros y cuando todas las miradas iban de Corentín á Lorenza y de Lorenza á Corentín, el ruido de un caballo al galope resonó en el camino y una espantosa ansiedad se pintó en todas las caras.

Peyrade entró mostrando en sus ojos una gran alegría, y, acercándose con precipitación á su colega, le dijo en voz bastante alta para que la condesa pudiera oírlo:

—Ya tenemos á Michú.

Lorenza, cuyas mejillas estaban coloreadas por la angustia, las fatigas y la tensión de todas sus facultades intelectuales, se puso de pronto pálida y cayó, casi desmayada y como herida por un rayo, sobre el sofá. La Durieu, la señorita Goujet y la señora de Hautesserre se precipitaron sobre ella, pues veían que se ahogaba. La condesa indicó con un gesto que le cortasen los cordones de su amazona.

—Ha caído en el lazo y ya no hay duda de que la gente va hacia París, dijo Corentín á Peyrade. Cambiemos las órdenes.

Salieron dejando un gendarme á la puerta del salón. La astucia infernal de estos dos hombres acababa de proporcionarles una horrible ventaja en este duelo, cogiendo á Lorenza en el lazo de una de sus más habituales astucias.

A las seis de la mañana, al amanecer, los dos agentes volvieron. Después de haber explorado el camino que partía de la brecha, habían adquirido la seguridad de que los caballos habían pasado por él para ir al bosque. Esperaban los informes del capitán de gendarmes encargado de recorrer el país. Dejando el castillo cercado y bajo la vigilancia de un sargento, se fueron á almorzar á casa de un tabernero de Cinq-Cygne, no sin haber dado la orden de que pusiesen en libertad á Gothard, que no había cesado de responder á todas las preguntas con torrentes de lágrimas, y á Catalina,

que permanecía en su silenciosa inmovilidad. Catalina y Gothard fueron al salón y besaron las manos de Lorenza, que yacía tendida en la poltrona. Durieu se presentó á anunciar que Estela no moriría, pero que exigía muchos cuidados.

El alcalde, inquieto y curioso, encontró á Peyrade y á Corentín en el pueblo. No quiso consentir que empleados de tan alta categoría almorzasen en una taberna, y los llevó á su casa. Mientras caminaban, Peyrade recordó que el sargento de Arcís no les había dado noticia alguna de Michú ni de Violette.

—Tenemos que habérnoslas con gente de calidad y más lista que nosotros, dijo Corentín. El cura me parece que también está metido en esto.

En el momento en que la señora Goulard hacía entrar á los dos agentes en un vasto comedor sin fuego, el teniente de gendarmes se presentó en actitud de estar muy preocupado.

—Hemos encontrado el caballo del sargento de Arcís en el bosque, sin el jinete, le dijo á Peyrade.

—Teniente, exclamó Corentín, corra usted al pabellón de Michú y vea lo que ha pasado allí. Sin duda han matado al sargento.

Esta noticia contrarió el almuerzo del alcalde. Los parisienses tragan con una rapidez de cazadores y volvieron al castillo en el cabriolé de junco tirado por el caballo de posta, para poder trasladarse rápidamente á todos los puntos en que su presencia fuese necesaria. Cuando estos dos hombres reaparecieron en aquel salón, donde habían hecho nacer la turbación, el dolor, el espanto y las más crueles ansiedades, encontraron allí á Lorenza en bata de casa, al hidalgo y á su mujer, al abate Goujet y á su hermana, agrupados en torno del fuego y tranquilos en apariencia.

—Si hubiesen cogido á Michú, lo habrían traído aquí, se había dicho Lorenza. Siento no haber sido más dueña de mí misma y haber confirmado con mi conducta las sospechas de esos infames; pero todo puede repararse. ¿Seremos prisioneros de ustedes mucho tiempo? preguntó á los dos agentes con aire burlón y desenvuelto.

—¿Cómo puede ella saber nada acerca de nuestra inquietud sobre Michú? Nadie de fuera ha estado en el castillo. Quiere sonsacarnos, se dijeron los dos espías con una mirada.

—No les importunaremos mucho tiempo más, repuso Corentín; dentro de tres horas pediremos á ustedes mil perdones por haber venido á turbar su soledad.

Nadie respondió. Este silencio de desprecio redobló la rabia interior de Corentín, respecto al cual Lorenza y el cura, las dos inteligencias de la casa, se habían puesto de acuerdo. Gothard y Catalina pusieron la mesa al lado del fuego para el almuerzo, en el que tomaron parte el cura y su hermana. Ni los amos ni los criados hicieron caso alguno de los dos espías, que se paseaban por el jardín, por el patio, por el camino, y que volvían de vez en cuando al salón.

A las dos y media el teniente volvió.

—He encontrado al sargento tendido en el camino que conduce del pabellón llamado de Cinq-Cygne á la quinta de Belache, sin más herida que una horrible contusión en la cabeza, producida, según todas probabilidades, por la caída, dijo á Corentín. Ha sido derribado de su caballo con tanta rapidez y arrojado con tanta violencia hacia atrás, que no puede explicarse de qué modo le ha ocurrido esto; sus pies han dejado los estribos, sin lo cual estaría muerto, pues el caballo, asustado, lo hubiese arrastrado por los campos; acabamos de confiarlo á Michú y á Violette.

—¿Cómo! ¿está Michú en el pabellón? dijo Corentín al mismo tiempo que miraba á Lorenza.

La condesa se sonreía burlonamente como mujer que toma la revancha.

—Acabo de verlo en vías de cerrar con Violette un trato que empezaron anoche, repuso el teniente. Violette y Michú me parece que están borrachos; pero no tiene nada de particular, porque han bebido y charlado toda la noche y aún no están de acuerdo.

—¿Le ha dicho á usted eso Violette?

—Sí, dijo el teniente.

—¡Ah! sería preciso hacerlo todo por uno mismo, exclamó Peyrade mirando á Corentín, que desconfiaba tanto como aquél de la inteligencia del teniente.

El joven respondió al viejo con un movimiento de cabeza.

—¿A qué hora llegó usted al pabellón de Michú? preguntó Corentín al observar que la señorita de Cinq-Cygne miraba el reloj de la chimenea.

—A las dos próximamente, dijo el teniente.

Lorenza abrazó con un sola mirada á los señores de Hautesserre, al abate Goujet y á su hermana, que se consideraron en aquel momento felices. La alegría del triunfo brilló en los ojos de la condesa, llenándolos de lágrimas. Fuerte para sufrir las desgracias, aquella joven sólo podía llorar de placer. En este momento estuvo sublime, sobre todo para el cura, que, casi pesaroso de la virilidad del carácter de la condesa, vió en él entonces la excesiva ternura de la mujer; pero esta sensibilidad existía en ella, como un tesoro escondido, á una profundidad infinita, bajo una masa de granito. En este momento un gendarme entró á preguntar si debía permitir pasar al hijo de Michú, que venía á hablar á los parisienses de parte de su padre. Corentín respondió con un signo afirmativo. Francisco Michú, aquel astuto muchacho, que había heredado la astucia de su padre, estaba en el patio donde Gothard, puesto ya en libertad, pudo hablar con él un instante en ausencia del gendarme. El pequeño Michú cumplió parte de su encargo, poniendo una cosa en las manos de Gothard sin que el gendarme se apercibiese de ello. Gothard entró detrás de Francisco y pudo llegar hasta la señorita de Cinq-Cygne para entregarle inocentemente su alianza entera, que ella besó ardientemente, pues comprendió que Michú le decía al enviársela que los cuatro hidalgos estaban en seguridad.

—Mi papá me manda á preguntar que dónde es preciso poner al sargento, que está mucho peor.

—¿De qué se queja? preguntó Peyrade.

—De la cabeza, donde tiene un golpe terrible. ¡Oh! tiene un agujero gordo como un puño detrás del cogote. Al parecer ha tenido la mala suerte de caer sobre una piedra.

¡Pobre hombre! Aunque es gendarme, sufre y se queja, que da lástima.

El capitán de gendarmes de Troyes entró en el patio, echó pie á tierra é hizo una seña á Corentín, el cual, al reconocerlo, se dirigió hacia la ventana y le habló para no perder tiempo.

—¿Qué hay?

—Hemos sido engañados como chinos. Se han encontrado cinco caballos muertos de cansancio, con el pelo empapado de sudor, en medio de la avenida del bosque; los he hecho guardar para saber de dónde vienen y quién los ha proporcionado. El bosque está cercado y los que estén en él no pueden salir de ningún modo.

—¿A qué hora cree usted que han entrado esos caballos en el bosque?

—A la una y media.

—Que no salga ni una liebre del bosque sin que pueda darse cuenta de ello, le dijo Corentín al oído. Le dejo aquí á Peyrade y yo voy á ver al sargento. Vete á casa del alcalde y yo te enviaré allá un hombre diestro para relevarte, dijo al oído al provenzal. Será preciso que nos sirvamos de gente del país y que examines bien todas las caras.

Después, volviéndose hacia la demás gente, dijo con tono espantoso:

—¡Hasta la vista!

Nadie saludó á los agentes al salir.

—¿Qué dirá Fouché de una visita domiciliaria sin resultado? exclamaba Peyrade cuando ayudaba á subir á su compañero al cabriolé.

—¡Oh! aún no está todo acabado, respondió Corentín á Peyrade; los hidalgos deben estar en el bosque.

Señaló á Lorenza, que los miraba á través de los vidrios de la ventana del salón, y continuó diciendo:

—Otra que valía tanto como ella ha sucumbido bajo el peso de mi mano. Si vuelve á encontrarse en mi camino, le haré pagar caro su latigazo.

—La otra era una muchacha, dijo Peyrade, y esta se encuentra en una posición...

—¿Qué me importa? ¡Todo es pescado en la mar! dijo Corentín haciéndole seña al gendarme que guiaba para que arrease al caballo.

Diez minutos después, el castillo de Cinq Cygne estaba completamente evacuado.

—¿Y cómo os habéis deshecho del sargento? preguntó Lorenza al hijo de Michú, á quien había hecho sentarse para darle de comer.

—Mi papá y mi mamá me habían dicho que era cuestión de vida ó muerte el que no entrase nadie en casa. Por el ruido que hacían los caballos en el bosque, comprendí que tenía que habérmelas con perros gendarmes, y me propuse impedir que entrasen en casa. Tomé unas cuerdas muy gordas que tenemos en nuestro granero y las até á uno de los árboles que se encuentran al principio de cada camino, y después até el otro extremo á otro árbol, á la altura del pecho de un caballero. De este modo, el camino estaba interceptado. La cosa salió á las mil maravillas. No hacía luna, y un sargento ha caído al suelo, pero no se ha matado. ¿Qué quiere usted? tienen la vida muy dura los gendarmes. En fin, se ha hecho lo que se ha podido.

—Tú nos has salvado, dijo Lorenza abrazando á Francisco Michú y acompañándolo hasta la reja.

Llegada allí, y como no viese á nadie, le dijo al oído:

—¿Tienen víveres?

—Hoy he ido yo á llevarles un pan de doce libras y cuatro botellas de vino.

Al volver al salón, la joven fué objeto de mudas interrogaciones por parte de los señores de Hauteserre, del cura y de su hermana, que la miraban con tanta admiración como ansiedad.

—¿Pero los ha vuelto usted á ver? exclamó la señora de Hauteserre.

La condesa se puso el dedo sobre los labios sonriéndose, y subió á su cuarto para acostarse, pues una vez obtenido el triunfo, le fué imposible soportar por más tiempo la fatiga.

El camino más corto para ir de Cinq-Cygne al pabellón de Michú era el mismo que conducía del pueblo á la quinta

de Belache y que iba á dar á la plazoleta donde los espías habían visto la víspera á Michú. Así es que el gendarme que guiaba llevó á Corentín por el mismo camino que había seguido el sargento de Arcís. Al mismo tiempo que andaban, el agente iba meditando acerca de la manera como podía desarzonarse á un jinete. Lamentaba su torpeza de no haber enviado más que un hombre á un punto tan importante, y deducía de su falta un axioma para un código de policía que estaba haciendo para su uso particular.

—Si se han desembarazado del gendarme, pensó, también habrán sabido deshacerse de Violette. Es evidente que los cinco caballos muertos han traído de las cercanías de París al bosque á los cuatro conspiradores y á Michú. ¿Tiene Michú caballo? preguntó al gendarme que iba con ellos, que era de la brigada de Arcís.

—Ya lo creo, un famoso jaco, respondió el gendarme; un caballo que proviene de las cuadras del noble marqués de Simeuse. Sus quince años de edad no impiden el que sea una maravilla; Michú le hace andar veinte leguas sin que por eso deje el animal de quedarse tan fresco como una lechuga. ¡Oh! lo cuida muy bien y se ha negado á venderlo en muchas ocasiones.

—¿Cómo es su caballo?

—De un color castaño oscuro tirando á negro, con manchas blancas en las patas, delgado y todo nervios, como si fuese un caballo árabe.

—¿Has visto alguna vez caballos árabes?

—He llegado de Egipto hace un año y he montado caballos de mamelucos. Llevo once años de servicio en caballería, he ido al Rin con el general Steingel, de allí á Italia, y he acompañado al Primer Cónsul á Egipto. Espero que no tardaré mucho en ser sargento.

—Cuando lleguemos al pabellón de Michú, vete á la cuadra, y, si has vivido once años entre caballos, supongo que debes saber cuándo ha corrido un caballo.

—Mire usted; allí es el lugar donde nuestro sargento ha sido derribado, dijo el gendarme señalando el lugar en que el camino desembocaba en la plazoleta.

—Dile al capitán que venga á buscarme á este pabellón para irnos juntos á Troyes.

Corentín echó pie á tierra y permaneció algunos instantes observando el terreno. Examinó los dos olmos que se encontraban uno enfrente de otro, el uno adosado al muro del parque y el otro en un declive de la plazoleta que cortaba el camino vecinal; después vió lo que nadie hubiera podido ver, y lo recogió: un botón de uniforme escondido entre el polvo del camino. Al entrar en el pabellón vió, sentados á una mesa en la cocina, á Violette y á Michú, que seguían disputando. Violette se levantó, saludó á Corentín y le ofreció un vaso de vino.

—No, gracias; quisiera ver al sargento, dijo el joven dirigiendo á Violette una mirada por la que sacó en consecuencia que éste estaba borracho hacía más de doce horas.

—Mi mujer lo cuida allá arriba, dijo Michú.

—Y bien, sargento, ¿cómo estamos? dijo Corentín al encontrar al gendarme con la cabeza envuelta entre trapos y acostado en la cama de la mujer de Michú.

El sombrero, el sable y el correaje estaban sobre una silla. Marta, fiel á los sentimientos de mujer é ignorando aún la hazaña de su hijo, cuidaba al sargento en compañía de su madre.

—Esperamos al señor Varlet, al médico de Arcís, dijo Marta. Goucher ha ido á buscarlo.

—Déjennos ustedes solos un momento, dijo Corentín bastante sorprendido ante aquel espectáculo en que brillaba la inocencia de las dos mujeres.

—¿Cómo ha sido usted derribado? preguntó mirando el uniforme.

—Por algo que me tocó en el pecho, respondió el sargento.

—Veamos vuestro correaje, dijo Corentín.

En la banda amarilla rodeada de ribetes blancos, que una ley reciente había decretado á la guardia llamada nacional, señalando los menores detalles de su uniforme, había una placa muy semejante á la de los guardas campestres, donde

dicho decreto prescribía que se grabasen estas singulares palabras: *Respeto á las personas y á las propiedades*. La cuerda había tocado, como es natural, en el correaje y lo había rozado. Corentín cogió la guerrera y miró al sitio en que faltaba el botón que había encontrado en el camino.

—¿A qué hora le han recogido á usted? le preguntó Corentín.

—Al amanecer.

—¿Le trajeron á usted aquí en seguida? dijo Corentín observando el estado de la cama, que no estaba deshecha.

—Sí.

—¿Quién le ha traído á usted?

—Las mujeres y el hijo de Michú, que me encontró sin conocimiento.

—Bueno, veo que no se han acostado esta noche, se dijo Corentín. El sargento no ha sido herido ni por arma de fuego ni de un palo, pues su adversario, para pegarle, hubiera tenido que ponerse á su altura y tendría que estar á caballo: se deduce de aquí, que ha sido desmontado por un obstáculo colocado en su camino. ¿Por una rama de árbol? imposible. ¿Por una cadena de hierro? tampoco, pues hubiera dejado huellas... ¿Qué ha sentido usted? le preguntó en voz alta al sargento, volviendo á examinarlo.

—He sido derribado tan bruscamente, que...

—Veo que tiene usted la piel levantada debajo de la barba.

—Me parece, respondió el sargento, que me ha rozado la cara una cuerda.

—Ya caigo, dijo Corentín. Han puesto una cuerda, de un árbol á otro, para interceptar el paso.

—Bien pudiera ser, dijo el sargento.

Corentín bajó y entró en la sala.

—Vamos, viejo pillo, acabemos de una vez, decía Michú hablando á Violette y mirando al espía. Ciento veinte mil francos por todo y serás el dueño de mis tierras. Yo me haré rentista.

—¡Como hay Dios que no tengo más que sesenta mil!

—Pero yo te daré un plazo para pagarme el resto. Hom-

bre, ya estamos desde ayer así sin poder cerrar el trato... Tierras de primera calidad.

—Las tierras son buenas, respondió Violette.

—Marta, trae más vino, exclamó Michú.

—¿No han bebido ustedes bastante? exclamó la madre de Marta. Ya van catorce botellas desde ayer á las nueve.

—¿Están ustedes aquí desde las nueve de la mañana? dijo Corentín á Violette.

—No, dispense usted. Desde ayer por la noche que no he salido de aquí, sin haber ganado nada por eso; cuanto más me hace beber, más me encarece sus bienes.

—En los mercados, el que levanta el codo hace también levantar el precio, dijo Corentín.

Una docena de botellas vacías, alineadas al extremo de una mesa, confirmaban el dicho de la anciana. En este momento el gendarme hizo una seña á Corentín y le dijo al oído en el umbral de la puerta:

—En la cuadra no hay ningún caballo.

—¿Ha enviado usted al criado al pueblo en el caballo? preguntó Corentín á Marta. De ese modo, podría esperar la llegada del médico.

—No, señor, dijo Marta; ha ido á pie.

—¿Y qué han hecho ustedes del caballo?

—Lo he prestado, respondió Michú con tono seco.

—Venga usted aquí, compadre, dijo Corentín dirigiéndose al administrador, pues tengo que decirle dos palabras al oído.

Corentín y Michú salieron.

—La carabina que cargaba usted ayer á las cuatro tenía que servirle para matar al consejero de Estado: Grevín, el notario, le ha visto á usted; pero esto no es bastante para encausarle: ha habido mucha intención y pocos testigos. No sé cómo, pero es lo cierto que ha dormido usted á Violette, y usted, su mujer y su hijo han pasado la noche fuera para avisar á la señorita de Cinq-Cygne de nuestra llegada y contribuir á la salvación de sus primos, á quienes ha traído usted aquí, aunque aún no sé el punto fijo. En fin, que nos han derrotado ustedes. Es usted un magnífico hurón. Pero

esto no está acabado y aun tendremos que vernos. ¿Quiere usted transigir? sus amos ganarán más con ello.

—Venga usted hacia aquí, y hablaremos sin que puedan oírnos, dijo Michú llevando al espía hacia el estanque.

Cuando Corentín vió la masa de agua, miró fijamente á Michú, que sin duda contaba con su fuerza para sepultarlo bajo siete pies de fango y tres de agua. Michú le respondió con una mirada no menos fija. Ocurrió allí como si una boa hubiese desafiado á uno de esos feroces jaguares del Brasil.

—No tengo sed, respondió el petimetre quedándose en el extremo del prado y echando mano al bolsillo para coger su puñal.

—Veo que no podemos entendernos, dijo fríamente Michú.

—Sea usted juicioso, querido mío, porque la justicia le acecha.

—Si la justicia no viese más claro que usted, nadie estaría seguro, dijo el administrador.

—Preferiría que me cortasen cien veces el cuello, si se pudiese cortar cien veces el cuello á un hombre, que ponerme en inteligencia con un pillo como tú.

Corentín subió precipitadamente al coche después de haber medido con la mirada á Michú, al pabellón y á Couraut, que ladraba. Dió algunas órdenes al pasar por Troyes y se fué á París. Todas las brigadas de gendarmería recibieron una consigna é instrucciones secretas.

Durante los meses de diciembre, enero y febrero, las investigaciones fueron activas é incesantes en las menores aldeas. Se pusieron escuchas en todas las tabernas. Corentín supo tres cosas importantes: un caballo parecido al de Michú fué encontrado muerto en los alrededores de Lagny; los cinco caballos enterrados en el bosque de Nodesme fueron vendidos al precio de quinientos francos cada uno, por unos cortijeros y unos molineros, á un hombre que, por las señas que dieron de él, debía ser Michú. Cuando se promulgó la ley sobre los encubridores y los cómplices de Georges, Corentín reducía la vigilancia al bosque de Nodesme. Después, cuando Moreau, los realistas y Pichegrú fueron detenidos, dejaron de verse caras forasteras en el país. Michú perdió

entonces su empleo, pues el notario de Arcís le llevó la carta en que el consejero de Estado, que era ya senador, rogaba á Grevín que pidiese cuentas al administrador y lo despidiese. Tres días después, Michú obtuvo un finiquito en buena forma y quedó libre. Con gran asombro del país, se fué á vivir á Cinq-Cygne, donde Lorenza lo tomó por cortijero de todas las dependencias del castillo. El día de su instalación coincidió fatalmente con la ejecución del duque de Enghien. En todo Francia se supo casi á la vez el arresto, el juicio, la condena y la muerte del príncipe, terribles represalias éstas que precedieron al proceso de Polignac, Riviere y Moreau.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO II

REVANCHA DE CORENTÍN

Mientras se construía la quinta destinada á Michú, el falso Judas se instaló en las habitaciones situadas encima de las cuadras, al lado de la famosa brecha. Michú se procuró dos caballos, uno para él y otro para su hijo, pues ambos se unieron á Gothard para acompañar á la señorita de Cinq-Cygne en todos sus paseos, que tenían por objeto, como se comprenderá fácilmente, el proveer de alimentos á los cuatro hidalgos y el procurar que no les faltase nada. Francisco y Gothard, ayudados por Couraut y por los perros de la condesa, ojeaban los alrededores del escondite y se aseguraban de que no había nadie. Lorenza y Michú llevaban los víveres que Marta, su madre y Catalina preparaban á espaldas de los demás criados, á fin de concentrar el secreto, y á pesar de que ninguno de ellos sospechase que pudiesen haber espías en la casa. Por prudencia, esta expedición siempre se llevó á cabo dos veces por semana y á horas diferentes, tan pronto de día como de noche. Estas precauciones duraron

tanto como el proceso Riviere, Polignac y Moreau. Cuando el senado-consulta, que llamaba al Imperio á la familia Bonaparte y nombraba emperador á Napoleón, fué sometido á la aceptación del pueblo francés, el señor de Hauteserre firmó el registro que fué á presentarle Goulard. Por fin se supo que el Papa iría á consagrar á Napoleón. Desde entonces, la señorita de Cinq-Cygne ya no se opuso á que los dos Hauteserre y sus primos suscribiesen una instancia para que se les excluyese de la lista de los emigrados y pudiesen recuperar sus derechos de ciudadanos. El buen hombre corrió inmediatamente á París y fué á ver al noble marqués de Chargebœuf, que conocía al señor de Talleyrand. Este ministro, que gozaba entonces del favor, hizo llegar la petición á manos de Josefina, y ésta se la entregó á su marido, á quien se daban ya los nombres de Emperador, Majestad y Señor, antes de conocer el resultado del escrutinio popular. Los señores de Chargebœuf y Hauteserre y el abate Goujet, que fué también á París, obtuvieron una audiencia de Talleyrand, y este ministro les prometió su apoyo. Napoleón había indultado ya á los principales autores de la gran conspiración realista tramada contra él; pero, aunque de los cuatro hidalgos sólo hubieran sospechas, al salir de una sesión del consejo de Estado, el Emperador llamó á su despacho á Maligno, á Fouché, á Talleyrand, á Cambaceres, á Lebrún y á Dubois, prefecto de policía.

—Señores, dijo el futuro Emperador que conservaba aún su traje de Primer Cónsul, hemos recibido de los señores de Simeuse y de Hauteserre, oficiales del ejército del príncipe de Condé, una petición para que se les autorice para entrar en Francia.

—Ya lo están, dijo Fouché.

—Como otros mil que yo encuentro en París, respondió Talleyrand.

—Creo, sin embargo, que no habrá usted encontrado nunca á éstos, pues están escondidos en el bosque de Nodesme y allí se creen en su casa.

Se guardó bien de decir al Primer Cónsul y á Fouché las palabras á que había debido la vida; pero, apoyándose en

entonces su empleo, pues el notario de Arcís le llevó la carta en que el consejero de Estado, que era ya senador, rogaba á Grevín que pidiese cuentas al administrador y lo despidiese. Tres días después, Michú obtuvo un finiquito en buena forma y quedó libre. Con gran asombro del país, se fué á vivir á Cinq-Cygne, donde Lorenza lo tomó por cortijero de todas las dependencias del castillo. El día de su instalación coincidió fatalmente con la ejecución del duque de Enghien. En todo Francia se supo casi á la vez el arresto, el juicio, la condena y la muerte del príncipe, terribles represalias éstas que precedieron al proceso de Polignac, Riviere y Moreau.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO II

REVANCHA DE CORENTÍN

Mientras se construía la quinta destinada á Michú, el falso Judas se instaló en las habitaciones situadas encima de las cuadras, al lado de la famosa brecha. Michú se procuró dos caballos, uno para él y otro para su hijo, pues ambos se unieron á Gothard para acompañar á la señorita de Cinq-Cygne en todos sus paseos, que tenían por objeto, como se comprenderá fácilmente, el proveer de alimentos á los cuatro hidalgos y el procurar que no les faltase nada. Francisco y Gothard, ayudados por Couraut y por los perros de la condesa, ojeaban los alrededores del escondite y se aseguraban de que no había nadie. Lorenza y Michú llevaban los víveres que Marta, su madre y Catalina preparaban á espaldas de los demás criados, á fin de concentrar el secreto, y á pesar de que ninguno de ellos sospechase que pudiesen haber espías en la casa. Por prudencia, esta expedición siempre se llevó á cabo dos veces por semana y á horas diferentes, tan pronto de día como de noche. Estas precauciones duraron

tanto como el proceso Riviere, Polignac y Moreau. Cuando el senado-consulta, que llamaba al Imperio á la familia Bonaparte y nombraba emperador á Napoleón, fué sometido á la aceptación del pueblo francés, el señor de Hauteserre firmó el registro que fué á presentarle Goulard. Por fin se supo que el Papa iría á consagrar á Napoleón. Desde entonces, la señorita de Cinq-Cygne ya no se opuso á que los dos Hauteserre y sus primos suscribiesen una instancia para que se les excluyese de la lista de los emigrados y pudiesen recuperar sus derechos de ciudadanos. El buen hombre corrió inmediatamente á París y fué á ver al noble marqués de Chargebœuf, que conocía al señor de Talleyrand. Este ministro, que gozaba entonces del favor, hizo llegar la petición á manos de Josefina, y ésta se la entregó á su marido, á quien se daban ya los nombres de Emperador, Majestad y Señor, antes de conocer el resultado del escrutinio popular. Los señores de Chargebœuf y Hauteserre y el abate Goujet, que fué también á París, obtuvieron una audiencia de Talleyrand, y este ministro les prometió su apoyo. Napoleón había indultado ya á los principales autores de la gran conspiración realista tramada contra él; pero, aunque de los cuatro hidalgos sólo hubieran sospechas, al salir de una sesión del consejo de Estado, el Emperador llamó á su despacho á Maligno, á Fouché, á Talleyrand, á Cambaceres, á Lebrún y á Dubois, prefecto de policía.

—Señores, dijo el futuro Emperador que conservaba aún su traje de Primer Cónsul, hemos recibido de los señores de Simeuse y de Hauteserre, oficiales del ejército del príncipe de Condé, una petición para que se les autorice para entrar en Francia.

—Ya lo están, dijo Fouché.

—Como otros mil que yo encuentro en París, respondió Talleyrand.

—Creo, sin embargo, que no habrá usted encontrado nunca á éstos, pues están escondidos en el bosque de Nodesme y allí se creen en su casa.

Se guardó bien de decir al Primer Cónsul y á Fouché las palabras á que había debido la vida; pero, apoyándose en

los relatos hechos por Corentin, convenció al consejo de que los cuatro hidalgos habían tomado parte en el complot de los señores de Riviere y Polignac, señalando á Michú como su cómplice. El prefecto de policía confirmó los asertos del senador.

—¿Pero cómo pudo saber ese administrador que la conspiración estaba descubierta, cuando el Emperador, su consejo y yo éramos los únicos que estábamos en el secreto? preguntó el prefecto de policía.

Nadie hizo caso de las consideraciones de Dubois.

—Si están escondidos en un bosque y no han sido hallados después de siete meses, bien han espiado sus culpas, dijo el Emperador á Fouché.

—Basta que sean enemigos míos para que yo imite la conducta de Vuestra Majestad, dijo Maligno asustado de la perspicacia del prefecto de policía; pido, pues, que se acceda á sus peticiones y me constituyo en su abogado.

—Para usted serán menos peligrosos de ese modo que estando emigrados, pues habrán prestado juramento á la constitución del Imperio y á las leyes, dijo Fouché mirando fijamente á Maligno.

—¿Con que amenazan al señor senador? dijo Napoleón.

Talleyrand conversó algunos instantes en voz baja con el Emperador, y el indulto de los señores de Simeuse y de Hauteserre quedó acordado.

—Señor, dijo Fouché, es fácil que esa gente nos dé aún que hacer.

Talleyrand, á instancias del duque de Grandlieu, acababa de dar en nombre de esos señores su palabra de hidalgo, que tenía mucha seducción para Napoleón, de que no emprenderían nada contra el Emperador y de que se someterían sin intención alguna oculta.

—Los señores de Hauteserre y de Simeuse no quieren llevar las armas contra Francia después de los últimos acontecimientos. Tienen pocas simpatías por el gobierno imperial y son gente á quien Vuestra Majestad debe atraerse. Se contentarán con vivir en territorio francés, obedeciendo

las leyes, dijo el ministro enseñando al Emperador una carta que había recibido concebida en este sentido.

—El que es tan franco, debe ser sincero, dijo el Emperador mirando á Lebrún y Cambaceres. ¿Tiene usted que hacer alguna objeción? preguntó á Fouché.

—En interés de Vuestra Majestad, deseo ser yo el que transmita el indulto á esos señores *cuando quede definitivamente acordado*, dijo en voz alta el futuro ministro de policía general.

—Sea, dijo Napoleón al ver una expresión recelosa en el rostro de Fouché.

Este consejo se levantó sin que el asunto pareciese terminado; pero dió por resultado el que Napoleón pusiese en su memoria una nota dudosa sobre los cuatro caballeros. El señor de Hauteserre, que creía en el éxito, había escrito una carta en que anunciaba esta buena nueva. Los habitantes de Cinq-Cygne no se sorprendieron, pues, al ver que, algunos días después, Goulard iba á decir á la señora de Hauteserre y á Lorenza que enviasen á sus cuatro parientes á Troyes, donde el prefecto les entregaría el decreto que les reintegraba todos sus derechos, previa la prestación de juramento y su adhesión á las leyes del Imperio. Lorenza le respondió al alcalde que avisaría á sus primos y á los señores de Hauteserre.

—¿Pero no están en el país? preguntó Goulard.

La señora de Hauteserre miraba con ansiedad á la joven, que salió al marcharse el alcalde para ir á consultar á Michú. Este no vió inconveniente en dar libertad inmediatamente á los emigrados. Lorenza, Michú, su hijo y Gothard partieron, pues, á caballo, llevando uno de más, pues la condesa debía acompañar á los cuatro hidalgos á Troyes y volver con ellos. Toda la gente que supo esta buena nueva se amontonó delante del castillo para ver salir á la alegre cabalgata. Los cuatro jóvenes salieron de su escondite, montaron á caballo sin ser vistos y tomaron el camino de Troyes, acompañados de la señorita de Cinq-Cygne. Michú, su hijo y Gothard cerraron la entrada del subterráneo y se volvieron á pie. Cuando estaban ya en marcha, Michú

se acordó de que habían dejado en la bodega los cubiertos y el cubilete de plata de que se servían sus amos, y dió la vuelta solo. Al llegar á la orilla del estanque, oyó voces en la bodega y se fué directamente á la entrada á través de los matorrales.

—Viene usted á buscar los cubiertos de plata? le dijo Peyrade sonriéndose y mostrando su gorda y amoratada nariz, en medio del follaje.

Sin saber por qué, pues sus jóvenes amos estaban salvados, fué tan viva en Michú esa especie de presentimiento vago é indefinible que causa toda desgracia futura, que sintió un vivo dolor en todas sus articulaciones; no obstante, avanzó y encontró á Corentín en la escalera.

—Me parece que no somos tan malos, dijo á Michú. Hace ya una semana que hubiéramos podido coger á sus amos de usted, pero como sabíamos que iban á ser indultados... Es usted un valiente y nos ha dado demasiado trabajo, para que no satisfagamos al menos nuestra curiosidad.

—¡Daría cualquier cosa, exclamó Michú, por saber cómo y por quién hemos sido vendidos!

—Si eso le interesa á usted tanto, amigo mío, dijo sonriéndose Peyrade, mire usted las herraduras de los caballos y verá que se han vendido ustedes mismos.

—Sin animosidad ¿eh? dijo Corentín haciendo seña al capitán de gendarmes para que se aproximase con los caballos.

—Ese miserable obrero parisiense que herraba tan bien los caballos y que se ha marchado de Cinq-Cygne, era uno de los suyos! exclamó Michú; les ha bastado hacer reconocer y seguir en el terreno, cuando estaba húmedo, los pasos de nuestros caballos herrados por él con algunas señales, para descubrirnos. Bueno; estamos en paz.

Michú se consoló muy pronto pensando que el descubrimiento de aquel escondite no tenía ya importancia, puesto que sus amos volvían á Francia y recobraban su libertad. Sin embargo, tenía razón con sus presentimientos. La policía y los jesuitas tienen la virtud de no abandonar nunca á sus amigos ni á sus enemigos.

El honrado Hauteserre volvió de París y fué grande su asombro al ver que no había sido el primero en dar la buena nueva. Durieu preparaba una succulenta comida. Los criados se vestían y se esperaba con impaciencia á los proscritos, que, á eso de las cuatro de la tarde, llegaron alegres y humillados á la vez, pues quedaban por dos años bajo la vigilancia de la policía, con obligación de presentarse todos los meses en la prefectura de policía y reducidos á no salir durante dichos dos años de la comarca de Cinq-Cygne.

—Yo les enviaré á ustedes el registro para que lo firmen, les había dicho el prefecto, y dentro de algunos meses pueden ustedes pedir la supresión de estas condiciones que, por lo demás, han sido impuestas á todos los cómplices de Pichegrú. Yo apoyaré la demanda.

Estas restricciones, bastante merecidas, entristecieron un tanto á los jóvenes. Lorenza se echó á reír diciendo:

—El Emperador de los franceses es hombre bastante mal educado, pues no sabe conceder las gracias por completo.

Los hidalgos encontraron en la puerta del castillo á todos sus habitantes y en el camino á una gran parte de los habitantes de la aldea, que iban á ver á aquellos cuatro jóvenes, famosos en la comarca por sus aventuras. La señora de Hauteserre dió un largo y apretado abrazo á sus hijos y lloró de alegría; no pudo decir nada, pues parecía pasmada por la dicha durante una gran parte de la tarde. Tan pronto como los gemelos de Simeuse se mostraron y bajaron del caballo, hubo un grito general de sorpresa, causado por su asombrosa semejanza: la misma mirada, la misma voz, los mismos modales. Uno y otro hicieron exactamente el mismo gesto al echar pie á tierra, pasando la pierna por encima de la grupa del caballo y entregando las bridas con un movimiento semejante. Su manera de vestir, enteramente igual, ayudaba aún á tomarlos por verdaderos Menechmes. Llevaban botas á lo Suwaroff, pantalones muy estrechos de piel blanca, cazadoras verdes con botones de metal, corbatas negras y guantes de gamuza. Estos dos jóvenes, que tenían, á la sazón, treinta y un años, eran, como se decía en aquel

entonces, encantadores caballeros. De mediana estatura, pero bien hechos, tenían los ojos vivos, adornados de largas pestañas y nadando en el fluido como los de los niños, cabellos negros, hermosas frentes y tez de una blancura verdosa. Su manera de hablar, dulce como la de las mujeres, estaba en armonía con sus hermosos labios rojos. Sus maneras, más elegantes y distinguidas que las de los hidalgos de provincias, anunciaban que el conocimiento de los hombres y de las cosas les había dado esa segunda educación, más preciosa aún que la primera, que hace á los hombres perfectos caballeros. Gracias á Michú, el dinero no les había faltado durante su emigración, y habían podido viajar, siendo bien acogidos en todas las cortes extranjeras. El anciano Hauteserre y el abate los encontraron un poco altaneros; pero, en su situación, aquella altanería denotaba sin duda un hermoso carácter. Poseían las eminentes pequeñeces de una educación esmerada, y despleaban una destreza superior á todos los ejercicios del cuerpo. La única diferencia que podía notarse en ellos existía en las ideas. El menor encantaba tanto con su alegría como el mayor con su melancolía; pero este contraste, puramente moral, no podía verse hasta después de haber tenido mucha intimidad con ellos.

—¡Ah! hija mía, dijo Michú al oído de Marta, ¿cómo no ser adicto á estos dos jóvenes?

Marta, que admiraba como mujer y como madre á los gemelos, hizo á su marido un movimiento de aquiescencia y le estrechó la mano. Los criados recibieron permiso para abrazar á sus nuevos amos.

Durante los siete meses de reclusión á que los cuatro jóvenes se habían condenado, cometieron algunas veces la imprudencia de dar algunos paseos, aunque vigilados por Michú, su hijo y Gothard. Durante estos paseos, que tuvieron lugar en hermosas noches, Lorenza, uniendo el presente al pasado de su vida común, había sentido la imposibilidad de escoger entre los dos hermanos. Su corazón participaba de un amor igual y puro por los dos gemelos. Por su parte, los dos Pablos no se habían atrevido nunca á hablarse de su

inminente rivalidad. ¿Se habían entregado acaso los tres al azar? El estado de ánimo, ó ella misma, habían obrado sin duda sobre Lorenza, pues después de un momento de visible duda dió el brazo á los dos hermanos para entrar en el salón y fué seguida por los señores de Hauteserre, que iban haciendo preguntas á sus hijos. En este momento, todos los criados gritaron:

—¡Vivan los Cinq-Cygne y los Simeuse!

Lorenza se volvió, siempre del brazo de los dos hermanos, é hizo un gesto encantador para dar las gracias.

Cuando estas nueve personas llegaron á observarse, pues en toda reunión, aun en el seno de las familias, llega siempre un momento en que todos se observan después de largas ausencias, á la primera mirada que Adriano de Hauteserre dirigió á Lorenza y que fué sorprendida por su madre y por el abate Goujet, les pareció que aquel joven amaba á la condesa. Adriano, el menor de los Hauteserre, estaba dotado de un alma tierna é inocente. Su corazón había permanecido adolescente á pesar de las catástrofes que había experimentado el hombre. Semejante en esto á muchos militares, cuya alma permanece virgen en medio de la continuidad de los peligros, se sentía oprimido por las hermosas timideces de la juventud. Difirió completamente de su hermano, de aspecto brutal, gran cazador, militar intrépido y lleno de resolución, pero material y sin recursos intelectuales, así como sin delicadeza en las cosas del corazón. El uno era todo alma, el otro todo acción; sin embargo, ambos poseían en el mismo grado la idea del honor, que basta para la vida de los hidalgos. Moreno, pequeño, delgado y seco, Adriano de Hauteserre tenía, no obstante, una gran apariencia de fuerza, mientras que su hermano, de elevada estatura, pálido y rubio, parecía débil. Adriano, dotado de un temperamento nervioso, era fuerte por el alma. Roberto, aunque linfático, se complacía en probar su fuerza puramente corporal. Las familias ofrecen á veces extravagancias de este género, cuyas causas podrían muy bien ser interesantes; pero no se trata aquí de esto, y sí únicamente de explicar el cómo Adriano no podía encontrar un rival en su hermano. Ro-

berto tuvo para Lorenza el afecto de un pariente y el respeto de un noble por una joven de su casta. Desde el punto de vista de los sentimientos, el mayor de los Hauteserre pertenecía á esa clase de individuos que consideran á la mujer como dependiente del hombre, que restringen á la parte física su derecho de maternidad, que le exigen muchas perfecciones y que no le tienen ninguna clase de consideración. Según ellos, admitir á una mujer en la sociedad, en la política y en la familia, es un trastorno social. Estamos hoy tan lejos de esta rancia opinión de los tiempos primitivos, que casi todas las mujeres, aun las que sólo piden la funesta libertad que les ofrecen las nuevas sectas, pudieran indignarse; pero Roberto de Hauteserre tenía la desgracia de pensar así. Roberto era el hombre de la edad media y el menor era el hombre de hoy. Estas diferencias, lejos de oponerse á su afecto, habían hecho que éste fuese mayor entre los dos hermanos. Desde la primera noche, aquellas nubes fueron vistas y apreciadas por el cura, por su hermano y por la señora de Hauteserre, quienes, al mismo tiempo que jugaban al boston, adivinaron ya dificultades para el porvenir.

A los veintitrés años, después de las reflexiones de la soledad y de las angustias de una vasta empresa abortada, Lorenza, volviendo á ser mujer, sintió una inmensa necesidad de afecto, desplegó todas las gracias de su espíritu y se hizo encantadora. Reveló los encantos de su ternura con la sencillez de un niño de quince años. Durante aquellos trece últimos años, Lorenza sólo había sido mujer para el sufrimiento, y quiso indemnizarse, mostrándose tan amable y coqueta, como grande y fuerte se había mostrado hasta entonces. Los cuatro ancianos, que fueron los últimos en abandonar el salón, quedaron bastante inquietos al ver la nueva actitud de aquella encantadora muchacha. En efecto, ¿qué fuerza no tendría la pasión en una joven de aquel carácter y de aquella nobleza? Los dos hermanos amaban igualmente y con ciega ternura á aquella mujer. ¿A cuál de los dos escogía Lorenza? ¿escoger al uno, no era matar al otro? Condesa por derecho propio, daba á su marido un título y dos

hermosos privilegios; acaso al pensar en estas ventajas, el marqués de Simeuse se sacrificase para hacer que Lorenza se casase con su hermano, el cual, según las leyes antiguas, era pobre y no tenía título. Pero ¿querría el menor privar á su hermano de una dicha tan grande como la de tener á Lorenza por mujer? De lejos, este combate de amor había ofrecido pocos inconvenientes, y, por otra parte, mientras que los dos hermanos corrieron peligros, el azar de los combates podía eliminar aquella dificultad; mas ¿qué iba á ocurrir una vez reunidos? Cuando María Pablo y Pablo María, llegados ambos á la edad en que las pasiones obran con toda su fuerza, se repartiesen las miradas, las expresiones, las atenciones y las palabras de su prima, ¿no nacería entre ellos unos celos cuyas consecuencias podían ser fatales? ¿Qué rumbo tomaría la hermosa, igual y simultánea existencia de los gemelos? A estas hipótesis, establecidas una á una por cada uno de los concurrentes durante la última parte del boston, la señora de Hauteserre respondió que no creía que Lorenza se casase con ninguno de sus dos primos. La anciana dama había experimentado durante la velada uno de esos presentimientos inexplicables que son un secreto entre las madres y Dios. En su fuero interno, Lorenza no estaba menos asustada al verse frente á frente de sus primos. Al animado drama de la conspiración, á los peligros que corrieron los dos hermanos, á las desgracias de su emigración, sucedía un drama en el que no había pensado. Aquella noble muchacha no podía recurrir al violento medio de no casarse con ninguno de los gemelos, pues era demasiado honrada para casarse con otro llevando una pasión irresistible en el fondo de su corazón. Permanecer soltera, cansar á sus dos primos dando largas al asunto y tomar por marido á aquel que le fuese fiel, á pesar de sus caprichos, fué una decisión más bien entrevista que buscada. Al dormirse, se dijo que lo más prudente era abandonarse á la casualidad, pues la casualidad es, en amor, la providencia de las mujeres.

Al día siguiente por la mañana, Michú salió para París, de donde volvió algunos días después con cuatro hermosos caballos para sus nuevos amos. Seis semanas después debía

abrirse la caza, y la joven condesa había pensado que las violentas distracciones de este ejercicio serían un medio de evitar lo enojoso de las entrevistas en el castillo. En un principio ocurrió ya un hecho imprevisto que sorprendió á los testigos de aquellos extraños amores, causándoles admiración. Sin que hubiese habido convenio entre ellos, los dos hermanos rivalizaron en prodigar cuidados y ternura á su prima, experimentando un placer moral que creyó que había de bastarles. Entre ellos y Lorenza la vida fué tan fraternal como lo había sido entre los dos solos. Nada más natural. Después de tan larga ausencia, sentían la necesidad de estudiar á su prima, de conocerla bien y de hacerse conocer por ella dejándole el derecho de elegir, sostenidos en esta prueba por aquel mutuo afecto que hacía una sola vida de su doble existencia. El amor, lo mismo que el cariño de madre, no sabía distinguir entre los dos hermanos. Lorenza se vió obligada, para reconocerlos y no equivocarse, á darles corbatas diferentes, una blanca al mayor y una negra al pequeño. Sin esta perfecta semejanza, sin esta identidad de vida que engañaba á todo el mundo, semejante situación parecería naturalmente imposible. En realidad, sólo se explica con trabajo, pues es una de esas cosas que no se creen más que viéndolas, y, aun después de verlas, el ánimo se ve más apurado para explicarlas que lo que se ha visto para creerlas. Si hablaba Lorenza, su voz resonaba de igual modo en dos corazones igualmente amantes y fieles. Si expresaba una idea ingeniosa, bella ó chistosa, su mirada encontraba el placer pintado en dos miradas que no perdían ninguno de sus movimientos, que satisfacían sus mismos deseos y que le sonreían siempre con distinta expresión, alegre en el uno, tiernamente melancólica en el otro. Cuando se trataba de su prima, los dos hermanos tenían esos admirables impulsos repentinos del corazón, en armonía con la acción, los cuales, según el abate Goujet, llegaban á lo sublime. Muchas veces, si era preciso ir á buscar algo, si se trataba de hacer alguno de esos insignificantes servicios que los hombres prestan con tanto gusto á la mujer amada, el mayor dejaba el placer de desempeñarlo á su hermano, dirigiendo á su

prima una mirada conmovedora y de satisfacción á la par. El menor se complacía en pagar con réditos esta clase de deudas. Este combate de nobleza tratándose de un sentimiento en que el hombre llega á la celosa ferocidad del animal, confundía las ideas de los ancianos que lo contemplaban.

Estos insignificantes detalles atraían á veces las lágrimas á los ojos de la condesa. Una sola sensación, que sin duda es inmensa en ciertas organizaciones privilegiadas, puede dar una idea de las emociones de Lorenza: podía ser comprendida recordando el acuerdo perfecto de dos hermosas voces como las de la Sontag y de la Malibrán en algún armonioso dúo, ó el unísono completo de dos instrumentos manejados por dos maestros y cuyos sonidos armoniosos penetran en el alma como los suspiros de un ser apasionado.

Algunas veces, al ver al marqués de Simeuse, sentado en un sofá, dirigir una mirada profunda y melancólica á su hermano, que hablaba y reía con Lorenza, el cura le creía capaz de un inmenso sacrificio, pero no tardaba en ver en sus ojos el brillo de la pasión invencible. Cada vez que uno de los gemelos se encontraba solo con Lorenza, podía creerse exclusivamente amado.

—Entonces, me parece que son uno solo, decía la condesa al abate Goujet cuando éste la interrogaba sobre el estado de su corazón.

El sacerdote reconoció entonces en ella la ausencia absoluta de coquetería. Lorenza no se creía realmente amada por dos hombres.

—Pero, querida mía, no habrá más remedio que escoger, le dijo un día la señora de Hautesserre, cuyo hijo se moría silenciosamente de amor por Lorenza.

—Déjenos usted ser felices, respondió ella. Dios se encargará de resolverlo todo.

Adriano de Hautesserre escondió en el fondo de su corazón unos celos que le devoraban, y guardaba el secreto de sus torturas, comprendiendo las pocas probabilidades de éxito que le quedaban. Se contentaba con la dicha de ver á aquella criatura encantadora que, durante algunos

meses que duró esta lucha, brilló con todo su esplendor. En efecto, al sentir ilusiones, Lorenza se tomó por su físico todos los cuidados que acostumbran á tomarse las mujeres amadas. Seguía las modas, y más de una vez fué á París para parecer más hermosa con perifollos ó con alguna novedad. En fin, para proporcionar á sus primos todos los goces de su casa, de los cuales estaban privados hacía tanto tiempo, hizo de su castillo, á pesar de los gritos de su tutor, la habitación más confortable que hubo á la sazón en Champaña.

Roberto de Hauteserre no comprendía aquel drama sordo. No veía más que el amor de su hermano por Lorenza. Respecto á ésta, se complacía en burlarse de su coquetería, pues confundía este detestable defecto con el deseo de agradar, del mismo modo que se equivocaba sobre todas las cosas del gusto, del sentimiento ó de la elevada instrucción. Así es que, cuando el hombre de la edad media aparecía en escena, Lorenza hacía, sin saberlo, el papel del gracioso del drama; alegraba á sus primos, discutiendo con Roberto, llevándolo poco á poco al hermoso lugar de los aguazales, donde se hunden la estupidez y la ignorancia. Lorenza sobresalía en esas ocurrentes bromas que, para ser perfectas, deben dejar contento al bromeado. Sin embargo, por grosera que fuese su naturaleza, Roberto, durante esta hermosa época, la única feliz que debían conocer aquellos tres encantadores seres, no intervino nunca entre los Simeuse y Lorenza con una palabra viril, que acaso hubiese decidido la cuestión. Quedó sorprendido de la sinceridad de los dos hermanos. Roberto comprendió sin duda lo mucho que aquella mujer debía temer al conceder al uno testimonios de ternura que el otro no hubiese obtenido; cuán feliz era uno de los hermanos del bien que conseguía el otro, y cuánto sufrían ambos en el fondo de su corazón. Este respeto de Roberto explica admirablemente esta situación, que, indudablemente, hubiera tenido privilegios en los tiempos de fe, en que el soberano pontífice tenía el poder de intervenir para cortar el nudo gordiano de estos raros fenómenos, vecinos de los misterios más impenetrables. La Revolución

había inculcado la fe católica á aquellos corazones, y la religión hacía aún más terrible esta crisis, pues la grandeza de los caracteres aumentó la grandeza de las situaciones. De modo que ni los señores de Hauteserre, ni el cura, ni su hermano, esperaban nada vulgar de los dos hermanos ni de Lorenza.

Este drama, que permaneció misteriosamente encerrado dentro de los límites de la familia, donde cada uno lo observaba en silencio, tuvo un curso tan rápido y tan lento á la vez, implicaba tantos goces inesperados, pequeños combates, preferencias engañosas, ilusiones perdidas, crueles esperanzas, aplazamientos para el día siguiente para explicarse y declaraciones mudas, que los habitanes de Cinq-Cygne no hicieron caso alguno del coronamiento de Napoleón. Por otra parte, estas pasiones tenían treguas y violentas distracciones, promovidas por los placeres de la caza, que, cansando exclusivamente al cuerpo, quitan al alma ocasiones de viajar por las estepas peligrosas de la fantasía. Ni Lorenza ni sus primos pensaban en los asuntos públicos, pues cada día tenía para ellos un interés palpitante.

—A decir verdad, no sé á quién de estos amantes ama más, dijo un día la señorita Goujet.

Adriano, que se encontraba solo en el salón con los cuatro jugadores de boston, fijó en ellos sus ojos y se puso pálido. Hacia ya algunos días que sólo estaba sostenida su vida por el placer de ver á Lorenza, de oírla hablar.

—Creo, dijo el cura, que la condesa, en su calidad de mujer, ama con mucho más abandono.

Lorenza, los dos hermanos y Roberto llegaron algunos instantes después. Los periódicos acababan de llegar. Al ver la ineficacia de las conspiraciones intentadas en el interior, Inglaterra armaba á Europa contra Francia. El desastre de Trafalgar había destruído uno de los planes más extraordinarios que el genio humano podía haber inventado, y con el que el Emperador hubiese pagado su elección á Francia con la ruina de la nación inglesa. En este momento, el campo de Bolonia se había levantado. Napoleón, cuyos soldados eran superiores en número como

siempre, iba á librar batalla contra Europa, en lugares en que no había comparecido nunca. El mundo se preocupaba del desenlace de esta campaña.

—¡Ah! esta vez sucumbirá, dijo Roberto al acabar la lectura del periódico.

—Tiene á su disposición todas las fuerzas de Austria y de Rusia, dijo María Pablo.

—Pero nunca ha maniobrado en Alemania, respondió Pablo María.

—¿De quién hablan ustedes? preguntó Lorenza.

—¡Del Emperador! respondieron los tres jóvenes.

Lorenza dirigió á sus dos amantes una mirada desdeñosa que los humilló, pero que llenó de alegría á Adriano. Este hizo un gesto de admiración y de orgullo, como queriendo decir que él, por su parte, no pensaba más que en Lorenza.

—¿Lo ven ustedes? El amor le ha hecho olvidar su odio, dijo el abate Goujet en voz baja.

Este fué el primero, el último y el único reproche que los dos hermanos recibieron; pero en este momento se consideraron inferiores en amor á su prima, la cual, hasta dos meses después, no supo el asombroso triunfo de Austerlitz, ni lo hubiera sabido si no hubiera oído una discusión que el buen Hauteserre tuvo con sus dos hijos. Fiel á su plan, el anciano quería que éstos solicitasen la entrada en el ejército, donde sin duda les concederían sus grados y podrían aún hacer una hermosa carrera militar. El partido del realismo puro se había hecho más fuerte en Cinq-Cygne. Los cuatro hidalgos y Lorenza se burlaron del prudente anciano, que parecía adivinar las desgracias del porvenir. La prudencia es sin duda, más bien que una virtud, el ejercicio de un *sentido* del espíritu, si posible es hermanar estas dos palabras; pero día llegará probablemente en que los fisiologistas y los filósofos admitirán que los sentidos son en cierto modo la envoltura de una viva y penetrante acción que procede del espíritu.

Después de pactada la paz entre Francia y Austria, hacia últimos del mes de febrero de 1806, un pariente que se había interesado por los Simeuse cuando éstos solicitaron

su vuelta, y que debía más tarde darles grandes pruebas de adhesión, el noble marqués de Chargebœuf, cuyas propiedades se extienden desde Seine-et-Marne hasta el Aube, llegó á la tierra de Cinq-Cygne, en una especie de calesa, que, por burla, recibía en aquel entonces la denominación de berlina. Cuando este pobre coche apareció en el camino del castillo, los habitantes de éste, que estaban almorzando, sintieron ganas de reír; pero al reconocer la cabeza calva del anciano que apareció entre las dos cortinas de cuero del carruaje, el señor de Hauteserre lo nombró, y todos se levantaron para salir al encuentro del jefe de la casa de Chargebœuf.

—Nos hemos portado mal con este señor, dijo el marqués de Simeuse á su hermano y á los Hauteserre. Debíamos haber ido á darle las gracias.

Un criado vestido de aldeano, que guiaba el carruaje, plantó en un tubo de grosero cuero su látigo de carretero y se disponía á ayudar á bajar al marqués; pero Adriano y el menor de los Simeuse no lo consintieron, y, abriendo la puerta del coche, sacaron al buen hombre de él, á pesar de sus protestas de que no se molestasen. Este marqués tenía la pretensión de hacer pasar su berlina amarilla por un coche excelente y cómodo. El criado, ayudado por Gothard, desenganchaba ya los dos buenos y grandes caballos que, sin duda, servían tanto para los trabajos agrícolas como para el coche.

—¿A pesar del frío? Es usted un valiente de los antiguos tiempos, dijo Lorenza á su anciano pariente, dándole el brazo y llevándolo hacia el salón.

—Como vosotros no venís á ver á un pobre viejo como yo, dijo con finura dirigiendo reproches á sus jóvenes parientes.

—¿Por qué vendrá? se preguntaba el bueno de Hauteserre.

El señor de Chargebœuf, guapo anciano de sesenta y siete años, con pantalón claro, piernas canijas y provistas de medias de seda adamascada, llevaba la peluca enfundada y los cabellos llenos de almidón perfumado, que se em-

pleaba para blanquearlos. Su casaca, de paño verde, con botones de oro, estaba adornada de galones dorados. Su chaleco blanco deslumbraba por sus enormes bordados de oro. Esta manera de vestir, que estaba aún de moda entre los ancianos, sentaba admirablemente á su cara, bastante parecida á la del gran Federico. No se ponía nunca el tricornio para no destruir el efecto de la media luna dibujada en su cráneo por una capa de almidón. Apoyaba la mano derecha en un bastón con puño en forma de pico de cuervo, llevando á la vez en dicha mano el bastón y el sombrero, con un gesto digno de Luis XIV. Este digno anciano se desembarazó de una dulleta de seda y se dejó caer en un sofá, conservando entre sus piernas su tricornio y su bastón, en una postura cuyo secreto no perteneció nunca más que á los elegantes de la corte de Luis XV, y que dejaba las manos libres para manejar la tabaquera, alhaja siempre magnífica. En efecto, el marqués sacó del bolsillo de su chaleco, que remataba un gran bordado de arabescos de oro, una rica tabaquera. Mientras preparaba su toma, ofreciendo tabaco á todos, con otro gesto encantador, acompañado de afectuosas miradas, observó el placer que causaba su visita. Entonces pareció comprender la causa de que los jóvenes emigrados hubiesen faltado á sus deberes para con él, y pareció decirse:

—Cuando se hace el amor, no se puede hacer visitas.

—¿Supongo que le tendremos á usted aquí algunos días? dijo Lorenza.

—Imposible, respondió el anciano. Si no estuviésemos separados por los acontecimientos, pues ustedes han recorrido en más de una ocasión mayores distancias de las que nos separan, sabría usted, querida mía, que tengo hijas, nueras, nietos y nietas. Toda esta gente se inquietaría si no me viese esta noche, y tengo que andar aún diez y ocho leguas.

—Lleva usted buenos caballos, dijo el marqués de Simeuse.

—¡Oh! vengo de Troyes, donde tuve que arreglar ayer un asunto.

Después de las consiguientes preguntas por la familia, por

la marquesa de Chargebœuf y por todas esas cosas realmente indiferentes, pero por las que la humanidad exige que se interese uno vivamente, le pareció al señor de Hauteserre que Chargebœuf iba á recomendar á sus jóvenes parientes que no cometiesen ninguna imprudencia. Según el marqués, los tiempos habían cambiado, y nadie podía saber lo que llegaría á ser el Emperador.

—¡Oh! dijo Lorenza, llegará á ser dios.

El buen anciano habló de concesiones. Al oírle expresar, con mucha más seguridad y autoridad de lo que él acostumbraba á exponer sus doctrinas, la necesidad de someterse, el señor de Hauteserre miró á sus hijos con aire casi suplicante.

—¿Serviría usted á ese hombre? dijo el marqués de Simeuse al de Chargebœuf.

—Sí, si fuese conveniente á los intereses de mi familia.

Por fin, el anciano dejó entrever, aunque vagamente, lejanos peligros, y cuando Lorenza le rogó que se explicase con más claridad, Chargebœuf aconsejó á los cuatro hidalgos que no cazasen más y que se mantuviesen tranquilos en su casa.

—Ustedes consideran los dominios de Gondreville como suyos, reavivando de ese modo un odio terrible, dijo á los señores de Simeuse. Veo que ignoran ustedes que hay quien les quiere mal en Troyes, donde recuerdan aún vuestro valor. Todo el mundo comenta la manera que tuvieron ustedes de escapar de las manos de la policía general del Imperio, los unos alabando vuestra conducta y los otros considerándoles como enemigos del Emperador. Algunos seides se asombran de la clemencia que el Emperador tuvo con ustedes. Esto no es nada. Lo peor es que ustedes se burlaron de gente que se creía más astuta que ustedes, y la gente de baja estofa no perdona nunca. Tarde ó temprano, la justicia, que en esta comarca depende de su enemigo Maligno, que ha colocado en todas partes á parientes y á amigos suyos, su justicia, pues, sentirá una gran satisfacción si logra poder comprometer á ustedes en algún mal asunto. Un aldeano les buscará á ustedes camorra cuando estén en el campo, y como

llevarán ustedes las armas cargadas y tienen el genio vivo, una desgracia sobreviene fácilmente. Dada su posición de ustedes, es preciso tener cien veces razón para que no les echen la culpa. No me faltan razones para hablarles á ustedes de este modo. La policía vigila siempre el distrito en que están ustedes y mantiene un comisario en este rincón de Arcis, con el objeto único de proteger al senador del Imperio de sus asechanzas de ustedes, pues según dice él mismo, les tiene á ustedes miedo.

—¡Ese hombre nos calumnia! exclamó el menor de los Simeuse.

—Está bien, yo ya creo que les calumnia á ustedes; ¿y el público? ¿lo cree? eso es lo importante. Hace tiempo que Michú intentó matar al senador, y éste no lo ha olvidado. Después de la vuelta de ustedes á Francia, la condesa ha tomado á Michú á su servicio. De modo que para la mayor parte de la gente, Maligno tiene razón. Ustedes ignoran lo delicada que es la posición de los emigrados respecto á aquellos que se encuentran en posesión de sus bienes. El prefecto, hombre de talento, me habló de ustedes ayer, de una manera que me inquietó. En fin, que no quisiera ver aquí...

Esta respuesta fué acogida con profunda estupefacción. María Pablo llamó vivamente.

—Gothard, dijo al criadito que acudió al llamamiento, vaya usted á llamar á Michú.

El antiguo administrador de Gondreville no se hizo esperar.

—Michú, amigo mío, ¿es verdad que has querido matar á Maligno? le preguntó el marqués de Simeuse.

—Sí, señor marqués; y cuando vuelva lo acecharé.

—¿Y sabes que se sospecha que somos nosotros los que te apostamos, y que nuestra prima, al tomarte á su servicio, es acusada de alimentar tus intentos?

—¡Dios mío! exclamó Michú ¿estaré yo maldito? ¿No he de poder nunca deshacerme tranquilamente de Maligno?

—No, amigo mío, repuso María Pablo; va á ser preciso que dejes el país y nuestro servicio; nosotros cuidaremos de

ti y te pondremos en disposición de aumentar tu fortuna. Vende todo lo que posees aquí, realiza tus bienes y te enviaremos á Trieste, á casa de un amigo nuestro que tiene muchas relaciones y que te empleará hasta que esto cambie de aspecto para nosotros.

Abundantes lágrimas brotaron de los ojos de Michú, que permaneció inmóvil, hasta el punto que parecía estar clavado al pavimento.

—¿Había testigos cuando te emboscaste para matar á Maligno? le preguntó el marqués de Chargebœuf.

—Grevin, el notario, hablaba con él y él fué quien me impidió matarle, lo cual fué una suerte, y ya sabe la señora condesa por qué, dijo Michú mirando á su ama.

—Este Grevin no es el único que lo sabe, dijo el señor de Chargebœuf, que pareció contrariado con aquel interrogatorio, á pesar de que se hacía en familia.

—Aquel espía que por aquella época vino para coger á mis amos, lo sabía también, respondió Michú.

El señor de Chargebœuf se levantó como para mirar á los jardines y dijo:

—Veo que han sabido ustedes sacar partido de Cinq-Cygne.

Y dicho esto, salió, seguido de los dos hermanos y Lotenza, que comprendieron el sentido de este último dicho.

—Sois francos y generosos, pero siempre imprudentes, les dijo el anciano. Que yo os advierta la existencia de algún rumor público, que debe ser una calumnia, nada más natural; pero que vosotros lo deis como una verdad á gentes débiles como los señores de Hauteserre y sus hijos... ¡Oh! ¡qué jóvenes! ¡qué jóvenes! Debíais dejar á Michú aquí y marcharos vosotros. Pero, en todo caso, si os quedáis en el país, escribid una carta al senador diciéndole que acabáis de saber los rumores que corren respecto á Michú y que lo habéis despedido.

—¡Nosotros! exclamaron los dos hermanos. ¡Escribir á Maligno, el asesino de nuestro padre y de nuestra madre y el desvergonzado expoliador de nuestra fortuna!

—Todo eso es verdad; pero es uno de los mayores personajes de la corte imperial y el rey del Aube.

—¡El, que ha votado la muerte de Luis XVI en el caso de que el ejército de Condé entrase en Francia, y si no la reclusión perpetua! dijo la condesa de Cinq-Cygne.

—¡El, que sin duda ha aconsejado la muerte del duque de Enghien! exclamó Pablo María.

—Ya lo sé, exclamó el marqués, y si queréis recapitular sus títulos de nobleza, decid que él empujó á Robespierre para hacerle caer, cuando vió que los que se levantaban para derribarle eran los más fuertes; decid que hubiera hecho fusilar á Bonaparte si el 18 de brumario hubiese abortado, que hubiera traído á los Borbones si Napoleón vacilase, y que el más fuerte le encontraría siempre á su lado para darle la espada ó la pistola para rematar al adversario que inspira temores. Pero todo esto son razones de más.

—¡Qué bajo hemos caído! dijo Lorenza.

—¡Hijos míos! dijo el viejo marqués de Chargebœuf cogiendo á los tres por la mano y llevándolos hacia un prado cubierto entonces de una ligera capa de nieve; vais á irritaros escuchando el consejo de un hombre prudente, pero yo estoy obligado á dároslo y he aquí lo que haría en vuestro lugar: tomaría por mediador á un anciano como yo, por ejemplo, y le encargaría que fuese á pedir un millón á Maligno, á cambio de una ratificación de la venta de Gondreville... ¡Oh! tened la seguridad de que consentiría en ello y de que guardaría el secreto. De este modo, tendríais cien mil francos de renta y podríais ir á comprar otra tierra á algún rincón de Francia; dejaríais que el señor de Hauteserre administrase Cinq-Cygne y echaríais á la paja para ver quién había de ser el marido de esta hermosa heredera.

Pero las palabras de un anciano en el oído de los jóvenes son como las palabras de los jóvenes en el oído de los ancianos: un ruido cuyo sonido no se percibe.

El anciano marqués hizo seña á sus parientes de que no quería recibir contestación y se volvió al salón, donde estaban ya el abate Goujet y su hermana, que habían llegado mientras duraba esta conversación. La proposición de echar á la paja la mano de su prima había irritado á los dos Simeuse, y Lorenza parecía disgustada por la amargura del

remedio que su pariente indicaba. Así es que los tres se mostraron menos amables con el anciano, sin dejar de estar corteses. El afecto parecía haberse enfriado. El señor de Chargebœuf, que pareció comprenderlo, dirigió varias veces miradas de compasión á aquellos tres seres encantadores. Aunque la conversación se hizo general, recayó sobre la necesidad de someterse á las circunstancias, alabando al señor de Hauteserre por su persistencia en querer que sus hijos volviesen al servicio.

—Bonaparte, dijo el anciano Chargebœuf, hace duques. Ha creado feudos del Imperio y no tardará en hacer condes. Maligno quisiera ser conde de Gondreville. Esta es una idea que puede seros provechosa, añadió mirando á los señores de Simeuse.

—O funesta, dijo Lorenza.

Tan pronto como los caballos estuvieron enganchados, el marqués partió; siendo acompañado hasta el coche por todos los habitantes del castillo. Cuando estaba ya acomodado en el vehículo, hizo una seña á Lorenza para que se le aproximase y ésta se colocó sobre el estribo con una ligereza de pájaro.

—Usted es una mujer distinguida y debería comprenderme, le dijo al oído. Maligno tiene demasiados remordimientos para dejarles tranquilos y les tenderá algún lazo. Por lo menos, tened cuidado con lo que hacéis. En fin, mi consejo y mi última palabra es que transijáis.

Los dos hermanos permanecieron de pie al lado de su prima en medio del prado, contemplando inmóviles la berlina que tomaba el camino de Troyes. Lorenza les había repetido las últimas palabras de su pariente. La experiencia tendrá siempre la fatalidad de presentarse en berlina, con medias de seda adamascada y con los cabellos blancos. Aquellos jóvenes corazones no podían concebir el cambio que se operaba en Francia; la indignación les atacaba los nervios y el honor hervía en sus venas con su noble sangre.

—¡El jefe de los Chargebœuf! dijo el marqués de Simeuse. Un hombre que tiene por divisa: ¡VENGA OTRO MÁS

FUERTE! (*¡Adsit fortior!*) uno de los gritos de guerra más hermosos.

—Se ha convertido en Bœuf (1), dijo Lorenza sonriendo con amargura.

—Ya no estamos en los tiempos de san Luis, repuso el menor de los Simeuse.

—¡MORIR CANTANDO! exclamó la condesa. Este grito de aquellas cinco jóvenes que constituyeron nuestra casa, será el mío.

—El nuestro es: ¡AQUÍ MUERES! Así que ¡nada de cuartel! repuso el mayor de los Simeuse; pues, reflexionando, veríamos que nuestro pariente el Bœuf ha rumiado mucho lo que venía á decirnos. ¡Llegar Gondreville á ser el nombre de un Maligno!

—¡Y la morada! exclamó el menor.

—Mansart la pintó para la nobleza, y el pueblo irá allá á procrearse, dijo el mayor.

—Si eso llegase á ocurrir, preferiría ver á Gondreville incendiado, exclamó la señorita de Cinq-Cygne.

Un hombre de la aldea, que había ido á ver un ternero que le vendía el honrado Hauteserre, oyó esta frase al salir del establo.

—Entremos, dijo Lorenza sonriendo. Hemos estado á punto de cometer una imprudencia y de dar razón al Bœuf por causa de un ternero. ¡Pobre Michú! dijo cuando entraba en el salón; me había olvidado de tu travesura, pero no estamos en olor de santidad en el país y es preciso que no nos comprometamos. ¿Tienes que reprocharte de algún otro pecadillo?

—Me reprocho de no haber matado al asesino de mis viejos años antes de correr en auxilio de éstos.

—¡Michú! exclamó el cura.

—Pero no dejaré el país hasta no saber si están ustedes en seguridad, dijo continuando y sin hacer caso de la exclamación del cura. Voy á vigilar á ciertos mozos que no me gustan nada. La última vez que cazamos en el bosque,

(1) Última parte del apellido, que significa boey. (Nota del traductor).

se encaró conmigo aquella especie de guarda que me reemplazó en Gondreville y me preguntó si estábamos allí en nuestra casa. «¡Oh! amigo mío, le dije, ¡es tan difícil acostumbrarse en dos meses á cosas que se han venido haciendo desde hace dos siglos!»

—Has hecho mal, Michú, dijo sonriéndose de placer el marqués de Simeuse.

—¿Y qué te respondió él? preguntó el señor de Hauteserre.

—Que daría cuenta al senador de nuestras pretensiones, respondió Michú.

—¡Conde de Gondreville! exclamó el mayor de los Hauteserre. ¡Ah! ¡qué mascarada! Y dicen Su Majestad á Bonaparte...

—Y Su Alteza á monseñor el gran duque de Berg, dijo el cura.

—¿Quién es ese? preguntó el marqués de Simeuse.

—Murat, el cuñado de Napoleón, dijo el anciano Hauteserre.

—Bueno, repuso la señorita de Cinq-Cygne. ¿Y le dicen Su Majestad á la viuda del marqués de Beauharnais?

—Sí, señorita, dijo el cura.

—Debíamos ir á París á ver todo eso, exclamó Lorenza.

—¡Ay de mí! señorita, dijo Michú; yo he ido á llevar á mi hijo al colegio y puedo asegurarle que no se puede jugar con lo que se llama la guardia imperial. Si todo el ejército fuese como ésta, creo que este estado de cosas duraría más que nosotros.

—Dícese que muchas familias nobles piden la entrada en el ejército, dijo el señor de Hauteserre.

—Y según las leyes actuales, vuestros hijos, repuso el cura, no tendrán más remedio que ir al servicio. La ley ya no reconoce rangos ni nobles.

—¡Ese hombre nos hace más daño con su corte que la Revolución con su hacha! exclamó Lorenza.

—La Iglesia ruega por él, dijo el cura.

Estos pensamientos, emitidos casi á la vez, eran otros tantos comentarios de las prudentes palabras del viejo mar-

qués de Chargebœuf; pero estos jóvenes tenían demasiada fe y demasiado honor para aceptar una transacción. Se decían también lo que se dicen en todas las épocas los partidos vencidos: que la prosperidad del partido vencedor acabaría, que el Emperador sólo estaba sostenido por el ejército, que el hecho perecería tarde ó temprano ante el derecho, etc. A pesar de estos consejos, cayeron en el lazo que les habían tendido, lazo que sin duda hubiera evitado la gente prudente y dócil como el cándido de Hauteserre. Si los hombres quisiesen ser francos, se vería que nunca la desgracia hiere á nadie sin hacer antes alguna advertencia patente ú oculta. Hay muchos que no han visto ni entendido el sentido profundo de este aviso misterioso ó visible, hasta después de su desastre.

—En todo caso, la señora condesa sabe que no puedo dejar el país sin haber rendido cuentas, dijo Michú en voz baja á la señorita de Cinq-Cygne.

Esta hizole, por toda respuesta, un signo de inteligencia al cortijero, y éste se fué. Michú, que vendió en seguida sus tierras á Beauvisage, el cortijero de Belache, no pudo percibir su importe hasta veinte días después. Un mes después de la visita del marqués, Lorenza, que había comunicado á sus dos primos la existencia de su oculta fortuna, les puso ir el domingo de carnaval á retirar el millón enterrado en el bosque. La gran cantidad de nieve que había caído hasta entonces impidió á Michú el ir á buscar aquel tesoro, aunque prefería ir á hacer esta operación en compañía de sus amos. Michú estaba decidido á abandonar el país, pues se temía á sí mismo.

—Maligno acaba de llegar de pronto á Gondreville, sin que se sepa por qué, le dijo á su ama, y yo no podría resistir al deseo de hacer que se pusiese en venta Gondreville por defunción del propietario. Me creo culpable al no seguir mis inspiraciones.

—¿Por qué habrá dejado París en medio del invierno?

—Todo Arcís habla de ello, respondió Michú; ha dejado á su familia en París y sólo ha venido acompañado de su ayuda de cámara. Grevin, el notario de Arcís, la señora

Marión, mujer del recaudador general del Aube, y la mujer del Marión que prestó su nombre á Maligno, le hacen compañía.

Lorenza consideró el domingo de carnaval como un gran día, porque era fácil que hubiera poca gente en el campo, ya que las mascaradas llevan á los aldeanos á los pueblos. Pero la elección del día contribuyó precisamente á la fatalidad que se observa en muchos asuntos criminales. La casualidad hizo sus cálculos con tanta habilidad como la señorita de Cinq-Cygne hizo los suyos. La inquietud de los señores de Hauteserre debía ser tan grande al saber que iban á tener un millón cien mil francos en oro en un castillo situado en el extremo del bosque, que, cuando se les consultó, ellos mismos dijeron que no querían saber nada del día en que habían de traerse. El secreto de esta expedición quedó, pues, entre Gothard, Michú, los cuatro hidalgos y Lorenza. Después de muchos cálculos, se acordó y se creyó posible poner cuarenta y ocho mil francos en un saco á la grupa de cada caballo. Tres viajes bastarían. Por prudencia, se convino en enviar á los criados, cuya curiosidad podía ser peligrosa, á Troyes, para que viesen las fiestas del carnaval. Catalina, Marta y Durieu, de cuya fidelidad no había duda, quedarían guardando el castillo. Los criados aceptaron gustosos la libertad que se les daba y partieron antes de amanecer. Gothard, ayudado por Michú, preparó y ensilló los caballos al rayar el alba. La caravana tomó por los jardines de Cinq-Cygne y de allí se fueron al bosque amos y criados. En el momento en que montaron á caballo, pues la puerta del parque era tan baja que todos tuvieron que salir de él llevando á los caballos de la brida, el anciano Beauvisage, el cortijero de Belache, pasó por allí.

—¿Vamos, exclamó, Gothard, ya tenemos aquí á uno!

—¡Oh! soy yo, dijo el honrado cortijero. ¡Salud, señores! ¿van ustedes de caza á pesar de las órdenes de la prefectura? No sería yo el que lo hiciese, y tengan ustedes cuidado, porque si bien es verdad que tienen amigos, también tienen enemigos.

—¡Oh! dijo sonriéndose Hauteserre el mayor; quiera Dios

que nuestra caza salga bien, pues de ese modo volverás á tener los amos que tenías.

Estas palabras, á las que los sucesos dieron un sentido completamente distinto, valió á Roberto una severa mirada de Lorenza. El mayor de los Simeuse creía que Maligno restituiría la tierra de Gondreville mediante una indemnización. Estos muchachos querían hacer lo contrario de lo que les había aconsejado el marqués de Chargeboeuf. Roberto, que participaba de sus esperanzas, pensaba en esto al decir estas fatales palabras.

—En todo caso, chitón, ¿me entiendes? dijo Michú á Beauvisage, que fué el último en salir á fin de coger la llave de la puerta.

Hacia uno de esos hermosos días de fines de marzo, en que el aire seco, la tierra limpia, el cielo despejado y la temperatura forman una especie de contrasentido con los árboles sin hojas. El tiempo estaba tan hermoso, que la mirada veía á intervalos verdes campos situados á grandes distancias.

—Prima, vamos á buscar un tesoro, cuando usted es el verdadero tesoro de nuestra casa, dijo riéndose el mayor de los Simeuse.

Lorenza iba delante en medio de sus primos. Los dos Hauteserre la seguían, seguidos á su vez de Michú. Gothard iba delante sirviendo de guía.

—Puesto que vuestra fortuna va á reaparecer, en parte al menos, cátese usted con mi hermano, le dijo el menor en voz baja. La adora á usted y serán ustedes tan ricos como deben ser los nobles de hoy.

—No, déjele usted toda su fortuna, y yo, que soy rica por dos, me casaré con usted, le respondió.

—Que sea así, exclamó el marqués de Simeuse. Yo os dejaré para ir á buscar una mujer digna de ser vuestra hermana.

—¿De modo que me ama usted menos de lo que yo creía? dijo Lorenza mirándole con una expresión de celos.

—No; yo os quiero más á los dos de lo que vosotros me queréis á mí, respondió el marqués.

—¿De modo que se sacrifica usted? preguntó Lorenza al

mayor de los Simeuse dirigiéndole una mirada llena de momentánea preferencia.

El marqués guardó silencio.

—Pues bien, yo no pensaré más que en usted, y eso sería insoportable para mi marido, repuso Lorenza á quien este silencio arrancó un movimiento de impaciencia.

—¿Cómo podría yo vivir sin ti? exclamó el menor mirando á su hermano.

—Pero ¡caramba! comprenda usted que no puede casarse con los dos, dijo el marqués. Ya es tiempo de tomar una decisión, añadió con el tono brusco de un hombre atacado en el corazón.

Y empujó su caballo hacia adelante para que los dos Hauteserre no oyesen nada. El caballo de Lorenza y el de su hermano imitaron este movimiento. Cuando estuvieron á una distancia conveniente de los otros tres, Lorenza quiso hablar, pero las lágrimas se lo impidieron.

—Me iré á un convento, dijo por fin.

—¿Y dejaría usted que se extinguiesen los Cinq-Cygne? dijo el menor de los Simeuse. De ese modo, en lugar de un solo desgraciado que se resignaría á serlo, haría usted dos. No, aquel de nosotros á quien le toque ser vuestro hermano, se consolará. Al saber que no éramos tan pobres como pensábamos, hemos tenido una explicación, dijo mirando al marqués. Si soy yo el preferido, toda nuestra fortuna será para mi hermano. Si soy yo el desgraciado, él me la da, junto con los títulos de Simeuse, toda vez que él pasará á ser Cinq-Cygne. De todos modos, el que no sea feliz, tendrá al menos fortuna, y, después de todo, si se siente morir de pesar, irá á hacerse matar en la guerra, para no entristecer el hogar.

—Somos verdaderos caballeros de la edad media y dignos de nuestros padres, exclamó el primogénito. Hable usted, Lorenza.

—No queremos permanecer por más tiempo de este modo, dijo el menor.

—Lorenza, no creas que el cariño se va á contentar con miradas, dijo el primogénito.

— Queridos míos, me es imposible decidirme, dijo Lorenza. Os amo á los dos como si fueseis un solo ser y como os amaba vuestra madre. Dios nos ayudará. Yo no quiero elegir. Dejemos obrar á la casualidad, imponiendo yo una sola condición.

— ¿Cuál?

— Que aquel á quien le toque quedar siendo hermano, permanecerá á mi lado hasta que yo le permita abandonarme. Quiero ser juez único de la oportunidad de la marcha.

— Bueno, dijeron los dos hermanos sin comprender el pensamiento de su prima.

— Aquel á quien la señora de Hauteserre dirija esta noche la palabra en la mesa, después del *Benedicite*, será mi marido. Pero ninguno debe de hacer por ponerse en el caso de que le interroguen.

— Obraremos lealmente, dijo el menor.

Los dos hermanos estrecharon la mano á Lorenza. La seguridad de un desenlace que ambos podían creer que había de serles favorable, puso á los dos gemelos contentos.

— De todas maneras, querida Lorenza, lo cierto es que uno de los dos tiene que ser conde de Cinq-Cygne, dijo el primogénito.

— Y jugamos á quien no será Simeuse, dijo el menor.

— De esta hecha, creo yo que la señora no será mucho tiempo soltera, dijo Michú detrás de los de Hauteserre. Mis amos están muy contentos, y si mi señora se decide á elegir, no quiero irme hasta después de haber asistido á sus bodas.

Ninguno de los dos Hauteserre respondió. Una urraca se levantó de pronto y con rápido vuelo entre los Hauteserre y Michú, que, supersticioso como todos los aldeanos, creyó aquel detalle de mal agüero. La jornada empezó, pues, alegremente para los amantes, que rara vez ven urracas cuando están juntos en el bosque. Michú, provisto de su plano, reconoció los lugares, y como cada hombre iba provisto de una azada, las sumas no tardaron en ser encontradas. La parte del bosque en que habían estado escondidas, estaba

desierta, lejos de todo paso y de toda habitación; de modo que la caravana no encontró á nadie. Esto fué una desgracia. Al volver de Cinq-Cygne para buscar los últimos doscientos mil francos, la caravana, envalentonada con el éxito, tomó un camino más directo del que había empleado en los viajes precedentes. Este camino pasaba por un punto culminante desde donde se veía el parque de Gondreville.

— ¡Fuego! dijo Lorenza viendo una columna de fuego azulado.

— Será alguna hoguera, respondió Michú.

Lorenza, que conocía los menores senderos del bosque, se separó de la caravana y picó espuelas hacia el pabellón de Cinq-Cygne, antigua habitación de Michú. Aunque el pabellón estaba desierto y cerrado, la reja estaba abierta, y las huellas del paso de varios caballos llamaron la atención de Lorenza. La columna de fuego se levantaba en una pradera del parque inglés, donde presumió ella que quemaban hierbas.

— ¡Ah! ¿también está usted aquí, señorita? exclamó Violette saliendo del parque al galope, montado en su jaca y deteniéndose delante de Lorenza. Pero será una broma de carnaval, ¿verdad? No le matarán.

— ¿A quién?

— Vuestros primos no quieren su muerte, ¿verdad?

— ¿La muerte de quién?

— Del senador.

— ¡Estás loco, Violette!

— ¿Pues qué hace usted aquí entonces? le preguntó éste. Ante la idea de que sus primos corrían un peligro, la intrépida amazona picó espuelas y llegó al terreno en el momento que se cargaban los sacos.

— ¡Alerta! no sé lo que pasa, pero volvamos á escape á Cinq-Cygne.

Mientras que los hidalgos se dedicaban á transportar la fortuna salvada por el anciano marqués, en el castillo de Gondreville ocurría una escena extraña.

A las dos de la tarde, el senador y su amigo Grevín jugaban una partida de ajedrez delante del fuego en el gran salón

del piso bajo. La señora Grevin y la señora Marión hablaban en el rincón de la chimenea, sentadas en un canapé. Todos los erizados del castillo habían ido a ver una mascarada anunciada en toda la comarca hacía ya tiempo. La familia del guarda que reemplazaba a Michú en el pabellón de Cinq-Cygne había ido también. El ayuda de cámara del senador y Violette se encontraban entonces solos en el palacio. El conserje, dos jardineros y sus mujeres permanecían en sus puestos; pero el pabellón está situado a la entrada de los patios, al extremo de la avenida de Arcís, y la distancia que existe entre este lugar y el palacio no permite oír el ruido de un tiro de escopeta. Por otra parte, esta gente estaba sentada al umbral de sus puertas y miraba en dirección a Arcís, que está a una media legua, esperando ver la mascarada. Violette esperaba en una vasta antesala el momento de ser recibido por el senador y Grevin para tratar del asunto de la prórroga del arriendo. En este momento, cinco hombres enmascarados y enguantados, que por su estatura parecían los señores de Simeuse, de Haute-serre y Michú, se precipitaron sobre el ayuda de cámara y sobre Violette, les pusieron un pañuelo en la boca en forma de mordaza y los ataron a unas sillas de la repostería. A pesar de la celeridad de los agresores, la operación no se verificó sin que el ayuda de cámara y Violette hubiesen lanzado un grito. Este grito fué oído en el salón, y las dos mujeres creyeron que era un grito de alarma.

—¿Oye usted? dijo la señora Grevin. Me parece que hay ladrones.

—¡Bah! es un grito de carnaval, dijo Grevin. Me parece que vamos a tener máscaras en el palacio.

Esta discusión dió tiempo a los cinco enmascarados para cerrar las puertas del patio y las de la repostería, donde estaban atados el ayuda de cámara y Violette. La señora Grevin, mujer bastante testaruda, quiso decididamente saber la causa del ruido; se levantó y fué a tropezar con las cinco máscaras, que la trataron del mismo modo que a Violette y al ayuda de cámara; después entraron con violencia en el salón, donde los dos más fuertes se apoderaron del conde de

Gondreville, lo amordazaron y se lo llevaron por el parque, mientras que los otros tres amordazaban también a la señora Marión y al notario y los ataban a un sofá. Este atentado no duró más de media hora. Los tres desconocidos, que no tardaron mucho en unirse con los que se habían llevado al senador, registraron de arriba abajo el pabellón. Abrieron todos los armarios, sondaron las paredes y fueron allí los amos hasta las cinco de la tarde. En este momento, el ayuda de cámara acabó de romper con los dientes las cuerdas que ataban las manos de Violette. Éste, desembarazado de su mordaza, empezó a pedir auxilio a grandes gritos. Al oír estos gritos, los cinco enmascarados se fueron a los jardines, montaron unos caballos semejantes a los de Cinq-Cygne y se escaparon, aunque no con bastante rapidez para impedir que Violette los viese. Después de haber desatado al ayuda de cámara, el cual desató a su vez a las mujeres y al notario, Violette montó en su jaca y corrió detrás de los malhechores. Al llegar al pabellón, quedó sorprendido al ver abiertas las dos hojas de la reja y a la señorita de Cinq-Cygne de centinela.

Cuando la joven condesa desapareció, Violette fué alcanzado por Grevin que venía a caballo acompañado del guarda campestre del ayuntamiento de Gondreville, a quien el conserje había dado un caballo de las cuadras del palacio. La mujer del conserje había ido a avisar a los gendarmes de Arcís. Violette comunicó en seguida a Grevin su encuentro con Lorenza y la huida de esta audaz muchacha, cuyo carácter varonil y decidido conocían.

—Estaba acechando, dijo Violette.

—¿Es posible que hayan sido los de Cinq-Cygne los que hayan hecho esto? exclamó Grevin.

—¡Cómo! respondió Violette, ¿no ha conocido usted a Michú? él es el que se arrojó sobre mí, y lo he conocido por sus puños. Además, los caballos eran indudablemente los de Cinq-Cygne.

Al ver las marcas que las herraduras de los caballos habían dejado en la arena del parque, el notario dejó al guarda campestre vigilando para que nadie borrara aquellas precio-

sas huellas, y envió á Violette á buscar al juez de paz de Arcis para examinarlas. Después se volvió inmediatamente al salón del palacio de Gondreville, adonde el teniente y lugarteniente de la gendarmería general llegaban acompañados de cuatro hombres y un sargento. Este teniente era el sargento á quien Francisco había roto dos años antes la cabeza, y ya sabía por Corentin quién había sido el autor de la hazaña. Este hombre, llamado Giguet, cuyo hermano servía en el ejército y llegó á ser uno de los mejores coroneles de artillería, se distinguió por su capacidad como oficial de gendarmes. El lugarteniente, llamado Welff, era aquel gendarme que había llevado á Corentin de Cinq-Cygne al pabellón y del pabellón á Troyes. Por el camino, el parisiense había instruido suficientemente al egipcio acerca de lo que él llamó la pillería de Lorenza y de Michú. Estos dos oficiales tenían que mostrar, pues, y mostraron un gran ardor contra los habitantes de Cinq-Cygne. Maligno y Grevin, uno por cuenta de otro, habían trabajado juntos en la redacción del Código llamado de brumario del año iv, obra judicial de la Convención titulada nacional y promulgada por el Directorio. De modo que Grevin, que conocía esta legislación á fondo, pudo operar en este asunto con una terrible celeridad, si bien bajo la presunción, llegada al estado de certidumbre, de la criminalidad de Michú, de los señores de Simeuse y de Hauteserre. A no ser algunos viejos magistrados, nadie recuerda hoy la organización de aquella justicia que Napoleón derribaba precisamente entonces con sus códigos y con la institución de la magistratura que rige ahora en Francia.

El código de brumario del año iv reservaba al director del jurado del departamento la persecución inmediata del delito cometido en Gondreville. De paso, no olvidéis que la Convención había desterrado del lenguaje judicial la palabra crimen. No admitía más que delitos contra la ley y delitos penados con multas, prisión y penas infamantes ó alictivas. La muerte era una pena alictiva. No obstante, la pena alictiva de la muerte debía ser suprimida en tiempo de paz y reemplazada por veinticuatro años de trabajos forzados. La

Convención estimaba que veinticuatro años de trabajos forzados igualaban á la muerte. ¿Qué decir entonces del Código penal, que admite la pena de trabajos forzados á perpetuidad? La organización preparada á la sazón por el consejo de Estado de Napoleón, suprimía la magistratura de los directores del jurado, que asumían en efecto enormes poderes. Respecto á la persecución de los delitos y á la acusación, el director del jurado era, en cierto modo y todo á la vez, agente de policía judicial, procurador del rey, juez de instrucción y Audiencia real. Su procedimiento y su acusación estaban sometidos únicamente al visto bueno de un comisario ejecutivo y al veredicto de ocho jurados, á los cuales exponía los hechos de su instrucción y los que oían á los testigos, á los acusados, y pronunciaban un primer veredicto llamado de acusación. El director tenía que ejercer sobre los jurados, reunidos en su despacho, una influencia tal, que no podían ser más que sus cooperadores. Estos jurados constituían el jurado de acusación. Existían otros jurados para componer el jurado anexo al tribunal criminal encargado de juzgar á los acusados. Por oposición á los jurados de acusación, aquéllos se llamaban jurados de juicio. El tribunal de lo criminal, al que Napoleón acababa de dar el nombre de Audiencia de lo criminal, se componía de un presidente, de cuatro jueces, del acusador público y de un comisario del gobierno. No obstante, de 1799 á 1806, existieron Audiencias llamadas especiales, que juzgaban sin jurados ciertos delitos en ciertos departamentos y que estaban compuestas por jueces salidos del tribunal civil, que se constituía en Audiencia especial. Este conflicto de la justicia especial y de la justicia criminal originaba cuestiones de competencia, que juzgaba el tribunal de casación. Si el departamento del Aube hubiese tenido su Audiencia especial, el atentado cometido contra un senador del Imperio le hubiese sido sin duda conferido; pero este tranquilo departamento estaba exento de este poder excepcional. Grevin envió, pues, á buscar al director del jurado de Troyes, encargando esta comisión al lugarteniente, el cual se fué allá al galope y volvió á Gondreville llevando en coche á aquel magistrado casi soberano.

El director del jurado de Troyes era un antiguo lugarteniente de bailía, antiguo secretario con sueldo de uno de los comités de la Convención, amigo de Maligno, y colocado por éste. Este magistrado, llamado Lechesneau, verdadero patriota de la antigua justicia criminal, había ayudado mucho á Maligno en sus trabajos judiciales en la Convención. Así es que Maligno lo recomendó á Cambaceres, el cual lo nombró procurador general en Italia. Desgraciadamente para su carrera, Lechesneau tuvo relaciones con una gran dama de Turín, y Napoleón se vió obligado á destituirle para librarle de un proceso correccional intentado por el marido con motivo de la substracción de un hijo adulterino. Debiéndoselo todo á Maligno y adivinando la importancia de semejante atentado, Lechesneau se había llevado consigo al capitán de gendarmes con un piquete de doce hombres.

Antes de partir había tenido una entrevista con el prefecto, el cual, como era de noche, no pudo servirle del telegrafo y envió á París un correo á fin de prevenir de aquel crimen inaudito al ministro de policía, al gran juez y al Emperador. Lechesneau encontró en el salón de Gondreville á las señoras Marión y Grevin, á Violette, al ayuda de cámara del senador y al juez de paz asistido de su escribano. En el castillo se habían practicado ya algunas pesquisas. El juez de paz, ayudado por Grevin, recogía cuidadosamente los primeros elementos de la instrucción. El magistrado quedó muy sorprendido de las combinaciones profundas que revelaban la elección del día y de la hora. La hora impedía buscar inmediatamente indicios y pruebas. En esta estación, á las cinco y media, momento en que Violette hubiese podido seguir á los delincuentes, era ya casi de noche; y para los malhechores, la noche es á veces la impunidad. Escoger un día de fiesta y regocijo en que todo el mundo iba á ver la mascarada de Arcis y en que el senador debía encontrarse solo en su casa ¿no equivalía á evitar testigos?

—Hagamos justicia á los agentes de la prefectura de policía, dijo Lechesneau. No han cesado de ponernos en guardia contra los nobles de Cinq-Cygne y nos han dicho siempre que tarde ó temprano harían alguna de las suyas.

Vista la actividad del prefecto del Aube, que envió correos á todas las prefecturas que rodeaban á la de Troyes para que siguiesen las huellas de cinco hombres enmascarados y del senador, Lechesneau empezó por establecer las bases de su instrucción. Con dos cabezas judiciales como las de Grevin y el juez de paz, este trabajo quedó hecho inmediatamente. El juez de paz, llamado Pigoult, antiguo primer pasante del estudio en que Maligno y Grevin habían estudiado la trampa en París, fué nombrado presidente del tribunal de Arcis tres meses después. Por lo que concernía á Michú, Lechesneau conocía las amenazas precedentemente hechas por este hombre al señor Marión y la acechanza de que había escapado el senador en su parque. Estos dos hechos, consecuencia uno de otro, debían ser las premisas del atentado actual, y designaban tanto mejor al antiguo guarda como jefe de los malhechores, por cuanto que Grevin, su mujer, Violette y la señora Marión declaraban haber reconocido entre los cinco enmascarados á un hombre enteramente igual que Michú. El color de los cabellos, el de las patillas y su forma rechoncha hacían su disfraz casi inútil. Por otra parte, ¿quién más que Michú hubiera podido abrir la reja de Cinq-Cygne con una llave? El guarda y su mujer, al volver y ser interrogados, declararon haber cerrado las dos verjas con llave. Las verjas, examinadas por el juez de paz, asistido del guarda campestre y de su escribano, no ofrecían huella alguna de haber sido forzadas.

—Cuando lo despedimos, se había guardado las llaves dobles del palacio, dijo Grevin. Pero debe haber meditado alguna acción desesperada, pues hace veinte días que vendió todos sus bienes y ayer recibió su importe en mi despacho.

—Habrán echado sobre él toda la carga, exclamó Lechesneau, contrariado por esta circunstancia. Indudablemente, es un malvado por cuenta ajena.

¿Quién mejor que los señores de Simeuse y de Hauteserre podían conocer las cosas del palacio? Ninguno de los salteadores se había engañado en sus investigaciones; habían andado por todas partes con una seguridad que probaba que la tropa sabía bien lo que quería, y sobre todo que sabía

bien dónde tenía que ir á cogerlo. Ninguno de los armarios que hablan quedado abiertos había sido forzado. De modo que los delincuentes debían tener las llaves; y, ¡cosa rara! no se habían permitido estropear ni llevarse nada. No se trataba, pues, de un robo. Finalmente, Violette, después de haber reconocido los caballos del castillo de Cinq-Cygne, había encontrado á la condesa emboscada delante del pabellón del guarda. De este conjunto de hechos y de declaraciones resultaban, para la justicia menos avispada, sospechas de culpabilidad respecto á los señores de Simeuse, de Hauteserre y Michú, las cuales sospechas degeneraban en certidumbre para un director del jurado. Ahora bien: ¿qué querían hacer del futuro conde de Gondreville? ¿Forzarle á una retrocesión de su tierra, para cuya adquisición decía tener capitales el administrador, desde 1799? Aquí todo cambiaba de aspecto.

El sabio criminalista se preguntaba cuál podía ser el objeto de las investigaciones hechas en el palacio. Si se hubiese tratado de una venganza, los delincuentes hubiesen podido matar á Maligno. Quién sabe si el senador estaría ya muerto y enterrado. Su desaparición acusaba desde luego un secuestro. ¿Y para qué el secuestro, después de las investigaciones llevadas á cabo en el palacio? Indudablemente que era una locura creer que el secuestro de un dignatario del poder había de permanecer mucho tiempo en secreto. La rápida publicidad que debía tener este atentado anulaba sus beneficios.

A estas objeciones, Pigoult respondió que la justicia no podía adivinar todos los motivos porque obraban los desalmados. En todos los procesos criminales existían partes oscuras del juez al criminal y del criminal al juez; la conciencia tenía abismos en que el entendimiento humano no penetraba, á no ser por confesión propia de los culpables.

Grevin y Lechesneau hicieron con la cabeza un movimiento de asentimiento, sin quitar por eso los ojos de aquellas tinieblas que trataban de investigar.

—Y sin embargo, el Emperador les ha indultado, dijo Pigoult á Grevin y á la señora Marión. Les ha borrado de

la lista de los emigrados, á pesar de que tomaron parte en la última conspiración tramada contra él.

Sin más tardanza, Lechesneau envió á todos los gendarmes al bosque y al valle de Cinq-Cygne, haciendo que el juez de paz fuese acompañado por Giguet, el cual, según rezaba el Código, se constituyó en oficial auxiliar de policía judicial; le encargó que recogiese en el distrito de Cinq-Cygne los elementos de instrucción, que procediese, en caso de necesidad, ó hacer interrogatorios, y, para mayor diligencia, dictó y firmó en el acto la orden de prisión de Michú, sobre quien parecían recaer evidentemente los cargos. Después de la marcha de los gendarmes y del juez de paz, Lechesneau emprendió el importante trabajo de extender las órdenes de prisión de los señores de Hauteserre y de Simeuse. Según el Código, estas órdenes debían contener todos los cargos que pesaban sobre los delincuentes. Giguet y el juez de paz se trasladaron tan rápidamente á Cinq-Cygne, que aun encontraron á los criados del castillo que volvían de Troyes. Detenidos y conducidos éstos á casa del alcalde, donde fueron interrogados, todos, ignorando la importancia de esta respuesta, dijeron sencillamente que habían recibido la víspera permiso para ir durante todo el día á Troyes. A una pregunta hecha por el juez de paz, respondieron también todos que la señorita les había propuesto aquel día de asueto y distracción sin que ellos lo hubiesen solicitado. Estas declaraciones parecieron tan graves al juez de paz, que envió al egipto á Gondreville á rogar al señor Lechesneau que fuese á proceder en persona al arresto de los hidalgos de Cinq-Cygne, á fin de operar simultáneamente, pues él se trasladaba á la quinta de Michú para sorprender al pretendido jefe de los malhechores. Estos nuevos elementos parecieron tan decisivos, que Lechesneau partió inmediatamente para Cinq-Cygne, recomendando á Grevin que cuidase de que no desapareciesen las huellas que habían dejado en el parque las herraduras de los caballos. El director del jurado sabía el gran placer que causaría en Troyes su procedimiento contra antiguos nobles, enemigos del pueblo, y que habían pasado á ser enemigos del Empe-

rador. En tal disposición, un magistrado toma sencillamente las simples sospechas por pruebas evidentes. Sin embargo, mientras iba de Gondreville á Cinq-Cygne en el propio coche del senador, Lechesneau, que indudablemente hubiera sido un gran magistrado sin la pasión á que debió su desgracia, pues el Emperador se hizo gazmoño, encontró la audacia de los jóvenes y de Michú muy loca y poco en armonía con la manera de ser de la señorita de Cinq-Cygne. Creyó en su interior que no eran sus intenciones arrancar al senador una retrocesión de Gondreville. En todo, hasta en la magistratura, existe lo que puede llamarse la conciencia del oficio. Las dudas de Lechesneau resultaban de esa conciencia que todo hombre pone en el cumplimiento de los deberes que le son gratos y que los sabios emplean en la ciencia, los artistas en el arte y los jueces en la justicia. Por eso sin duda ofrecen los jueces más garantías que los jurados á los acusados. El magistrado no se guía más que por las leyes de la razón, mientras que el jurado se deja llevar de los arrebatos del sentimiento. El director del jurado se hizo á sí mismo varias preguntas proponiéndose buscar en ellas soluciones satisfactorias para el arresto de los delinquentes. Aunque la noticia del secuestro de Maligno agitaba ya á la villa de Troyes, á las ocho se ignoraba aún en Arcis, donde todo el mundo estaba cuando fueron á buscar allí á los gendarmes y al juez de paz; finalmente, nadie lo sabía en Cinq-Cygne, cuyo valle y castillo eran cercados por segunda vez, aunque esta lo era por la justicia y no por la policía: las transacciones posibles con la una son á veces imposibles con la otra.

Lorenza no había tenido más que decir á Marta, á Catalina y á los Durieu que permaneciesen en el castillo sin salir ni mirar afuera, para ser obedecida estrictamente por ellos. En cada viaje, los caballos se habían quedado en el caminito que empezaba en la brecha, y de allí, Roberto y Michú, los más robustos de la tropa, pudieron transportar secretamente los sacos á una bodega situada debajo de la escalera de la torre llamada de la señorita. Al llegar al castillo, á eso de las cinco y media, los cuatro hidalgos y Mi-

chú se pusieron inmediatamente á enterrar el oro. Lorenza y los Hauteserre juzgaron conveniente tapan la bodega. Michú se encargó de esta operación ayudado por Gothard, que corrió á la quinta á buscar algunos sacos de yeso que habían quedado de obras anteriores, y Marta volvió á su habitación para dar secretamente dichos sacos á Gothard. La quinta construida por Michú estaba situada en la eminencia desde la que había visto en otro tiempo á los gendarmes, y se iba á ella por el caminito de la brecha. Michú, que sentía ya hambre, se dió tanta prisa, que á las siete y media había acabado su trabajo. Volvió á su casa con ligereza á fin de impedir que Gothard cargase con otro saco de yeso que creyó que había de necesitar. Su quinta estaba ya cercada por el guarda campestre de Cinq-Cygne, por el juez de paz, por el escribano y por tres gendarmes que se escondieron al oírle venir.

Michú encontró á Gothard con un saco al hombro y le dijo de lejos:

—Ya está acabado, pequeño, déjalo y quédate á cenar conmigo.

Michú, con la frente inundada de sudor y los vestidos llenos de yeso y del barro de las piedras cogidas entre los escombros de la brecha, entró muy contento en la cocina de su quinta, donde la madre de Marta y Marta le esperaban para cenar.

En el momento que Michú daba la vuelta á la llave de la fuente para lavarse las manos, se presentó el juez de paz acompañado de su escribano y del guarda campestre.

—¿Qué me quiere usted, señor Pigoul? le preguntó Michú.

—¡En nombre del Emperador y de la ley, dese usted preso! dijo el juez de paz.

Los tres gendarmes aparecieron al mismo tiempo llevándose á Gothard. Al ver los sombreros bordados, Marta y su madre cambiaron una mirada de terror.

—Hombre, ¿y por qué? preguntó sentándose á la mesa y diciéndole á su mujer: Sirveme, que me muero de hambre.

—Usted lo sabe tan bien como nosotros, dijo el juez de

paz que hizo seña á su escribano de que empezara el proceso verbal, después de haber enseñado á Michú la orden de arresto.

—Y bien, ¿te asustas, Gothard? ¿Quieres comer, si ó no? dijo Michú. Ven y deja que estos escriban lo que quieran.

—¿Reconoce usted el estado en que se encuentran sus vestidos? dijo el juez de paz. ¿Niega usted las palabras que dijo á Gothard en el corral?

Michú, servido por su mujer, que estaba admirada de su sangre fría, comía con la avidez que da el hambre, y no respondió: tenía la boca llena y el corazón tranquilo. El apetito de Gothard quedó interrumpido por un horrible miedo.

—Veamos, dijo el guarda campestre al oído á Michú, ¿qué han hecho ustedes del senador? A juzgar por lo que dicen los magistrados, os va en ello la vida.

—¡Ah! ¡Dios mío! gritó Marta que sorprendió estas últimas palabras, y cayó como herida por un rayo.

—¿Nos habrá jugado alguna Violette? exclamó Michú acordándose de las palabras de Lorenza.

—¡Ah! ¿de modo que sabe usted que Violette les ha visto? dijo el juez de paz.

Michú se mordió los labios y resolvió no decir ya ni una palabra. Gothard imitó esta conducta.

Al ver la inutilidad de sus esfuerzos para hacerlos hablar, y conociendo además lo que se llamaba en el país la perversidad de Michú, el juez de paz ordenó que le atasen las manos, lo mismo que á Gothard, y que llevasen á ambos al castillo de Cinq-Cygne, adonde se dirigió él para unirse con el director del jurado.

Los hidalgos y Lorenza tenían demasiado apetito, y la comida les ofrecía un interés demasiado grande para que la retardasen yendo á mudarse de ropa. Se fueron, pues, ella con la amazona y ellos con pantalones de piel blanca, botas de montar y chaqueta de paño verde, á buscar al salón á los señores de Hauteserre, que estaban bastante inquietos. El buen hombre había observado las idas y venidas y sobre todo la desconfianza de que había sido objeto, pues Lorenza no había podido someterlo á la consigna de los criados.

Así es que, en un momento en que uno de sus hijos evadió una respuesta retirándose, fué á decirle á su mujer:

—Mucho temo que Lorenza nos dé un nuevo disgusto.

—¿Qué especie de caza ha hecho usted hoy? preguntó la señora de Hauteserre á Lorenza.

—¡Ah! algún día sabrá usted la trastada que le hemos hecho en compañía de sus hijos, respondió ella riéndose.

Aunque dichas en tono de broma, estas palabras hicieron estremecer á la anciana. Catalina anunció la comida. Lorenza dió el brazo á los señores de Hauteserre y sonrió de la picardía que hacía á sus primos, obligando á uno de ellos á ofrecer su brazo á la anciana dama, transformada en oráculo por convenio mutuo.

El marqués de Simeuse condujo á la señora de Hauteserre á la mesa. La situación se hizo entonces tan solemne, que, acabado el *Benedicite*, Lorenza y sus dos primos experimentaron violentos latidos de corazón. La señora de Hauteserre, que hacía los platos, quedó admirada de la ansiedad que expresaban las caras de los dos Simeuse y de la alteración que ofrecía el afligido rostro de Lorenza.

—¿Pero ha pasado algo extraordinario? exclamó mirándoles á todos.

—¿A quién habla? dijo Lorenza.

—A todos, respondió la anciana.

—Respecto á mí, mamá, dijo Roberto, tengo un hambre de lobo.

La señora de Hauteserre, que seguía turbada, ofreció al marqués de Simeuse un plato que destinaba al menor.

—Hago como vuestra madre, me engaño siempre, á pesar de vuestras corbatas. Creía servir á su hermano de usted, le dijo ella.

—Pues le sirve mejor de lo que se figura, dijo el menor palideciendo. Hele ya conde de Cinq-Cygne.

Aquel pobre muchacho, tan contento antes, se puso triste para siempre; pero sacó fuerzas de flaqueza para mirar á Lorenza sonriendo y para comprimir sus mortales desazones. En un instante, el amante quedó convertido en hermano.

—¿Cómo! ¿ha elegido ya la condesa? exclamó la anciana.

—No, dijo Lorenza. Hemos dejado obrar á la suerte, y usted era su instrumento.

Y le contó el convenio que se había hecho por la mañana. El mayor de los Simeuse, que veía aumentar la palidez del rostro de su hermano, sentía á cada instante necesidad de decirle:

—¡Cásate con ella y yo iré á morir!

En el momento en que se servían los postres, los habitantes de Cinq-Cygne oyeron llamar á la ventana del comedor que daba al jardín. El mayor de los Hauteserre, que fué á abrirla, dió paso al cura, cuyo pantalón se había desgarrado al escalar los muros del parque.

—¡Huid, que vienen á prenderos!

—¿Por qué?

—No lo sé aún, pero sé que vienen contra ustedes.

Estas palabras fueron acogidas con una carcajada general.

—¡Somos inocentes! exclamaron los cuatro hidalgos.

—Inocentes ó culpables, dijo el cura, monten ustedes á caballo y logren ganar la frontera. Desde allí podrán probar igualmente su inocencia. Se puede salir libre de una condena en rebeldía, pero es imposible salir libre de una condena preparada por las pasiones populares y por las preocupaciones. Acuérdense de las palabras del presidente Harlay: «Si me acusasen de haber robado las torres de Notre Dame, empezaría por huir.»

—¿Pero huir no equivale á confesarse culpable? dijo el marqués de Simeuse.

—No huyan ustedes, dijo Lorenza.

—¡Siempre con sus sublimes tonterías! dijo el cura desesperado. Si yo tuviese el poder de Dios, les sacaría á ustedes de aquí. Pero si me encuentran aquí en este estado, también me alcanzará á mí esta singular visita: voime, pues, por donde he venido. Piénsenlo ustedes, que aún es tiempo. La justicia no ha pensado en la pared medianera del presbiterio y están cercados ustedes por todas partes.

El ruido de los pasos de una multitud y el de los sables de la gendarmería resonó en el patio y se sintió en el comedor algunos instantes después de haberse marchado el noble

cura, que no logró con sus consejos más de lo que había logrado con los suyos el marqués de Chargebœuf.

—Nuestra existencia común, dijo melancólicamente el menor de los Simeuse á Lorenza, es una monstruosidad, y nosotros experimentamos un monstruoso amor. Esta monstruosidad se ha apoderado de vuestro corazón. Sin duda, porque las leyes de la naturaleza se ven contrariadas en ellos, es por lo que todos los hermanos gemelos, cuya historia conocemos, han sido desgraciados. Por lo que afecta á nosotros, ya ve usted con qué persistencia nos persigue la suerte. He aquí su decisión fatalmente retrasada.

Lorenza estaba pasmada y oyó como un zumbido las siguientes palabras, siniestras para ella, pronunciadas por el director del jurado:

—¡En nombre del Emperador y de la ley, detengo á los señores Pablo María y María Pablo Simeuse y Adriano y Roberto de Heuteserre! Estos señores, añadió señalando á los que le acompañaban las huellas de barro que llevaban los detenidos en las ropas, no negarán que han pasado una parte del día á caballo.

—¿De qué se les acusa? preguntó arrogantemente la señorita de Cinq-Cygne.

—¿Y no detiene usted á la señorita? dijo Giguët.

—La dejo en libertad, bajo fianza, hasta que se haya hecho un examen más detenido de los cargos que resultan contra ella.

Goulard se ofreció á salir fiador, pidiendo sencillamente á la condesa su palabra de honor de que no se escaparía. Lorenza anonadó al antiguo piquero de la casa de Simeuse con una mirada llena de orgullo y de desprecio, que convirtió á aquel hombre en un enemigo mortal suyo; y de sus ojos brotó una de esas lágrimas de rabia que anuncian un infierno de dolores. Los cuatro hidalgos cambiaron una mirada terrible y permanecieron inmóviles. Los señores de Hauteserre, temiendo haber sido engañados por los cuatro jóvenes y por Lorenza, estaban en un estado indecible de estupor. Clavados en sus sofás, aquellos padres, que veían que los arraucaban á sus hijos después de haber temido tanto

por ellos y de haberlos reconquistado, miraban sin ver y escuchaban sin oír.

— Señor de Hauteserre, ¿tendré necesidad de suplicar á usted que me afiance? dijo Lorenza á su antiguo tutor, que fué sacado de su estupor por estas palabras, claras y desgarradoras para él como el sonido de la trompeta del juicio final.

El anciano se enjugó las lágrimas que asomaban á sus ojos y dijo á la condesa con voz débil:

— Dispéñeme, condesa; ya sabe usted que le pertenezco en cuerpo y alma.

Lechesneau, sorprendido en un principio al ver la tranquilidad de aquellos culpables que cenaban, volvió á creer en su culpabilidad cuando vió el estupor de los padres y el aire pensativo de Lorenza, que procuraba adivinar el lazo que se les había tendido.

— Señores, dijo con mucha cortesía; están ustedes demasiado bien educados para hacer una resistencia inútil; síganme, pues, los cuatro á las cuadras, donde es preciso quitar en presencia de ustedes las herraduras á los caballos, que serán piezas importantes en el proceso, y demostrarán acaso vuestra inocencia ó vuestra culpabilidad... Venga usted también, señorita.

El veterinario herrador de Cinq-Cygne y su criado habían sido citados por Lechesneau para que compareciesen en el castillo en calidad de peritos. Mientras que se hacia esta operación en las cuadras, el juez de paz llegó con Gothard y Michú. La operación de quitar las herraduras á los caballos y de marcar y reunir las correspondientes á cada uno, á fin de proceder á su confrontación con las huellas dejadas en el parque por los caballos de los autores del atentado, llevó algún tiempo. No obstante, Lechesneau, advertido de la llegada de Pigoult, dejó á los acusados con los gendarmes y se fué al comedor para dictar el proceso verbal. Allí, el juez de paz le mostró el estado de las ropas de Michú, contándole las demás circunstancias del arresto.

— Habrán matado al senador y lo habrán emparedado, dijo Pigoult á Lechesneau.

— Ahora, mucho me lo temo, respondió el magistrado. ¿Adónde has llevado el yeso? le preguntó á Gothard.

Gothard empezó á llorar.

— La justicia le da miedo, dijo Michú cuyos ojos lanzaban llamas como los del león cogido en un lazo.

Todos los criados del castillo retenidos en casa del alcalde llegaron entonces, llenaron la antesala en que Catalina y los Durieu lloraban y les comunicaron la importancia de las declaraciones que habían hecho. A todas las preguntas del director y del juez de paz, Gothard respondió con sollozos, y, llorando, acabó por sufrir un ataque convulsivo, que les asustó y les obligó á dejarlo. Al ver que ya no se fijaban en él, el astuto muchacho miró á Michú sonriéndose, y Michú aprobó su conducta con una mirada. Lechesneau dejó al juez para ir á rogar á los peritos que se diesen prisa.

— Caballero, dijo por fin la señora de Hauteserre dirigiéndose á Pigoult, ¿puede usted explicarnos la causa de esta detención?

— Estos señores están acusados de haberse apoderado del senador á mano armada y de haberlo secuestrado; pues, á pesar de las apariencias, suponemos que no lo habrán matado.

— ¿En qué pena incurren los autores de ese crimen? preguntó el padre de los Hauteserre.

— Pues, como que siguen rigiendo las leyes, que no han sido derogadas por el Código actual, incurren en la pena de muerte, repuso el juez de paz.

— ¡Pena de muerte! exclamó la señora de Hauteserre desmayándose.

El cura se presentó en este momento con su hermana, la cual llamó á Catalina y á Durieu.

— ¡Pero si ni siquiera hemos visto al senador! exclamó Michú.

— La señora Marión, los esposos Grevin, el ayuda de cámara del senador y Violette, no pueden decir otro tanto de usted, respondió Pigoult con la amarga sonrisa del magistrado convencido.

— No comprendo ni una palabra de todo esto, dijo Michú,

á quien esta contestación llenó de estupor y que empezó desde entonces á creerse envuelto en alguna trama urdida contra ellos.

En este momento todo el mundo volvió de las cuabras, y Lorenza acudió á prestar auxilio á la señora de Hauteserre, que no tardó en recobrar los sentidos y decirle:

—Tienen pena de muerte!

—Pena de muerte?... repitió Lorenza mirando á los cuatro hidalgos.

Esta palabra llenó á todos de espanto, y Giguet, como hombre instruido por Corentin, supo aprovecharse de él.

—Todo puede arreglarse aún, dijo llevándose al marqués de Simeuse á un rincón del comedor. ¿Es esto una broma? ¿Qué diablo! Usted ha sido militar y entre soldados es fácil entenderse. ¿Qué han hecho ustedes del senador? Si le han matado, no hay nada que hacer; pero si no han hecho más que secuestrarle, devuélvannoslo, pues ya ven que la cosa ha salido mal. Estoy seguro que el director del jurado, de acuerdo con el senador, procurará que no se les persiga á ustedes.

—No comprendo ninguna de sus preguntas, dijo el marqués de Simeuse.

—Si se pone usted en ese terreno, el asunto irá lejos, dijo el lugarteniente.

—Querida prima, dijo el marqués de Simeuse; van á prendernos, pero no se inquiete usted; volveremos dentro de algunas horas, pues para mí es indudable que hay en este asunto algunos errores, que no tardarán en desvanecerse.

—Señores, lo celebraría mucho, dijo el magistrado haciendo una seña á Giguet para que se llevase á los cuatro hidalgos, á Gothard y á Michú. No los lleve usted á Troyes; téngalos en el cuartel de Arais, porque mañana al amanecer deben estar presentes para llevar á cabo la confrontación de las herraduras de sus caballos con las huellas dejadas en el parque.

Lechiesneau y Pigoult no se marcharon hasta después de haber interrogado á Catalina, á los señores de Hauteserre y á Lorenza. Los Durieu, Catalina y Marta declararon que no

habían visto á sus amos hasta la hora de cenar; el señor de Hauteserre declaró que los había visto á las tres de la tarde.

Cuando, á las doce de la noche, se vió Lorenza entre los señores de Hauteserre, el abate Goujet y su hermana, y sin los cuatro jóvenes, que hacia ya diez y ocho meses eran la vida de aquel castillo, su amor y su alegría, guardó largo rato un silencio que nadie se atrevió á interrumpir. Jamás aflicción alguna fué más profunda y completa. Por fin, en medio de aquel silencio, se oyó un suspiro, y todo el mundo se volvió para ver de dónde había partido: Marta, olvidada en un rincón, se levantó diciendo:

—Señora, ¡la muerte!... nos los matarán, á pesar de su inocencia.

—¿Qué tiene usted? dijo el cura.

Lorenza salió sin responder. Necesitaba estar sola para recobrar sus fuerzas, en medio de aquel imprevisto desastre.

CAPÍTULO III

UN PROCESO POLÍTICO BAJO EL IMPERIO

Después de treinta y cuatro años, durante los cuales se han hecho tres grandes revoluciones, sólo los ancianos pueden acordarse hoy del inaudito clamoreo producido en Europa por el secuestro de un senador del Imperio francés. A no ser el de Trumeaux, el abacero de la plaza de San Miguel, y el de la viuda Morin, bajo el Imperio, los de Fualdes y de Castaing, bajo la Restauración, y los de la señora Lafarge y Pieschi, bajo el gobierno actual, ningún proceso iguala en interés y curiosidad al de los jóvenes acusados del secuestro de Maligno. Semejante atentado contra un miembro de su Senado, excitó la cólera del Emperador, á quien se comunicó la prisión de los delincuentes y el resultado negativo de las pesquisas casi al mismo tiempo que la perpetración del delito. Registrado el bosque y recorrido el Aube y los departamen-

á quien esta contestación llenó de estupor y que empezó desde entonces á creerse envuelto en alguna trama urdida contra ellos.

En este momento todo el mundo volvió de las cuabras, y Lorenza acudió á prestar auxilio á la señora de Hauteserre, que no tardó en recobrar los sentidos y decirle:

—Tienen pena de muerte!

—Pena de muerte?... repitió Lorenza mirando á los cuatro hidalgos.

Esta palabra llenó á todos de espanto, y Giguet, como hombre instruido por Corentin, supo aprovecharse de él.

—Todo puede arreglarse aún, dijo llevándose al marqués de Simeuse á un rincón del comedor. ¿Es esto una broma? ¿Qué diablo! Usted ha sido militar y entre soldados es fácil entenderse. ¿Qué han hecho ustedes del senador? Si le han matado, no hay nada que hacer; pero si no han hecho más que secuestrarle, devuélvannoslo, pues ya ven que la cosa ha salido mal. Estoy seguro que el director del jurado, de acuerdo con el senador, procurará que no se les persiga á ustedes.

—No comprendo ninguna de sus preguntas, dijo el marqués de Simeuse.

—Si se pone usted en ese terreno, el asunto irá lejos, dijo el lugarteniente.

—Querida prima, dijo el marqués de Simeuse; van á prendernos, pero no se inquiete usted; volveremos dentro de algunas horas, pues para mí es indudable que hay en este asunto algunos errores, que no tardarán en desvanecerse.

—Señores, lo celebraría mucho, dijo el magistrado haciendo una seña á Giguet para que se llevase á los cuatro hidalgos, á Gothard y á Michú. No los lleve usted á Troyes; téngalos en el cuartel de Arais, porque mañana al amanecer deben estar presentes para llevar á cabo la confrontación de las herraduras de sus caballos con las huellas dejadas en el parque.

Lechiesneau y Pigoult no se marcharon hasta después de haber interrogado á Catalina, á los señores de Hauteserre y á Lorenza. Los Durieu, Catalina y Marta declararon que no

habían visto á sus amos hasta la hora de cenar; el señor de Hauteserre declaró que los había visto á las tres de la tarde.

Cuando, á las doce de la noche, se vió Lorenza entre los señores de Hauteserre, el abate Goujet y su hermana, y sin los cuatro jóvenes, que hacia ya diez y ocho meses eran la vida de aquel castillo, su amor y su alegría, guardó largo rato un silencio que nadie se atrevió á interrumpir. Jamás aflicción alguna fué más profunda y completa. Por fin, en medio de aquel silencio, se oyó un suspiro, y todo el mundo se volvió para ver de dónde había partido: Marta, olvidada en un rincón, se levantó diciendo:

—Señora, ¡la muerte!... nos los matarán, á pesar de su inocencia.

—¿Qué tiene usted? dijo el cura.

Lorenza salió sin responder. Necesitaba estar sola para recobrar sus fuerzas, en medio de aquel imprevisto desastre.

CAPÍTULO III

UN PROCESO POLÍTICO BAJO EL IMPERIO

Después de treinta y cuatro años, durante los cuales se han hecho tres grandes revoluciones, sólo los ancianos pueden acordarse hoy del inaudito clamoreo producido en Europa por el secuestro de un senador del Imperio francés. A no ser el de Trumeaux, el abacero de la plaza de San Miguel, y el de la viuda Morin, bajo el Imperio, los de Fualdes y de Castaing, bajo la Restauración, y los de la señora Lafarge y Pieschi, bajo el gobierno actual, ningún proceso iguala en interés y curiosidad al de los jóvenes acusados del secuestro de Maligno. Semejante atentado contra un miembro de su Senado, excitó la cólera del Emperador, á quien se comunicó la prisión de los delincuentes y el resultado negativo de las pesquisas casi al mismo tiempo que la perpetración del delito. Registrado el bosque y recorrido el Aube y los departamen-

tos contiguos en toda su extensión, no ofrecieron el menor indicio del paso ni del secuestro del conde de Gondreville. El gran juez, mandado por Napoleón, volvió y le explicó la posición de Maligno con respecto á los Simeuse. El Emperador, ocupado á la sazón en cosas graves, se explicó el atentado por los hechos anteriores.

—Esos jóvenes están locos, dijo. Un jurisconsulto como Maligno sabría anular las actas arrancadas por la violencia. Vigilen ustedes á esos jóvenes para saber cómo se las arreglarán para soltar al conde de Gondreville.

Recomendó asimismo que se desplegara la mayor actividad en aquel asunto, en que vió un atentado contra sus instituciones, un fatal ejemplo de resistencia contra los efectos de la Revolución, un ataque á la gran cuestión de los bienes nacionales y un obstáculo para aquella fusión de los partidos que fué la ocupación constante de su política interior. Finalmente, se veía burlado por aquellos jóvenes, que le habían prometido vivir tranquilamente.

—La predicción de Fouché se ha realizado, exclamó recordando la frase pronunciada dos años antes por su ministro actual de policía, el cual la había hecho bajo la impresión de los informes que Corentin le había dado de Lorenza.

Bajo un gobierno constitucional en que nadie se interesa por una cosa pública, ciego y mudo, ingrato y frío, es imposible imaginarse el celo que una palabra del Emperador imprimía á su máquina política ó administrativa. Aquella poderosa voluntad se comunicaba no sólo á los hombres, sino también á las cosas.

Una vez dichas estas palabras, el Emperador, sorprendido por la coalición de 1806, olvidó este asunto. Pensaba en nuevas batallas que librar y se ocupaba en organizar sus regimientos para herir de muerte á la monarquía prusiana. Pero su deseo de que se hiciese pronta justicia, encontró un poderoso vehículo en lo inseguro de la posición de todos los magistrados del Imperio. En este momento, Cambaceres, en su calidad de archicanciller, y el gran juez Regnier, preparaban la institución de los tribunales de primera instancia, de las Audiencias imperiales y de la de casación; agitaban la

cuestión de los trajes, á los que Napoleón daba tanta importancia con mucha razón; revisaban el personal y buscaban los restos de los parlamentos abolidos. Como es natural, los magistrados del departamento del Aube pensaron que el dar pruebas de celo en el asunto del secuestro del conde de Gondreville sería una excelente recomendación. Las hipótesis de Napoleón pasaron á ser verdades evidentes para los cortesanos y para las masas.

La paz reinaba aún en el continente, y la admiración por el Emperador era unánime en Francia. Napoleón mimaba los intereses, las vanidades, á las personas, á las cosas, en fin, á todo, hasta á los recuerdos. Este hecho pareció, pues, á todo el mundo un ataque á la felicidad pública, y los pobres é inocentes hidalgos fueron cubiertos de un oprobio general.

En corto número y confinados en sus tierras, los nobles deploraban entre sí aquel asunto, pues no se atrevían á abrir la boca. En efecto, ¿cómo oponerse al torbellino de la opinión pública? En todo el departamento se recordaba á los cadáveres de las once personas muertas en 1792, á través de las persianas del palacio de Cinq-Cygne, y se colmaba de dictámenes á los acusados. Temíase que los emigrados, envalentados, no ejerciesen violencias contra los nuevos propietarios de sus bienes, para obligar así la restitución, protestando de aquel injusto despojamiento. Aquellos nobles fueron, pues, tratados de bandidos, de ladrones, de asesinos, y la complicidad de Michú les fué sobre todo fatal. Este hombre, que había cortado, en unión de su suegro, todas las cabezas caídas en el departamento durante el Terror, era objeto de las más ridículas fábulas. La desesperación era tanto mayor, cuanto que Maligno había colocado á casi todos los funcionarios del Aube. Ninguna voz generosa se levantó para contradecir á la opinión pública. Los desgraciados no tenían ningún medio legal para combatir las prevenciones; pues, sometiendo á jurados los elementos de la acusación y el juicio, el Código de brumario del año IV no podía dar á los acusados la inmensa garantía del recurso de casación. Dos días después del arresto, los amos y los criados del castillo de Cinq-Cygne fueron citados para comparecer ante el jurado de

acusación. Cinq-Cygne quedó bajo la custodia de un cortijero y bajo la inspección del abate Goujet y de su hermana, que se establecieron en él. La señorita de Cinq-Cygne y los señores de Hautesserre fueron á ocupar la casita que poseía Durieu en uno de aquellos vastos arrabales que se extienden en torno de la ciudad de Troyes. Lorenza sintió que se le oprimía el corazón cuando, por varios de esos pequeños acontecimientos que ocurren siempre á los parientes de la gente complicada en un asunto criminal, en las ciudades de provincia donde se juzgan, observó el furor de las masas, la malignidad de la clase media y la hostilidad de los funcionarios públicos. En lugar de palabras de consuelo y de compasión, oyó conversaciones que denotaban espantosos deseos de venganza; vió testimonios de odio, en lugar de los actos de estricta urbanidad ó de reserva que ordena la decencia, y sintió sobre todo ese aislamiento que se nota tanto mejor, por cuanto que la desgracia le hace á uno desconfiado. Lorenza, que había recobrado todos sus ánimos, contaba con la claridad de la inocencia y despreciaba demasiado á la multitud, para asustarse por aquel silencio desaprobador con que era acogida. Al mismo tiempo que pensaba en la batalla judicial que, por la rapidez de los procedimientos, debía librarse muy pronto ante la Audiencia de lo criminal, sostenía los ánimos de los señores de Hautesserre. Pero la pobre iba á recibir un golpe que no se esperaba y que disminuyó su valor. En medio de este desastre y del desencadenamiento general, en el momento en que aquella familia afligida se veía como en un desierto, un hombre se hizo grande de pronto á los ojos de Lorenza y mostró toda la belleza de su carácter. Al día siguiente de aquel en que la acusación, aprobada por la fórmula: *Si, ha lugar*, que el jefe del jurado escribía en la parte baja del acta, enviada al acusador público, y cuando la orden de arresto dictada contra los acusados quedó convertida en orden de encarcelamiento, el marqués de Chargebœuf se presentó valerosamente con su vieja calesa á auxiliar á su joven parienta. Adivinando la rapidez de la justicia, el jefe de aquella gran familia se había apresurado á ir á París y á traer consigo á uno de los pro-

curadores más astutos y más honrados de antaño, que se llamaba Bordín que llegó á ser, en París, el procurador de la nobleza durante diez años, y cuyo sucesor fué el célebre procurador Derville. Este digno procurador escogió en seguida como abogado al nieto de un antiguo presidente del parlamento de Normandía, que pensaba dedicarse á la magistratura y que había hecho sus estudios bajo su tutela. Después de este proceso, este joven abogado fué nombrado sustituto del procurador general en París y llegó á ser uno de los magistrados más célebres. El señor de Grandville aceptó esta defensa como una ocasión para debutar con brillo. En aquella época, los abogados estaban reemplazados por defensores oficiosos. De este modo, el derecho de defensa no estaba restringido y todos los ciudadanos podían defender la causa de la inocencia; pero los acusados no dejaban por eso de nombrar á los antiguos abogados para que les defendiesen. El viejo marqués, asustado de los estragos que el dolor había hecho en Lorenza, usó con ella una amabilidad y un cariño admirables. No le recordó los consejos que le había dado en vano; presentó á Bordín como un oráculo cuyas opiniones debían ser seguidas al pie de la letra, y al joven Grandville como un defensor en quien se podía tener completa confianza.

Lorenza se apresuró á estrechar la mano del viejo marqués, diciéndole:

—Tenía usted razón.

—¿Quiere usted ahora escuchar mis consejos? le preguntó el marqués.

La joven condesa y los señores de Hautesserre hicieron un signo de asentimiento.

—Pues bien, vénganse á mi casa, que está en el centro de la ciudad y cerca de la Audiencia; ustedes y los abogados se encontrarán mejor que aquí, en donde están amontonados y demasiado lejos del campo de batalla. Aquí tendrán que atravesar la ciudad todos los días.

Lorenza aceptó, y el anciano se la llevó en unión de los señores de Hautesserre á su casa, que fué la de los defensores y la de los habitantes de Cinq-Cygne mientras duró el

proceso. Después de la cena, cerradas ya las puertas, Bordín rogó á Lorenza que le contase todas las circunstancias del asunto sin omitir ningún detalle, aunque algunos de los hechos anteriores habían sido ya contados á Bordín y al defensor por el marqués, durante su viaje de París á Troyes. Bordín escuchó, con los pies al fuego, y sin darse importancia alguna. El joven abogado no pudo menos de sentir admiración por la señorita de Cinq-Cygne, al mismo tiempo que prestaba la atención debida á los elementos de su causa.

—¿Y es eso todo? preguntó Bordín cuando Lorenza hubo contado los acontecimientos del drama, del mismo modo que se cuentan en este relato.

—Sí, respondió ella.

El silencio más profundo reinó durante algunos instantes en el salón del palacio de Chargeboeuf donde ocurría esta escena, que es una de las más graves que se pueden tener en la vida, así como una de las más raras. Todo proceso es juzgado por los abogados antes que por los jueces, así como la muerte del enfermo es presentada por los médicos antes de la lucha que los unos sostienen con la naturaleza y los otros con la justicia. Lorenza, los señores de Hauteserre y el marqués tenían los ojos fijos en la cara morena y atrozmente picada de viruelas de aquel anciano procurador que iba á pronunciar palabras de vida ó muerte. El señor de Hauteserre se enjugó las gruesas gotas de sudor que inundaban su frente. Lorenza miró al joven abogado y le pareció que su rostro se había entristecido.

—Y bien, ¿qué le parece á usted, mi querido Bordín? le dijo el marqués tendiéndole su tabaquera, donde el procurador metió los dedos distraídamente.

Bordín se frotó las pantorrillas cubiertas de gruesas medias negras de filadiz, pues llevaba un calzón de paño negro y una casaca que se parecía por su forma á las casacas llamadas á la francesa, y dirigió una maliciosa mirada á sus clientes, dándole una expresión de terror, que los dejó helados.

—¿Quieren ustedes que les hable con franqueza y sin rodeos? dijo.

—Es claro, dijo Lorenza.

—Todo cuanto han hecho ustedes se convierte en cargos, le dijo entonces el viejo patricio. Es imposible salvar á sus parientes, y lo único que podrá hacerse es disminuir la pena. La orden que dió usted á Michú de que vendiese sus bienes será tomada como la prueba más evidente de sus intenciones criminales respecto al senador. Enviaron ustedes á sus criados á Troyes para quedar solos, y eso también les perjudica mucho. El mayor de los Hauteserre dijo á Beauvisage una palabra terrible que perjudica á todos. Usted misma pronunció otra en el patio del castillo, que probaba su rencor de usted contra Maligno. En el momento del atentado, usted se encontraba en observación en la reja, y si no la procesan á usted, es por no dar un elemento de interés al asunto.

—La causa no tiene defensa, dijo el señor de Grandville.

—La tiene tanto menos, por cuanto que no se puede decir la verdad, dijo Bordín. Michú y los señores de Simeuse y de Hauteserre se limitaron á decir que estuvieron en el bosque con usted durante una gran parte del día y que volvieron á almorzar á Cinq-Cygne. Y aunque quisiéramos probar que todos ustedes estaban almorzando mientras se cometió el atentado, ¿qué testigos podemos presentar? Marta es la mujer de uno de los acusados, los Duriéu y Catalina son gente que están á vuestro servicio, y el señor y la señora son el padre y la madre de dos de los acusados. Estos testigos no tienen valor; la ley no los admite en contra y el buen sentido los rechaza á favor. Si, por desgracia, dijeseñ ustedes que habían ido á buscar al bosque un millón cien mil francos, enviarían á todos los acusados á galeras por ladrones. Acusador público, jurados, jueces, Audiencia y Francia entera creerían que habían cogido ustedes ese oro en Gondreville y que habían secuestrado al senador para hablar más á sus anchas. Admitiendo la acusación tal como está en este momento, la cosa no es clara; pero explicada en toda su verdad, el asunto sería clarísimo, y los jurados se explicarían por el robo todas sus partes tenebrosas, pues hoy, realista quiere decir bandido. Tal como la cosa se pre-

senta ahora, parece ser una venganza admisible en la actual situación política. Los acusados incurren en la pena de muerte; pero ésta no es deshonrosa por causas políticas; mientras que si se añade á éstas el robo, que no puede nunca legitimarse, se perderían los beneficios del interés que inspiran los condenados á muerte, cuando su crimen parece excusable. En el primer momento, y en presencia de magistrados imparciales, hubiera sido posible probar la inocencia y el trabajo en que se había empleado el día, enseñando los agujeros, el plano del bosque, los canutos de hojalata y el oro; pero en el estado actual de cosas, es preciso callarse. Quiera Dios que ninguno de los acusados comprometa la causa, y así veremos el medio de sacar el mejor partido posible de los interrogatorios.

Lorenza se retorció desesperadamente las manos y levantó los ojos al cielo, pues entonces comprendió toda la profundidad del precipicio en que sus primos hablan caído. El marqués y el abogado defensor aprobaban el terrible discurso de Bordín. El buen Hauteserre lloraba.

—¿Por qué no habrán hecho caso del abate Goujet cuando quería que se escapasen? dijo desesperada la señora de Hauteserre.

—¡Ah! exclamó el viejo procurador. Si han podido ustedes hacerles escapar y no lo han hecho, ustedes mismos les han matado. La rebeldía da tiempo, y con el tiempo, los inocentes pueden probar su inocencia. Este asunto me parece el más tenebroso que he visto en mi vida, á pesar de que ya he desembrollado muchos.

—Es inexplicable para todo el mundo y hasta para nosotros, dijo el señor de Grandville. Si los acusados son inocentes, el atentado ha tenido que ser cometido por otros. Ahora bien, cinco personas no vienen á un país como por encanto, no se procuran caballos herrados como los de los acusados, no imitan su semejanza y no meten á Maligno en una cueva por el solo gusto de perder á Michú y á los señores de Simeuse y de Hauteserre. Los desconocidos, los verdaderos culpables tenían algún interés en imitar y semejar-se á los cinco inocentes; para encontrarlos, para buscar

sus huellas, nos serían necesarios, como al gobierno, tantos agentes y ojos como ayuntamientos hay en un radio de veinte leguas.

—Pero eso es imposible y no hay que pensar en ello, dijo Bordín. Desde que las sociedades han inventado la justicia, no han encontrado nunca el medio de dar á la inocencia acusada un poder igual al que el magistrado tiene contra el crimen. La justicia no es bilateral. La defensa, que no tiene espías ni policía, no dispone del poder social en favor de sus clientes. La inocencia no tiene más arma que los razonamientos, y los razonamientos que pueden convencer á los jueces, son á veces impotentes ante los prevenidos ánimos de los jurados. El país entero está contra ustedes. Los ocho jurados que han sancionado el acta de acusación eran propietarios de bienes nacionales. Entre nuestros jurados de juicio, tendremos gentes que serán, como los primeros, adquiredores y vendedores de bienes nacionales ó empleados. En una palabra, que tendremos un jurado Maligno. De modo que, aunque lleve usted un sistema completo de defensa, no sale del paso y perece con su inocencia. Los reos serán condenados. Iremos al tribunal de casación y procuraremos retardar allí el fallo el más tiempo posible. Si, en el intervalo, puedo recoger pruebas en favor de los reos, podremos apelar al indulto. Esta es la anatomía del asunto y mi opinión. Si triunfamos (pues todo es posible en justicia), será por un milagro, y el abogado que tenemos es, de todos los que yo conozco, el más capaz de hacer ese milagro, al que yo contribuiré, por mi parte, con todas mis fuerzas.

—El senador debe tener la clave de este enigma, dijo entonces el señor de Grandville, pues siempre se sabe quién nos odia y por qué nos odia. Yo veo que salió de París en pleno invierno, que vino á Gondreville solo, sin acompañamiento, que se encerró con su notario, y que se entregó, por decirlo así, á cinco hombres que lo secuestran.

—A decir verdad, su conducta es por lo menos tan extraordinaria como la de los acusados, dijo Bordín; pero, á la faz de un país levantado contra nosotros, ¿cómo convertirnos en acusadores, siendo acusados? Necesitaríamos la bene-

volencia y el apoyo del gobierno y mil veces más pruebas de las que se necesitan en una situación ordinaria. Veo aquí la premeditación más refinada en vuestros desconocidos adversarios, que conocían la situación de Michú y de los señores de Simeuse con respecto á Maligno. ¡El no haber hablado! ¡el no haber robado! en fin, mucha prudencia. Bajo sus máscaras, me parece ver gentes que no son malhechores. ¡Pero vaya usted á contarle todo eso al jurado!

Esta perspicacia en los asuntos privados, que tanto ensalza á algunos magistrados y abogados, asombraba y confundía á Lorenza. Su corazón se oprimió ante tan asombrosa lógica.

—De cien asuntos criminales, dijo Bordín, no hay diez que la justicia conozca en toda su extensión, y más de una tercera parte quedan completamente ignorados. Este asunto es de los que son indescifrables para los acusados, para la justicia y para el público. Respecto al soberano, tiene otras cosas más importantes de que ocuparse para tomarse interés por los señores de Simeuse, aun suponiendo que éstos no fueran enemigos suyos ni hubiesen tratado de derribarle. Pero ¿quién diablos tendrá odio á Maligno y para qué lo habrán secuestrado?

Bordín y el señor de Grandville se miraron y parecieron dudar de la veracidad de Lorenza. Esta duda fué uno de los dolores más agudos que sintió la joven en este asunto; así es que dirigió á los dos defensores una mirada que hizo desaparecer todas sus malas sospechas.

Al día siguiente se entregó el proceso á los defensores, que pudieron ya comunicarse con los acusados. Bordín comunicó á la familia de éstos que los seis acusados habían sabido mantenerse en buen terreno.

—El señor de Grandville defenderá á Michú, dijo Bordín.

—¿A Michú? exclamó el señor de Chargebœuf asombrado de aquel cambio.

—Es el todo en este asunto y en él está todo el peligro, replicó el anciano procurador.

—Si es el más expuesto, la cosa me parece justa, exclamó Lorenza.

—Hemos visto algunas probabilidades de éxito y vamos á estudiarlas detenidamente, dijo el señor de Grandville. Si podemos salvarlos, será porque el señor de Hauteserre dijo á Michú que reparase uno de los postes de la barrera del caminito de la brecha y porque se ha visto un lobo en el bosque, pues todo depende de los debates ante una Audiencia de lo criminal, y los debates versarán sobre cosas insignificantes que ya verán ustedes que se convierten en inmensas.

Lorenza cayó en aquella postración interior que se apodera del alma de todas las personas de acción y de pensamiento, cuando la inutilidad de una y de otro les queda demostrada. Ya no se trataba de derribar á un hombre ó al poder con ayuda de gentes adictas, ni de simpatías fanáticas ocultas en la sombra del misterio: veía á la sociedad armada contra ella y sus primos. No toma uno por sí solo una prisión por asalto, no se libra á prisioneros en el seno de una población hostil y en presencia de una policía escamada de la pretendida audacia de los acusados. Así es que, cuando, asustado del estupor de aquella noble y generosa joven, el defensor intentó animarla, ella le respondió:

—Me callo, sufro y espero.

El acento, el gesto y la mirada dieron á esta respuesta una sublimidad que sólo le faltaba un trato más vasto para hacerse célebre. Algunos instantes después, el honrado Hauteserre decía al marqués de Chargebœuf:

—¡Para esto me he sacrificado yo por mis hijos! Por ellos he logrado recuperar una fortuna que me da ocho mil francos de renta anual. Si hubieran querido servir en el ejército, hubieran ascendido, y hoy podrían casarse ventajosamente. ¡He aquí todos mis planes por tierra!

—¿Cómo! le dijo su mujer, ¿piensas en sus intereses cuando se trata de su honor y de sus vidas!

—El señor de Hauteserre piensa en todo, dijo el marqués.

Mientras que los habitantes de Cinq-Cygne esperaban el comienzo de las sesiones en la Audiencia de lo criminal y solicitaban permiso para ver á los prisioneros, sin poder obtenerlo, en el castillo ocurría en el mayor secreto uno de

los acontecimientos más graves. Marta había vuelto á Cinq-Cygne inmediatamente después de haber prestado su declaración ante el jurado de acusación, la cual había tenido tan escasa importancia, que el acusador público no la consignó siquiera. Como todas las personas dotadas de excesiva sensibilidad, la pobre mujer permanecía sentada en el salón en un estado de estupor que daba lástima, haciendo compañía á la señorita Goujet. Para ella, como para el cura y para todos los que no sabían en qué habían empleado el día los acusados, su inocencia resultaba dudosa. Había momentos en que Marta creía que Michú, sus amos y Lorenza habían llevado á cabo una venganza en la persona del senador. La desgraciada mujer conocía de sobra la adhesión de Michú para comprender que era el acusado que corría más peligro, ya á causa de sus antecedentes ó ya á causa de la parte que hubiera podido tomar en la ejecución. El abate Goujet, su hermana y Marta se perdían en las probabilidades á que esta opinión daba lugar; pero, á fuerza de meditarlas, dejaban que su espíritu se inclinase á una creencia cualquiera. La duda absoluta que pide Descartes sólo puede obtenerse en el cerebro humano, como se obtiene el vacío en la naturaleza; y la operación espiritual, mediante la cual se obtenga, será una situación excepcional y monstruosa, como lo es también el efecto producido por la máquina neumática. Sea cualquiera la materia de que se trate, el hombre siempre cree algo. Ahora bien, Marta temía tanto la culpabilidad de los acusados, que su temor equivalía á una creencia, y ese estado de ánimo le fué fatal. Cinco días después de la detención de los hidalgos, en el momento en que iba á acostarse, á eso de las diez de la noche, fué llamada desde el patio por su madre, que llegaba á pie de la quinta.

—Un obrero de Troyes quiere hablarte de parte de Michú, y te espera en el caminito de la brecha, le dijo á Marta.

Ambas pasaron por la brecha para llegar antes, y en medio de la obscuridad de la noche y del camino, Marta no pudo distinguir más que el bulto de una persona que se percibía apenas en las tinieblas.

—Señora, hable usted, á fin de que sepa yo si es usted realmente la mujer de Michú, dijo aquella persona con voz bastante emocionada.

—Ya lo creo que soy, dijo Marta. ¿Y qué me quiere usted?

—Deme usted la mano, dijo el desconocido, y no tenga usted miedo. Vengo de parte de Michú, añadió hablando al oído á Marta, á entregarle á usted una carta. Soy uno de los empleados de la cárcel, y si mis superiores se apercibiesen de mi ausencia, estaríamos perdidos. Confíe usted en mí. En otro tiempo, su buen padre me colocó allí. Por eso sabe Michú que puede contar conmigo.

Y poniendo la carta en manos de Marta, desapareció sin esperar respuesta. Marta sintió una especie de estremecimiento al pensar que acaso iba á conocer el secreto de aquel asunto. Corrió á la quinta con su madre y se encerró en su cuarto para leer la siguiente carta:

«Mi querida Marta: Puedes contar con la absoluta discreción del portador de esta carta. No sabe leer ni escribir y es uno de los más sólidos republicanos de la conspiración de Babœuf; tu padre se sirvió de él muchas veces, y es hombre que considera al senador como un traidor. Querida mujer, el senador ha sido emparedado por nosotros en la bodega en que nuestros amos estuvieron escondidos. El miserable no tiene víveres más que para cinco días, y como tenemos interés en que viva, tan pronto como recibas esta carta, llévale alimento para cinco días más. El bosque debe estar vigilado, y toma, por lo tanto, las mismas precauciones que tomábamos para llevárselo á nuestros jóvenes amos. No le digas ni una palabra á Maligno, no le hables y ponte uno de los antifaces que encontrarás en la escalera de la bodega. Si no quieres comprometer nuestra vida, guarda el mayor silencio sobre el secreto que me veo obligado á confiarte. Tampoco le digas nada á la señorita de Cinq-Cygne. No temas por mí. Estamos seguros de salir bien de este asunto, y cuando sea conveniente, Maligno será nuestro salvador. En fin, tan pronto como leas esta carta, excuso decirte que

debes quemarla, pues si vieses una sola línea de ella, podría costarme la cabeza. Te abraza,

MICHÚ.»

La existencia de la bodega situada bajo la eminencia en el centro del bosque, sólo era conocida por Marta, por su hijo, por Michú, por los cuatro hidalgos y por Lorenza; al menos Marta, á quien su marido no había dicho nada de su encuentro con Peyrade y Corentín, debía creerlo así. La carta, que por lo demás le pareció escrita y firmada por Michú, no podía proceder más que de él. Ciertamente que si Marta hubiera consultado á su ama y á sus dos consejeros, que conocían la inocencia de los acusados, el astuto procurador hubiera obtenido algunas luces acerca de las pérfidas combinaciones que envolvían á sus clientes; pero Marta, llevada de su primer impulso, como la mayor parte de las mujeres, y convencida por estas consideraciones que saltaban á la vista, arrojó la carta al fuego. Sin embargo, iluminada de pronto por la prudencia, retiró del fuego la parte de la carta que no estaba escrita, tomó las cinco primeras líneas cuyo sentido no podía comprender nadie y las cosió á la parte baja de su falda. Bastante asustada al saber que el paciente ayunaba hacía venticuatro horas, quiso llevarle aquella misma noche un poco de vino, pan y carne. Su curiosidad no le permitió dejarlo para el día siguiente. Encendió, pues, el horno, é hizo, ayudada por su madre, una empanada de liebre y de patos, un pastel de arroz, asó dos pollos, tomó tres botellas de vino y amasó tres panes redondos. A eso de las dos y media de la mañana se puso en marcha hacia el bosque, llevando las provisiones en un cesto, y acompañada de Couraut que, en todas sus expediciones, servía de ojeador con admirable inteligencia. Olfateaba á los extranjeros á distancias enormes, y cuando reconocía su presencia, volvía al lado de su ama, gruñendo, mirándola y poniendo el hocico hacia el sitio peligroso.

Marta llegó á las tres de la mañana al estanque, donde dejó á Couraut de centinela. Después de media hora de trabajo para desembarazar la entrada, se fué con una linterna

sorda á la puerta de la bodega, con la cara cubierta con el antifaz que había encontrado en la escalera. La detención del senador parecía haber sido meditada mucho tiempo antes. Un agujero de un pie cuadrado, que Marta no había visto antes, había sido practicado en la parte superior de la puerta que cerraba la bodega, pero para que Maligno no pudiese, con el tiempo y la paciencia de que disponen todos los prisioneros, quitar la barra de hierro que sujetaba la puerta, la habían sujetado con un candado. El senador, que se había levantado de su lecho de musgo, lanzó un suspiro al ver un rostro enmascarado, y comprendió que aún no se trataba de darle libertad. Observó á Marta tanto como se lo permitió el desigual resplandor de una linterna sorda, y la conoció por sus vestidos, por su corpulencia y por sus modales; cuando le fué á dar la empanada por el agujero, el senador la dejó caer para cogerle las manos, y, con una excesiva presteza, intentó quitarle del dedo dos anillos que llevaba, que eran su alianza y un regalo de la señorita de Cinq-Cygne.

—Supongo que ahora no me negará que es usted, mi querida señora Michú, dijo Maligno.

Marta cerró el puño tan pronto como sintió los dedos del senador, y le dió un vigoroso golpe en el pecho. Después, sin decir palabra, fué á cortar una vara bastante fuerte, por medio de la cual fué entregando á Maligno el resto de las provisiones.

—¿Qué quieren de mí? preguntó.

Marta se fué sin responder. Al volver á su casa, á eso de las cinco de la mañana, y en el linde del bosque, fué prevenida por Couraut de la presencia de un importuno. Retrocedió y se dirigió hacia el pabellón que ella había habitado tanto tiempo; pero cuando desembocó en la avenida, fué vista de lejos por el guarda campestre de Gondreville, y tomó entonces el partido de ir derecha hacia él.

—Es usted muy madrugadora, señora Michú, dijo el guarda abordándola.

—Somos tan desgraciados, respondió ella, que me veo obligada á hacer el trabajo de una criada; voy á Belache á buscar granos.

—¿No tienen ustedes granos en Cinq-Cygne? dijo el guarda.

Marta no respondió. Continuó su camino, y cuando llegó á la quinta de Belache rogó á Beauvisage que le diese varias clases de granos para simiente, diciéndole que el señor de Hautesserre le había recomendado que los tomase de su casa para renovar sus especies. Cuando Marta hubo marchado, el guarda de Gondreville fué á la quinta para saber lo que Marta había ido á buscar. Seis días más tarde, Marta, que se había hecho prudente, fué á media noche á llevar las provisiones, á fin de no ser sorprendida por los guardias, que vigilaban evidentemente el bosque. Después de haber llevado por tercera vez las provisiones al senador, Marta fué acometida de una especie de terror al oír leer al cura los interrogatorios de los acusados, pues entonces los debates habían empezado. Llamó aparte al abate Goujet, y, después de haberle hecho jurar que guardaría el secreto de lo que ella iba á decirle, como si se tratase de una confesión, le mostró los fragmentos de la carta que había recibido de Michú, diciéndole el contenido, é iniciándole en el secreto del escondite donde se encontraba el senador. El cura le preguntó á Marta si tenía cartas de su marido, para poder comparar los caracteres de letra. Marta fué á su quinta, en donde encontró una citación para comparecer como testigo en la Audiencia. Cuando volvió al castillo, el abate Goujet y su hermana estaban igualmente citados á instancia de los acusados. Así, pues, se vieron obligados á ir á Troyes. De este modo, todos los personajes de este drama, así como los que no eran en cierto modo más que comparsas, se encontraron reunidos en la escena donde los destinos de dos familias iban á decidirse.

Hay pocas localidades en Francia donde la justicia dé á las cosas ese prestigio que debe acompañarlas siempre. Después de la religión y de la dignidad real, ¿no es la justicia la mayor máquina de la sociedad? En todas partes, y lo mismo en París, la mezquindad del local, la mala disposición de los lugares y la falta de adornos en la nación más vanidosa y más teatral tratándose de monumentos hechos hoy día, dis-

minuyen la acción de este enorme poder. En el fondo de una sala cuadrada se ve una mesa cubierta de sarga verde, sobre una plataforma, y detrás de esa mesa se sientan los jueces en unos sillones vulgares. A la izquierda, el asiento del acusador público, y á su lado, y á lo largo de la pared, una larga tribuna provista de sillas para los jurados. Enfrente de los jurados se extiende otra tribuna en donde hay un banco para los acusados y para los gendarmes que los custodian. El escribano se coloca al lado de la plataforma, cerca de la mesa en donde se depositan las piezas de convicción. Antes de la institución de la justicia imperial, el comisario del gobierno y el director del jurado tenían cada uno un asiento y una mesa, á derecha é izquierda respectivamente de la mesa del tribunal. Dos ujieres revolotean en el espacio que se deja delante de la audiencia para la comparecencia de los testigos. Los defensores se colocan debajo de la tribuna de los acusados. Una balaustrada de madera reúne las dos tribunas hacia la otra extremidad de la sala, y forma un cerco en donde se colocan bancos para los testigos que ya han declarado y para los curiosos privilegiados. Después, enfrente del tribunal y encima de la puerta de entrada, hay siempre una mala tribuna reservada á las autoridades y á las mujeres del departamento escogidas por el presidente, á cuyas órdenes está la policía de la Audiencia. El público no privilegiado permanece de pie en el espacio que queda entre la puerta de la sala y la balaustrada. Este aspecto normal que ofrecen los tribunales franceses y las Audiencias actuales era el mismo que el que ofrecía la Audiencia criminal de Troyes.

En abril de 1806, ni los cuatro jueces y el presidente que componían la Audiencia, ni el acusador público, ni el director del jurado, ni el comisario del gobierno, ni los ujieres, ni los defensores, nadie, excepto los gendarmes, tenía el traje ni la marca distintiva que pudiese realzar la desnudez de las cosas y el aspecto bastante pobre de las caras. El crucifijo faltaba, y no daba su ejemplo ni á la justicia ni á los acusados. Todo era triste y vulgar. El aparato tan necesario al interés social, es sin duda un consuelo para el criminal. La

oficiosidad del público fué la que ha sido y la que será en todas las ocasiones de este género, hasta que Francia no reconozca que la admisión del público en la audiencia no le da publicidad, que la publicidad dada á los debates constituye una pena tan exorbitante, que si el legislador hubiese podido sospecharla, no la habría infligido. Las costumbres son frecuentemente más crueles que las leyes. Las costumbres, son los hombres; pero la ley, es la razón de un país. Las costumbres, que frecuentemente no tienen razón de ser, imperan sobre la ley. Se formaron grupos tumultuosos alrededor del palacio. Como en todos los procesos célebres, el presidente se vió obligado á hacer guardar las puertas por piquetes de soldados. El auditorio, que permanecía de pie detrás de la balaustrada, estaba tan apretado, que casi se ahogaban. El señor de Grandville, que defendía á Michú; Bordin, el defensor de los señores de Simeuse, y un abogado de Troyes, que abogaba por los señores de Hauteserre y Gothard, los menos comprometidos de los seis acusados, estuvieron en su sitio antes de la apertura de la sesión, y sus rostros respiraban confianza. Así como el médico no deja ver ninguna de sus aprehensiones al enfermo, así también el abogado muestra siempre una fisonomía llena de esperanza á su cliente. Es uno de esos casos en que la mentira se hace virtud. Cuando los acusados entraron, se elevaron favorables murmullos al ver el aspecto de los cuatro jóvenes que, después de veinte días de arresto pasados en la inquietud, habían palidecido un poco. La perfecta semejanza de los dos gemelos excitó el mayor interés. Acaso cada uno pensaba que la naturaleza debía ejercer una protección especial sobre una de sus más curiosas rarezas, y todo el mundo estaba tentado de reparar el olvido del destino respecto á ellos; su continente noble, sencillo, y sin la menor señal de vergüenza, así como sin altanería, impresionó mucho á las mujeres. Los cuatro gentilhombres y Gothard se presentaron con el mismo vestido que llevaban el día de su arresto; pero Michú, cuyos vestidos formaban parte de las piezas de convicción, se había puesto sus mejores ropas: una levita azul, un chaleco de terciopelo negro á lo Robespierre y una cor-

bata blanca. Al pobre hombre le perjudicó mucho el ser mal encarado. Cuando dirigió sus ojos amarillos, claros y profundos, sobre la asamblea, que hizo un ligero movimiento, ésta le respondió con un murmullo de horror. El tribunal creyó ver la mano de Dios en su comparecencia en el banco de los acusados, donde su suegro había hecho sentarse á tantas víctimas. Aquel hombre, verdaderamente grande, miró á sus amos reprimiendo una sonrisa de ironía. Pareció que les decía: «Os perjudico.» Estos cinco acusados cambiaron afectuosos saludos con sus defensores. Gothard seguía haciéndose el idiota.

Después de hechas con sagacidad las recusaciones por los defensores, instruidos sobre este punto por el marqués de Chargebœuf, que estaba sentado valerosamente al lado de Bordin y Grandville, cuando el jurado quedó constituido y el acta de acusación leída, los acusados fueron separados unos de otros para responder á sus interrogatorios. Todos respondieron del mismo modo. Declararon que después de dar un paseo á caballo por el bosque, por la mañana, habían vuelto á almorzar á la una á Cinq-Cygne, y después del almuerzo, de tres á cinco y media, habían estado también en el bosque. Tal fué en el fondo lo dicho por los acusados, con muy ligeras variaciones. Cuando el presidente rogó á los señores de Simeuse que diesen las razones que habían tenido para salir tan temprano, uno y otro declararon que, desde su vuelta, pensaban en comprar Gondreville, y que, con la intención de tratar con Maligno, llegado la víspera, habían salido con su prima y con Michú á fin de examinar el bosque y calcular así las ofertas que podían hacerse. Entre tanto, los señores de Hauteserre, su prima y Gothard habían perseguido á un lobo que los aldeanos decían haber visto. Si el director del jurado hubiese examinado las huellas de sus caballos en el bosque, con tanto cuidado como las de los caballos que habían atravesado el parque de Gondreville, hubiera tenido la prueba de sus correrías por sitios muy distantes del palacio.

El interrogatorio de los señores de Hauteserre confirmó el de los señores de Simeuse, y se hallaba de acuerdo con

las declaraciones hechas en la instrucción. La necesidad de justificar su paseo había sugerido á todos los acusados la idea de atribuirlo á la caza. Los aldeanos habían dicho algunos días antes que habían visto un lobo, y todos juzgaron conveniente hacer de esto un pretexto.

Sin embargo, el acusador público reveló contradicciones entre los primeros interrogatorios, en que los señores de Hauteserre decían que habían cazado todos juntos, y la declaración hecha en la Audiencia en la cual aseguraban que los señores de Hauteserre y Lorenza se habían quedado cazando mientras que los señores de Simeuse recorrían el bosque para calcular su valor.

El señor de Grandville hizo observar que, habiendo sido cometido el delito de dos á cinco y media, debía darse fe á los acusados, desde el momento en que explicaban la manera como habían empleado la mañana.

El acusador respondió que los acusados tenían interés en ocultar los preparativos para secuestrar al senador.

La habilidad de la defensa se apareció entonces á todos los ojos. Los jueces, los jurados y la Audiencia comprendieron entonces que la victoria iba á ser muy disputada. Bordín y el señor de Grandville parecían haberlo previsto todo. La inocencia tiene que rendir cuenta clara y plausible de sus actos. El deber de la defensa es, pues, oponer una novela probable á la novela improbable de la acusación. Para el defensor que considera á su cliente inocente, la acusación se convierte en una fábula. El interrogatorio público de los cuatro hidalgos explicaba suficientemente las cosas en su favor. Hasta allí, todo iba bien. Pero el interrogatorio de Michú fué más grave y empeñó el combate. Todo el mundo comprendió entonces el porqué había preferido el señor de Grandville la defensa del criado á la de los amos.

Michú confesó sus amenazas á Marión, pero desmintió que hubiese usado nunca de la violencia. Respecto al acecho de Maligno, dijo que no hacía más que pasearse por el parque al mismo tiempo que el senador y el señor Grevin, que acaso tuvieran miedo y creyeran ver el cañón de su escopeta en actitud hostil, cuando en realidad estaba en posi-

ción inofensiva. Hizo observar que por la noche, el hombre que no tiene costumbre de cazar puede creer que una escopeta le apunta, cuando en realidad es llevada al hombro en la posición natural. Para justificar el estado de sus ropas en el momento de arrestarle, dijo que se había caído en la brecha al volver á su casa.

—Como no se veía para subir, dijo, me agarré á las piedras de la muralla del foso, y éstas se desprendieron, haciéndome caer y llenándome de tierra.

Respecto al yeso que le llevaba Gothard, respondió, como en todos los interrogatorios, que se había servido de él para sujetar uno de los maderos que formaban la barrera del camino de la brecha.

El acusador público y el presidente le preguntaron que cómo se explicaba el que estuviese á la vez en la brecha del castillo y en lo alto del camino de la brecha para restaurar uno de los maderos de la barrera, cuando el juez de paz, los gendarmes y el guarda campestre declaraban que le habían oído salir del castillo. Michú dijo que el señor de Hauteserre le había reñido porque no había hecho aquella pequeña reparación, á la que él daba gran importancia, á causa de las cuestiones que aquel camino podía suscitar con el ayuntamiento, y que había ido á anunciarle que ya había cumplido sus órdenes.

El señor de Hauteserre había hecho poner, en efecto, una barrera en lo alto del camino para impedir que el ayuntamiento se apoderase de él. Al ver la importancia que tomaba el estado de sus ropas y el yeso, cuyo empleo no podía ser negado, Michú había inventado este subterfugio. Si, en justicia, la verdad parece á veces fábula, la fábula parece también en ocasiones verdad. El defensor y el acusador dieron una gran importancia á esta circunstancia, que se hizo capital por los esfuerzos del defensor y por las sospechas del acusador.

En la audiencia, Gothard, instruido sin duda por el señor de Grandville, confesó que Michú le había rogado que le llevase unos sacos de yeso. Hasta entonces siempre se había echado á llorar cuando le preguntaban.

—¿Y por qué, ni usted ni Gothard, llevaron en el acto al juez de paz y al guarda campestre para que viesen la barrera? preguntó el acusador público.

—Nunca creí que se hubiese tratado de acusación tan importante contra nosotros, dijo Michú.

Se hizo salir á todos los acusados, á excepción de Gothard. Cuando éste estuvo solo, el presidente le invitó á que dijese la verdad en interés propio, haciéndole observar que su pretendido idiotismo había cesado. Ninguno de los jurados le creía imbécil. Callándose ante la audiencia, podía incurrir en graves penas; mientras que si decía la verdad, lo más probable era que quedase absuelto. Gothard lloró, vaciló y acabó por decir que Michú le había rogado que le llevase algunos sacos de yeso; pero que siempre le había encontrado delante de la quinta.

Le preguntaron cuántos sacos había llevado.

—Tres, respondió.

Se entabló una discusión entre Gothard y Michú para saber si habían sido tres contando el que llevaba en el momento del arresto, lo cual reducía á dos los sacos, ó si eran tres además del último. Este debate terminó en favor de Michú. Para los jurados, no se emplearon más que dos sacos; pero parecían tener ya una convicción sobre este punto; Bordín y el señor de Grandville juzgaron necesario hartarlos de yeso y cansarlos para que no comprendiesen nada. El señor de Grandville pidió que se nombrasen peritos para examinar el estado de la barrera.

—El director del jurado, dijo el defensor, se ha contentado con ir á visitar los lugares, más bien que para hacer un examen severo, para ver en ello un subterfugio de Michú; pero, en nuestro concepto, ha faltado á sus deberes, y su falta debe redundar en provecho nuestro.

La Audiencia comisionó á peritos para saber si uno de los postes de la barrera había sido en efecto reparado. Por su parte, el acusador público quería sacar partido de esta circunstancia antes de que declarasen los peritos, y le dijo á Michú:

—¿Y cómo escogió usted una hora en que no se ve casi, para reparar la barrera?

—Porque el señor de Hauteserre me había reñido.

—Pero, dijo el acusador público, si empleó usted yeso en la barrera, debió usted servirse de una gamella y de una paleta. Además, si fué usted á decir en seguida al señor de Hauteserre que había ejecutado ya sus órdenes, ¿cómo se explica el que Gothard le llevase á usted más yeso? Debió usted pasar por delante de su quinta de usted, y entonces pudo usted dejar allí las herramientas y avisar á Gothard.

Estos terribles y aplastadores argumentos produjeron un horrible silencio en el auditorio.

—Vamos, confíeselo usted, repuso el acusador; no fué un poste lo que usted enterró.

—¿Cree usted acaso que habré enterrado al senador? dijo Michú con aire profundamente irónico.

El señor de Grandville pidió formalmente al acusador público que explicase sus palabras. Michú estaba acusado de secuestro y no de asesinato. Nada más grave que aquella interpelación. El Código de brumario prohibía al acusador público el que introdujese ni tratase de ninguna nueva acusación en el sumario: so pena de anulación, debía atenerse exclusivamente á lo que rezase el acta de acusación.

El acusador público respondió que Michú, principal autor del atentado, y que, en interés de sus amos, asumía toda la responsabilidad, podía haber tenido necesidad de condonar la entrada del lugar, desconocido aún, en que gemía el senador.

Acosado á preguntas, hostigado delante de Gothard, puesto en contradicción con sí mismo, Michú pegó un puñetazo en la delantera de la tribuna de los acusados, y dijo:

—No tengo nada que ver en el secuestro del senador; me inclino á creer que sus enemigos se han limitado á encerrarle, y cuando aparezca, ya verán ustedes como el yeso no ha servido para nada de eso.

—Bien, dijo el abogado dirigiéndose al acusador público; ha hecho usted más por la defensa de mi cliente que todo lo que yo hubiese podido decir.

La primera audiencia terminó con esta audaz alegación, que sorprendió á los jurados y dió ventaja á la defensa. Así

es que los abogados de la ciudad y Bordín felicitaron con entusiasmo al joven defensor. El acusador público, inquieto ante aquel aserto, temió haber caído en algún lazo, y había caído en efecto en la trampa hábilmente tendida por los defensores y en la que Gothard acababa de desempeñar admirablemente su papel. Los bromistas de la ciudad dijeron que el asunto se había vuelto á *enyesar*, que el acusador público había *amasado* su posición, y que los Simeuse se volvían blancos como el yeso. En Francia, todo es del dominio de la broma, que es la reina de este país. Se bromea en el patíbulo, en la Berezina, en las barricadas, y francés habrá que acaso se bromea en las sesiones del gran juicio final.

Al día siguiente fueron oídos los testigos de cargo: la señora Marión, los esposos Grevin, el ayuda de cámara del senador y Violette, cuyas declaraciones se comprenderán fácilmente después de sabido lo que ocurrió. Todos reconocieron á los cinco acusados, con más ó menos seguridad á los cuatro hidalgos, pero con certeza absoluta á Michú. Beauvisage repitió el dicho de Roberto de Hautesserre, y el aldeano que había ido á comprar la ternera repitió la frase de la señorita de Cinq-Cygne. Los peritos herradores confirmaron la perfecta semejanza de las herraduras de los caballos de los acusados con las huellas dejadas en el parque. Esta circunstancia fué objeto de acalorada discusión entre el señor de Grandville y el acusador público. El defensor tomó por su cuenta al veterinario herrador de Cinq-Cygne y logró hacerle confesar que había vendido unos días antes unas herraduras iguales á unos extranjeros. Declaró también el veterinario que no eran sólo los caballos de Cinq-Cygne los que herraba de aquella manera, sino que había otros muchos en la comarca. Finalmente, el caballo de que acostumbra á servirse Michú no había sido herrado en Troyes, y las marcas de las herraduras no se encontraban entre las del parque.

—El que intentó semejarse á Michú para comprometerle, ignoraba esta circunstancia, dijo el señor de Grandville mirando á los jurados, y la acusación no establece que mi cliente se hubiese servido de uno de los caballos del castillo.

Por otra parte atacó la declaración de Violette en lo que concernía á la semejanza de los caballos vistos de lejos y por detrás. A pesar de los increíbles esfuerzos del defensor, el conjunto de testimonios positivos anonadaba á Michú. El acusador, el auditorio, el tribunal y los jurados, comprendían todos, como había presentido la defensa, que la culpabilidad del criado implicaba la de los amos. Bordín había adivinado perfectamente el nudo del proceso al designar á Grandville como defensor de Michú; pero la defensa propalaba así sus secretos. Todo lo que concernía al antiguo administrador de Gondreville era de un interés palpitante. La actitud de Michú fué excelente. Desplegó en estos debates toda la sagacidad de que le había dotado la naturaleza; y, á fuerza de verlo, el público reconoció su superioridad; pero ¡cosa rara!, este hombre hizo creer con esto que era indudablemente el autor del atentado. Los testigos de descargo, menos serios que los testigos de cargo á los ojos de los jurados y de la ley, no hicieron más que cumplir con su deber, y fueron escuchados por pura fórmula. En primer lugar, ni Marta, ni los señores de Hautesserre prestaron juramento; Catalina y el Durieu, en su calidad de criados, se encontraron en el mismo caso. El señor de Hautesserre dijo que había dado efectivamente orden á Michú para que restaurase el madero derribado. La declaración de los peritos, que leyeron en aquel momento su informe, confirmó la declaración del anciano hidalgo; pero dieron también la razón al director del jurado, declarando que les era imposible precisar la época en que se había hecho aquel trabajo, pues lo mismo podían haber pasado muchas semanas que veinte días. La aparición de la señorita de Cinq-Cygne excitó la más viva curiosidad; pero, al ver ésta á sus primos en el banquillo de los acusados después de ventitrés días de separación, experimentó emociones tan violentas, que su actitud parecía decir que era culpable. Sintió un espantoso deseo de estar al lado de los gemelos, y se vió obligada, según dijo ella misma más tarde, á echar mano de toda su fuerza de voluntad para reprimir el furor que la inclinaba á matar al acusador público, á fin de ser criminal como ellos á los ojos del mundo. Contó sencilla-

mente que, al volver á Cinq-Cygne y al ver humo en el parque, había creído en un incendio. Durante mucho tiempo había pensado que aquel humo provenía de algún hormiguero.

—Sin embargo, dijo, me acordé más tarde de una particularidad sobre la que llamé la atención de la justicia: he encontrado en los adornos de la falda de mi amazona y entre los pliegues de mi pañoleta, restos semejantes á los que dejan los papeles quemados y llevados por el viento.

—¿Era el humo muy considerable? preguntó Bordin.

—Sí; tanto, que yo creía que se trataba de un incendio, dijo la señorita de Cinq-Cygne.

—Esto puede cambiar la faz del proceso, dijo Bordin. Pido al tribunal que ordene inmediatamente un examen de los lugares en que tuvo lugar el incendio.

El presidente ordenó dicho examen.

Grevin, llamado á instancia de los defensores, é interrogado sobre esta circunstancia, declaró que no sabía nada sobre aquel punto. Pero, entre Bordin y Grevin se cambiaron miradas que les instruyeron mutuamente.

—Ahí está el todo del proceso, se dijo el viejo procurador.

—¡Ya han caído en ello! pensó el notario.

Pero, de una y otra parte, los dos astutos socarrones pensaron que el examen sería inútil. Bordin se dijo que Grevin sería discreto como un madero, y Grevin se aplaudió el haber hecho desaparecer las huellas del incendio. Para esclarecer este punto, accesorio en los debates y que parece pueril, pero capital en la justificación que la historia debe á aquellos jóvenes, los peritos y Pigoult, encargados de examinar el parque, declararon que no habían encontrado ningún sitio en que existiesen huellas de incendio. Bordin hizo citar á dos obreros, que declararon que habían trabajado por orden del guarda una porción del prado cuya hierba estaba quemada; pero dijeron que no sabían de qué clase de substancia provenía el incendio. Llamado á instancia de los defensores, el guarda dijo que había recibido orden del senador de labrar aquella parte del prado.

—¿Se habían quemado allí hierbas ó papeles?

—Yo no he visto nada que pudiese hacer creer que se hubiesen quemado papeles, respondió el guarda.

—En fin, dijeron los defensores; si las hierbas estaban quemadas, alguien debió llevar allí los papeles para prenderles fuego.

La declaración del cura de Cinq-Cygne y la de la señorita Goujet causaron una impresión favorable. Al salir de las visperas y paseándose por el bosque, habían visto á los hidalgos y á Michú á caballo, saliendo del castillo y dirigiéndose hacia el bosque. La posición y la moralidad del abate Goujet daban gran valor á sus palabras.

El discurso del acusador público, que se creía seguro de obtener una condena, fué como son siempre esta clase de discursos. Los acusados eran enemigos incorregibles de Francia, de las instituciones y de las leyes. Tenían sed de desórdenes. A pesar de haber estado complicados en los atentados contra la vida del Emperador y de haber formado parte del ejército de Condé, aquel magnánimo soberano les había borrado de la lista de los emigrados. He aquí el pago que daban á su clemencia. En una palabra, todas las declamaciones oratorias que se repitieron en nombre de los Borbones contra los bonapartistas y que se repiten hoy contra los republicanos y los legitimistas en nombre de la rama menor de aquella casa. Esta constante repetición de una misma cosa, que tendría razón de ser en un gobierno fijo, parecerá por lo menos cómica, cuando la historia la encuentra repetida en todas las épocas por boca del ministerio público. Se puede decir de esto lo que se dice siempre después de algún cambio inútil: «La marca es distinta, pero el vino sigue siendo el mismo.» El acusador público, que fué por lo demás uno de los procuradores generales más distinguidos del Imperio, atribuyó el delito á la intención de los emigrados de protestar de la ocupación de sus bienes una vez vueltos á Francia. Después reunió las pruebas, los indicios y las probabilidades, con un talento que estimulaba á recompensar su celo, y se sentó tranquilamente esperando el ataque de los defensores.

El señor de Grandville no defendió nunca más que esta

causa criminal, pero le dió nombre. En primer lugar hizo su defensa con esa elocuencia arrebatadora que admiramos hoy en Berryer, y después tenía la convicción de que los acusados eran inocentes, lo cual es uno de los vehículos más poderosos de la palabra. He aquí los puntos más culminantes de su defensa, publicada con todas sus partes por los periódicos de aquel tiempo:

En primer lugar despejó las tinieblas que envolvían la vida de Michú, y puso ésta en claro. Con este motivo, desarrolló hermosos períodos, llenos de sentimiento y que despertaron muchas simpatías. Al verse rehabilitado por una voz tan elocuente, hubo un momento en que las lágrimas brotaron de los ojos de Michú y surcaron su terrible rostro. Apareció entonces como realmente era: un hombre sencillo y astuto, pero cuya vida sólo había sido guiada por un pensamiento único. Su llanto produjo un gran efecto en el jurado, y el hábil defensor escogió este momento de interés para entrar en la discusión de los cargos.

—¿Dónde está el cuerpo del delito? ¿dónde está el senador? preguntó. Nos acusáis de que le hemos emparedado con piedras y yeso. Pero en ese caso, nosotros seremos los únicos que sabremos dónde está, y como nos tenéis presos hace ya más de veintitrés días, habrá muerto por falta de alimentos. ¡Somos asesinos y no nos habéis acusado de asesinato! Pero si vive, es porque nosotros tenemos cómplices; y siuviésemos cómplices, si el senador está vivo, ¿no hemos de lograr hacer que aparezca? Una vez convencidos de que las intenciones que nos suponéis no pueden realizarse, ¿íbamos á ser tan estúpidos que hablamos de agravar nuestra situación? No pudiendo llevar á cabo la venganza, podríamos obtener el perdón con nuestro arrepentimiento. ¿Íbamos á persistir en tener detenido á un hombre de quien no podemos obtener nada? ¿No es esto absurdo? ¿Quédese usted con su yeso, pues no ha dado resultado! dijo al acusador público; pues somos ó imbéciles criminales, lo cual ni usted mismo cree, ó inocentes, víctimas de circunstancias tan inexplicables para nosotros como para vosotros. Mejor haríais en buscar la masa de papeles que se ha quemado

en casa del senador, que revela intereses mayores que los vuestros, y que os darían cuenta de su rapto.

Entró en estas hipótesis con una habilidad maravillosa. Insistió en la moralidad de los testigos de descargo cuya fe religiosa era viva y que creían en otra vida y en las penas eternas. En este pasaje estuvo sublime y supo conmover al auditorio.

—Pues qué, dijo, ¿creéis que esos criminales cenarían tranquilamente si hubiesen cometido el delito, y que se negarían á devolver al senador cuando el oficial de gendarmes les propone los medios de arreglarlo todo?

En este momento hizo presentir la existencia de un asunto misterioso cuya clave se encontraba en manos del tiempo, que había de descorder el velo de aquella injusta acusación. Una vez en este terreno, tuvo la audaz é ingeniosa astucia de suponerse por un momento jurado; contó su deliberación con sus colegas, y se consideró tan desgraciado, si, siendo causa de una injusta condena, llegase algún día á reconocerse el error; pintó tan bien sus remordimientos y remachó con tanta fuerza las dudas que inspiraba el proceso, que dejó á los jurados en una horrible ansiedad.

Los jurados no estaban aún acostumbrados á esta clase de alocuciones, que tenían entonces el encanto de todas las cosas nuevas, y el jurado fué asaltado por las dudas. Después de la calurosa defensa del señor de Grandville, los jurados tuvieron que oír al astuto y ladino procurador, que multiplicó las consideraciones, hizo resaltar las partes tenebrosas del proceso, y lo tornó inexplicable. Así como el señor de Grandville había procurado herir el corazón y la imaginación, él procuró atacar dirigiéndose al alma y á la razón. En una palabra, supo comunicar á los jurados una convicción tan seria, que el acusador público vió todos sus planes por tierra. Era la cosa tan clara, que el abogado de los señores de Hautesserre y de Gothard renunció á la defensa, creyendo ya anulada la acusación. El acusador pidió que se aplazase para el día siguiente su réplica. En vano, Bordin, que veía una absolución en los ojos de los jurados si éstos deliberaban á ratz de sus defensas, se opuso,

por motivos de hecho y de derecho, á que una noche más llenase de ansiedades el corazón de sus inocentes clientes, pues el tribunal deliberó y falló en contra.

—El interés de la sociedad me parece igual al de los acusados, dijo el presidente. El tribunal faltaría á todas las nociones de equidad si negase semejante petición á la defensa, y debe, por lo tanto, concedérsele también á la acusación.

—Todo es felicidad y desgracia en este mundo, dijo Bordin mirando á sus clientes. Esta tarde seriais absueltos y mañana seréis condenados.

—En todo caso, no podemos menos de admirar á usted, dijo el mayor de los Simeuse.

La señorita de Cinq-Cygne tenía los ojos bañados en lágrimas. Después de las dudas expresadas por los defensores, no creía en un éxito semejante. La felicitaban, y todo el mundo esperaba la absolución de sus primos. ¡Pero este asunto iba á tener el golpe teatral más estrepitoso, el más siniestro y el más imprevisto que jamás haya cambiado la faz de un proceso criminal!

Al día siguiente de la defensa del señor de Grandville, á las cinco de la mañana, fué encontrado el senador en la carretera real de Troyes, librado de sus cadenas durante su sueño, por unos libertadores desconocidos, yendo á Troyes, ignorando el proceso, sin saber la resonancia de su nombre en Europa y dichoso de respirar el aire libre. El hombre que servía de eje á este drama quedó tan estupefacto de lo que le dijeron, como los que lo encontraron lo estuvieron al verlo. Le prestaron el coche de un cortijero, y llegó rápidamente á Troyes á casa del prefecto. Este previno en seguida al director del jurado, al comisario del gobierno y al acusador público, quien, después de la narración que le hizo el conde de Gondreville, envió á prender á Marta, que estaba en la cama en casa de los Durieu, mientras que el director del jurado motivaba y extendía una orden de arresto contra ella. La señorita de Cinq-Cygne, que sólo estaba en libertad bajo fianza, fué igualmente detenida en uno de esos raros momentos de sueño que ella solía tener en medio de sus constantes angustias, y fué guardada en la prefectura

para ser interrogada. La orden de tener incomunicados á los acusados, hasta con los abogados, fué enviada al director de la cárcel. A las diez, la multitud reunida supo que la audiencia estaba señalada para la una de la tarde.

Este cambio, que coincidía con la noticia de la libertad del senador, el arresto de Marta, el de la señorita de Cinq-Cygne y la prohibición de que nadie se comunicase con los acusados, llevaron el terror al palacio de Chargebœuf. Todo el pueblo y los curiosos, venidos á Troyes para asistir al proceso, los taquígrafos de los periódicos, y hasta el mismo pueblo, fueron presa de una emoción fácil de comprender. El abate Goujet fué á ver, á eso de las diez, al señor, á la señora de Hauteserre y á los defensores. Estaban almorzando entonces lo que se puede almorzar en semejantes circunstancias; el cura llamó aparte á Bordin y al señor de Grandville, y les comunicó la confidencia de Marta y el fragmento de la carta que ella había recibido. Los dos defensores cambiaron una mirada, después de la cual dijo Bordin al cura:

—¡Ni una palabra! nos parece que está todo perdido; pongamos al menos buena cara.

Marta no tenía fuerzas suficientes para resistir al director del jurado y al acusador público. Por otra parte, abundaban las pruebas contra ella. Por indicación del senador, Lechesneau había enviado á buscar la corteza del último pan llevado por Marta, y que él había dejado en la bodega, lo mismo que las botellas vacías y varios objetos. Durante las largas horas de su cautiverio, Maligno había hecho algunas conjeturas sobre su situación, había buscado los indicios que podían ponerle sobre las huellas de sus enemigos, y comunicó naturalmente sus observaciones al magistrado. La quinta de Michú, recientemente construida, debía tener un horno nuevo, y como las tejas ó ladrillos sobre que descansaba el pan tenían que tener algún dibujo formado por las juntas, se podía obtener una prueba de que había sido cocido allí el pan, por las señales que dicho dibujo hubiese dejado en la corteza. Además, las botellas lacradas con lacre verde debían de ser sin duda semejantes á las botellas que se encontraban en la bodega de Michú. Estas sublimes observaciones, di-

chas al juez de paz que fué á hacer las pesquisas en presencia de Marta, dieron los resultados previstos por el senador. Víctima de la sinceridad aparente con que Lechesneau, el acusador público y el comisario le hicieron creer que sólo confesando la verdad podía salvar la vida á su marido, Marta, en el momento en que se vió aplastada por las pruebas, confesó que el escondite en que el senador había estado metido sólo era conocido por Michú y por los señores de Simeuse y de Hauteserre, y que ella le había llevado víveres al senador tres veces y siempre de noche. Lorenza, interrogada sobre la circunstancia del escondite, se vió obligada á confesar que Michú lo había descubierto y se lo había enseñado para esconder allí á sus primos y evitar el que fuesen encontrados por la policía, cuando fué cuestión de la conspiración descubierta y en que ellos estaban complicados.

Tan pronto como estos interrogatorios terminaron, el jurado y los abogados fueron avisados de que se reanudaban las audiencias. A las tres, el presidente abre la sesión anunciando que los debates iban á continuar con nuevos elementos. El presidente hizo ver á Michú las tres botellas de vino, y le preguntó si las reconocía por suyas, después de mostrarle su semejanza con una botella llena, tomada aquella mañana de su bodega por el juez de paz en presencia de su mujer. Michú no quiso reconocerlas por suyas; pero estas nuevas piezas de convicción fueron apreciadas por los jurados á quienes el presidente notificó que las botellas vacías habían sido encontradas en el lugar en que el senador había estado detenido. Todos los acusados fueron interrogados respecto á la bodega situada bajo las ruinas del monasterio. Después de un nuevo testimonio de todos los testigos de cargo y de descargo, quedó sentado en los debates que aquel escondite descubierto por Michú sólo era conocido por él, por Lorenza y por los cuatro hidalgos. Fácilmente se podrá juzgar el efecto producido sobre el tribunal y los jurados, cuando el acusador público anunció que aquella bodega, conocida únicamente por los acusados y por dos testigos, había servido de prisión al senador. Marta fué introducida. Su aparición causó las más vivas ansiedades en el auditorio y en los acu-

sados. El señor de Grandville se levantó para recusar la declaración de la mujer contra el marido. El acusador público hizo observar que, según sus confesiones propias, Marta era cómplice del delito: no tenía que prestar juramento, ni servir de testigo, y debía ser oída en interés de la verdad.

—Por lo demás, basta con proceder á la lectura de su declaración ante el director del jurado, dijo el presidente haciendo leer al escribano el proceso verbal instruido aquella mañana.

—¿Confirma usted estas declaraciones? dijo el presidente.

Michú miró á su mujer, y Marta, que comprendió su error, cayó completamente desmayada. Se puede decir sin exageración que el rayo caía sobre el banco de los acusados y de los defensores.

—Jamás he escrito á mi mujer desde la cárcel, y no conozco á ningún empleado de ésta, dijo Michú.

Bordín le entregó los fragmentos de la carta, y Michú dirigió á éstos una ojeada y exclamó:

—Han imitado mi letra.

—La negativa es siempre su último recurso, dijo el acusador público.

Se introdujo entonces al senador con las ceremonias debidas á su posición. Su entrada fué un golpe teatral. Maligno, nombrado conde de Gondreville por los magistrados, sin piedad para los antiguos dueños de esa hermosa propiedad, miró á los acusados á instancias del presidente, con la mayor atención y durante un gran rato. Reconoció que los vestidos de sus raptos eran exactamente iguales á los de los hidalgos; pero declaró que su turbación le impedía poder afirmar que los acusados fuesen los culpables.

—Aún hay más, dijo; mi convicción es que estos cuatro señores no han tomado parte en mi secuestro. Las manos que me han vendado los ojos en el bosque eran groseras. Así es que, dijo Maligno mirando á Michú, creo más bien que ha sido mi antiguo administrador el que se ha encargado de eso; pero ruego á los señores jurados que pesen bien mi declaración. Mis sospechas respecto á esto son muy ligeras, y no tengo la menor seguridad. He aquí por qué. Los dos hombres

que se han apoderado de mí me han puesto á caballo, detrás de la grupa de aquel que me había vendado los ojos, y cuyos cabellos eran rojos como los del acusado Michú. Por singular que sea mi observación, debo hablar, pues ella es la base de una convicción favorable al acusado, á quien ruego que no se ofenda por lo que voy á decir. Atado á la espalda de un desconocido, he sido, á pesar de la rapidez de la carrera, atacado por el olor que despedía; pero no he reconocido en ese particular á Michú. Respecto á la persona que me ha llevado, por tres veces, los viveres, estoy seguro que es Marta, la mujer de Michú. La primera vez la he reconocido por una sortija que le había dado la señorita de Cinq-Cygne, y que ella no había pensado en quitarse. La justicia y los señores jurados apreciarán las contradicciones que se encuentran en estos hechos, y que yo no me explicó aún.

Murmillos favorables y de unánimes aprobaciones acogieron la declaración de Maligno. Bordin solicitó del tribunal el permiso de dirigir algunas preguntas á aquel precioso testigo.

—¿Cree, pues, el señor senador que su secuestro tiene otras causas que las supuestas en la acusación á los acusados?

—¡Estoy seguro! dijo el senador. Pero ignoro esos motivos, pues declaro que, durante mis veinte días de cautividad, no he visto á nadie.

—¿Cree usted, dijo entonces el acusador público, que su castillo de Gondreville pueda contener documentos, títulos ó valores que pudiesen exigir una visita á él de los señores de Simeuse?

—No lo creo, dijo Maligno. En ese caso, creo á esos señores incapaces de usar la violencia para conseguir sus fines. No hubieran tenido más que hacerme una reclamación para obtener en el acto lo que deseaban.

—¿Y no ha hecho el señor senador quemar papeles en su parque? dijo bruscamente el señor de Grandville.

El senador miró á Grevin. Después de haber cambiado con el notario una mirada, que fué vista por Bordin, respondió que no había quemado papeles. Habiéndole pedido

informes el acusador público sobre la acechanza de que había estado á punto de ser víctima en el parque, y si no se había engañado respecto á la posición de la escopeta, el senador dijo que Michú se encontraba entonces al acecho tras un árbol. Esta respuesta, conforme con la declaración de Grevin, produjo viva impresión. Los hidalgos permanecieron impasibles durante la declaración de su enemigo, que los colmaba de generosidad. Lorenza sufría la más horrible agonía, y el marqués de Chargebœuf se veía obligado á retenerla por el brazo á cada momento. El conde de Gondreville se retiró saludando á los cuatro hidalgos, que no le devolvieron el saludo. Esta pequeñez indignó á los jurados.

—¡Están perdidos! dijo Bordin al oído del marqués.

—¡Ay de mí! ¡siempre por la arrogancia de sus sentimientos! respondió el señor de Chargebœuf.

—Señores, nuestra obra se ha hecho demasiado fácil, dijo el acusador público levantándose y mirando á los jurados.

Explicó el empleo de los dos sacos de yeso para el empujamiento de la anilla de hierro necesaria para enganchar el candado que mantenía la barra con que la puerta de hierro estaba cerrada y cuya descripción se hacía en el proceso verbal llevado á cabo aquella mañana por Pigoult. Le fué fácil probar que los acusados eran los únicos que conocían la existencia de la bodega. Hizo palpables los embustes de la defensa y pulverizó todos sus argumentos con las nuevas pruebas tan milagrosamente llegadas. En 1806 se estaba aún demasiado cerca del Ser supremo del 1793 para hablar de la justicia divina, y, por lo tanto, la intervención del cielo hizo gracia á los jurados. Finalmente dijo que la justicia no perdería de vista á los cómplices que habían libertado al senador, y se sentó esperando con confianza el veredicto.

Los jurados creyeron en un misterio; pero todos estaban persuadidos de que aquel misterio provenía de los acusados, que se callaban movidos por un interés de la más alta importancia.

El señor de Grandville, para quien la evidencia de una maquinación oculta era indudable, se levantó; pero pareció anonadado, más bien que por los nuevos testimonios apor-

tados, por la manifiesta convicción de los jurados. Su defensa fué sin duda superior á la de la vispera. Aquella segunda argumentación fué sin duda más lógica y más convincente que la primera. Pero sintió su calor rechazado por la frialdad de los jurados: ¡hablaba inútilmente y lo veía! Situación horrible y glacial. Hizo observar cómo corroboraba sus primeros razonamientos la libertad del senador, operada como por magia é indudablemente sin el auxilio de ninguno de los acusados. Seguramente que ayer los acusados podían creer en su absolución, y si eran, como la acusación supone, dueños de mantener ó de dejar al senador, no lo hubiesen libertado hasta después del juicio. Intentó hacer comprender que sólo enemigos ocultos en la sombra podían ser capaces de haber dado el golpe.

¡Cosa rara! el señor de Grandville sólo logró trastornar la conciencia del acusador público y la de los magistrados, pues los jurados le escuchaban por deber. El tribunal mismo, casi siempre favorable á los acusados, estaba convencido de su culpabilidad. Existe una atmósfera de ideas. En un tribunal de justicia, las ideas de la multitud pesan sobre los jueces y sobre los jurados y recíprocamente. Al ver aquella disposición de ánimo que se reconoce ó se siente siempre, el defensor llegó en sus últimos períodos á una especie de exaltación febril causada por la convicción.

—En nombre de los acusados, os perdono de antemano un fatal error que nada disipará, exclamó. Somos todos juguete de un poder desconocido y maquiavélico. Marta Michú es víctima de una odiosa perfidia, y la sociedad se apercibirá de ésta cuando las desgracias sean irreparables.

Bordín se apoyó en la declaración del senador para pedir la absolución de los hidalgos.

El presidente resumió las sesiones con tanta más imparcialidad, por cuanto que los jurados estaban visiblemente convencidos. Hasta inclinó la balanza en favor de los acusados, apoyándose en la declaración del senador. Esta amabilidad no comprometía en nada el éxito de la acusación. A las once de la noche, después de las diferentes respuestas dadas por el jefe del jurado, el tribunal condenó á Michú á

la pena de muerte, á los señores de Simeuse á veinticuatro años de trabajos forzados y á los dos Hauteserre á diez. Gothard fué absuelto. Toda la sala quiso ver la actitud de los cinco culpables en el momento supremo en que, llevados ante el tribunal, oyesen su condena. Los cuatro hidalgos miraron á Lorenza, que los miró con los ojos de los mártires.

—Si nos hubiesen absuelto, lloraría, dijo el menor de los Simeuse á su hermano.

Jamás acusado alguno recibió una injusta condena con frente más serena ni con actitud más digna que aquellas cinco víctimas de un horrible complot.

—Ya os ha perdonado nuestro defensor, dijo el mayor de los Simeuse dirigiéndose al tribunal.

La señora de Hauteserre cayó enferma y permaneció tres meses en cama en el palacio de Chargobœuf. El buen Hauteserre se volvió apaciblemente á Cinq-Cygne; pero consumido por uno de esos dolores de anciano que no tienen las distracciones de la juventud, tuvo con frecuencia momentos de melancolía y tristeza que probaban al cura que aquel pobre padre se encontraba como si estuviese aún en el día siguiente de la fatal sentencia. No se pudo juzgar á la hermosa Marta, porque murió en la cárcel veinte días después de la condena de su marido, recomendando su hijo á Lorenza, en cuyos brazos expiró. Una vez conocido el fallo, acontecimientos políticos de más alta importancia borraron el recuerdo de este proceso, del que no se volvió á hablar más. La sociedad procede como el Océano; recobra su nivel y su tranquilidad después de un desastre, y borra las huellas de éste con el movimiento de sus devoradores intereses.

Sin su firmeza de alma y su convicción de la inocencia de sus primos, Lorenza hubiese sucumbido. Pero dió nuevas pruebas de la grandeza de su carácter, y asombró á Grandville y á Bordín con la aparente serenidad que las desgracias imprimen á las almas hermosas. Velaba y cuidaba á la señora de Hauteserre é iba dos horas todos los días á la cárcel. Dijo que se casaría con uno de sus primos cuando estuviesen en presidio.

—¡En presidio! exclamó Bordín. Señorita, en lo único

que hemos de pensar es en pedir su indulto al Emperador.
—¡Su indulto! ¿y á un Bonaparte? exclamó Lorenza con horror.

Los lentes del digno procurador saltaron de su nariz, logró cogerlos antes de que cayesen y miró á la joven con asombro; comprendió aquel carácter en toda su extensión, y, tomando del brazo al marqués de Chargebœuf, le dijo:

—Señor marqués, corramos á París á salvarlos sin ella.

El recurso de los señores de Simeuse, de Hauteserre y de Michú fué el primer asunto que tuvo que juzgar el tribunal de casación, y la sentencia quedó felizmente retardada por las ceremonias de la instalación de dicho tribunal.

A fines del mes de noviembre, después de tres sesiones empleadas por las defensas y por el procurador general Merlin, que tomó en persona la palabra, el recurso de casación fué rechazado.

La Audiencia imperial de París estaba instituida, el señor de Grandville había sido nombrado en ella sustituto del procurador general, y, encontrándose el departamento del Aube dentro de la jurisdicción de aquella Audiencia, le fué posible trabajar mucho en favor de los condenados; cansó á Cambaceres, su protector; Bordín y al señor de Chargebœuf llegaron á la mañana siguiente de la sentencia á su palacio del Marais, donde le encontraron en la luna de miel de su casamiento, pues en este intervalo había contraído matrimonio. A pesar de los acontecimientos que habían influido y hecho variar la existencia de su antiguo abogado, el señor de Chargebœuf vió por la aflicción del joven sustituto que éste seguía siendo fiel á sus clientes. Algunos abogados, los artistas de profesión, hacen y obran con sus causas como si fuesen queridas. El caso es raro y no debéis confiar en él. Tan pronto como sus antiguos clientes y él estuvieron solos en su despacho, el señor de Grandville dijo al marqués:

—No he esperado su visita y ya he hecho por mi parte cuanto he podido. No esperen ustedes salvar á Michú, porque no obtendrán el indulto de los Simeuse. Es preciso una víctima.

—¡Dios mío! dijo Bordín mostrando al joven magistrado

las tres peticiones de indulto; ¿puedo yo por mi cuenta suprimir la petición de ese desgraciado? Arrojar al fuego este papel sería cortarle la cabeza.

Y le presentó el papel firmado de antemano por Michú, papel que el señor de Grandville cogió y miró.

—No podemos suprimirlo; pero, sépalo usted, si pide usted todo, no obtendrá nada.

—¿Tenemos tiempo para consultar á Michú? dijo Bordín.

—Sí, la orden de ejecución corresponde á la mesa del procurador general, y podemos concederle á usted algunos días. Se mata á los hombres, dijo con una especie de amargura; pero se saben guardar las formas, sobre todo en París.

El señor de Chargebœuf había oído ya en casa del gran juez opiniones que confirmaban las tristes palabras del señor de Grandville.

—Michú es inocente, lo sé y lo digo, repuso el magistrado; pero ¿qué hacer contra todos? Y no olvide que hoy me corresponde callar. Tócame hacer erigir el patíbulo en que mi cliente será decapitado.

El señor de Chargebœuf conocía bastante á Lorenza para saber que no consentiría en salvar á sus primos á expensas de Michú. El marqués hizo, pues, una última tentativa. Pidió una audiencia al ministro de relaciones exteriores para ver si la alta diplomacia disponía de algún medio de salvación. Llevó consigo á Bordín, que conocía al ministro y que le había hecho algunos favores. Los dos ancianos se encontraron á Talleyrand sumido en la contemplación de su fuego, con los pies hacia adelante, la cabeza apoyada en una mano, el codo en la mesa y el periódico en el suelo. El ministro acababa de leer la sentencia del tribunal de casación.

—Siéntese usted, señor marqués, dijo el ministro, y usted también, Bordín, añadió señalándole el sitio delante de él en la mesa. Escriba usted:

«Señor:

»Cuatro hidalgos inocentes, declarados culpables por el jurado, acaban de ver su condena confirmada por vuestro tribunal de casación.

«Vuestra Majestad Imperial no puede menos de indultarlos. Estos hidalgos sólo reclaman esta gracia de vuestra augusta clemencia para tener ocasión de utilizar su muerte combatiendo á vuestros ojos, y se dicen de Vuestra Majestad Imperial y Real con respeto...» etc.

—Sólo los príncipes saben obligar de ese modo, dijo el marqués de Chargebœuf cogiendo de las manos de Bordín aquella preciosa minuta de petición que era preciso hacer firmar á los cuatro hidalgos, y por la que se prometía obtener buenos resultados.

—Señor marqués, la vida de sus parientes de usted está entregada al azar de las batallas, dijo el ministro. Procure usted llegar al día siguiente de una batalla y estarán salvados.

Tomó la pluma, escribió él mismo una carta confidencial al Emperador, una de diez líneas al mariscal Duroc, y después llamó, pidió á su secretario un pasaporte diplomático y dijo tranquilamente al anciano procurador:

—¿Cuál es su opinión sería sobre este proceso?

—Monseñor, créame usted que nos han enredado de un modo incomprensible.

—Lo presumo, pero tengo mis razones para procurar adquirir la certeza, respondió el príncipe. Vuelva usted á Troyes, tráigame aquí á la condesa de Cinq-Cygne, mañana, á esta hora, y en secreto, y pasen ustedes á las habitaciones de mi señora, á quien yo advertiré de la visita de ustedes. Si la señorita de Cinq-Cygne, que estará colocada de modo que pueda ver al hombre que está conmigo, lo reconoce por haber ido á casa de ella en la época de la conspiración de los señores de Polignac y de Riviere, diga yo lo que diga, responda él lo que quiera, no hagan ustedes un gesto ni digan una palabra. No piensen ustedes más que en salvar á los señores de Simeuse, y no vayan á descubrirse y á tropezar de nuevo con su perseguidor.

—¡Un hombre sublime, monseñor!... exclamó Bordín.

—¿Se entusiasma usted, Bordín? Entonces ya veo que ese hombre vale algo. Señor marqués, no olvide usted que nues-

tro soberano tiene mucho amor propio, dijo cambiando de conversación. Pronto me despedirá para poder hacer locuras á su gusto. Es un gran soldado que sabe hacer cambiar las leyes del espacio y del tiempo; pero no sabe cambiar á los hombres, y él querría fundirlos á su gusto. Ahora no olvide usted que el indulto de sus parientes sólo puede ser obtenido por una persona: por la señorita de Cinq-Cygne.

El marqués partió solo para Troyes y dijo á Lorenza el estado en que se encontraban las cosas. Lorenza obtuvo del procurador imperial un permiso para ver á Michú, y el marqués le acompañó hasta la puerta de la cárcel, donde la esperó. La joven salió llorando amargamente y diciendo:

—El pobre hombre ha querido ponerse de rodillas para rogarme que no pensase ya en él, sin acordarse de que llevaba grillos en los pies. ¡Ah, marqués! trabajaré su indulto cuanto pueda. Sí, iré á besar las rodillas del Emperador, y si no logro nada, ese hombre vivirá eternamente en nuestra familia, gracias á mis cuidados. Presente usted su recurso de indulto para ganar tiempo, que yo voy á ordenar que hagan su retrato. Marchemos.

Al día siguiente, cuando el ministro supo por una seña convenida que Lorenza estaba en su puesto, llamó, y al presentarse el ujier, recibió la orden de que dejase entrar al señor Corentín.

—Querido mío, es usted un hombre muy hábil y deseo emplearle, dijo Talleyrand.

—Monseñor...

—Escuche usted. Sirviendo á Fouché obtendrá usted dinero, pero nunca honores ni posición conveniente; mientras que sirviéndome como acaba usted de servirme en Berlín, gozará usted de grandes consideraciones.

—Monseñor es demasiado bueno.

—Veo que ha desplegado usted mucho genio en el último asunto de Gondreville.

—¿De qué habla, monseñor? dijo Corentín afectando un aire ni demasiado frío, ni demasiado sorprendido.

—Amigo mío, respondió secamente el ministro, nunca llegará usted á ser nada, porque teme usted...

—¿Qué, monseñor?

—La muerte, dijo el ministro con su gruesa y potente voz. Adiós, amigo mío.

—¡Es éll dijo el marqués de Chargebœuf al entrar; pero hemos estado á punto de matar á la condesa; se ahoga.

—Sólo él es capaz de armar semejante trastada, respondió el ministro. Amigo mío, están ustedes en peligro de no poder conseguir su objeto, repuso el príncipe. Tomen ustedes á la vista de todo el mundo el camino de Strasburgo, que yo les voy á enviar á ustedes en blanco dobles pasaportes. Lleven ustedes consigo á alguien que se les parezca, cambien de camino hábilmente y sobre todo de coche, dejen que detengan á las personas que han de sustituirles, y que les prevengo que lleven, y váyanse á Prusia por Suiza y por Baviera. Mucha prudencia y ni una palabra. Tienen ustedes en contra suya á la policía y no saben ustedes lo que es esto.

La señorita de Cinq-Cygne ofreció á Roberto Lefebvre una suma considerable para determinarle á que fuese á Troyes á hacer el retrato de Michú, y el señor de Grandville prometió á este pintor, célebre á la sazón, todas las facilidades posibles. El señor de Chargebœuf partió en su vieja calesa con Lorenza y un viejo criado que hablaba alemán. Pero, en Nancy, se les unieron Gothard y la señorita Goujet, que les habían precedido en una excelente calesa, la cual fué cambiada por la vieja del marqués. El ministro tenía razón. En Strasburgo, el comisario de policía se negó á poner el visto bueno á los pasaportes de los viajeros, diciéndoles que tenían órdenes absolutas sobre aquel punto. En este mismo momento, el marqués y Lorenza salían de Francia por Belsançon con los pasaportes diplomáticos. Lorenza atravesó Suiza en los primeros días del mes de octubre, sin fijar para nada su atención en este magnífico país. Iba en el fondo de la calesa sumida en esa melancolía y abatimiento que se apodera de los criminales cuando conocen la hora de su suplicio. Toda la naturaleza se cubre entonces de un espeso vapor y las cosas más vulgares toman un aspecto fantástico. Este pensamiento: «Si no salgo airosa, se matan», hería su alma como la barra del verdugo hería en otro tiempo los

miembros del paciente en el suplicio de la rueda. Se sentía cada vez más desanimada, é iba perdiendo todas sus energías mientras esperaba el momento cruel, decisivo y rápido en que se encontrase enfrente del hombre de quien dependía la vida de los cuatro hidalgos. Había tomado la decisión de abandonarse á sí misma para no gastar inútilmente sus energías. Incapaz de comprender ese cálculo de las almas fuertes que se traduce de diversos modos al exterior, pues en esas esperas supremas, ciertos espíritus superiores se abandonan á una alegría sorprendente, el marqués temía no poder llevar á Lorenza viva hasta el punto en que había de verificarse aquel encuentro solemne únicamente para ellos, pero que sobrepasaba indudablemente á las proporciones ordinarias de la vida privada. Para Lorenza, el humillarse ante aquel hombre, objeto de su odio y de su desprecio, equivalía á la muerte de todos sus sentimientos generosos.

—Después de esto, dijo, la Lorenza que sobrevivirá, no se parecerá en nada á la que va á perecer.

No obstante, fué muy difícil á los dos viajeros el dejar de apercibirse del inmenso movimiento de hombres y de cosas que había, una vez llegados á Prusia. La campaña de Iena había empezado. Lorenza y el marqués veían á las magníficas divisiones del ejército francés extendiéndose y haciendo grandes paradas como en las Tullerías. En estos despliegamientos de fuerza militar, que sólo pueden pintarse con las imágenes y las palabras de la Biblia, el hombre que animaba aquellas masas tomó gigantescas proporciones en su imaginación. La palabra victoria acababa de resonar en sus oídos. Los ejércitos imperiales acababan de obtener dos señaladas ventajas. El príncipe de Prusia había sido muerto la víspera del día en que los dos viajeros llegaron á Saalfeld, procurando alcanzar á Napoleón, que marchaba con la rapidez del rayo. Por fin, el 13 de octubre, fecha de mal agüero, la señorita de Cinq-Cygne seguía la orilla de un río en medio de los cuerpos del gran ejército, sin ver más que confusión, enviada de una aldea á otra y de división en división, asustada al verse sola con un anciano, traída y llevada en medio de un océano de ciento cincuenta mil hombres, que tenían enfrente á otros

ciento cincuenta mil. Cansada de ver siempre aquel río por encima de los setos de un camino barroso que seguía, preguntó su nombre á un soldado.

—Es el Saale, le dijo mostrándole el ejército prusiano agrupado en grandes masas al otro lado de aquella corriente de agua.

La noche se acercaba, y Lorenza veía encenderse fuegos y brillar armas. El anciano marqués, cuya intrepidez fué caballerescas, guiaba en persona, al lado de su nuevo criado, á dos buenos caballos comprados la víspera. El anciano sabía perfectamente que no encontraría postillones ni caballos al llegar al campo de batalla. De pronto, la audaz calesa, objeto del asombro de todos los soldados, fué detenida por un individuo de la gendarmería del ejército, que se encaminó al galope hacia el marqués, gritándole:

—¿Quién es usted? ¿adónde va? ¿á quién busca?

—Al Emperador, dijo el marqués de Chargebœuf; traigo una importante comisión de los ministros para el gran mariscal Duroc.

—Está bien, pero sepan ustedes que no pueden permanecer ahí, dijo el gendarme.

La señorita de Cinq-Cygne y el marqués se vieron tanto más obligados á permanecer allí, por cuanto que la noche se echaba encima.

—¿Dónde estamos? dijo la señorita de Cinq-Cygne deteniéndose á dos oficiales que vió pasar y cuyo uniforme estaba oculto bajo sus capotes de paño.

—Están ustedes delante de la vanguardia del ejército francés, le respondió uno de los oficiales. No pueden ustedes permanecer aquí, porque si el enemigo hiciese un movimiento y la artillería se pusiese en juego, estarían ustedes entre dos fuegos.

—¡Ah! dijo ella con aire indiferente.

Al oír aquel ¡ah! el otro oficial preguntó:

—¿Cómo se encuentra aquí esta mujer?

—Esperamos, respondió ella, á un gendarme que ha ido á avisar al señor Duroc, que nos servirá de protector para que podamos hablar al Emperador.

—¡Hablar al Emperador! dijo el primer oficial. ¿Piensan ustedes en ello en vísperas de una batalla decisiva?

—¡Ah! tiene usted razón, contestó Lorenza. Debo esperar hasta pasado mañana, pues la victoria le pondrá contento.

Los dos oficiales fueron á colocarse á veinte pasos de distancia sobre sus caballos inmóviles. La calesa fué rodeada entonces por un escuadrón de mariscales, de generales y de oficiales, cuyos uniformes brillaban extraordinariamente y que respetaron el coche precisamente porque estaba allí.

—¡Dios mío! dijo el marqués á la señorita de Cinq-Cygne, mucho me temo que hayamos estado hablando con el Emperador.

—¿El Emperador? dijo un coronel ¡pues si es aquí!

Lorenza vió entonces á algunos pasos de distancia y solo á aquel que había exclamado: «¿Cómo se encuentra aquí esta mujer?» Uno de los dos oficiales, que era el Emperador, vestido con su célebre levita, puesta sobre un uniforme verde, estaba sobre un caballo blanco ricamente enjaezado. Examinaba con un anteojo al ejército prusiano situado al otro lado del Saale. Lorenza comprendió entonces el por qué la calesa permanecía allí y por qué la escolta la respetaba. Al juzgar que había llegado la hora, se apoderó de ella un movimiento convulsivo. Oyó entonces el ruido sordo de varias masas de hombres y de armas que se encaminaban con acelerado paso hacia aquella meseta. Las baterías parecían tener un lenguaje, la impedimenta resonaba y el bronce de los cañones chispeaba.

—El mariscal Lannes tomará posición con todo su cuerpo de ejército en la vanguardia, el mariscal Lefebvre y la Guardia ocuparán esta cima, dijo el otro oficial, que era el mayor general Berthier.

El Emperador bajó. Al primer movimiento que hizo, Roustan, su famoso mameluco, se apresuró á tenerle el caballo. Lorenza estaba atontada de asombro y no creía en tanta sencillez.

—Pasaré la noche en esta meseta, dijo el Emperador.

En este momento, el gran mariscal Durac, á quien el gen-

darme había encontrado por fin, se encaminó hacia el marqués de Chargebœuf y le preguntó la razón de su llegada. El marqués le respondió que una carta escrita por el ministro de relaciones exteriores le probaría lo muy urgente que era el que él y la señorita de Cinq-Cygne obtuviesen una audiencia del Emperador.

—Su Majestad va á cenar sin duda en su vivac, dijo Duroc tomando la carta; y cuando yo haya visto de lo que se trata, le diré si la cosa es posible. Sargento, dijo al gendarme, acompañe usted este coche y llévelo á la cabana de atrás.

El señor de Chargebœuf siguió al gendarme y detuvo su coche detrás de una miserable choza construída con madera y tierra, rodeada de algunos árboles frutales y guardada por piquetes de infantería y de caballería.

Puede decirse que la majestad de la guerra brillaba allí en todo su esplendor. Alumbradas por la luna, veíanse desde aquella cima las líneas de los dos ejércitos. Después de una hora de espera, en que se oyó el ruido producido por el movimiento perpetuo de los ayudas de campo que iban y venían, Duroc que fué á buscar á la señorita de Cinq-Cygne y al marqués de Chargebœuf, les hizo entrar en la choza, cuyo suelo era de tierra apisonada como el de nuestros hórreos. Ante una mesa preparada y ante un fuego de madera verde que humeaba, Napoleón estaba sentado en una tosca silla. Sus botas, llenas de barro, daban fe de sus correrías á través de los campos. Se había quitado su famosa levita, y entonces, su célebre uniforme verde, atravesado por su gran cordón encarnado, y realzado por el fondo blanco de su pantalón de cachemir y de su chaleco, hacía resaltar admirablemente su pálido y terrible rostro cesariano. Tenía la mano sobre un mapa extendido y colocado sobre sus rodillas. Berthier se mantenía de pie con su brillante traje de vicecondestable del Imperio. Constante, el ayuda de cámara, ofrecía al Emperador su café en una bandeja.

—¿Qué quiere usted? le dijo con fingida brusquedad abarcando con una mirada la cabeza de Lorenza. ¿No teme usted hablarme antes de la batalla? ¿De qué se trata?

—Señor, dijo Lorenza mirándole con no menos fijeza; soy la señorita de Cinq-Cygne.

—¿Y qué? respondió con voz colérica creyéndose desafiado con aquella mirada.

—¿No comprendéis? Soy la condesa de Cinq-Cygne, y os pido gracia, dijo cayendo de rodillas y tendiéndole la instancia redactada por Talleyrand y anotada por la Emperatriz, por Cambaceres y por Maligno.

El Emperador levantó graciosamente á la suplicante, dirigiéndole una mirada astuta, y le dijo:

—¿Será usted al fin juiciosa? ¿Comprende usted lo que tiene que ser el Imperio francés?

—¡Ah! en este momento no comprendo más que al Emperador, dijo vencida por la atención con que el monarca había pronunciado aquellas palabras que le hacían presentir el indulto.

—¿Son inocentes? preguntó el Emperador.

—Todos, dijo ella con entusiasmo.

—¿Todos? No; el guardabosque es un hombre peligroso que mataría á mi senador sin consultármelo.

—¡Oh! señor, dijo ella; si tuvieseis un amigo que os fuese adicto ¿le abandonaríais? ¿No os...?

—Es usted mujer, dijo Napoleón con cierto aire de mofa.

—Y vos un hombre de hierro, le contestó Lorenza con una dureza apasionada que agradó al monarca.

—Ese hombre ha sido condenado por la justicia del país, repuso.

—Pero es inocente.

—¡Niña!... le dijo.

Y tomando á la señorita de Cinq-Cygne por la mano, salió y la llevó á la meseta.

—¡He aquí, le dijo con aquella elocuencia que cambiaba los cobardes en valientes, he aquí trescientos mil hombres que también son inocentes! Pues bien, mañana, treinta mil habrán muerto por su país. ¡Entre los prusianos, habrá también acaso un gran mecánico, un gran ideólogo ó un gran genio que perecerá! Por nuestra parte, perderemos seguramente grandes hombres desconocidos. En fin, acaso vea mo-

rir á mi mejor amigo. ¿He de acusar á Dios por eso? No. Me callaré. Sepa usted, señorita, que hay que morir por las leyes de su país como se muere aquí por la gloria, añadió conduciéndola á la cabaña. Ea, vuélvase ustedes á Francia, dijo mirando al marqués, y mis órdenes precederán á ustedes.

Lorenza creyó en una conmutación de pena para Michú, y, en la efusión de su agradecimiento, se arrodilló y besó la mano del Emperador.

—¿Es usted el señor de Chargeboeuf? dijo entonces Napoleón al ver al marqués.

—Sí, señor.

—¿Tiene usted hijos?

—Muchos.

—¿Por qué no me envía usted alguno de sus nietos? Será paje mío, y...

—¡Ah! ya reaparece el teniente de artillería, pensó para sí Lorenza. Quiere recibir el precio de su gracia.

El marqués se inclinó sin responder. Felizmente, el general Rapp se precipitó en la cabaña.

—Señor, la caballería de la guardia y la del gran duque de Berg no podrán unírseos hasta mañana al mediodía.

—No importa, dijo Napoleón volviéndose hacia Berthier. También para nosotros hay horas de gracia: sepamos aprovecharnos de ellas.

A una seña de su mano, el marqués y Lorenza se retiraron y subieron al coche; el sargento los puso en el camino y los acompañó hasta una aldea donde pasaron la noche. Al día siguiente, ambos se alejaron del campo de batalla, en medio del ruido de ochocientos cañones, que resonaron durante diez horas. En medio del camino supieron la asombrosa victoria de Iena. Ocho días después entraban en los arrabales de Troyes. Una orden del gran juez, transmitida al procurador imperial del tribunal de primera instancia de Troyes, ordenaba la libertad bajo fianza de los hidalgos, hasta tanto que el Emperador y Rey decidiese; pero al mismo tiempo se expidió la orden para la ejecución de Michú. Estas órdenes habían llegado aquella misma mañana. Lorenza se

fué inmediatamente á la cárcel vestida aún con el traje de viaje. Logró permanecer al lado de Michú, á quien hacían en aquel momento la triste operación llamada el *tocado*. El buen abate Goujet, que había solicitado acompañarle hasta el patíbulo, acababa de dar la absolución á aquel hombre, que se sentía morir sin saber aún de fijo si sus amos estaban ó no indultados; así es que cuando Lorenza se presentó, dió un grito de alegría y dijo:

—¡Ahora ya puedo morir!

—Están indultados, aunque no sé en qué condiciones, respondió ella; pero lo están, y yo lo he intentado todo por ti, amigo mío, á pesar de tu resistencia. Creía haberte salvado, pero el Emperador me ha engañado.

—Estaba escrito allí arriba que el fiel mastín tenía que ser matado en el mismo lugar que sus antiguos amos, dijo Michú.

La última hora llegó rápidamente. Michú, en el momento de partir, no pedía más favor que el besar la mano de la señorita de Cinq-Cygne, pero ésta le presentó sus mejillas y se dejó abrazar santamente por aquella noble víctima. Michú se negó á subir á la carreta.

—¡Los inocentes deben ir á pie! dijo.

No quiso que el abate Goujet le diese el brazo, y marchó digna y resueltamente hasta el patíbulo. En el momento de tenderse sobre el tablado, dijo al ejecutor, rogándole que bajase bien su levita que le llegaba hasta el cuello:

—Le regalo á usted mi traje; así es que procure no mancharlo.

Los cuatro hidalgos apenas tuvieron tiempo de abrazar á la señorita de Cinq-Cygne, cuando un ordenanza del general que mandaba la división militar, les llevó credenciales de tenientes de caballería, destinados á Bayona con orden de que fuesen inmediatamente á tomar posesión de sus cargos. Después de desgarradoras despedidas, pues todos presintieron un amargo porvenir, la señorita de Cinq-Cygne se volvió á su desierto castillo.

Los dos hermanos murieron juntos ante los ojos del Emperador, en Somosierra, defendiéndose uno al otro y cuando

ya eran ambos jefes de escuadrón. Sus últimas palabras fueron:

—Lorenza, ¡Aquí mueres!

El mayor de los de Hautesserre murió siendo coronel en el ataque del reducto de Moscowa, pasando su hermano á ocupar su plaza.

Adriano, nombrado general de brigada en la batalla de Dresde, fué allí gravemente herido y logró volver á Cinq-Cygne á cuidar sus heridas. A fin de salvar aquel despojo de los cuatro hidalgos que había visto en otro tiempo en torno de ella, la condesa, que contaba á la sazón treinta y dos años, se casó con él; pero le ofreció un corazón marchito, que él aceptó gustoso, porque las gentes que aman no dudan de nada ó dudan de todo.

La Restauración encontró á Lorenza sin entusiasmo; los Borbones venían demasiado tarde para ella. Sin embargo, no pudo quejarse: su marido, nombrado par de Francia con el título de marqués de Cinq-Cygne, adquirió el grado de teniente general en 1816, y fué recompensado con el cordón azul por los eminentes servicios que prestó entonces.

El hijo de Michú, de quien Lorenza se cuidó como si fuese su propio hijo, tomó el título de abogado en 1817. Después de haber ejercido su profesión durante dos años, fué nombrado juez suplente del tribunal de Alençon, y de allí pasó á ser procurador del rey del tribunal de Arcis en 1827. Lorenza, que había administrado los bienes de Michú, entregó á este joven el día de su mayor edad un capital que daba doce mil francos de renta; después contribuyó á su casamiento con la rica señorita Girel de Troyes. El marqués de Cinq-Cygne murió en 1829 en brazos de Lorenza, de su padre, de su madre y de sus hijos que le adoraban. Cuando ocurrió su muerte, nadie había penetrado aún el secreto del secuestro del senador. Luis XVIII no se negó á reparar los daños que ocasionó este asunto; pero no dijo nada de las causas de este desastre á la marquesa de Cinq-Cygne, que le creyó entonces cómplice de la catástrofe.

CONCLUSIÓN

El difunto marqués de Cinq-Cygne había empleado sus ahorros, lo mismo que los de su padre y su madre, en la adquisición de un magnífico palacio situado en la calle del Faubourg-du-Roule, y en la institución del considerable mayorazgo creado para el sostenimiento de su dignidad de par. La sórdida economía del marqués y de sus padres, que afligía á veces á Lorenza, quedó entonces explicada. Después de esta adquisición, la marquesa, que vivía en sus tierras atesorando para sus hijos, pasó los inviernos en París con tanto más gusto, por cuanto que su hija Berta y su hijo Pablo llegaban á una edad en que su educación exigía los recursos de París. La señora de Cinq-Cygne frecuentó poco el mundo. Su marido no podía ignorar las penas que embargaban el corazón de aquella mujer; pero desplegó para ella las más ingeniosas delicadezas, y murió sin haber amado á más mujer que aquella. Este noble corazón, desconocido durante algún tiempo, pero á quien la generosa hija de los Cinq-Cygne correspondió con un amor igual al que encerraba para ella, aquel marido fué al fin feliz. Lorenza vivía sobre todo para las alegrías de la familia. Ninguna mujer de París fué más querida por sus amigos, ni más respetada. Ir á su casa era una dicha. Amable, indulgente, instruida, graciosa, y sencilla sobre todo, agradaba y simpatizaba con las almas privilegiadas y las atraía á pesar de su dolor; pero todos parecían proteger á aquella mujer tan fuerte, y este sentimiento de protección secreta explica aun mejor el atractivo de su amistad. Su vida, tan dolorosa durante su juventud, fué hermosa y serena en la vejez. Se conocían sus sufrimientos y nunca nadie preguntaba quién era el original del retrato hecho por Roberto Lefebvre, el cual retrato era, desde la muerte del guarda, el principal y fúnebre adorno del salón. La fisonomía de Lorenza tenía la madurez de los frutos obtenidos difícilmente. Una especie de orgullo religioso adorna aún aquella arrugada frente. En el

momento en que la marquesa llegó á dirigir por sí sola su casa, su fortuna, aumentada con la ley de las indemnizaciones, ascendía á doscientos mil francos de renta, sin contar la parte de su marido. Lorenza había heredado el millón cien mil francos que habían dejado los Simeuse. Desde entonces, no gastó más que cien mil francos al año, y ahorró el resto para constituir el dote de Berta.

Berta es el vivo retrato de su madre, pero sin su audacia guerrera; es su madre, pero más fina, más sentimental y más mujer, como dice Lorenza con melancolía. La marquesa no quería casar á su hija antes de que ésta llegase á los veinte años. Las economías de la familia, sabiamente administradas por el anciano Hauteserre, formaban una dote de unos ochenta mil francos á Berta, quien, en 1833, cumplía los veinte años.

Por esta época, la princesa de Cadignan, que quería casar á su hijo el duque de Maufrigneuse, hacia algunos meses que había puesto en relaciones á su hijo con la marquesa de Cinq-Cygne. Jorge de Maufrigneuse comía tres veces á la semana en casa de la marquesa, acompañaba á la madre y á la hija á los Italianos y hacia dar piruetas á su caballo en el bosque en torno de su calesa cuando ellas se paseaban allí. Al ver esto, fué evidente para todo el mundo del arrabal de Saint-Germain, que Jorge amaba á Berta. Únicamente que nadie podía saber si la señora de Cinq-Cygne deseaba hacer á su hija duquesa, esperando que llegara á ser princesa, ó si la princesa deseaba para su hijo tan hermoso dote; nadie sabía si la célebre Diana iba al encuentro de la nobleza de provincia, ó si la nobleza de provincia estaba asustada de la celebridad de la señora de Cadignan, de sus gustos y de su vida de despilfarro. Con objeto de no perjudicar á su hijo, la princesa, que se había hecho devota, se había entregado á una vida arreglada y pasaba los veranos en Génova en una casa de campo.

Una noche, la señora princesa de Cadignan tenía en su casa á la marquesa de Espard y á de Marsay, el presidente del consejo. Vió aquélla á este antiguo amante por última vez, pues murió al año siguiente. Rastignac, su secretario

de Estado agregado al ministerio de Marsay, dos célebres oradores de la Cámara de los pares, los ancianos duques de Lenoncourt y de Navarreins, el conde de Vandenesse y su joven esposa, y de Arthez, se encontraban allí y formaban un círculo bastante extraño cuya composición se explicará fácilmente: se trataba de obtener del primer ministro un pasaporte para el duque de Cadignan. De Marsay, que no quería echarse encima aquella responsabilidad, acababa de decir á la duquesa que el asunto estaba en buenas manos. Un antiguo político tenía que aportarles una solución durante aquella velada. Se anunció á la marquesa y á la señorita de Cinq-Cygne. Lorenza, cuyos principios eran siempre los mismos, quedó, no ya sorprendida, sino admirada al ver á los representantes más ilustres del legitimismo de una y otra Cámara hablando con el primer ministro de aquel á quien se llamaba siempre monseñor el duque de Orleans, escuchándole y riéndose con él. De Marsay, como las lámparas próximas á extinguirse, brillaba con sus últimos resplandores. Olvidaba allí gustoso los cuidados de la política. La marquesa de Cinq-Cygne aceptó á de Marsay, como se dice que la corte de Austria aceptaba entonces al señor de Saint-Aulaire: el hombre de mundo logró hacer pasar desapercibido su cargo de ministro. Pero se levantó como si su asiento hubiera sido de hierro incandescente cuando oyó anunciar al conde de Gondreville.

—Adiós, señora, dijo á la princesa con tono seco.

Y salió con Berta, dirigiendo sus pasos del mejor modo que pudo para no encontrarse con aquel hombre fatal.

—Es muy fácil que haya contribuído usted á deshacer el matrimonio de Jorge, dijo en voz baja la princesa á de Marsay.

El antiguo pasante salido de Arcés, el antiguo representante del pueblo, el antiguo termidoriano, el antiguo tribuno, el antiguo consejero de Estado, el antiguo conde del Imperio y senador, el antiguo par de Luis XVIII, el nuevo par de Julio, hizo una reverencia servil á la princesa de Cadignan.

—No tiemble usted, hermosa señora, pues ya no hacemos la guerra á los príncipes, dijo sentándose á su lado.

Maligno había gozado de la estimación de Luis XVIII, á quien su experiencia no fué inútil. Había ayudado mucho á derribar á Decazes y había dado muy buenos consejos al ministerio Villele. Recibido fríamente por Carlos X, alentó los mismos odios que Talleyrand. Gozaba entonces de gran favor bajo el duodécimo gobierno, á quien tiene la ventaja de servir desde 1789, y á quien dejará de servir sin duda; pero desde hace quince meses que no tiene la amistad que tuvo durante treinta y seis años con uno de nuestros más célebres diplomáticos. Esto fué la noche en que, hablando de dicho diplomático, dijo:

—¿Sabe usted la razón de su hostilidad contra el duque de Bordeaux?... el pretendiente es demasiado joven.

—Da usted con eso un singular consejo á los jóvenes, le respondió Rastignac.

De Marsay, que se había puesto muy pensativo después de las palabras que le había dicho la princesa, procuró evitar las bromas; miraba con socarronería á Gondreville, y era evidente que esperaba para hablar á que el anciano, que se acostaba temprano, se marchase. Todos los que allí estaban, testigos de la salida de la marquesa de Cinq-Cygne, cuyas razones eran conocidas, imitaron el silencio de de Marsay. Gondreville, que no había reconocido á la marquesa, ignoraba los motivos de aquella reserva general; pero como era hombre de talento y el hábito de los negocios y las costumbres políticas le habían dado tacto, creyó que su presencia molestaba, y se marchó. De Marsay, de pie delante de la chimenea, contempló, de modo que dejaba adivinar sus graves pensamientos, á aquel anciano de setenta años que se marchaba lentamente.

—He hecho mal, señora, en no decir á usted el nombre de mi negociador, dijo por fin el primer ministro cuando oyó el ruido del coche que partía. Pero voy á remediar mi falta y á darle á usted los medios para reconciliarse con los Cinq-Cygne. Hace ya más de treinta años que la cosa ha ocurrido, y es, por lo tanto, tan viejo como la muerte de Enrique IV, cuya historia es muy poco conocida como lo es la de otras muchas catástrofes históricas. Por otra parte, juro á usted

que, aunque este asunto no concerniese á la marquesa, no por eso dejaría de ser menos curioso. Ilumina un famoso pasaje de nuestros anales modernos, el del monte Saint-Bernard. Los señores embajadores verán por él que, bajo el punto de vista de la profundidad, nuestros hombres políticos de hoy están muy lejos de los maquiavelos que las olas populares levantaron en 1793, y algunos de los cuales han encontrado, como dice la romanza, un puerto. Para ser hoy algo en Francia, es preciso haber corrido las tormentas de aquel tiempo.

—Pero me parece, dijo sonriendo la princesa, que, bajo este punto de vista, usted no tiene nada que desear.

Una risa amistosa apareció en todos los labios, y de Marsay no pudo menos de sonreirse. Los embajadores parecieron impacientes, y de Marsay, una vez que se restableció el silencio, habló de esta suerte:

—En una noche del mes de julio de 1800, á eso de las tres de la mañana y en el momento en que el día hacía palidecer las bujías, dos hombres, cansados de jugar á las cartas, ó que sólo jugaban para cansar á los otros, dejaron el salón del palacio de relaciones exteriores, situado entonces en la calle del Bac, y se fueron á un gabinete. Estos dos hombres, de los cuales el uno ha muerto y el otro tiene un pie en la tumba, son, cada uno por su estilo, sumamente extraordinarios. Ambos han sido sacerdotes y ambos abjuraron y se casaron. El uno había sido simple oratoriano y el otro había llevado la mitra episcopal. El primero se llamaba Fouché, y no digo á ustedes el nombre del segundo, pero ambos eran á la sazón simples franceses, aunque muy poco simples. Cuando los vieron irse del gabinete, las personas que quedaron aún en el salón manifestaron alguna curiosidad. Un tercer personaje los siguió. Éste, que se creía más listo que los otros dos, se llamaba Sieyes, y todos ustedes saben que también había pertenecido á la Iglesia antes de la Revolución. Aquel que andaba difícilmente era entonces ministro de relaciones exteriores, y Fouché ministro de policía general. Sieyes había abdicado el consulado. Un hombrecito frío y severo dejó su sitio y fué á unirse á aquellos tres

hombres, diciendo en voz alta: «Temo la berlanga de los sacerdotes.» Éste era ministro de la guerra. Las palabras de Carnot no inquietaron gran cosa á los dos cónsules que jugaban en el salón. Cambaceres y Lebrún estaban entonces á merced de sus ministros, infinitamente más fuertes que ellos. Casi todos estos hombres de Estado han muerto y no se les debe nada: pertenecen á la historia, y la historia de aquella noche fué terrible; se la cuento á ustedes porque soy el único que la sé, porque Luis XVIII no quiso decir nada á la pobre marquesa de Cinq-Cygne, y porque al gobierno actual le es indiferente que se sepa. El cojo debió cerrar la puerta antes de que se pronunciase una palabra, y hasta corrió, según se dice, un cerrojo. Sólo la gente bien educada tiene estas pequeñas atenciones. Los tres sacerdotes tenían los rostros pálidos é impassibles que todos ustedes les han conocido. Carnot era el único que tenía el rostro colorado. El militar fué el primero en hablar. ¿De qué se trata? De Francia, debió decir el príncipe á quien admiro yo como uno de los hombres más extraordinarios de nuestros tiempos. De la República, diría seguramente Fouché. Del poder, diría probablemente Sieyes.

Todos los asistentes se miraron. De Marsay había imitado admirablemente á los tres hombres con la voz, con la mirada y con el gesto.

—Los tres sacerdotes se entendieron á las mil maravillas, repuso. Carnot debió mirar sin duda á sus colegas y al ex cónsul con aire bastante digno. Creo que debió encontrarse aturcido en su interior. ¿Cree usted en el éxito? le preguntó Sieyes. Todo se puede esperar de Bonaparte, respondió el ministro de la guerra, cuando ha pasado felizmente los Alpes. En este momento, dijo el diplomático con calculada lentitud, se juega el todo por el todo. En fin, hablemos claro, dijo Fouché, ¿qué haremos si el Primer Cónsul es vencido? ¿Es posible rehacer un ejército? ¿Permaneceremos siendo sus humildes servidores? Ya no hay república en este momento, observó Sieyes, ahora es cónsul por diez años. Tiene más poder que Cromwell, añadió el ministro, y eso que no ha votado la muerte de un rey. Tenemos un amo,

dijo Fouché, y yo pregunto si hemos de seguir siéndole sus fieles ó si nos inclinaremos á la república pura. Francia, replicó sentenciosamente Carnot, no podrá resistir, á no ser volviendo á la energía convencional. Soy de la opinión de Carnot, dijo Sieyes. Si Bonaparte vuelve derrotado, es preciso acabar. ¡Nos viene prometiendo demasiado hace ya siete meses! Tiene de su parte al ejército, repuso Carnot con aire pensativo. ¡Nosotros tendremos al pueblo! exclamó Fouché. Como se precipita usted, amigo mío, replicó el gran señor con aquella voz que ha conservado. Sea usted franco, dijo un antiguo convencional apareciendo de pronto, si Bonaparte es vencedor, le adoraremos; vencido, le enterraremos. Usted estaba allí, Maligno, repuso el dueño de la casa sin conmoverse; usted será de los nuestros. Y le hizo signo de que se sentase. A esta circunstancia se debió el que este personaje, convencional bastante obscuro, fuese lo que nosotros acabamos de ver, lo que es en este momento. Maligno fué discreto y los dos ministros se fueron fieles; pero también es verdad que fué el eje de la máquina y el alma de la maquinación. Ese hombre aún no ha sido vencido, exclamó Carnot con un acento de convicción, y acaba de exceder á Aníbal. En caso de desgracia, aquí está el Directorio, respondió astutamente Sieyes haciendo observar que estaban cinco. Y estamos todos interesados en el mantenimiento de la Revolución francesa, dijo el ministro de negocios extranjeros. Los tres hemos renunciado á nuestra profesión; el general ha votado la muerte del rey. Respecto á usted, dijo á Maligno, no olvide que tiene bienes de los emigrados. Todos tenemos los mismos intereses, dijo perentoriamente Sieyes, y nuestros intereses están de acuerdo con la patria. Cosa rara, dijo el diplomático sonriéndose. Es preciso obrar, añadió Fouché; la batalla se libró, y Melas tiene fuerzas superiores. Jenes se ha rendido, y Massena ha cometido la falta de embarcarse para Antibes; no es, pues, seguro que pueda unirse á Bonaparte, que quedaría reducido á sus solos recursos. ¿Quién le ha dado á usted esa noticia? preguntó Carnot. Es segura, respondió Fouché. Recibirán ustedes el correo á la hora de la Bolsa.

—Estos no se andaban en chiquitas, dijo de Marsay deteniéndose un momento. Pero cuando se reciba la noticia del desastre, continuó Fouché, ya no habrá tiempo para organizar clubs, despertar el patriotismo y cambiar la constitución. Nuestro 18 de brumario debe estar preparado. Dejemos obrar al ministro de policía, dijo el diplomático, y desconfiemos de Luciano (Luciano Bonaparte era entonces ministro del interior). Yo lo pensaré bien, dijo Fouché. Señores, exclamó Sieyes, nuestro Directorio no ha de estar sometido á mutaciones anárquicas. Organizaremos un poder oligárquico, un Senado perpetuo y una Cámara electiva que estará en nuestro poder; sepamos al menos aprovecharnos de las faltas del pasado. Con ese sistema, yo tendré paz, dijo el obispo. Encuéntreme usted un hombre seguro para entenderme con Moreau, pues el ejército de Alemania ha de ser nuestro único recurso, exclamó Carnot que estaba sumido en profunda meditación.

—En efecto, repuso de Marsay después de una pausa; señores, estos hombres tenían razón. Estuvieron grandes en aquella crisis, y yo hubiese obrado como ellos.

—Señores! exclamó Sieyes con un tono grave y solemne, dijo de Marsay reanudando su relato. Esta palabra: ¡Señores! fué perfectamente comprendida: todas las miradas expresaron una misma fe, la misma promesa de un silencio absoluto y de una solidaridad completa en caso de que Bonaparte volviese triunfante. Todos sabemos lo que nos queda que hacer, añadió Fouché. Sieyes había descrito muy despacio el cerrojo. Su oído de sacerdote le sirvió de mucho, porque un instante después entró Luciano. Buena noticia, señores, un correo trae una carta para mi cuñada en la que el Primer Cónsul anuncia que ha debutado con una victoria en Montebelló. Los tres ministros se miraron. ¿Es una batalla general? preguntó Carnot. No, un combate en que Lannes se ha cubierto de gloria. El encuentro fué sangriento. Atacado con diez mil hombres por diez y ocho mil, fué salvado por una división que se envió en su auxilio. Ott huyó. En fin, que la línea de operaciones de Melas ha sido cortada. ¿Qué día fué el combate? preguntó Carnot. El día

8, dijo Luciano. Estamos á 13, repuso el sabio ministro; pues bien, según todas las probabilidades, los destinos de Francia se deciden en este momento en que hablamos. (En efecto, la batalla de Marengo empezó el 14 de junio al rayar el alba.) Cuatro días de espera mortal, dijo Luciano. ¿Mortal? repuso el ministro de relaciones exteriores con aire frío é interrogativo. Cuatro días, dijo Fouché. Un testigo me certificó que los dos cónsules no supieron estos detalles hasta el momento en que los seis personajes entraron en el salón. Entonces eran las cuatro de la mañana. Fouché fué el primero en marcharse. He aquí lo que hizo con sorda é infernal actividad aquel genio tenebroso, profundo, extraordinario, poco conocido, pero que, indudablemente, tenía un genio igual al de Felipe II, al de Tiberio y al de Borgia. Su conducta, cuando el asunto de Walcheren, fué la de un militar consumado, la de un gran político y la de un administrador previsor. Este fué el único ministro bueno que tuvo Napoleón. Todos ustedes saben que en aquella ocasión asustó á Napoleón. Fouché, Massena y el Príncipe son los tres hombres más grandes y de más talento que yo conozco en diplomacia, guerra y gobierno. Si Napoleón los hubiese asociado francamente á su obra, hoy no existiría Europa y en su lugar habría un vasto imperio francés. Fouché no se separó de Napoleón hasta que vió á Sieyes y al príncipe de Talleyrand á un lado. En el espacio de tres días, Fouché, ocultando la mano que removía las cenizas de aquel hogar, organizó la angustia general que pesó sobre Francia entera y reanimó la energía republicana de 1793. Como se hace preciso esclarecer este rincón oscuro de nuestra historia, diré á ustedes que aquella agitación, promovida por él, que tenía de su parte á todos los hijos de la antigua Montagne, produjo los complots republicanos por los que la vida del Primer Cónsul se vió amenazada después de la victoria de Marengo. La conciencia que tenía del mal de que era autor, le dió fuerzas para señalar á Bonaparte, á pesar de la opinión contraria de éste, á los republicanos como más mezclados que los realistas en aquellas empresas. Fouché conocía admirablemente los hombres. Contaba con Sieyes á causa

de su ambición engañada, con el señor de Talleyrand porque era un gran señor, y con Carnot á causa de su perfecta honradez; pero desconfiaba de nuestro hombre de esta noche, y he aquí cómo logró enredarle. En aquel tiempo no era más que Maligno el corresponsal de Luis XVIII. Fué obligado por el ministro de policía á redactar las proclamas del gobierno revolucionario, su sentencia, sus actas, y la declaración de que estaban fuera de la ley los facciosos del 18 de brumario; y es más, también fué éste cómplice, á pesar suyo, el que hizo imprimir un número de ejemplares necesarios y los tuvo dispuestos en grandes paquetes en su casa. El impresor fué detenido como conspirador, pues se eligió un impresor revolucionario y la policía no le dejó hasta dos meses después. Este hombre murió en 1816, creyendo en una conspiración montañesa. Una de las cosas más curiosas hechas por la policía de Fouché, fué sin duda alguna la del correo aquel recibido por el banquero más celebre de aquella época, y que anunció la pérdida de la batalla de Marengo. No sé si recordarán ustedes que la victoria no se mostró favorable á Napoleón hasta las siete de la tarde. Al mediodía, el agente enviado al teatro de la guerra por el rey de la banca de entonces, consideró el ejército francés como anonadado y se apresuró á enviar un correo. El ministro de policía envió á buscar á los anunciadores y á los pregoneros, y uno de sus confidentes llegaba con un carretón cargado de impresos, cuando el correo de la tarde, que llegó con una rapidez asombrosa, dió la noticia del triunfo que puso á Francia verdaderamente loca de alegría. Hubo pérdidas considerables en la Bolsa. Pero la reunión de los anunciadores y de los pregoneros que tenían que proclamar la muerte política de Bonaparte, fué entretenida, y esperó á que se hubiese impreso la proclama en que la victoria de Primer Cónsul se consignaba. Gondreville, en quien podía recaer todo la responsabilidad del complot, se asustó, hizo empaquetar todos aquellos anuncios y los llevó de noche á Gondreville, enterrándolos sin duda en las bodegas del palacio que había comprado por medio de un hombre á quien nombró después presidente de una audiencia imperial y que

se llamaba... Marión. Después volvió á Paris bastante á tiempo para poder dar la enhorabuena al Primer Cónsul. Ya saben ustedes que Napoleón acudió con una espantosa celeridad de Italia á Francia después de la victoria de Marengo; pero, para los que conocen la historia secreta de aquel tiempo, es indudable que su rapidez fué motivada por un mensaje de Luciano. El ministro del interior había entrevistado la actitud del partido montañés, y, sin averiguar de dónde soplaban los vientos, atribufa este movimiento á los odios excitados por su hermano el 18 de brumario y á la firme creencia en que estuvieron entonces el resto de los hombres del 1793 de un jaque irreparable en Italia. Las palabras: «¡Muerte al tirano!» pronunciadas en Saint-Cloud, resonaban siempre en los oídos de Luciano. La batalla de Marengo retuvo á Napoleón en los campos de Lombardía hasta el 25 de junio, y llegó á Francia el 2 de julio. Ahora, imagínense ustedes las caras de los cinco conspiradores, felicitando en las Tullerías al Primer Cónsul por su victoria. Fouché, en el salón mismo, dijo al tribuno (pues este Maligno, á quien acaban ustedes de ver, ha sido un puro tribuno) que espere aún, pues todavía no estaba todo acabado. En efecto, Bonaparte no pareció á los señores de Talleyrand y Fouché tan encariñado como lo estaban ellos mismos con la Revolución, y, para su propia seguridad, lo comprometieron en el asunto del duque de Enghien. Por sorprendentes ramificaciones, la ejecución del príncipe dependió de lo que se había tramado en el palacio de relaciones exteriores durante la campaña de Marengo. Hoy, para el que ha conocido á personas bien informadas, es indudable que Bonaparte fué engañado como un niño por Talleyrand y Fouché, que quisieron malquistarlo irrevocablemente con la casa de Borbón, cuyos embajadores hacían entonces tentativas en torno del Primer Cónsul.

—Talleyrand, que jugaba al whist en casa de los señores de Luynes, dijo entonces uno de los personajes que escuchaban, á las tres de la mañana, saca su reloj, interrumpe el juego y pregunta de pronto, sin ninguna transición, á sus tres partidarios, si el príncipe de Condé tenía más hijos que

el señor duque de Enghien. Una pregunta tan impertinente en boca del señor de Talleyrand causó la mayor sorpresa. ¿Por qué pregunta usted una cosa que sabe usted de sobra? le dijeron. Para hacer saber á ustedes que la casa de Condé acaba en este momento. El señor de Talleyrand estaba en el palacio de Luynes desde el principio de la velada, y sabía que Bonaparte se hallaba en la imposibilidad de conceder el indulto.

—Pero, dijo Rastignac á de Marsay, en todo esto no veo para nada á la señora de Cinq-Cygne.

—¡Ah! era usted tan joven, querido mío, que me olvidaba la conclusión; usted conoce el asunto del secuestro del conde de Gondreville, que fué la causa de la muerte de los dos Simeuse y del hermano mayor de Hauteserre, cuyo hermano menor, por su casamiento con la señorita de Cinq-Cygne, pasó á ser conde y después marqués de Cinq-Cygne.

De Marsay, á instancias de varias personas que desconocían esta aventura, contó el proceso, diciendo que los cinco desconocidos eran unos miserables de la policía general del Imperio, encargados de hacer desaparecer unos bultos de impresos que el conde de Gondreville había ido precisamente á quemar, creyendo asegurado el Imperio.

—Sospecho que Fouché, dijo, los envió también para que buscasen al mismo tiempo las pruebas de la correspondencia de Gondreville y de Luis XVIII, con el que se entendió siempre, aun en la época del Terror. Pero en este espantoso asunto hubo pasión por parte del agente principal, que vive aún, uno de esos grandes subalternos que no tienen sustituto y que se ha hecho notable por su asombrosa astucia. Parece que la señorita de Cinq-Cygne lo había maltratado, cuando fué á prender á los Simeuse. De modo que ya sabe usted, señora, el secreto del asunto; podía usted explicárselo á la marquesa de Cinq-Cygne, y hacerle comprender la causa que obligó á Luis XVIII á guardar silencio.

París, enero de 1841.

UN EPISODIO BAJO EL TERROR

AL SEÑOR GUYONNET-MERVILLE

«No es preciso, querido y antiguo principal, explicar á las gentes que tienen curiosidad por saberlo todo, el lugar donde he podido aprender bastante procedimiento para dirigir los negocios de mi pequeño mundo, y consagrar aquí la memoria del hombre amable é inteligente que decía á Scribe, otro pasante de afición como yo, cuando le encontraba en el baile: «Pátese usted por el estudio, pues le aseguro que hay trabajo de veras?» ¿Pero tiene usted necesidad de este testimonio público para estar seguro del afecto del autor?»

El 22 de enero de 1793, á eso de las ocho de la noche, una anciana dama, en París, bajaba la rápida pendiente que termina delante de la iglesia de Saint-Laurent, en el arrabal de Saint-Martin. Había nevado tanto durante todo el día, que apenas se oían los pasos. Las calles estaban desiertas. El temor natural que inspiraba el silencio aumentaba el terror que hacía gemir á la sazón á Francia; así es que la anciana no había encontrado aún á nadie en su camino, y, por otra parte, su vista corta hacía ya tiempo no le permitía ver en lontananza, al resplandor de los faroles, algunos transeúntes desparramados como sombras en la inmensa vía de este arrabal. Iba valerosamente sola á través de aquella soledad,

el señor duque de Enghien. Una pregunta tan impertinente en boca del señor de Talleyrand causó la mayor sorpresa. ¿Por qué pregunta usted una cosa que sabe usted de sobra? le dijeron. Para hacer saber á ustedes que la casa de Condé acaba en este momento. El señor de Talleyrand estaba en el palacio de Luynes desde el principio de la velada, y sabía que Bonaparte se hallaba en la imposibilidad de conceder el indulto.

—Pero, dijo Rastignac á de Marsay, en todo esto no veo para nada á la señora de Cinq-Cygne.

—¡Ah! era usted tan joven, querido mío, que me olvidaba la conclusión; usted conoce el asunto del secuestro del conde de Gondreville, que fué la causa de la muerte de los dos Simeuse y del hermano mayor de Hauteserre, cuyo hermano menor, por su casamiento con la señorita de Cinq-Cygne, pasó á ser conde y después marqués de Cinq-Cygne.

De Marsay, á instancias de varias personas que desconocían esta aventura, contó el proceso, diciendo que los cinco desconocidos eran unos miserables de la policía general del Imperio, encargados de hacer desaparecer unos bultos de impresos que el conde de Gondreville había ido precisamente á quemar, creyendo asegurado el Imperio.

—Sospecho que Fouché, dijo, los envió también para que buscasen al mismo tiempo las pruebas de la correspondencia de Gondreville y de Luis XVIII, con el que se entendió siempre, aun en la época del Terror. Pero en este espantoso asunto hubo pasión por parte del agente principal, que vive aún, uno de esos grandes subalternos que no tienen sustituto y que se ha hecho notable por su asombrosa astucia. Parece que la señorita de Cinq-Cygne lo había maltratado, cuando fué á prender á los Simeuse. De modo que ya sabe usted, señora, el secreto del asunto; podía usted explicárselo á la marquesa de Cinq-Cygne, y hacerle comprender la causa que obligó á Luis XVIII á guardar silencio.

París, enero de 1841.

UN EPISODIO BAJO EL TERROR

AL SEÑOR GUYONNET-MERVILLE

«No es preciso, querido y antiguo principal, explicar á las gentes que tienen curiosidad por saberlo todo, el lugar donde he podido aprender bastante procedimiento para dirigir los negocios de mi pequeño mundo, y consagrar aquí la memoria del hombre amable é inteligente que decía á Scribe, otro pasante de afición como yo, cuando le encontraba en el baile: «Pátese usted por el estudio, pues le aseguro que hay trabajo de veras?» Pero ¿tiene usted necesidad de este testimonio público para estar seguro del afecto del autor?»

El 22 de enero de 1793, á eso de las ocho de la noche, una anciana dama, en París, bajaba la rápida pendiente que termina delante de la iglesia de Saint-Laurent, en el arrabal de Saint-Martin. Había nevado tanto durante todo el día, que apenas se oían los pasos. Las calles estaban desiertas. El temor natural que inspiraba el silencio aumentaba el terror que hacía gemir á la sazón á Francia; así es que la anciana no había encontrado aún á nadie en su camino, y, por otra parte, su vista corta hacía ya tiempo no le permitía ver en lontananza, al resplandor de los faroles, algunos transeúntes desparramados como sombras en la inmensa vía de este arrabal. Iba valerosamente sola á través de aquella soledad,

como si su edad fuese un talismán que hubiese de preservarla de toda desgracia. Cuando hubo pasado la calle de los Morts, creyó distinguir el paso pesado y firme de un hombre que iba detrás de ella. Se figuró que no era la primera vez que oía aquel ruido, se asustó ante la idea de haber sido seguida, e intentó andar más aprisa aún, á fin de llegar á una tienda bastante bien iluminada, esperando poder cerciorarse á la luz de si sus sospechas eran ciertas. Tan pronto como llegó al rayo de luz horizontal que salía de la tienda, volvió bruscamente la cabeza y entrevió una forma humana en la penumbra; esta indistinta visión le bastó, vaciló un momento bajo el peso del terror que se apoderó de ella, pues ya no le quedaba duda de que había sido escoltada por el desconocido desde el momento en que había puesto los pies fuera de casa, y el deseo de escapar á un espía le dió ánimos. Incapaz de razonar, redobló el paso, como si pudiese sustraerse á un hombre que necesariamente tenía que ser más ágil que ella. Después de haber corrido durante algunos minutos, llegó á una pastelería, entró en ella, y no se sentó, sino que cayó sobre una silla que estaba colocada delante del mostrador. En el momento en que hacía chillar el pestillo de la puerta, una joven ocupada en bordar levantó la cabeza, reconoció, á través de los cristales, la toca de forma antigua y de seda violeta que llevaba la dama, y se apresuró á abrir un cajón como para sacar de él algo que tenía que serle entregado. El gesto y la fisonomía de la joven no sólo expresaron el deseo de desembarzarse pronto de la desconocida, como si fuese una de esas personas que no se ven con gusto, sino que dejó escapar un movimiento de impaciencia al encontrar el cajón vacío; después, sin mirar á la dama, dejó precipitadamente el mostrador, se fué hacia la trastienda y llamó á su marido, que no tardó en comparecer.

—¿Dónde has puesto...? le preguntó con aire misterioso, señalándole á la anciana dama con una mirada, y sin acabar la frase.

Aunque el pastelero no podía ver más que el inmenso gorro de seda rodeado de cintas color violeta que cubría la

cabeza de la desconocida, desapareció después de haber dirigidó á su mujer una mirada que parecía decir:

—¿Crees que voy á dejar eso en el mostrador?

Asombrada del silencio y de la inmovilidad de la anciana dama, la pastelera volvió á su lado, y, al verla, se sintió llevada de un movimiento de compasión ó acaso también de curiosidad. Aunque el color de aquella mujer fuese naturalmente lívido, como el de una persona entregada á austeridades secretas, era fácil reconocer que una emoción reciente había hecho su lividez más intensa. El gorro cubría su cabeza de un modo que ocultaba sus cabellos encanecidos, sin duda por los años, y la limpieza del cuello de su vestido anunciaba que no llevaba polvos. Esta falta de adorno hacía contraer á su rostro una especie de severidad religiosa. Sus facciones eran graves y denotaban cierto orgullo. Antaño los modales y costumbres de la gente de calidad eran tan diferentes de los de la gente que pertenecía á las demás clases, que se adivinaba fácilmente á una persona noble. Por eso la joven pastelera estaba persuadida de que la desconocida era un resto de la antigua nobleza y de que había pertenecido á la corte.

—¡Señora!... le dijo involuntariamente y con respeto, olvidando que este título estaba proscrito.

La anciana dama no respondió. Tenía los ojos fijos en el escaparate de la tienda, como si se dibujase en él algún objeto espantoso.

—¿Qué tienes, ciudadana? preguntó el dueño reapareciendo.

El ciudadano pastelero sacó á la dama de su sueño, tendiéndole una cajita de cartón cubierta con papel azul.

—Nada, nada, amigos míos, respondió con voz dulce.

Y fijó sus ojos en el pastelero dirigiéndole una mirada de agradecimiento; pero al ver que cubría su cabeza un gorro frigio, lanzó un grito.

—¡Ahl... ¡Usted me ha hecho traición!...

La joven y su marido respondieron con un gesto de horror que hizo enrojecer á la desconocida, ya de vergüenza por haber sospechado de ellos, ó ya de placer.

—Dispéñense ustedes, dijo entonces con una dulzura infantil. Y acto continuo, sacando un luis de oro de su bolsillo y entregándoselo al pastelero, añadió: Aquí tiene usted el precio convenido.

Hay una indigencia que los indigentes saben adivinar. El pastelero y su mujer se miraron y se señalaron á la anciana comunicándose un mismo pensamiento. Aquel luis de oro debía ser el último. Las manos de la dama temblaban al ofrecer aquella moneda, que contemplaba con dolor y sin avaricia, aunque parecía reconocer toda la extensión del sacrificio. El ayuno y la miseria estaban grabados en aquel rostro con rasgos tan legibles como los del miedo y los de las hábitos ascéticas. Había en sus ropas vestigios de magnificencia. Eran de seda gastada y llevaba una toca limpia, aunque pasada, y encajes cuidadosamente remendados; en fin ¡los andrajos de la opulencia! Los pasteleros, vacilando entre la piedad y el interés, empezaron por aliviar su conciencia con palabras.

—Ciudadana, parece que estás muy débil.

—¿Siente la señora necesidad de tomar algo? repuso la mujer interrumpiendo á su marido.

—Tenemos muy buen caldo, dijo el pastelero.

—Hace tanto frío, que acaso la señora haya cogido un pasmo andando por la calle; pero puede usted descansar aquí y calentarse un poco.

—No crea usted que nos comemos á la gente cruda, exclamó el pastelero.

Convencida por el acento de benevolencia que respiraban las palabras de los caritativos pasteleros, la dama confesó que había sido seguida por un hombre y que temía volverse sola á casa.

—¿No es más que eso? repuso el hombre del gorro frigio. Espérame, ciudadana.

Y dió el luis á su mujer. Después, llevado de esa especie de agradecimiento que nace en el alma de un comerciante cuando recibe un precio exorbitante por una mercancía de poco valor, fué á ponerse su uniforme de guardia nacional, tomó su sombrero y su fusil y apareció á poco armado; pero

su mujer había tenido tiempo para reflexionar. Como le ocurre á muchos, la reflexión cerró la mano abierta para la benevolencia. Inquieta, y temiendo que su marido se comprometiese, la mujer le tiró del faldón de la levita para detenerlo; pero, obedeciendo á un sentimiento de caridad, el buen hombre se ofreció en el acto á la dama para escoltarla.

—Parece que el hombre á quien teme la ciudadana ronda á la tienda, dijo vivamente la esposa.

—Mucho me lo temo, dijo con sencillez la dama.

—¿Y si fuese un espía? ¿y si se tratase de una conspiración? No vayas y quitale la caja...

Estas palabras, deslizadas por la mujer al oído del pastelero, helaron los repentinos ánimos de que éste estaba poseído.

—¡Vaya! voy á decirle yo dos palabras y á desembarazarla á usted de él en el acto, exclamó el pastelero abriendo la puerta y saliendo precipitadamente.

La anciana, pasiva como un niño y casi alelada, volvió á sentarse en la silla. El honrado comerciante no tardó en reaparecer: su rostro, bastante encarnado de ordinario y encendido además por el fuego del horno, se había puesto de repente pálido, y estaba el hombre poseído de tan gran espanto, que sus piernas temblaban y sus ojos parecían los de un hombre ebrio.

—¿Quieres hacer que nos corten el cuello, miserable aristócrata?... exclamó con furor. Lárgate de aquí inmediatamente, no vuelvas más y no cuentes conmigo para proveerte de elementos de conspiración.

Al acabar de pronunciar estas palabras, el pastelero intentó quitar á la dama la cajita que ésta se había metido en el bolsillo. Apenas las atrevidas manos del pastelero tocaron en sus ropas, cuando la desconocida, prefiriendo entregarse á los peligros de la calle sin más defensor que Dios á perder lo que acababa de comprar, recobró la agilidad de sus primeros años; y, precipitándose hacia la puerta, la abrió bruscamente y desapareció de la presencia de la mujer y del marido, temblorosos y estupefactos. Tan pronto como la des-

conocida estuvo fuera, empezó á andar con rapidez; pero sus fuerzas la abandonaron muy pronto, cuando oyó que el espla la seguía implacablemente, haciendo crujir la nieve que aplastaba con su pesado paso. Se vió obligada á detenerse, y se detuvo, aunque no se atrevía ni á hablarle, ni á mirarle, ya á causa del miedo de que estaba poseída, ó ya por falta de inteligencia. Continuó después su camino marchando lentamente, y el hombre acortó entonces el paso, permaneciendo siempre á una distancia que le permitía vigilarla. El desconocido parecía ser la sombra misma que aquella anciana. Las nueve daban cuando la silenciosa pareja volvió á pasar por delante de la iglesia de Saint-Laurent. Aun al alma más débil le ocurre que, después de una agitación violenta, experimenta un sentimiento de calma; pues si los sentimientos son infinitos, nuestros órganos son limitados. Así que la desconocida, al no recibir ningún daño de su pretendido perseguidor, quiso ver en él un amigo dispuesto á protegerla, reunió todas las circunstancias que habían acompañado á la aparición de aquel hombre como para buscar motivos plausibles para aquella consoladora opinión, y le pareció ver en él más bien buenas que malas intenciones. Olvidando el espanto que aquel hombre acababa de causar al pastelero, avanzó con paso firme hacia las regiones superiores del arrabal de Saint-Martin. Después de media hora de marcha, llegó á una casa situada al lado del cruce formado por la calle principal del arrabal y por la que conduce á la barrera de Pantin. Este lugar es aun hoy uno de los más desiertos de París. El cierzo, pasando por las colinas de Saint-Chaumont y Belleville, silbaba á través de las casas, ó mejor dicho, de las cabañas sembradas en este valle casi deshabitado, donde las viviendas están hechas con paredes construídas con tierra y huesos. Este lugar desolado parecía ser el asilo natural de la miseria y de la desesperación. El hombre empeñado en la persecución de la pobre criatura, bastante atrevida para atravesar de noche aquellas silenciosas calles, pareció sorprendido del espectáculo que ofrecía á sus miradas. Permaneció pensativo, de pie y en una actitud de duda, y débilmente iluminado por un farol cuyo inde-

ciso resplandor apenas disipaba las tinieblas. El miedo prestó ojos á la anciana, que creyó ver algo siniestro en las facciones del desconocido, y, sintiendo renacer sus terrores, se aprovechó de la especie de incertidumbre que detenía á aquel hombre para deslizarse como una sombra hacia la puerta de una casa solitaria, cuyo pestillo abrió, desapareciendo con una rapidez fantasmagórica. El perseguidor, inmóvil, contemplaba aquella casa, que era el tipo de las habitaciones miserables de aquel arrabal. Aquella vacilante choza, construída con murrillos, estaba revestida de una capa de yeso amarillento, tan sumamente agrietada, que parecía que iba á caerse al menor esfuerzo del viento. El tejado, formado por tejas negruzcas y cubierto de musgo, se hundía en algunos lugares de un modo que hacía creer que iba á ceder al peso de la nieve. Cada piso tenía tres ventanas, cuyos marcos, podridos por la humedad y desunidos por la acción del sol, anunciaban que el frío tenía que penetrar en el interior. Esta casa aislada parecía una antigua torre que el tiempo se olvidaba de destruir. Una débil luz alumbraba las ventanas que perforaban irregularmente la buhardilla que remataba este pobre edificio, mientras que el resto de la casa se encontraba en la obscuridad más completa. La vieja subió con trabajo la ruda y tosca escalera, apoyándose en una cuerda que se extendía á lo largo de ésta á guisa de pasamano, llamó misteriosamente en la puerta de la buhardilla y se sentó con precipitación en una silla que le presentó un anciano.

—Escóndase usted, escóndase usted! le dijo la dama. Aunque salimos muy poco, nuestros pasos son conocidos y espiados.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó otra anciana que estaba sentada al lado del fuego.

—El hombre que ronda la casa desde ayer me ha seguido esta noche.

Al oír estas palabras, los tres habitantes de este chiribitil se miraron dejando aparecer en sus rostros las señales de un profundo terror. El anciano era el que estaba menos asustado, sin duda porque era el que corría más peligro. Bajo el

peso de una gran desgracia ó bajo el yugo de la persecución, el hombre valeroso empieza, por decirlo así, por hacer el sacrificio de su vida, y sólo considera sus días como otras tantas victorias obtenidas sobre la suerte. Las miradas de las dos mujeres, fijas en aquel anciano, dejaban adivinar fácilmente que éste era el único objeto de su viva solicitud.

—¿Por qué desconfiar de Dios, hermanas mías? dijo el anciano con voz sorda pero cariñosa. Nosotros cantábamos sus alabanzas en medio de los gritos que lanzaban los asesinos y los moribundos en el convento de los Carmelitas. Si él ha querido que yo me salvase de aquella carnicería, fué sin duda para reservarme un destino que yo debo aceptar sin murmurar. Dios protege á los suyos y puede disponer de ellos á su antojo. De ustedes y no de mí, es de quien es preciso ocuparse.

—No, dijo una de las ancianas, ¿qué es nuestra vida en comparación con la de un sacerdote?

—Una vez que me vi fuera de la abadía de Chelles, yo me consideré ya como muerta, exclamó la religiosa que no había salido de casa.

—Aquí están las hostias, repuso la recién llegada entregando la cajita al sacerdote. ¡Pero oigo subir las escaleras! exclamó de pronto.

Al oír estas palabras, los tres se pusieron á escuchar. El ruido cesó.

—Si alguien logra llegar hasta aquí, no se asusten ustedes, dijo el sacerdote. Una persona con cuya fidelidad podemos contar, ha debido tomar todo género de precauciones para pasar la frontera, y vendrá á buscar las cartas que yo escribí al duque de Langeais y al marqués de Beausant, á fin de que puedan estudiar los medios de arrancar á ustedes de este espantoso país y de la muerte ó la miseria que en él les espera.

—¿Y usted no vendrá con nosotras? exclamaron en voz baja las dos religiosas manifestando una especie de desesperación.

—Mi sitio está allí donde hay víctimas, dijo el sacerdote con sencillez.

Las dos ancianas se callaron y miraron á su huésped con santa admiración.

—Sor Marta, dijo el cura dirigiéndose á la religiosa que había salido á buscar las hostias, este enviado debe contestar *Fiat voluntas* á la palabra *Hosanna*.

—¡Alguien sube por la escalera! exclamó la otra religiosa abriendo un escondite practicado bajo el tejado.

Esta vez fué fácil oír, en medio del profundo silencio, los pasos de un hombre que hacía resonar las escaleras cubiertas de bultos formados por el barro endurecido. El sacerdote se coló penosamente en una especie de armario, y la religiosa le puso encima algunas ropas.

—Puede usted cerrar, sor Agata, le dijo con voz ahogada.

Apenas se había escondido el sacerdote, cuando tres golpes dados á la puerta hicieron estremecerse á las dos santas mujeres, que se consultaron con los ojos sin atreverse á pronunciar palabra. Una y otra parecían frisar ya en los sesenta años. Separadas del mundo hacía ya cuarenta, estaban allí como plantas acostumbradas al aire de un invernáculo y que mueren si se las saca de él. Acostumbradas á la vida del convento, no podían concebir otra. Un día, habiendo sido rotas sus rejas, se habían estremecido al verse libres. Fácilmente se puede adivinar la especie de imbecilidad aparente que los acontecimientos de la Revolución habían producido en sus inocentes almas. Incapaces de concordar sus ideas claustrales con las dificultades de la vida, y no comprendiendo siquiera su situación, parecían niños que hubiesen estado muy cuidados hasta entonces, y que, abandonados por su providencia maternal, rogasen en lugar de gritar. Así es que, ante el peligro que preveían en este momento, permanecieron mudas y pasivas, sin conocer más defensa que la resignación cristiana. El hombre que llamaba interpretó su silencio á su manera, abrió la puerta y apareció de pronto. Las dos religiosas se estremecieron al reconocer al personaje que, hacía algunos días, rondaba la casa y tomaba informes de ellas, y permanecieron inmóviles contemplándole con inquieta curiosidad, á la manera de los niños salvajes, que examinan en silencio á los extranjeros. Aquel

hombre era alto y grueso; pero nada en su paso, en su aire ni en su fisonomía indicaba que fuese un mal hombre. Limitó la inmovilidad de las religiosas, y paseó lentamente sus miradas por la habitación en que se encontraba.

Dos esteras de paja, colocadas sobre el pavimento, servían de cama á las dos religiosas. En medio del cuarto había una mesa y sobre ella un candelero de cobre, algunos platos, tres cuchillos y un pan redondo. El fuego de la chimenea era modesto. Algunos troncos de leña, amontonados en un rincón, atestiguaban la pobreza de las dos reclusas. Las paredes, cubiertas de una capa de pintura muy antigua, probaban el mal estado del tejado, por medio de unas manchas parecidas á hilos negros, las cuales manchas indicaban las infiltraciones de las aguas pluviales. Una reliquia, salvada sin duda del pillaje de la abadía de Chelles, adornaba la campana de la chimenea. Tres sillas, dos cofres y una mala cómoda completaban el mobiliario de esta habitación. Una puerta que había al lado de la chimenea hacía suponer la existencia de un segundo cuarto.

El personaje que se había introducido bajo tan terribles auspicios en el seno de este hogar no tardó en hacer el inventario de aquella celda. Un sentimiento de compasión se pintó en su cara y dirigió una mirada benévola á las dos mujeres, que estaban no menos apuradas que él. El extraño silencio que guardaron los tres duró poco, pues el desconocido acabó por adivinar la debilidad moral y la inexperiencia de las dos pobres criaturas, y les dijo procurando dulcificar su voz:

—Ciudadanas, no vengo aquí como enemigo... Y deteniéndose un momento, continuó diciendo: Hermanas mías, si les ocurriese alguna desgracia, créanme que no sería mi la culpa. Yo tengo que pedir á ustedes un favor.

Ellas siguieron guardando silencio.

—Si yo las importunase, si... las molestase, díganmelo con franqueza... y me retiraré; pero sepan ustedes que les soy adicto; que si algún favor puedo hacerles, pueden disponer de mí sin temor, y que yo solo, acaso, soy el que estoy por cima de la ley, puesto que ahora no hay rey...

Había tal acento de verdad en estas palabras, que la hermana Agata, la religiosa que pertenecía á la casa de Langais y cuyas maneras parecían anunciar que había conocido en otros tiempos el brillo de las fiestas y respirado el aire de la corte, se apresuró á indicar al visitante una de las sillas, rogándole que se sentase. El desconocido manifestó una especie de alegría mezclada de tristeza al ver aquel gesto, y esperó para obedecer á que las dos mujeres estuviesen á su vez sentadas.

—Ustedes han dado asilo, repuso el desconocido, á un venerable sacerdote no juramentado, que escapó milagrosamente de la matanza de los Carmelitas.

—¡Hosanna!... dijo la hermana Agata interrumpiendo al extranjero y mirándole con inquieta curiosidad.

—Creo que no se llama así, respondió él.

—Caballero, está usted equivocado, nosotras no tenemos ningún sacerdote aquí, y...

—Entonces sería preciso que tuvieran ustedes más cuidado y previsión, replicó dulcemente el desconocido extendiendo el brazo hacia la mesa y tomando un breviario que había encima de ella. Supongo que ustedes no sabrán latín, y...

No continuó, porque la emoción extraordinaria que se pintó en las caras de las dos religiosas le hizo temer que, sin duda, había ido demasiado lejos, pues estaban temblorosas y con los ojos arrasados en lágrimas.

—Tranquílícense ustedes, les dijo con voz franca; conozco el nombre de su huésped y el de ustedes, y hace tres días que conozco su angustia y su adhesión por el venerable sacerdote que...

—¡Silencio! dijo sencillamente sor Agata poniéndose un dedo en los labios.

—Ya ven ustedes, hermanas mías, que si yo hubiese concebido el horrible disignio de delatarlas, hubiera podido cumplirlo más de una vez.

Al oír estas palabras, el sacerdote salió de su escondite y se presentó.

—Caballero, no puedo creer que sea usted uno de nues-

tros perseguidores, y confío en usted, dijo al desconocido. ¿Qué quiere usted de mí?

La santa confianza del sacerdote y la nobleza que denotaban sus facciones hubieran desarmado hasta á un asesino. El misterioso personaje que había ido á animar aquella escena de miseria y de resignación, contempló durante unos instantes el grupo, formado por aquellos tres seres, y después, tomando un tono confidencial, se dirigió al sacerdote en estos términos:

—Padre mío, venía á suplicaros que celebraseis una misa por el descanso del alma de... una... de una persona sagrada, cuyo cuerpo no descansará nunca en tierra santa...

El sacerdote se estremeció involuntariamente. Las dos religiosas, no comprendiendo aún de quién quería hablar el desconocido, permanecieron con el cuello tendido, el rostro vuelto hacia los dos interlocutores, y en una actitud de curiosidad. El eclesiástico examinó al desconocido: una ansiedad inequívoca estaba pintada en su cara y sus miradas parecían hacer ardientes súplicas.

—Pues bien, respondió el sacerdote, esta noche, á las doce, vuelva usted, y estaré dispuesto para celebrar el único servicio fúnebre que podemos ofrecer en expiación del crimen de que habla usted...

El desconocido se estremeció, pero una satisfacción grave y dulce á la par pareció triunfar de un secreto dolor. Después de haber saludado respetuosamente al cura y á las dos santas mujeres, desapareció dando muestras de un gran agradecimiento que fué perfectamente comprendido por aquellas tres almas generosas. Unas dos horas después de esta escena, el desconocido volvió, llamó discretamente á la puerta de la buhardilla y fué recibido por la señorita de Beasant, que lo condujo á la segunda habitación de aquella modesta vivienda, donde todo estaba preparado para la ceremonia. Entre dos salientes de la chimenea, las dos religiosas habían colocado la vieja cómoda cuyos antiguos contornos estaban cubiertos con un magnífico tapete de altar de muaré verde. Un gran erucifijo de ébano y marfil, colgado de la amarillenta pared, hacía resaltar la desnudez de

aquel recinto atrayendo las miradas. Cuatro cirios delgados, que las hermanas habían logrado fijar en aquel improvisado altar pegándolos con lacre, despedían una luz pálida, mal reflejada por las paredes, y que apenas alumbraba toda la habitación; pero que, no dando brillo más que á las cosas santas, parecía venir del cielo para aquel altar sin adorno. El pavimento era húmedo. El tejado que, por ambos lados, descendía rápidamente, como los de los graneros, tenía algunas grietas por las que pasaba un viento glacial. Nada era menos pomposo, y, sin embargo, es fácil que no hubiera nada más solemne que aquella ceremonia lúgubre. Un profundo silencio, que hubiera permitido oír el más ligero ruido producido en la carretera de Alemania, comunicaba una especie de majestad sombría á aquella escena nocturna. En una palabra, que la grandeza de la acción contrastaba de tal modo con la pobreza de las cosas, que hacía experimentar aquello un sentimiento de asombro religioso. A ambos lados del altar, las dos ancianas reclusas, arrodilladas sobre los ladrillos del pavimento, sin preocuparse por su mortal humedad, rezaban en unión del sacerdote, que, vestido con sus hábitos pontificales, preparaba un cáliz de oro adornado con piedras preciosas, vaso sagrado salvado sin duda del pillaje de la abadía de Chelles. Al lado de este copón, monumento de real magnificencia, el agua y el vino destinados al santo sacrificio estaban contenidos en dos vasos dignos apenas de la más baja taberna. A falta de misal, el cura había puesto su breviario en un rincón del altar. Un plato común estaba preparado para el lavamiento de manos inocentes y puras de sangre. Todo era inmenso, pero pequeño; pobre, pero noble; profano y santo á la vez. El desconocido fué á arrodillarse piadosamente entre las dos religiosas. Pero de pronto, al ver un crespón en el cáliz y en el crucifijo, pues no teniendo nada para anunciar el destino de aquella misa fúnebre, el sacerdote había puesto al mismo Dios de luto, fué abatido por un recuerdo tan amargo, que gruesas gotas de sudor empezaron á inundar su ancha frente. Los cuatro silenciosos actores de aquella escena se miraron entonces misteriosamente; después, sus almas,

obrando á porfía unas sobre otras, se comunicaron de aquel modo sus sentimientos y se confundieron en una conmisericordia religiosa; parecía que sus pensamientos hubiesen evocado al mártir cuyos restos habían sido devorados por la cal viva, y que su sombra estuviese ante ellos con toda su real majestad. Celebraban un *obit* sin el cuerpo del difunto. Bajo aquellas tejas y aquellas latas desunidas, cuatro cristianos iban á interceder ante Dios por un rey de Francia y á hacer su entierro sin ataúd. Aquella era la más pura de las adhesiones y un acto asombroso de felicidad ejecutado sin pensamiento ni interés oculto. Aquello fué sin duda, á los ojos de Dios, como la balanza que pesa las más grandes virtudes. Toda la monarquía estaba allí, en las oraciones de un sacerdote y de dos pobres mujeres, pero acaso estuviese también representada la Revolución por aquel hombre cuyo rostro denotaba demasiados remordimientos para no creer que hiciese votos de un inmenso arrepentimiento.

En lugar de pronunciar las palabras latinas: *Introito ad altare Dei*, etc., el sacerdote, llevado de inspiración divina, miró á los tres asistentes que representaban á la Francia cristiana, y les dijo, para borrar las miserias de aquel zaquízami:

—¡Vamos á entrar en el santuario de Dios!

Al oír estas palabras, dichas con penetrante fervor, el desconocido y las dos religiosas se poseyeron de santa devoción. Bajo las bóvedas de San Pedro de Roma, no se hubiera mostrado Dios más majestuoso de lo que se mostró en aquel asilo de indigencia á los ojos de aquellos cristianos: tan cierto es que entre el hombre y Él todo intermediario parece inútil, y que Él no saca su grandeza más que de sí mismo. El fervor del desconocido era verdadero, y así fué como el sentimiento que unía las oraciones de aquellos cuatro servidores de Dios y del rey fué unánime. Las palabras santas resonaban como una música celeste en medio del silencio. Hubo un momento en que el llanto se apoderó del desconocido, y este momento fué cuando llegó el *Pater noster*. El sacerdote añadió á esta oración latina lo siguiente

que, sin duda, fué entendido por el desconocido: *Et remitte scelus regicidis sicut Ludovicus eis remisit semetipse* (Y perdonad á los regicidas como el mismo Luis XVI les ha perdonado).

Las dos religiosas vieron que dos gruesas lágrimas surcaban las robustas mejillas del desconocido é iban á caer sobre el pavimento. El oficio de los muertos fué recitado. El *Domine salvum fac regem*, cantado en voz baja, enterneció á aquellos fieles realistas que pensaron que el niño rey, por quien suplicaban en aquel momento al Altísimo, estaba cautivo en manos de sus enemigos. El desconocido tembló al pensar que aún podía cometerse un nuevo crimen, en el que él se vería sin duda obligado á tomar parte. Cuando el oficio fúnebre quedó terminado, el sacerdote hizo una seña á las dos religiosas para que se retiraran. Tan pronto como se encontró solo con el desconocido, se encaminó hacia él con aire triste y amable y le dijo con voz paternal:

—Hijo mío, si ha manchado usted sus manos con la sangre del mártir, confíemelo á mí. No hay falta que, á los ojos de Dios, no se borre con un arrepentimiento tan conmovedor y sincero como parece ser el vuestro.

A las primeras palabras pronunciadas por el eclesiástico, el desconocido hizo un movimiento de involuntario terror; pero recobró una actitud sosegada, y miró con seguridad al sacerdote asombrado.

—Padre mío, nadie es más inocente que yo de la sangre derramada... le dijo con voz visiblemente alterada.

—Le creo á usted, dijo el cura.

É hizo una pausa durante la cual examinó de nuevo á su penitente; después, persistiendo en tomarle por uno de esos miedosos convencionales que entregan una cabeza inviolable y sagrada, á fin de conservar la suya, continuó con voz grave:

—Piense usted, hijo mío, que no basta, para ser absuelto de ese gran crimen, el no haber cooperado á él. Los que, pudiendo defender al rey, han dejado envainada su espada, tendrán que rendir una pesada cuenta ante el Rey de los cielos... ¡Oh! sí, añadió el anciano sacerdote meneando la cabeza de derecha á izquierda con expresivo movimiento,

si, ¡muy pesada!... porque, permaneciendo inactivos, se hicieron cómplices involuntarios de aquella espantosa iniquidad...

—¿Cree usted que una participación indirecta será castigada? preguntó el desconocido estupefacto. ¿Es también culpable el soldado que recibió la orden de formar el cerco?...

El cura permaneció indeciso. Feliz con los apuros en que ponía á aquel puritano del reino colocándole entre el dogma de la obediencia pasiva que debe dominar, según los partidarios de la monarquía, en los códigos militares, y el dogma no menos importante que consagra el respeto debido á los reyes, el desconocido se apresuró á ver en las dudas del sacerdote una solución á las perplejidades porque parecía atormentado. Después, para no dejar reflexionar por más tiempo al venerable jansenista, le dijo:

—Me daría vergüenza ofrecer un salario cualquiera por el servicio funerario que acabáis de celebrar por el descanso del alma del rey y por la tranquilidad de mi conciencia. Una cosa inestimable sólo puede pagarse con una ofrenda que no tenga precio. Padre, dignaos aceptar el don que os hago de una reliquia santa... Acaso llegue día en que comprendáis su valor.

Al mismo tiempo que decía estas palabras, el desconocido ofrecía al eclesiástico una cajita sumamente ligera; el sacerdote la tomó involuntariamente, por decirlo así, pues la solemnidad de las palabras de aquel hombre, el tono que les imprimió y el respeto con que le tendió aquella cajita, le habían sumido en profunda sorpresa. Después se fueron al cuarto inmediato donde las dos religiosas les esperaban.

—Están ustedes, les dijo el desconocido, en una casa cuyo propietario, Mucius Scævola, ese yesero que vive en el primer piso, es célebre en el barrio por su patriotismo; pero en secreto es adicto á los Borbones. En otro tiempo era piquero de monseñor el príncipe de Conti, y le debe su fortuna. No saliendo de su casa, están ustedes más seguros que en ningún sitio de Francia. No se muevan, pues, de aquí. Almas piadosas habrá que les darán á ustedes medios de cubrir todas las necesidades y de poder esperar sin peligro

á que vengan mejores tiempos. Dentro de un año, el 21 de enero... (al pronunciar estas últimas palabras, no pudo disimular un estremecimiento involuntario), si siguen adoptando por asilo este triste lugar, vendré á celebrar con ustedes la misa expiatoria...

No acabó. Saludó á los mudos habitantes de la buhardilla, dirigió una última mirada á los objetos que demostraban su indigencia, y desapareció.

Para las dos inocentes religiosas, semejante aventura tenía todo el interés de una novela; de modo que, tan pronto como el venerable cura les dió noticia del misterioso presente que tan solemnemente le había hecho aquel hombre, la caja fué colocada por ellas sobre la mesa, y las tres caras inquietas, débilmente alumbradas por una vela, denotaron una indescriptible curiosidad. La señorita de Langeais abrió la caja, encontró dentro un pañuelo de batista muy fina, manchado de sudor, y, desplegándolo, vieron en él unas manchas.

—¡Es sangre!... dijo el sacerdote.

—¡Está marcado con la corona real! exclamó la otra hermana.

Las dos religiosas dejaron caer la preciosa reliquia con horror. Para aquellas dos almas sencillas, el misterio que rodeaba al desconocido se hizo inexplicable, y el sacerdote, por su parte, desde aquel día, ni siquiera intentó explicárselo.

A pesar del Terror, los tres prisioneros no tardaron en apercibirse de que una mano poderosa velaba por ellos. En un principio recibieron provisiones y leña; después, las dos religiosas adivinaron que alguna mujer estaba asociada á su protector, cuando les enviaron ropa y trajes que les permitían salir sin llamar la atención con las modas aristocráticas de los vestidos que se habían visto obligadas á llevar hasta entonces; finalmente, Mucius Scævola les dió dos cartas cívicas. El cura recibió muchas veces avisos necesarios para su seguridad y reconoció tal oportunidad en ellos, que comprendió que sólo podían ser dados por una persona iniciada en los secretos del Estado. A pesar del hambre que se sin-

tió en París, los proscritos encontraron á la puerta de su zaquizami raciones de *pan blanco* que eran llevadas regularmente por manos invisibles; no obstante, creyeron reconocer en Mucius Scævola al misterioso agente de aquella caridad tan ingeniosa como inteligente. Los nobles habitantes de la buhardilla no podían menos de creer también en la protección del personaje que había ido á celebrar la misa expiatoria la noche del 22 de enero de 1793; de modo que pasó á ser objeto de un culto particular para aquellos que sólo en él confiaban y sólo para él vivían. En sus rezos habían añadido oraciones especiales para él; tarde y mañana, aquellas almas piadosas hacían votos por su dicha, por su prosperidad y por su salud; suplicaban á Dios que le librase de toda acechanza y de sus enemigos y que le concediese una vida larga y apacible. Renovándose, por decirlo así, todos los días su agradecimiento, hizo nacer un sentimiento de curiosidad que fué cada día más vivo. Las circunstancias que habían acompañado á la aparición de aquel extraño eran el objeto de sus conversaciones, hacían mil conjeturas sobre él, y aquella distracción que les proporcionaba pasaba á ser otro nuevo beneficio de distinto género de los demás. Se prometían conquistar su amistad la noche en que, según su promesa, volviese á celebrar el triste aniversario de la muerte de Luis XVI. Aquella noche, tan impacientemente esperada, llegó por fin. A las doce en punto, el ruido de los pesados pasos del desconocido resonó en la vetusta escalera de madera; el cuarto estaba adornado para recibirle, y el altar estaba erigido. Esta vez, las hermanas abrieron la puerta de antemano y ambas se apresuraron á alumbrar la escalera. La señorita de Langeais bajó algunos peldaños para ver antes á su bienhechor.

—Venga usted, le dijo con emocionada y afectuosa voz; venga usted... le esperamos.

El hombre levantó la cabeza, dirigió una sombría mirada á la religiosa, y no respondió; la pobre mujer se quedó como si le hubiesen echado un chorro de agua sobre la cabeza, y guardó silencio; al verle, el agradecimiento y la curiosidad expiraron en todos los corazones. Sin duda no estaba tan

frío, tan taciturno, ni tan horrible como les pareció á aquellas almas cuya exaltación de sentimientos les hacía desear su amistad. Los tres pobres prisioneros, que comprendieron que aquel hombre deseaba seguir siendo un extraño para ellos, se resignaron. El sacerdote creyó observar en los labios del desconocido una sonrisa, reprimida en breve, cuando éste vió los preparativos que se habían hecho para recibirle; oyó la misa y rezó; pero desapareció después de haber rechazado con mucha cortesía la invitación que le hizo la señorita de Langeais para que participase de la pequeña colación que le habían preparado.

Después del 9 de termidor, las religiosas y el cura pudieron ir á París, sin correr el menor riesgo. La primera salida del anciano sacerdote fué para ir á una tienda de perfumería, titulada *La reina de las flores*, propiedad de los ciudadanos Ragón, antiguos perfumistas de la corte, que habían permanecido fieles á la familia real, y que servían á los vendeanos para comunicarse con los príncipes y el comité realista de París. El cura, vestido como lo exigía la época, se encontraba en el umbral de la puerta de esta tienda, situada entre Saint-Roch y la calle de los Frondeurs, cuando una multitud, que llenaba la calle de Saint-Honoré, le impidió salir.

—¿Qué es esto? le preguntó á la señora Ragón.

—No es nada, le respondió ésta; es la carreta y el verdugo que van á la plaza de Luis XVI. ¡Ah! ¡cuántas veces pasó el año pasado! pero hoy, cuatro días después del aniversario del 21 de enero, se puede mirar sin pesar ese espantoso cortejo.

—¿Por qué? dijo el cura; lo que usted dice no tiene nada de cristiano.

—¡Bah! es la ejecución de los cómplices de Robespierre; se han defendido cuanto han podido y ahora les toca ir á ellos al sitio adonde enviaron á tantos inocentes.

La multitud que llenaba la calle de Saint-Honoré pasó como una ola. Por encima de las cabezas, el cura de Marolles, cediendo á un movimiento de curiosidad, vió, de pie en la carreta, á aquel que, tres días antes, oía su misa.

—¿Quién es... preguntó, aquel que...?

—Es el verdugo, respondió el señor Ragón llamando al ejecutor de la justicia por su nombre monárquico.

—¡Amigo mío! ¡amigo mío! gritó la señora Ragón; el señor cura se muere.

Y la anciana tomó un frasco de vinagre para hacer volver en sí al desmayado sacerdote.

—Sin duda... me... ha dado, dijo éste al volver en sí, el pañuelo con que el rey se enjugó la frente al ir al martirio... ¡Pobre hombre! ¡el hacha homicida tuvo corazón, cuando toda Francia carecía de él!...

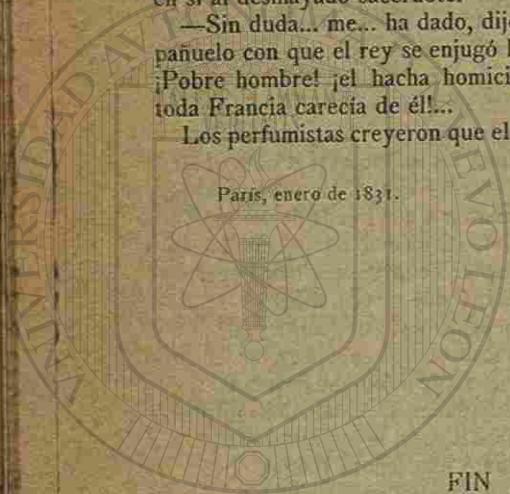
Los perfumistas creyeron que el pobre sacerdote deliraba.

Paris, enero de 1831.

FIN

ÍNDICE

	Página.
Un asunto tenebroso.	5
Un episodio bajo el Terror.	219



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



